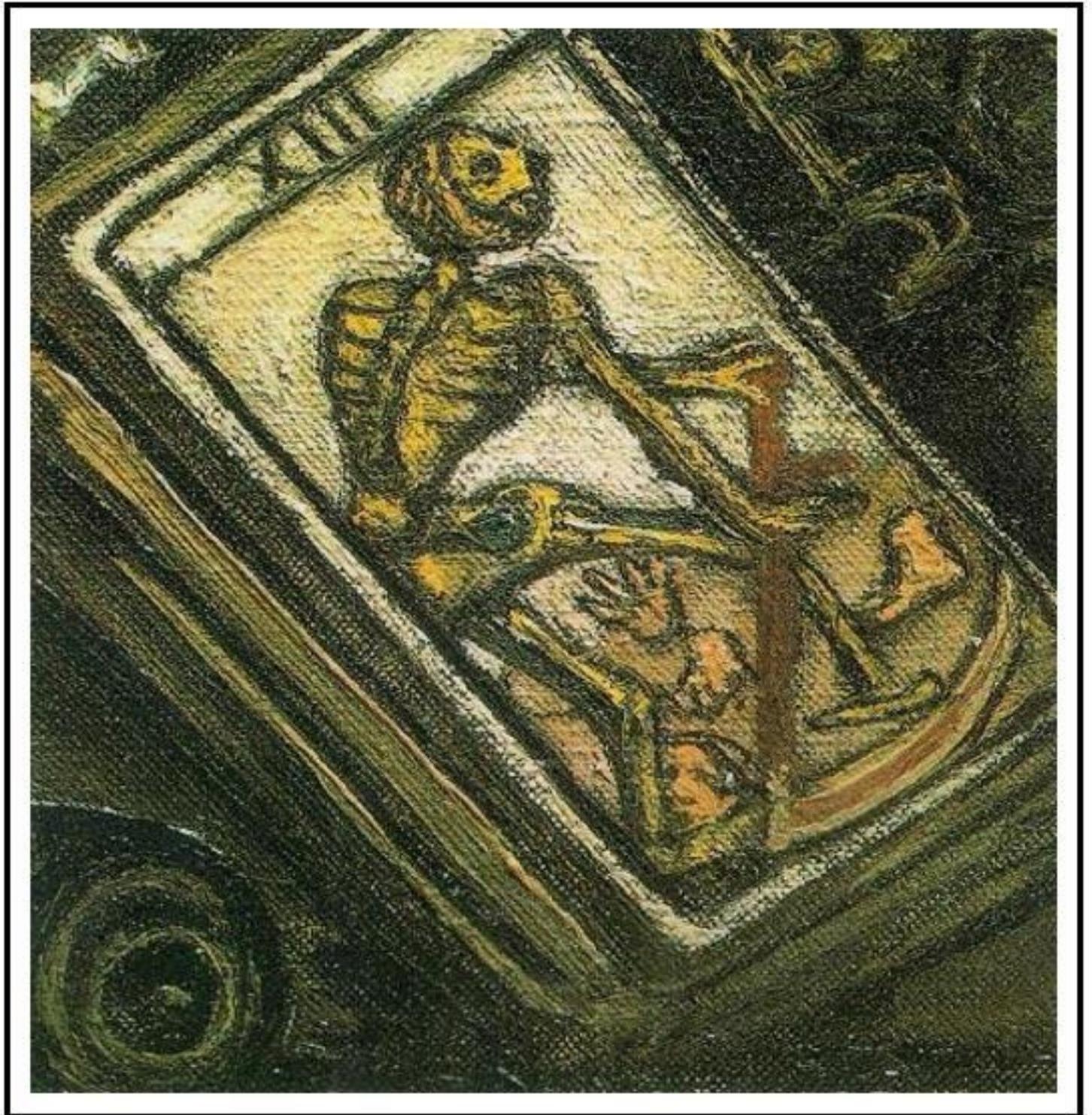


Camilo José Cela

# El asesinato del perdedor



Historia de un joven que se ahorca desesperado ante el acoso de una sociedad represiva y hostil, *El asesinato del perdedor* —primera de las novelas escritas por Cela después de obtener el Premio Nobel de Literatura — constituye el nuevo e insuperable retrato de una España negra que todavía pervive.

**Lectulandia**

Camilo José Cela

# **El asesinato del perdedor**

ePub r1.0

Titivillus 12.06.15

Título original: *El asesinato del perdedor*  
Camilo José Cela, 1994

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Fac ita.

Un miércoles de ceniza de hace ya muchos años, lo menos doscientos años, el caballero Michael Percival el Agachadizo, se encaró con su propia silueta y desenfundando el cuchillo de monte, el de rematar jabalíes, cortar cayados de cerezo o sabina o haya y grabar corazones y flechas en la corteza de los fresnos, le habló con cierta estudiada serenidad y a media voz.

—Con este cuchillo puedo quitaros la vida con facilidad pero no voy a hacerlo, sólo quiero advertiroslo. Escuchadme con atención. No despreciéis jamás al enemigo, procurad contagiarle alguna enfermedad humillante, tampoco es preciso, digamos el sida o la lepra o la nostalgia, si os sintierais alemán podríais recurrir a las paperas, basta con cualquier enfermedad vergonzosa, cualquier enfermedad tediosa y secreta, quizá con ambos matices a la vez, y mostraos muy orgulloso y compungido en el entierro, grandes alaridos, ya sabéis, llanto y sudor, también baba y espuma y pus, granos de pus, esto es más difícil.

—Sí. ¿Puedo ir al lavabo?

—Sí, pero ni tardéis ni os distraigáis por el camino.

Pamela Pleshette, la del obispo de Restricted Beach, Florida, ya se aclarará todo a su tiempo, ahora no hemos hecho más que empezar y estamos demasiado temblorosos, con la cabeza recostada en el hombro del novio de Estefanía Yellowbilled, iba diciendo por lo bajo mientras llovía terca e inclementemente.

—Todos me vuelven la espalda y mi marido se tiró por el balcón porque prefirió la muerte a la paciencia; sé bien que la justicia se ensañará conmigo cuando me juzguen por la más mínima cosa, pero tampoco suma ni resta más dolor ni menos desamparo el ver venir la desgracia. Este libro debe titularse tal como lo ha decidido su confusa autora, *Penúltima esclusa o el amor imposible de Mateo Ruecas*, o bien *Penúltima esclusa y noticia del asesinato del perdedor Mateo Ruecas* (al editor lo mueven otros afanes), y que los dioses propicien que sobre tu propia sombra se descargue la ira del error. Todos sabemos que este libro debiera haberse titulado *Loisirs de Madame de Maintenon* pero no pudo ser, las razones las estudia don Blas Malo en su opúsculo *Discurso sobre el cometa o fenómeno*, hoy difícil de encontrar. Hacia el final o poco antes se repetirá esta premisa para solaz de los moribundos.

A Tomás Cerullada le llamaban de apodo el Cavilador porque se pasaba la vida discurrendo, o sea cavilando. Tomás Cerullada el Cavilador decía a su cohorte de

bebedores mudos.

—Es muy peligroso que los jueces sean jóvenes e ilusos, un juez debe ser sereno, viejo y escéptico ya que la justicia no tiene por misión arreglar el mundo sino evitar que se deteriore más, con eso basta. Cuando un juez se siente depositario de los valores morales de la sociedad, la justicia se resiente y cruje. Si un juez piensa que la lujuria es más peligrosa que la ira, debe ser cesado sin formación de causa. Don Cosme, el juez que encerró a Mateo Ruelas, está poco maduro, es joven y tiene ilusión pero eso no basta y a veces sobra, don Cosme piensa que el Espíritu Santo le ayudó a ganar las oposiciones a cambio de su solemne compromiso de enderezar el torcido mundo y borrar de la faz de la Tierra el vicio y los malos hábitos.

El narrador vuelve al hilo de su discurso, Pamela Pleshette ya había terminado.

Llegó tarde, no sé quién, nadie sabe quién ni qué, pero llegó tarde, la vida, la muerte, la ira de Dios, la venenosa benevolencia del diablo, la fortuna, la verdad es que llegaba tarde casi siempre, a lo mejor era un hombre confuso, un teorema confuso, un verdugo con gesto de estar aburrido, no espantosamente aburrido, irremisiblemente aburrido, sino algo aburrido, quizá casi nada.

—¿Quieres morirte?

—No; todavía no.

—¿Cuándo vas a querer morirte?

—No lo sé, siempre tengo demasiadas dudas. Por ahora, no; pudiera ser que a fines de octubre, cuando los perros amarillean y el estreñimiento tupe a las gordas y las atora cruelmente, he ahí el argumento del sainete, perdonadme los últimos involuntarios aciertos. Hacia fines de octubre es buen tiempo para morir; los alquileres de los nichos suben pero eso es algo que a los muertos no nos preocupa, que se preocupen los vivos, esos animales vanidosos y proyectistas a los que un cáncer come por dentro sin que nadie precise fingirlo, hay quien se deleita fingiendo el cáncer, es una forma de implorar la benevolencia, también la compañía a veces irritante. No; por ahora no pienso morirme. Los vivos se denuncian los unos a los otros para seguir viviendo, y juran en falso y mienten para seguir viviendo. La muerte es una infamia, sí, animula vagula, blandula, hospes comesque corporis, etc., pero la vida no es sino una inercia, un doloroso experimento sin demasiadas variantes.

Antolín no tenía novia pero tampoco la necesitaba, el vicio solitario es menos monótono de lo que se piensa.

—¿Esa idea es del Padre Mariana?

—No, esta idea es de don Baltasar Cedillo, el que fue subsecretario de Obras Públicas.

—¿El amante de la pelirroja Lady Bodman?

—Sí.

Este libro debiera haberse titulado *La danza de la muerte del último ángel* o al menos *El limbo de las manzanas venenosas*, pero su autor no pudo resistir las presiones recibidas para que no lo fuera de ninguna de las dos maneras. El mochuelo

rabón es pequeño y dice «quiiuu, quiiuu», varía poco. La mujer alta y saludable se resigna, hace crucigramas y se acaricia el clítoris con una pata de conejo.

—Lo que le da gusto y le trae suerte.

—¿Cómo lo sabe, tierno tonto descompasado por los más silenciosos rinconcillos?

—Lo sabe todo el mundo. Y le ruego que no me considere tierno tonto descompasado por los más silenciosos rinconcillos, no me obligue a suponerle infame. Eso de tierno tonto descompasado (o con compás) no reza conmigo, lo que me sucede es que soy un poco tartamudo y padezco frecuentemente hipo. Las mujeres me rifan porque les doy gusto con los ataques de hipo. Pío XII fue muy famoso por sus ataques de hipo, y también mosén Lorenzo Riber, de la Real Academia Española. Yo hago gozar a las mujeres con mis ataques de hipo, las indias chibchas son las más reacias pero las negras de la Martinica se vuelven locas, también las escocesas, las holandesas y algunas noruegas de los fiordos de Sogne y Hardanger.

El otro se volvió hacia la pared pintada de color crema tostada y dijo,

—Eso es lo que él se cree. Todos los contrabandistas son iguales: fatuos y lujuriosos.

Y otro que estaba haciendo flexiones en el montante de la puerta habló con su vocecita quebrada.

—Todas las familias del pueblo redimen una puta y la ponen a fregar las escaleras, en esto son muy tradicionales y cuerdas y hacendosas.

—¿Las putas?

—No, las familias.

—¿Y ninguna se subleva?

—¿Las familias?

—No, las putas.

—No, ninguna. Hace años fue ahorcada en la plaza pública una puta portuguesa que probó a sublevarse; el acto fue muy bonito aunque la lluvia lo deslució un poco, aquí llueve con frecuencia innecesariamente y a destiempo, y las familias levantaban a los niños en brazos para que aplaudiesen y tomaran ejemplo de conductas.

—¡Muera la puta!

—¡Muera, sí! Pero estaos quietos: ya la apedrearéis cuando exhale el último suspiro.

—¿Y antes, no?

—No; antes, no. Antes hay que guardar compostura; es orden del señor juez, a quien toca prender fuego al pubis de la muerta, el reglamento es el reglamento.

La multitud clamaba (no rugía).

—¡Queremos más putas en la horca! ¡Portuguesas, francesas o españolas, nos es lo mismo! ¡Aunque sean inglesas o alemanas! ¡Queremos que la horca se sacie de putas de los siete colores y de los tres olores!

Pero la autoridad predicaba circunspección y compostura.

—No, por hoy ya está bien. ¡Medida, ciudadanos, medida! Las otras putas aún pueden aguantar varios años los embates de los padres de familia barbudos y de los hijos de familia barbilampiños y también maricones y tañedores de laúd o fagot y clavicémbalo u ocarina, según las circunstancias. No estamos en tiempos de despilfarro y la nación debe aprender a administrarse, a administrar la miseria, a administrar la sequía, a administrar los incendios, a administrar la bazofia y la podredumbre, los maricones son muy duchos en mandar a los sobrinos al suicidio y hacer quebrar editoriales. Ya no quedan tierras vírgenes para brindarnos cosechas aparatosas y pródidas como mujeres semitas. Ahora todo se ha puesto incómodo. Estoy tan aburrido como el que más aunque no llegue tarde, pero sé que debemos ser cicateros y no ahorcar todavía a las putas que puedan sernos de utilidad. Tened paciencia. Perdonadme que me vea obligado a dictar órdenes antipopulares y rogad a Dios por mí.

El crisantemo blanco es la flor insignia de las putas muertas, no es costumbre perder la virginidad en los prostíbulos pero también se dan casos. En la pared se pintaba una mancha de humedad en forma de puta ahorcada.

—Eso trae buena suerte.

—No; eso es puramente casual, lo mejor sería secarla con una plancha de carbón.

—¿Pongo papel secante, papel de barba, papel de estraza, papel de cartucho de ferretería, de cartucho de puntas de París?

—No, no es preciso; a lo mejor se seca sólo con la plancha y soplando un poco.

—No creo, parece profunda.

El médico dio un portazo que no iba contra nadie porque la habitación estaba vacía.

—¿Se han llevado al muerto?

Nadie contestó y el médico levantó un poco la voz, no mucho.

—Digo que si se han llevado al muerto.

Y el muerto, con un hilo de voz, le dijo,

—No; estoy aquí todavía, quizá no me vaya hasta el lunes porque los funerarios se fueron a bañar al río y a tomar el sol en la entrepierna.

—¡Ah, bueno! La verdad es que tampoco tengo demasiada prisa, el departamento es espacioso, el papel de las paredes es algo cursi pero el departamento es espacioso. ¿Quedan cocacolas en la nevera?

El muerto bajó la voz un poco más.

—Yo no contesto necedades: mira tú, si quieres, que yo no puedo moverme. Yo casi no puedo ni hablar.

Cuando un hombre llega tarde y una mujer le reconviene y blasfema es señal de que algo no marcha en el cuarto de baño. Nicolás desvirgó a su novia con un dedo al salir de la catequesis, fue en el portal de las señoritas de Ródenas. La cultura no debe hacerse popular, pero la ópera italiana es un fenómeno marginal a la cultura.

—¿Quieres comer?

—No quiero comer.

—¿Quieres beber?

—No quiero beber.

—¿Quieres morirte?

—No; ya te lo dije. Quiero que te mueras tú, estaría dispuesto a aplaudirte, a escupirte y a cerrarte los ojos. La muerte es lo único que no muere jamás, que no cesa.

Un caballo alazán cubría a una yegua torda, un escarabajo de oro montaba parsimoniosamente a su hembra también de oro refulgente y un misionero barbudo fornicaba con una estilizadísima galga afgana componiendo una muy armoniosa figura.

—Nunca me han interesado los animales de digestión lenta. Decía Goethe que el hombre, mientras aspira a algo, se mueve en el error; los animales herbívoros son de digestión lenta y yo prefiero la ruina a la condescendencia.

—¿Usted sabe bien lo que dice?

—No; ni yo ni nadie, pero el mundo rueda y usted, a veces, lo repite, me lo dijo su cuñada, esa cerda vomitadora sobre sus hijos indefensos, más le valiera no claudicar como una serpiente bajo los granados florecidos. ¿Quiere que juguemos a la brisca?

—No.

—¿Quiere que hagamos las cochinadas?

—No.

—¿Quiere que nos vayamos a confesar a la colegiata?

—No.

El que hacía flexiones se cayó y se rompió una pierna.

—¿Le duele?

—Sí, mucho. Me duele un horror.

La abubilla, con su cresta eréctil y su languidez, vuela como una mariposa y dice «pupuput», se le oye desde muy lejos.

A Leoncio se le murió la novia ahogada en el río Cabriel durante una excursión con el colegio. El dueño del café El Tigre de Cobre le negó un helado de frambuesa al sacristán del Perpetuo Socorro.

—¡Largo de aquí, sátiro de mierda, saltatumbas! En este establecimiento está reservado el derecho de admisión y a usted no me da la gana de servirle un helado de frambuesa, lo más que le doy es un refresco de zarzaparrilla.

—Bueno, le perdono que me insulte, sus ofensas me resbalan, pero el caso es que yo no quiero ni tampoco necesito un atroz refresco de zarzaparrilla.

—Pues entonces se va a la calle, eso es cosa suya. En el establecimiento no se puede estar sin consumir constantemente, tampoco se permite beber con excesiva lentitud.

—Adiós.

—Adiós.

La pierna del de las flexiones estaba partida por tres sitios.

—¿Le duele?

—Sí, ya le digo. Me duele un horror.

—Tenga un poco de paciencia, los practicantes se fueron a bañar al río y a tomar el sol en la entrepierna.

—¿También ellos?

—Sí.

En el solar de la esquina hay un esqueleto de caballo, el sol y la luna llevan ya muchos meses sacándole brillo.

—¿Quiere entablillarme la pierna con dos huesos de caballo?

—No.

—¿Aunque se lo pida por caridad?

—Aunque me lo pida por caridad.

—¿Aunque se lo pida por amor de Dios?

—Aunque me lo pida por amor de Dios.

—¿Por qué se niega siempre a todo?

—No lo sé, quizá por costumbre.

Este libro debiera haberse titulado *Monótonos amores con una mujer etíope*, pero no pudo ser; hubiera sido una gran torpeza política. No debe recibirse al vencedor con arcos de triunfo porque se reblandece y poco a poco se va convirtiendo en un parásito administrativo. El vencedor está siempre al borde de la ternura y al final acaba siendo ovacionado por los enemigos naturales del hombre, a saber: la mujer, el sacerdote y el jubilado de levita y braguero. No convivas con traidores ni con procesalistas porque acabarán haciéndote jurar alguna bandera, cualquier bandera, quizá tres banderas diferentes, la holandesa, la rusa y la española, como a Juan Van Halen, el oficial aventurero, aprende de los animales del monte, la comadreja, el lince, el lobo, que comen palomas torcaces y desprecian a los comerciantes al por mayor y a los navegantes de altura, sólo admiten a los comerciantes al por menor y a los navegantes de cabotaje, a los que no tienen por qué mirar a las estrellas sino es por pura poesía. El triunfo es como una espiga enferma.

—Déjame fingir que muero en un rincón, olvidado de todos, y reconfortate soñando exequias artificiales en las que los cadáveres naufragan en agua de rosas y son vitoreados por los niños de los orfanatos, casi todos de color gualdo y un poco cabezones, con sus humillantes mandilones con trabilla, su pelo al rape y sus banderitas de papel.

—No te dejo fingir la vida misma, prefiero que te mueras de verdad y gritando necedades como los héroes de las barricadas.

—No quiero ser amanerado y convencional héroe de barricada, son todos iguales.

—Es la costumbre de la sociedad, observa que los recaudadores de contribuciones

aprovechan los días de fiesta para vestirse con pantalones vaqueros, tocarse con la gorrilla del Che y hablar de mayo del 68.

—¿Piensas organizar brigadas de castradores asépticos?

—No; quizá no. Lo pensé un tiempo pero después lo fui olvidando poco a poco. Prefiero sonreír con el agua al cuello, a ahogarme en la munificencia del prójimo de la bronquitis. Hablemos del escalafón del oprobio.

—No quiero.

Este libro debiera haberse titulado *Parsimoniosos amores con un efebo somalí*, pero no pudo ser; hubiera sido un gran acierto político, sin embargo. Desde aquí saludo a las rameras del aceite y del muriato de ajonjolí, todas parsimoniosas, y les agradezco su gesto condescendiente y perdonador. La amapola pinta los campos de rojo hediondo.

—¿Por qué no huyes en dirección contraria? Yo soy la salud y la vida, la elasticidad, el placer y la elegancia, la salud es más hermosa que la vida, la vida no se elige sino que se padece, la elasticidad quiebra antes de oxidarse, el placer no puede compartirse con conocimiento, la elegancia suele agazaparse detrás del ánimo, todavía estás a tiempo de huir. ¿Por qué no permites que te bese con mi boca oficialmente hedionda? Huye al páramo y anégate en la soledad y la sobriedad, es la venganza de los virtuosos derrotados. ¿Por qué prefieres la muerte a la vida?

Trabajosamente se perfila la silueta de un guardia robusto, ahora los guardias se disfrazan de avestruces para mejor peer granadas de mano. Eusebio ni quería ni odiaba a Marisol, su novia; estaba acostumbrado a ella.

—Te pregunto, ¿por qué prefieres la muerte a la vida?

—Es sólo un fingimiento.

Un bando de codornices grises y minúsculas huye despavorido entre un aletear sonoro, confuso y polvoriento.

—¡Qué asco!

—¿Qué más te da? Corren batiendo alas con vigor hacia la muerte, van ya algo cansadas, pero llevan el corazón rebosante de alegría; parecen niñas jugando al diábolo ante las tapias del hermético limbo, en estos instantes nadie prueba a engañar a nadie.

—¿Quieres que saludemos a los condenados a muerte?

—No; no los agobies, déjalos dormir tranquilos, déjalos morir tranquilos.

Ahora los guardias se disfrazan de bisontes y de búfalos para mejor servir sus inclinaciones más pregonadas.

—Te pregunto, ¿por qué prefieres la muerte a la vida?

—Te respondo: no es verdad, es sólo un fingimiento.

—Anoche te metiste con una gallina en la cama a hacer el amor.

—Sí; no me recuerdes su gloriosa agonía.

—Confía en mí: yo soy muy respetuoso y discreto. La gallina, en el momento de morir, tuvo un acceso de fiebre.

—No me extraña, las gallinas gozan mucho y con muy alborotador descaro. Y en el momento de morir de amor no cacarean sino que dicen palabras, confusas palabras, misteriosas palabras como las amantes novicias.

—¿No te da vergüenza comer gallinas recién amadas?

—No, ¿por qué? No sólo no me da vergüenza sino que me causa un gran deleite, observa que jamás lavo sus cadáveres. A la muerte se debe responder con la vida para ahuyentarla.

—¿Por qué prefieres la muerte a la vida?

—Es al revés. Parece mentira, pero no lo entiendes.

—¿Por qué prefieres la muerte a la vida?

—Es sólo un fingimiento, un disimulo, un válido arbitrio. Yo prefiero la muerte a la vida pero busco decir lo contrario, se conoce que es una servidumbre quizá automática, casi automática.

Nadie llega jamás tarde a ningún lado y todos cultivan un gesto malévolamente aburrido, venenosamente hastiado.

—¿Por qué no estudias la teoría de las sumisiones?

—No, ¿para qué? Las situaciones están mejor temblorosas y sin arreglo y la sumisión destierra a la dignidad. Amas a una mujer, amas a una cabra, amas a una gallina, ¿qué importa? Las tres son animales eróticos, una se muere pero las otras dos viven y las tres gozan sin gratitud. No agradezcas a nadie el bien que brindas y, por el camino contrario, apoya la gratitud en la esperanza. Nadie es nunca lo bastante rico en amor y en mansedumbre. No quisiera salir huyendo porque se descompone la figura, es preferible la noche para huir.

—El acto del amor también descompone la figura.

—Sí, pero recuerda que es preferible la noche para amar, no lo olvides nunca. Pienso, en cambio, que se debe morir de día y con los zapatos puestos, bien lustrosos y con las suelas nuevas, jamás en zapatillas.

—¡Qué ordinario y basto resulta morir vestido sin demasiado aseo ni dignidad!

—Sí, ¡más vale ni pensarlo siquiera! Morir en zapatillas de orillo es una claudicación que sólo puede permitirse la gente muy de abajo.

—La muerte también es una claudicación.

—Sí, pero menos ridícula y humillante.

Este libro debiera haberse titulado *La taza de porcelana y el nenúfar con un tatuaje en la garganta*, pero no pudo ser; hubiera sido una concesión al sentimiento. El hijo de mi amigo Lucas se ahorcó porque le faltó el ánimo; se llamaba Mateo Rucas y era un buen muchacho, puede que un poco tímido, algo corto, esto no se sabe nunca y a veces salta la sorpresa. Mateo Rucas tenía cinco amigos verdaderos, todos lloraron su muerte y juraron vengarlo: Antolín Jaraicejo Méndez, alto y pelirrojo; Nicolás Mengabril Artieda, que aprendió a tocar la corneta en África; Leoncio Alange Garganchón, que jugaba al billar mejor que nadie; Eusebio Corchuela Redondo, que no pronunciaba bien las erres, y Fidel Barbaño Matueca,

gran bailarín.

—¿No era éste quien padecía de blenorragia crónica?

—Blenorragia, sí, pero crónica, no. Tanto Mateo Ruelas como sus cinco amigos eran mozos de la quinta del 82, que según es sabido produjo reclutas muy fuertes y saludables.

El novio de Estefanía Yellowbilled le dijo a Pamela Pleshette, la del obispo de Restricted Beach, Florida.

—Anda, ponte las bragas que por hoy hemos terminado. Prepárame la merienda y recuerda que mi religión no me prohíbe alimentarme de gorriones fritos y tapioca, mi religión tan sólo me prohíbe el pan.

Los políticos entonan la loa de la holganza y priman la enfermedad y la debilidad para sumar votos al despropósito; poco importa que los países se hundan en una marea nauseabunda si se salvan las metas, el subsidio de enfermedad, el subsidio de paro, el subsidio de vejez, el subsidio, mientras los jóvenes sin trabajo fuman yerba y sueñan con trabajar un día, tan sólo un día, tampoco es saludable la voracidad, para poder acogerse al subsidio, siempre hay algún subsidio y algún asco fundamental. Las autoridades se reúnen a tomar café descafeinado con leche descremada y sacarina en el bar de camareras chinas y obedientes mientras los mendigos untan de mierda de pavo los cristales.

—¡Que llamen a los avestruces, a los bisontes y a los búfalos! ¡Hay que acabar con este espectáculo incivil!

—¡Calma, calma! No desates jamás la ira de nadie, déjala que vaya languideciendo poco a poco y sin mayores sobresaltos ni vaivenes.

—¿Como el amor?

—Eso, como el amor. O no: más bien como el placer. Cambia los amores y los odios pero no los placeres ni las iras. El corazón del hombre se alimenta de muy raras nociones y pace en muy acotados dominios.

—Eres suavísima y arbitraria y desearía para ti las zurras de la santidad.

Los bienaventurados se refocilan en un magma de engrudo teñido con colorantes nocivos para la salud. Sus actos vergonzosos acontecen en las más ruines y míseras chabolas del suburbio, mientras las madres se mueren de hambre, los niños se mueren de sed y todos maldicen y se mueren. Este libro debiera haberse titulado *La copa de finísimo cristal y el gladiolo con un tatuaje en cada nalga*, pero no pudo ser; hubiera sido una concesión al favor. A Fidel le duraban poco las novias porque le gustaba variar. Los moralistas felicitan sin gesticular a los bienaventurados y los animan a perseverar en la senda de la bienaventuranza. Bienaventurados los ciegos porque ellos verán el tenue tatuaje del alma de Dios, mitad nenúfar y mitad gladiolo. Bienaventurados los sordos porque ellos oirán las tiernas endechas que emanan de la silueta del alma de Dios, mitad veneno y mitad laguna. Bienaventurados los paráliticos porque ellos, sentados en su sillón de ruedas, verán cómo jadean y se descorazonan los atletas que corren en pos de Dios inalcanzable. Le juro que no

puedo saber lo que pienso hasta que no lo veo escrito.

—Eres dulce y maniática como una hiena jovencita y en la cocina de casa de tus padres hierva un aromático puchero de fetos sazonados con las más raras y difíciles especias del Malabar. ¿Me das un vaso de vino?

—Sí. ¿Tinto?

—Sí.

El bandolero, después de beberse el vaso de vino, cegó a la condesa quemándole los ojos con un cigarro habano ardiendo.

—¿Así?

—Sí, así. ¿Por qué me querrás tanto?

—Lo ignoro. ¡Me siento tan a gusto en tu compañía! Tráeme mi libro de oraciones.

—No puedo. ¿Te olvidas de que soy ciega desde hace unos segundos?

—¡Ah, claro! ¡Qué cabeza la mía! Perdona mi distracción y vete desnudándote con recato. No apagues la luz porque estás ciega, ¿para qué vas a apagar la luz, si estás ciega? Abre el balcón de par en par para que te vean los vecinos ciega y desnuda, ya te iré yo contando las masturbaciones violentas de los coroneles retirados, las masturbaciones pecaminosas del bachiller y su madre todavía joven, las rítmicas masturbaciones de las siete huérfanas del tejado. ¡Desnúdate!

—Tengo frío.

—No seas desobediente. Vete al retrete de servicio y tráeme el látigo, para que te azote. Vete tanteando las paredes; lo encontrarás al tacto, detrás de la puerta. Date prisa porque debo azotarte por desobediente y sin perder ni un solo instante.

Apoyado en la nostalgia geométrica del azar me siento capaz de mover el mundo con una sola mano. La hembra del ruiseñor puso un huevo en el nido de la corneja, otro en el de la golondrina y otro en el del cuervo de los ojos de miel. De tanto adulterio brotó la delicada *Sinfonía de la rosa de té*, la obra perdida de Vivaldi, que el bandolero interpretaba al piano entornando los ojos.

—¿Te gusta?

—Mucho.

—¿Y entonces, por qué no me miras?

—No puedo. ¿Te olvidas de que soy ciega de nacimiento?

—¡Ah, claro! ¡Qué cabeza la mía! Perdona mi distracción, creí que no eras ciega de nacimiento, pero no te vistas, lo más probable es que te atienda cuando acabe de tocar la *Sinfonía de la rosa de té*.

—Como quieras, amor mío.

Antolín Jaraicejo no tenía novia, para lo que él necesitaba a la mujer, valía cualquiera, ahora casi todas las hijas de familia ganan algún dinero, son cajeras en un supermercado, cuidan niños, trabajan en una oficina o estudian algo, hay muchas carreras no demasiado difíciles, y entonces se la menean bastante correctamente a quien se lo pide e incluso se acuestan con él, ya se sabe que es mejor tratarse un poco

antes de irse a la cama pero no es necesario; para el sexo no hace falta estar aburrido ni solo pero el aburrimiento y la soledad ayudan mucho, ésta es la teoría del ex subsecretario don Baltasar, el amante de la aristócrata inglesa de pelo colorado. El botón de oro adorna el suelo con irreverencia, hay quien piensa que hasta con lascivia. La hembra del ruiseñor, sembrando huevos en lugares imprevistos, fue quizá la causa de la tos espasmódica de la condesa ciega, hay extremos históricos difíciles de precisar, sin embargo, y no es adecuado que los actos gloriosos (o singularmente confusos) sean juzgados por el monótono hastío de la rutina; la situación no tiene arreglo fácil porque la inercia lastra los entendimientos y la otra inercia ventila las memorias. Las voluntades yacen muertas al borde del camino desde muchos años atrás; los niños se orinan muertos de risa sobre los montones de las inertes voluntades, y las niñas, agazapadas tras las troneras de la torre del castillo, se cogen el tierno sexo con las manos y aprietan fuerte mientras se muerden el borde de la falda. Es delatora la forma de higo, la consistencia de higo, es delator el sabor de higo, el acre aroma de higo del sexo, tierno como las infidelidades de la hembra del ruiseñor, de las insaciables niñas agazapadas tras las piedras ilustres, ahí nacen las aplicadas lesbianas como el dulcísimo musgo de la fuente, las esbeltas y dulcísimas lesbianas que componen versos de amor llenos de ira y de desesperanza.

—Perdonadme, señora, el que haya obrado mal a mi pesar, o no, quizá fuera más exacto decir al margen de mí mismo. Los hombres que producimos la miel, que administramos la miel que producen las abejas, debiéramos tener un ojo de un color y otro de otro, para que los caminantes pudieran distinguimos y huir a tiempo de salvar la vida y la paz. Muy pocos hombres y muy pocas mujeres tendrían el ojo derecho del mismo color que el ojo izquierdo, exactamente del mismo color, esto parece una parábola pero es una evidencia, incluso un axioma. Ahora espero el instante de ser ahorcado y me entretengo con el pensamiento porque nadie quiere jugar al ajedrez conmigo. Mi amigo el descalzonado Juan Grujidora, el que se revolcaba sobre la arena de la playa con doña Rosalinda, digo con doña Dulce Nombre, a lo mejor era doña Paula, me enseñó un juego muy instructivo, escuche: las villas son nueve y cada una tiene nueve calles, en cada una hay nueve casas y en cada una hay nueve gatos que cada uno mató nueve ratones que cada uno había comido ya nueve tomines de grano; se pueden hacer varias preguntas, todas innecesarias, los padres ejemplares ponen a sus hijos a hacer engañosos y prolijos problemas ninguno difícil, después los premian dejándoles ver sangrientas muertes en la televisión. Sé que más de cien mujeres quisieran yacer conmigo, pero el juez no les abre la puerta porque supone que mi semen debe ser devorado por la mandrágora, otra inercia. Perdonadme, señora, que no sea más explícito por rubor y también por dignidad, casi nadie sabe que la dignidad es un atavismo o un reflejo condicionado, determinadas situaciones deben ser tratadas con delicadeza y utilizando palabras muy usuales y ya limadas, lo contrario sería un despropósito y una concesión al gusto colectivo, al artero y poco educado gusto colectivo. A los condenados a muerte suele tratársenos con

conmiseración y muy paternal afecto, es quizá la cara más humillante de todo el trance monótono. La historia no crea soluciones, no resuelve desenlaces, quizá tampoco sea su papel, sino que refleja situaciones, casi todas luctuosas y vestidas con muy carnavalesco oropel: ésta es la batalla de Lepanto, ésta la de Trafalgar, ésta la de Jutlandia, ésta la del Ebro, ésta es Ana Bolena en el patíbulo, ésta María Antonieta en la guillotina, ésta Mata-Hari ante el piquete de fusileros, ésta Marujita Zarza en el garrote, etc. Los niños de las escuelas se ríen de las batallas y de los poderosos y de los famosos caídos en desgracia, es la regla general y pudiera ser que también la costumbre saludable, ya es sabido que el instinto de conservación es un sentimiento muy duro y automático. Yo, señora, he abdicado ya del instinto de conservación porque esta cárcel tiene unos muros infranqueables, también porque no estoy arrepentido de nada y porque prefiero la muerte a la indulgencia; lo malo es que no se me ocurre ninguna frase solemne para el turno de últimas palabras, aún tengo algún tiempo para discurrirlas. La novia de Mateo Ruecas se llama Soledad Navares y es morena y garrida, cachonda y tímida, alegre por lo discreto y prudentemente hacendosa. Mateo Ruecas y su novia, en un rincón del bar, un poco en la media sombra, a la izquierda según se va a los urinarios, la verdad es que oler ya huele desde antes pero pronto se acostumbra uno, Mateo y la novia, iba diciendo, y los amigos y sus parejas beben coca-cola con vino y comen, bueno, pican almendras y aceitunas, altramuces y patatas fritas, cangrejos de río y tiritas de bacalao. Hace calor, mucho calor, siempre que va a pasar algo hace calor, mucho calor, y en el bar los mozos y las mozas sudan los unos contra las otras y al revés, el sudor los pega como si fuera cola de carpintero, da gusto, también los pega la saliva, y las moscas van despacio por la pared o se están quietas como muertas, sólo vuelan seis o siete pero en el techo hay sesenta o setenta, quizá seiscientas o setecientas, las cintas de atrapar moscas están ya negras y rumorosas. El bar tiene nombre, claro, todos los bares tienen nombre, pero mi director espiritual, que también es abogado, me dijo que no lo pusiera. Antolín, como no tiene novia, se arrima a una forastera que no entiende español, a lo mejor es francesa o alemana, portuguesa, no, esto se les nota; una pareja no necesita entender las palabras para ponerse a tono, o sea para entrar en sazón, el magreo es una especie de telégrafo del tacto que vale para todo el mundo. Me parece que ya se dijo que Nicolás Mengabril desvirgó a la novia con el dedo, estoy casi seguro de que ya se dijo, la verdad es que cada cual se las arregla como puede, de haber bajado en aquel momento alguna de las siete señoritas de Ródenas se hubiera escandalizado, de eso no hay la menor duda, ni la más mínima, la cultura es casi la costumbre, es un sedimento muy borroso, muy tenue, tampoco convendría que fuera demasiado firme y avasallador. Martirio, desde que Nicolás la desvirgó, se deja hacer, no colabora mucho pero se deja hacer. A Leoncio Alange Garganchón se le ahogó la novia, ya se dijo, casi todo hay que decirlo siempre varias veces para que la gente lo aprenda, a Leoncio se le ahogó la novia, ¡también es mala pata!, se llamaba Reyes y le gustaba mucho el anís, Leoncio sale ahora con una hermana de la novia muerta,

Visi, no son novios formales pero van camino de serlo, se ve en las actitudes y las inclinaciones. Eusebio Corchuela mete mano a Marisol por rutina, ninguno de los dos se cansa porque la rutina también es acompañadora. Queda Fidel Barbaño, alias Tomillo, a éste le duran poco las novias, es un picaflor, Fidel pasea desde hace quince días a Romulita, la niñera de las dos hijas de la boticaria, a las niñas para que se entretengan y no interrumpen les dan un rollo de papel de retrete, es muy divertido. Mateo Rucas y Soledad, o cualquiera de las otras parejas menos Antolín y su turista, tienen la siguiente conversación, más o menos: ¿me quieres mucho?, sí, mucho, ¿te doy gusto?, sí, mucho, ¿me juras que sé darte gusto?, te lo juro, mucho gusto, ¿me querrás siempre?, sí, siempre. Después guardan silencio unos instantes, se palpan y siguen, no puedo resistir el amor que te tengo, ni yo, no puedo resistir lo mucho que me gustas, ni yo, estoy a punto, y yo, estoy caliente, y yo, estoy que no puedo más, ni yo, estoy que no respondo, ni yo, la tengo dura como el pedernal, la tienes siempre así, ¿quieres que te la dé entera?, no puedo, ¿por qué no puedes?, estoy con el mes, ¿por qué no me la mamas?, vale, sal al corral, vale, ¿quieres que me la saque aquí mismo?, no, sácate las tetas por el escote, no, una sola, vale, en la televisión están dando el partido de fútbol entre España e Irlanda del Norte y la pareja no tiene que salir al corral porque en cuanto ella se saca una teta por el escote él se corre, ¿sin sacársela de la bragueta?, sí, no le da tiempo, hace mucho calor y los mozos, después de correrse sin sacarla, apoyan la cabeza en el hombro de la moza, encienden un pitillo y se quedan en silencio mirando para la televisión. Todo esto a lo mejor es mentira y nadie se la meneó a nadie, los testigos lo niegan pero don Cosme, el señor juez, dice que sí, que las mozas, que son todas unas putas, se la estaban meneando a los mozos, que son todos unos viciosos antisociales, sin dejar ni uno, esto a lo mejor también es mentira y ni todas se la estaban meneando a todos ni todos se la dejaban menear al mismo tiempo, esto es mucha casualidad, a veces hay alguno que no quiere porque le duelen las muelas o porque le da corte, era la palabra del juez y testigo contra la de los actores y testigos, la cosa queda rara y además tampoco se puede meter a nadie en la cárcel por paja de más o de menos, en Archidona pasó algo parecido y la gente tomó a cachondeo a los jueces, lo malo es que aquí hubo un muerto.

El mirlo fue el pájaro de mi feliz niñez, el mirlo silba con mucha melodía y no disimula jamás los sentimientos, el mirlo canta con mucha variedad, imita el silbido del hombre y en su lengua dice varias palabras, expresa diferentes ideas o pregona ciertas advertencias y alarmas, cuando se posa grita «tix, tix», cada vez más deprisa, del peligro de los animales terrestres, perros, gatos, niños, avisa con un dulce «dinc» o «dinic», para anunciar el peligro de los animales aéreos, gabilanes, azores, cometas de larga cola de lazos de papel, dice un breve y agudo «shi, shi» y para pedir amor canta «sriie, sriie», de niño en Iria Flavia tuve un mirlo que se llamaba Tabeirón que silbaba los primeros compases de la Marcha Real, se los enseñé yo con mucha paciencia, el mirlo estaba en libertad, vivía en el cerezo de la galería del norte, pero

era mío, venía en cuanto me veía venir y se me posaba en un hombro o en la cabeza, yo le daba muñecas o grosellas según la estación del año.

Me preguntaba en su carta, señora, si podría conseguirle un par de invitaciones para la ejecución; aún no las he pedido pero no creo que me las nieguen puesto que soy el personaje central, el héroe de la fiesta, y nuestra sociedad es muy condescendiente con los primeros actores. No me gusta jugar con ventaja, pero tampoco creo que deje huir la ocasión más propicia de complaceros. La mancha en forma de rueda de la fortuna que tengo en el bajo vientre ha cambiado de color, era roja y es malva, quizá sea la falta de hábito a mi situación, que no es incierta, bien lo sé, pero tampoco cómoda. Nadie tiene la menor curiosidad por verla y el médico, cuando se lo dije, me ofreció un cigarrillo y sonrió. Los cangrejos de mar no son animalitos muy inteligentes y pueden pescarse con las artes del olvido o con las mañas del disimulo, los cangrejos de río por ahí se les van, tampoco entro en mayores explicaciones porque no merecería la pena. Yo ignoro si los cangrejos tienen nombre propio y apellido común o carecen de él, sería gracioso censar a los cangrejos por sus nombres y apellidos y pasar lista cuando la veda los defiende. Perdonadme, señora, el que haya obrado mal al margen de mí mismo.

—Alejad todo cuidado de vuestro ánimo, miserable reo de muerte, ya sabéis que yo os amo como si fuerais un honesto hombre del montón, un hombre corriente y moliente y hambriento. Si no morís en la cama y rodeado de mil consideraciones no es culpa mía, creedme, ni vuestra, sino de la costumbre que no acaba de madurar. Nosotros dos bastante hacemos con mostramos lascivos y misericordiosos como los gusanos de los muertos, o lascivos y misericordiosos como los delfines amaestrados. La culpa es de los demás, de los obispos y los ferroviarios y sus mujeres siempre con sed de cerveza, de whisky de malta o de ginebra, según el color del pelo, y jamás saciadas. No debemos discutir por la culpa ni rifar la culpa, ¿para qué? La culpa es como una sarta de esas rosquillas empalagosas y venenosas que se regalan a la puerta de los colegios de pago, jamás a la puerta de las escuelas públicas, y que revientan niños ricos entre retortijones. ¿Por qué las mujeres vestidas de tul prefieren las rosas de Jericó a las rosas de té? Vuestra culpa es mi culpa, pero los dos pecamos por omisión y tras habernos emborrachado con anís como los cingaros, a mí me gustaría más escribir zingaros con zeta como los italianos, lo encuentro más natural. La destilación de la ropa usada produce anís dulce y en los países pobres, las familias pobres instalan alambiques en los que destilar ropa usada, calcetines y camisones, y emborracharse de anís dulce para defraudar los deseos del príncipe.

No te esfuerces porque aunque la encierres bajo siete llaves, la aguja apuntará siempre al norte. Este libro debiera haberse titulado *Las púas de San Jerónimo o juguete al viento*, pero no pudo ser; hubiera sido causa de siniestro porque aún peor que la guerra es el miedo a la guerra (Séneca) y los hombres hacen un desierto y le llaman la paz (Tácito). Recuérdese que no hay un demonio de la guerra pero el demonio nace de la guerra; tampoco hay un ángel de la paz pero el ángel brota como

una yerba aromática del suelo de la paz, Dios no es pariente ni de los demonios ni de los ángeles, Dios es la unidad de la materia, algún día se demostrará, o un infinito y delicadísimo ser de materia metafísicamente desconocida y quizá gaseosa o paragaseosa, algún día se demostrará. Sí; mejor es que estas páginas no se hayan titulado como digo, porque entre un hombre colgado de un pie y el baldosín del piso siempre flota la sombra de la duda. Un indio jíbaro no es menos resistente que un capataz de petroleros, pero está peor armado y tiene menores dudas sobre la eternidad; el mundo no termina tras aquellos montes, aunque haya algunos viejos que digan que sí.

—Te pregunto, ¿por qué prefieres la agonía a la muerte?, y me respondes: porque soy muy respetuosa con la tradición familiar. Las mujeres no tenéis por qué ser respetuosas con la tradición familiar, tampoco con la tradición popular ni con nada, a las mujeres os salvan vuestros propios defectos adquiridos o las propias imperfecciones heredadas. Ésa es vuestra ventaja.

—Cuentas el suceso como te conviene, porque no fueron así ni tu pregunta ni mi respuesta. Yo buscaba la perfección constituyente, no la imperfección heredada, determinadas lombrices intestinales, como ciertos ángeles, carecen de ano.

El novio de Estefanía le regaló a Claudina un ramo de flores en forma de corazón, hecho con crisantemos robados.

—¿A los muertos?

—Sí, ¿por qué?

—Por nada.

Al novio de Estefanía le gustaba mucho palparle las nalgas a Claudina, la cuñada de Estefanía, que era muy complaciente y generosa.

—¿Quieres que mañana te envíe otro ramo de flores?

—No; no desvalijes a los muertos, déjalos que duerman tranquilos su sueño eterno.

—No es así, lo eterno carece de principio y de fin, ni nace ni muere sino que es y jamás deja de ser, ya era antes del comienzo y sigue siendo después del fin, y el sueño de los muertos comienza con la muerte.

—Y termina el día del Juicio Final, pero no nos metamos en temas prohibidos y dejemos esto, tú ya cumples sobándome pulgada a pulgada y sin respetar ni los más recónditos recovecos de mi cuerpo. Tú sabes que te estoy muy agradecida.

—Sí, por eso sigo y no por ninguna otra causa; yo soy muy sensible a la gratitud.

—¡Qué jactancioso!

—No; te aseguro que es verdad y no jactancia lo que te digo. La procesionaria siembra el pinar de regueros venenosos, pero en mi alma siempre queda un último rincón en el que acoger la gratitud del prójimo. El gusano de las mecedoras, el gorgojo de los ataúdes y los pianos y la oruga de la urticaria producen electricidad, lo que acontece es que su explotación todavía no es rentable, obedece a una técnica muy rudimentaria y los inversores pierden la paciencia.

—¿Y retiran su dinero?

—Eso; retiran su dinero y lo arrojan por la boca del horno crematorio.

Este libro debiera haberse titulado *Las florecillas de santa Gemma o el niño ahogado en un pozo sin brocal*, pero no pudo ser; hubiera sido ligeramente vergonzoso implicar a santa Gemma en el confuso suceso del niño ahogado, nunca se sabría la última palabra verdadera del desgraciado accidente.

—Yo no creo que haya sido un accidente.

—Ni yo; pero la versión oficial habla de accidente, se conoce que resulta más barato, también más socorrido y espiritual.

El arrendajo tiene los ojos de color azul celeste y canta en coro, «scraae, scraae». La hembra del jilguero puso un huevo en el nido de la víbora, otro en el de la tarántula y otro en la inclusa, los tres hueros. A veces hay que tener mucha paciencia y mucha entereza para no jugarlo todo a una carta, el tres de oros, por ejemplo, o la sota de espadas, o el siete de copas, o el as de bastos, y prender fuego al monte.

—¿Me permites rociarte con gasolina?

—No.

—Quizá hagas bien obrando con prudencia. ¿A quién pueden importarle los papiros del Mar Muerto?

—Lo ignoro.

La hembra del cuervo de los ojos de miel puso un huevo en el pararrayos de la fábrica de azúcar, lo dejó atado con una cinta con los colores de la bandera, ésa es una de las señales del fin del mundo.

—Aún faltan algunas.

—Cada vez menos.

—¿Indefectiblemente?

—Sí.

Los cristobitas del guiñol dormían, cada uno en su caja de zapatos; el patrón les había hecho muchos agujeritos para que pudieran respirar y sentirse cómodos y frescos: el general, el obispo, la bailarina, el torero, el marinero, el bombero y la maja, los siete. La condesa ciega los acariciaba y les daba aliento.

—No tienen frío.

—Más vale que tengan calor.

En las plazas de los pueblos, al general, al obispo, a la bailarina, al torero, al marinero, al bombero y a la maja, a los siete, se los comen las moscas ansiosas y pegajosas. Antolín Jaraicejo Méndez es alto y fuerte y tiene el pelo colorado, da risa pero de él no se ríe nadie porque pega recio, tiene el puño muy duro, tanto como la cabeza, un día mató a un borrico de un cabezazo en la frente, al borrico le dio como un vahído y cayó al suelo muerto, Antolín no tenía novia pero se las iba arreglando, ahora no es difícil, Antolín le dijo a Sagrario, la madre de Mateo, señora Sagrario, si usted me lo manda descrismo al señor juez de un cantazo o mismo con la mano y no se entera ni Dios, y la señora Sagrario le contestó, no hijo, por la Virgen Santísima te

lo pido, deja al señor juez en paz a ver si se va amansando.

La abuelita mandó llamar a sus tres nietos y les regaló toda la tierra, a partes iguales.

—Cam, Sem y Jafet, quedaos con todo y no me deseéis la muerte. No os impacientéis ya que dentro de poco tiempo, a lo mejor no faltan sino quince o veinte minutos para el óbito fulminante, se me atascarán los cordajes del corazón o del hígado y me caeré muerta al suelo. Traedme la chichonera de vuestro tío Jeremías, el jugador de rugby, porque no me gustaría comparecer ante el Sumo Hacedor con un chichón en la cabeza; daos prisa.

La rosa francesilla es modesta pero agradecida y serena, Isidoro de Antillón publicó una novelita rosa francesilla titulada *Necesidad de asegurar con leyes eficaces la libertad del ciudadano contra los atropellos de la fuerza armada*, que tuvo muy feliz acogida en todas las clases sociales. La abuelita se quitó la peluca, se echó polvos de talco en la calva y se puso la chichonera.

—¿No le queda un poco ladeada?

—No, no importa, eso es lo de menos, con ella puesta estoy mejor y más segura; los viejos debemos usar la chichonera siempre, el sudario los lunes, miércoles y viernes y el preservativo los fines de semana. En esto del sudario debemos dar su oportunidad a la improvisación; las familias se alegran mucho cuando el muerto acierta y disparan bengalas y cohetes en acción de gracias. Las campanas de los pataches y de los bergantines reclaman los cadáveres de los naufragos cuando navegan a la altura de las islas Cíes, y las ballenas de Corcubión se topan las unas a las otras como frailes borrachos y no demasiado temerosos de Dios; en la confianza está el peligro. Vosotros, Cam, Sem y Jafet, sois todavía muy jóvenes e inexpertos y lo más probable es que os juguéis a los dados las tierras que ahora os doy y acabéis perdiéndolas; vosotros veréis qué es lo que os conviene hacer, yo jamás os pediré cuentas de vuestra conducta. Los cristobitas del guiñol son pobres y a mí no me gustaría veros tan pobres como ellos. Lo que no haré aunque me lo pidierais de rodillas será daros clases de economía doméstica; queden las aberraciones para las mozas casaderas, que vosotros sois mozos y de vuestra virilidad cabe esperar cierto provecho. Si me equivoco, vosotros sois los que saldréis perdiendo.

La abuelita se colocó bien la chichonera, que se le había ladeado todavía un poco más.

—También tengo por ahí unas monedas de oro con las que no sé qué hacer; deben ser por lo menos un millón de onzas o quizá más. Repartirlas equitativamente, como las tierras, no me parecería justo ni gracioso, tampoco honesto ni saludable. Podríamos hacer un concurso de levantamiento de piedras, de carreras cuesta arriba, de pedos descomunales, de permanencia en el fondo del mar, de beber vino, de beber vinagre, de beber agua, de comer cordero asado o lamprea guisada o merluza cocida o salmonetes fritos o lenguados a la plancha o ranas crudas pero muertas o ranas crudas y vivas, ¡yo qué sé! Alguien me dijo que se las diese a los apestados, pero no:

prefiero dároselas a vosotros, aunque vuestra conducta no sea precisamente óptima. Me dicen que frecuentáis el amor de las carcaveras y que fornicáis con ellas en los nichos vacíos. No me importa y declaro que me dais envidia. Los viejos y las viejas somos muy ridículos y envidiosos, y envidiamos todo lo que no podemos conseguir por ridículo que fuere o pareciere. Si me pongo a saltar a la pata coja entre las tumbas de mis antepasados, que son los vuestros, acabo con la lengua fuera y el corazón acelerado; por eso me estoy quieta y agazapada bajo mi chichonera, poco me importa que os riáis porque además, como sois hijos de mi hijo, me cago en vuestra madre, a la que maldigo con devoción.

La abuelita dio un leve respingo y tosió un poco.

—Si somos capaces de darle tiempo el plomo se irá convirtiendo en oro, lo que sucede es que los hombres somos muy impacientes y apresurados, cualquier pequeña desgracia nos altera la conciencia y nos desata los nervios, admitir la evidencia de que las ideas también pueden cristalizar y cobrar forma y peso previstos.

La abuelita dio otro leve respingo, tosió de nuevo un poco, dio un tercer respingo algo más elocuente, tosió otro poco y falleció. A la abuelita la enterraron desnuda pero con la chichonera puesta; a su primo Jeremías, el jugador de rugby, tuvieron que comprarle otra.

—¿Y qué pasó con el millón de onzas de oro?

—Eso es algo de lo que no se supo nada jamás.

El novio de Estefanía le dijo al bandolero de la condesa ciega,

—¿Son ya más de las siete?

—No; son ya más de las ocho.

—¡Qué horror! ¡Cómo se me ha pasado la mañana!

Claudina hacía gimnasia y se daba duchas heladas al amanecer para lucir el culo prieto y elástico y poder saciar los ardorosos palpamientos del novio de Estefanía, su cuñada.

—¿Es así como te gusto?

—Sí, pero no dejes de cuidarte ni un solo día; los culos se estropean pronto y no tienen recuperación posible.

—¿Me mandarás mañana otro ramo de crisantemos robados a los muertos?

—Sí, pero te ruego que no me pongas condiciones.

—Perdona.

El abejaruco brilla como el oro y la esmeralda y planea igual que las hojas mecidas por el viento del otoño. Claudina bajó el mirar.

—Tú sabes que guardo mi virginidad para mi anciano padre; tengo ya quince años y pienso ofrecérsela la noche de San Juan. Pero yo te pregunto: si te brindase el ojal centro y eje de mis musculadas y tensas nalgas, ¿tú lo perforarías?

—Sí: todas las mañanas, cuando cante el gallo Melquíades por tercera vez. ¿Quieres que ensayemos?

—Sí.

Claudina y el novio de su cuñada Estefanía entraron en el pajar y se acoplaron casi herméticamente.

—No te retires.

—No; estoy muy cómodo y no tengo nada mejor que hacer. A mí me parece que soy más afortunado de lo que va a serlo tu padre.

—¡Calla, tonto!

—Bueno, me callo. Pero mañana pienso saquear a los muertos. A la gente le extrañará no ver ni una sola flor en todo el cementerio.

Claudina y el novio de Estefanía tardaron en destrabarse dos horas y cuarenta minutos, quizá cuarenta y cinco.

El dueño del guiñol puso a sus cristobitas a orinar: a un lado al general, al obispo, al torero, al marinero y al bombero, en corro, y al otro a la bailarina y a la maja, una al lado de la otra. Todos tenían muchas ganas porque el dueño se había descuidado un poco, pero tampoco pasó nada porque los cristobitas de guiñol, según es bien sabido, jamás padecen incontinencia de orina.

—¡Qué alivio! ¿Verdad?

—¡Y tanto!

Después les dio una hora de recreo.

—¿Quiere usted, mi general, que juguemos a las bolas?

—¿No sería más divertido tirar a esgrima?

—Como guste. Ya sabe que me honra el complacerle.

No te aficiones jamás al lujo superfluo porque estraga el apetito. El boato de los rajás y los maharajás era de mejor fundamento que el oropel del banquero de las nueve amantes, todas vestidas de lamé de plata y con una esmeralda en el ombligo y todas con abono a la ópera. Este libro debiera haberse titulado *El cementerio de las siete ventanas*, pero no pudo ser porque nadie cedió en sus pretensiones. Detrás (o dentro) de cada automóvil de la carretera se agazapa una decepción con diente de oro y úlcera de estómago; es la norma general, el hábito, la costumbre que a todos nos atenaza con su malsana complicidad y su insidia. La monotonía no puede romperse sino es con el suicidio, ese error que se comete sólo para alterar la falsa paz de las muertas aguas familiares, la falsa calma de los confusos lodos familiares. Alejemos de todos nosotros las muertes indignas y convencionales, pero tampoco caigamos en el error de suponer que es una bendición el llevar, el conllevar, casi con resignado orgullo y aun con más resignada y fingida indiferencia, una vida indigna y convencional, a veces coronada de laureles.

Mateo no debió haberle dicho nunca al señor juez que con su novia hacia lo que le salía de las pelotas mientras ella se dejase, él dijo de los huevos, bueno, esto es lo mismo, los jueces, sobre todo si son jóvenes y tienen pacto de sangre y leche con el Espíritu Santo o con Belcebú, esto también es lo mismo, creen de buena fe que deben marcar los lances del amor del prójimo, los trances del magreo ajeno, a los jueces habría que dejarlos madurar en un bosque de hayas o de castaños sin más arma que

un palo ni más provisión que una cantimplora de aguardiente y un mollete de pan de borona, el raposo del monte madura más deprisa y mejor que el señor juez, con más fundamento, porque jamás anda por ahí llamándole la atención a nadie, los jueces no son como los raposos sino como las comadreas, que avisan a los municipales cuando suponen que alguien les falta al respeto.

—Oiga, usted, cabo, a éste me lo encierra por escándalo público y desacato a la autoridad, ¡aquí hay que hacer un escarmiento!

El gallo Melquíades, antes de cantar por tercera vez para advertir al novio de Estefanía que era la hora de predicar a Claudina, le susurró al obispo al oído y casi confidencialmente,

—¿Quiere vuestra eminencia reverendísima, señor obispo, que le dé unas revolveras y unas verónicas?

—No, hijo; estoy algo cansado. Pídeselo al marinero o al bombero.

—Es que vuestra eminencia reverendísima embiste mejor.

—Gracias, pero ya te digo: estoy algo cansado. Otro día será.

La yerba crece más alta en la ladera norte de las montañas: la solana es más saludable, pero la umbría es más feraz. El tojo es la flor sagrada del poeta Noriega Varela, quien no concebía que el entero planeta no estuviera cubierto de tojos. A las mujeres les pasa lo mismo: expuestas al sol se ponen como zapatos viejos y encerradas en el armario palidecen, sí, pero cobran nuevas mañas lascivas. La lluvia golpea sobre los cristales de las ventanas mientras los enfermos del hospital, los leprosos, los sifilíticos, los tísicos, los granujientos, ateridos de frío, murmuran unos de otros y se masturban sin entusiasmo alguno, por pura rutina, los unos a los otros. Los hay que juegan a las damas y los hay que juegan al tute; también los hay que no juegan a nada y guardan silencio, son los que van a morir pronto y les preocupa la idea de acabar troceados en la sala de disección. Un enfermo de color de vino reza unas oraciones mágicas con los brazos en cruz mientras un enfermero malayo le escupe en los ojos.

—Lo hago para quitarle el mal de ojo, en mi país es mucha costumbre; cuando se le caigan los ojos, sanará.

—¿Y si no se le caen?

—Habrá que seguir insistiendo, al final se caen siempre.

Los bronquíticos son muy animados y ceremoniosos.

—¿Y los diabéticos?

—No.

—¿Y los hepatíticos?

—No.

—¿Y los blenorragicos?

—Sí; éstos, sí.

—¿Y los reumáticos?

—También.

—¿Y los locos?

—No.

Los displásicos eunucoides no son enfermos propiamente dichos pero sí mandones, avaros, caprichosos, crueles y despóticos; sus tendencias heroicas y sus ínfulas políticas y grandilocuentes pueden combatirse, tampoco con demasiadas garantías de éxito, contagiándoles la sarna o la tiña y poniéndolos a dormir al relente. César y Lucrecia Borgia fueron tiñosos y es casi seguro que su padre, el Papa Alejandro VI, también lo fuera; la tiña es enfermedad lavable, como casi todas. Los enfermos del hospital, mientras la lluvia y el viento baten los cristales, se mean por las esquinas para dar trabajo a las monjas y vengarse de ellas. La vejez se presenta de golpe y sin avisar, para Trostky es lo más inesperado que puede acontecer al hombre, un hombre es joven hasta que una mañana se da cuenta de que es viejo, nadie le había advertido que iba a ser viejo de un momento a otro y la nueva situación lo desorienta.

—No quisiera descansar simpáticamente bajo tierra sino ser reducido a polvo y volar antipáticamente por el aire para meterme en los ojos de los pajaritos de la familia de los fringillidae, pinzones, verderoles y jilgueros, entre otros.

Los siete perros de André Theuriet, el ornitólogo que tan bien había estudiado las aves paseriformes europeas, o sea, Estanislao, Valiente, Pichi, Canela, Pascual, Chispa y Lavatibo, la segunda es be alta, be de Barcelona, se pasaron la noche en un estremecedor aullido, la gente cerraba las ventanas y encendía el fuego de las chimeneas para no oírles, sólo se callaron cuando descargó la tormenta. Un valón comete el acto nefando con un frisón mientras un gascón aplaude y un flamenco hace visajes equívocos quizá no de buena fe; las motivaciones de las luchas tribales son siempre muy complejas y confundidoras. El valón aprieta la mandíbula, el frisón pone los ojos en blanco, el gascón se muere de risa y da vivas a la república mientras bate palmas y el flamenco vuelve la cabeza para que nadie le exija testimonio de nada; los resultados y efectos de las luchas tribales son casi siempre muy confusos y no fáciles de explicar.

Claudina y el novio de Estefanía se fueron a pasar el fin de semana a la posada El Tiburón de Estaño donde se encontraron al bandolero y a la condesa ciega, los dos vergonzosamente borrachos y muy desaseados.

—¿Quieres morirme?

—Me es exactamente igual vivir que morir. Ahora que ya he vivido puedo morir tranquila e incluso aburrida y sin emoción.

—Es la primera vez que te lo oigo.

—Quizá sea porque ya voy madurando, las respuestas de los jóvenes son siempre muy precipitadas. ¿Tienes afición al ajedrez?

—Sí, pero me faltan dotes naturales; no creo que pase jamás de ser un jugador mediocre. Dime, ¿quieres morirme?

—Quizá pueda decírtelo a fines de octubre, pregúntamelo entonces, cuando los perros mudan la piel y el viento hace perder las orejas a las mujeres escuálidas que se

quejan del coste de la vida con grandes aspavientos, a pesar de que el año pasado no subió el alquiler de los nichos.

—Es una familia muy previsora y el hijo mayor, el que ayuda a misa los domingos y pone como nadie las claras a punto de nieve, invirtió en nichos todo el dinero que heredaron del padre; compró setecientos setenta y tres nichos, el agente de bolsa le dijo que los números primos traen suerte y propician la fortuna.

Michael el Agachadizo solía aprovechar los martes de carnaval para bañarse en el río, el agua estaba helada y sucia pero él lo vencía todo con la voluntad, durante el baño sus pensamientos eran muy constructivos, por ejemplo, siempre ha habido débiles, enfermos, atropellados, menesterosos, mínimos, pobres, gafes, leprosos y desconocidos, son los perdedores tan necesarios para la buena marcha de la sociedad, con ellos los jueces hacen prácticas de acoso y derribo y los miran atentamente y con mucha ira para oírles crujir y estremecerse. Le juro que nunca he tenido nada que ver con Pamela Pleshette, nadie nos ha visto jamás ni entrar ni salir de ningún motel de carretera ni del nido de cigüeñas del campanario de la colegiata, Pamela Pleshette sólo es feliz fumando cigarros puros y bebiendo aguardiente de cerezas, todo lo demás que de ella se dice no son sino habladurías.

A Nicolás Mengabril Artieda le enseñó a tocar la corneta un moro de Tánger que había hecho la guerra civil española en el 2.º tabor de la 4.ª mehala de Larache, 1.ª mía, la del capitán López, hace un año el moro no había muerto aún y trabajaba de limpiabotas a la puerta del hotel España. Tan sólo algunas mujeres cantan mejor que el ruiseñor pero ninguna sabe decir «choqui-choqui-choqui» y «pin-pin-pin» como él. La mujer sana y corpulenta cambió su pata de conejo por otra en mejor uso, la verdad es que la pata vieja estaba ya inservible o casi inservible. Este libro debiera haberse titulado *Iconographie de la Reine Marie-Antoinette*, pero no pudo ser; nadie adujo las causas de esta evidencia. La mujer sana y corpulenta compró ciento treinta y siete patas de conejo en los saldos de la cuenta de las Hormigas.

—Con esto tengo ya para terminar el mes, esta temporada me masturbo mucho y muy a lo vivo.

—¿Por qué no prueba usted a desmitificar a su marido? ¿Por qué lo lleva siempre tan lavado y planchado, tan peinado y afeitado, tan perfumado?

—Lo hago por egoísmo, la verdad es que me da un asco horrible. ¡No puedo aguantar el olor a formol que despide!

—Paciencia, hermana.

—Ya la tengo. Yo divido mi día entre la resignación y los crucigramas. ¡Si usted supiera lo amargas que son mis noches, lo nauseabundas que son mis noches!

El tierno tonto arrítmico, a pesar de su afición a los rincones, se hubiera perdido en el laberinto de Creta.

—Diga usted que soy algo tartamudo y eso me resta facultades, pero monto a las abyectas casadas como nadie y mi hipo es famoso en toda la isla.

—¿Y procura llevar la popularidad con buen espíritu?

—Pues, sí, yo hago lo que puedo. Pero a veces me cuesta trabajo, créame, mucho trabajo.

Llegó tarde, a veces llegaba algo tarde, tampoco demasiado, y en la comisura de los labios le bailaba un leve gesto de haberse estado aburriendo con insistencia.

—Los prostíbulos son demasiado ceremoniosos, demasiado distantes, yo prefiero la cabaña del leñador, con la mujer del leñador dentro y haciendo café, los prostíbulos me recuerdan a las aburridísimas clases prácticas de derecho procesal, no puedo evitarlo, tampoco quiero evitarlo, los prostíbulos son muy sedantes, eso sí, y coadyuvan a mantener la esperanza.

—¿La esperanza en qué?

—La esperanza en general, en los prostíbulos se vive la ilusión de que un hada propicia, con su varita mágica, acabará transportándolo a uno a la selva del Orinoco.

—¿Y a la del Amazonas?

—Es lo mismo.

—Al lado del mío, el hipo de Pío XII era un juego de niños.

—No se lo niego.

Las putas de los prostíbulos son disciplinadas como coraceros, casi nunca hay que ahorcar a ninguna. Las putas sublevadas e irrespetuosas son las trotonas que ignoran el reglamento y se mofan de la compostura; con ellas no hay que tener consideración.

—¿Y un punto de condescendencia?

—Tampoco, porque son unas ignorantes indignas de la piedad. Las trotonas son las putas de las barricadas y el petardo, las putas a las que debe perseguirse con la gendarmería y quizá también con la guardia suiza. El mojar la suela de las sandalias en su sangre derramada trae buena suerte, todo el mundo lo dice.

En el mundo pasan muchas cosas al mismo tiempo, nadie supo ordenarlas jamás. A don Cosme no lo conocía nadie porque era nuevo, joven y meticulado, era el juez nuevo, joven y meticulado, entonces don Cosme entró en el bar, se llegó a Mateo y le dijo que se reportase, que eso no se hacía en público, hay que tener más educación, más respeto, etc., Mateo le dijo, oiga, usted, yo con mi novia hago lo que me sale de los huevos y a usted le voy a dar dos hostias, don Cosme mandó llamar a los municipales y ordenó su ingreso en el cuartelillo por escándalo público y desacato, los guardias le decían por el camino, coño, Mateo, nosotros somos unos mandados, tuviste mala suerte, don Cosme es el juez nuevo.

—La camelia es la flor de mi niñez —le decía Jérôme de Gourmont a su madrastra—, si alguien pisa una camelia delante de mí, lo mato.

Ahora son otros los muertos. Un encapuchado le pregunta a otro encapuchado,

—¿Se han llevado al muerto?

—¿Qué muerto?

—Hermano, me parece que no presta usted la atención debida. ¿Me da fuego?

—Con mucho gusto. ¿Podría usted decirme mi horóscopo para mañana?

—¿De qué signo es?

—Tauro.

—¡Uf! ¡Más vale que me lo calle! ¿Padece usted de hernia?

—Sí.

—Pues ándese con cuidado porque al menor descuido se le estrangula a usted.

—¡Qué horror!

—Hombre, tampoco es para tanto.

El muerto al que ignoraba el segundo encapuchado empezó a cantar en voz baja: Ma petite tonkinoise, ma tonkiki, ma tonkiki, ma tonkinoise...

—¿Ha oído?

—Sí. ¿Quién podrá ser?

—Lo ignoro. ¡Como no sea el muerto!

—¿Qué muerto?

—Hermano, me parece que está usted demasiado distraído.

—Puede, no se lo niego.

Este libro debiera haberse titulado *Cumpleaños insólito o la moderada vagina de Mrs. Belushi*, pero no pudo ser; hubiera sido un acto tan innoble como el de marcar los naipes.

—Es un test elemental. ¿Prefiere usted la injusticia al desorden, tal como quería Goethe?

—No; ni al revés tampoco. A mí me gusta la injusticia tanto como el desorden. Es generosa la injusticia y es generoso el desorden. Las estrellas son injustas y desordenadas, la justicia y el orden no son más cosa que la maduración de sus opuestos. Lo indignante, lo que clama a los cielos, es la moderada vagina de Mrs. Belushi.

—Tiene usted razón y anoto su respuesta. ¿Queda jugo de piña en la nevera?

El muerto volvió a hablar con su voccecita cascada.

—Yo ya no pertenezco al mundo de los vivos. Mira tú, si quieres; a mí me cuesta mucho trabajo moverme. Yo casi no puedo ni hilvanar las palabras. Estoy muerto, ¿no te das cuenta de que estoy muerto?

A Mateo lo encerraron porque confundió a don Cosme con un excursionista o con un viajante de comercio, los jueces deberían llevar cuernos fluorescentes o fosforescentes, es lo mismo, o por lo menos una lucecita en mitad del entrecejo para avisar del peligro, lo contrario es poco deportivo, antes, cuando yo era joven, a quienes matábamos a alguien de un puñetazo nos obligaban a llevar una pulsera de hierro que teníamos la obligación de mostrar antes de peleamos, no podíamos quitárnosla jamás y teníamos que morir con ella, mis dos abuelos la llevaban, el español y el inglés, mi padre no, también la llevaba un tío de los Rodríguez de Valcárcel, Alejandro fue quien le tomó el juramento al Rey, y el padre provisor de los cartujos de Miraflores. En la taberna La Ballena en Enagua se reunían los maricones del contorno a hablar de sus cosas y a darse sus sobos, su jefe era un enano profesor de violín que se llamaba Hans Schofshofen, ex capitán de las SS según rumor

bastante extendido. El misionero amante de galgas afganas, el que se gozaba en estremecedoras fintas amorosas con las galgas afganas, prestaba a usura a sus catecúmenos y sonreía abyectamente a los funcionarios y a los guardias.

—¿Qué escondes debajo del fregadero de la cocina?

—Nada; son trastos que se han ido acumulando, es algo que el paso del tiempo hace inevitable.

—¿Puedo tirarlos a la basura?

—Sí, claro.

Este libro debiera haberse titulado *En el aniversario de la muerte por inmersión de Mrs. Belushi, la cantante de la moderada vagina*, pero no pudo ser; hubiera sido una provocación a los pakistaníes ahogados en las inundaciones. Se debe ser clemente con los desgraciados y con las familias de los desgraciados, que también lo son; lo cómodo es lo contrario pero a veces conviene huir de la comodidad establecida. Una sonrisa a destiempo y cuando menos debiera funcionar, puede ser un bálsamo mágico para el agudo dolor de vientre de quien jamás tuvo dolor de muelas porque no las usó. A Ana Bolena, a María Antonieta y a Mata-Hari todo el mundo sabe por qué las mataron (de tres maneras diferentes), a Marujita Zarza la agarrotaron por roja, hace algunos años en España se agarrotaba a las mujeres por rojas, después se fue perdiendo la costumbre, el verdugo que la sentó en el palo se llamaba Perico Botija Magdalena y era muy ocurrente y animoso, me dicen que ahora envuelve caramelitos Daniel en la fábrica de Alcoy, a lo mejor no es cierto, la gente a veces habla por hablar. En el café El Tigre de Cobre no le quieren despachar helados, ni de frambuesa ni de nada, a Generoso Fernández, el sacristán del Perpetuo Socorro, lo más que le dan es agua de cebada o refresco de zarzaparrilla.

—Lo que pasa es que yo no quiero refresco de zarzaparrilla.

—Pues se jode; eso es cosa suya, no mía.

Al misionero se le mueren tísicas y felices sus galgas afganas y el escocés navegante bebe ron en las tabernas del puerto y canta viejas melodías sentimentales y ajenas.

—Quiero enrolarme en un barco que vaya a Singapoore.

—Se han hundido todos; la noticia del hundimiento del último llegó hace unos momentos. Dentro de poco parte un bergantín rumbo a Hong-Kong, que no cae demasiado lejos. ¿Te sirve?

—No me sirve, pero acepto. ¿Cómo se llama?

—La Bella Casilda.

—¿En español?

—Sí; el armador es de Huelva.

—¿Quién es el capitán?

—No sé, me parece que no lo han nombrado todavía. El anterior era un griego que alimentaba al arador de la sarna con el aliento, la tripulación lo tiró a la mar porque atraía las tormentas.

—Hicieron bien.

—Sí; yo también creo que hicieron bien. Hay capitanes muy ruines y de conciencia lenta que dificultan el que el mundo ruede con naturalidad. Tu cuñada piensa lo contrario porque dormía, a veces, con el griego ahogado.

—Ya lo sabía. Mi cuñada cree en la predestinación de los galanes; se le mueren todos a los setenta y siete días justos del primer flato peneano.

—¿Gatillazo?

—Eso es, tú lo has dicho, tú eres quien habló. Es una vieja tradición en la que mi cuñada cree a ciegas porque, según asegura, la tiene ya muy experimentada; se la enseñó su primera suegra, la cingalesa de los órganos fosforescentes.

—¿La del halo luminoso, los ojos en llamas, etc.?

—Sí.

El diálogo fue interrumpido por una mendiga joven y completamente desnuda, con un ramito de violetas en cada axila, una flor de loto en la cabeza y una flor de lis en el pubis.

—¿Quieren vuestras excelencias que juguemos a las prendas?

—¿A qué prendas, si estás desnuda?

—Bueno, es un decir. ¿Quieren que juguemos a las prendas?

—Sí.

—¿Quieren que hagamos las cochinas los tres juntos?

—Por mí, sí.

—Y por mí, también.

—¿Quieren que nos vayamos a confesar a la catedral?

—No; es demasiado. Yo creo que deberíamos conformarnos con la colegiata y sus clérigos hipocondríacos, hipogenitales e hipócritas, todos hablan con muy melosa voz de puta provenzal enferma y da mucho gusto escucharles confusas y aleccionadoras necedades en la viciosa penumbra.

En el cielo, unas nubes oscuras y algodonosas presagiaban la tormenta y quizá la humillante catástrofe de los rebaños pobres diezmados por el rayo, que serán diezmados por el rayo. Leoncio Alange pensaba que lo mejor era clavarle la puerta y las ventanas a la Fonda la Milagrosa, donde vivía don Cosme, el señor juez, y pegarles fuego a todas a la vez, dándoles bien de gasolina arden como pavesas, la madera está ya muy seca, tiene muchos años, costó trabajo quitárselo de la cabeza porque la tenía muy dura, cuando una cosa se le metía en la cabeza no encontraba por donde salir, quemar la fonda era muy arriesgado, la guardia civil lo hubiera descubierto enseguida. En la posada El Tiburón de Estaño, Claudina y el novio de Estefanía se encontraron al bandolero y a la condesa ciega borrachos como cubas y muy sucios y desaliñados, parece ser que los cuatro se pasaron la noche juntos revolcándose y vomitando, lo he visto yo con estos ojos que se ha de comer la tierra, decía la señora Sagrario, la madre de Mateo Ruecas, a mí no me lo contó nadie, después vino don Cosme y se sentó en la mecedora a mirar.

—¿Le duele la pierna?

—Sí, ya le digo. Me duele mucho; tanto, que me falta poco para gritar.

—Grite.

—No quiero, nadie me haría caso.

—O sí; las actitudes de la gente no son previsibles y usted no tiene patentado el patrimonio de la indiferencia de los demás. Yo, en su caso, gritaría hasta enronquecer, gritaría hasta que palidiesen los mirones de las dos especies: los afanosos y los desocupados, aquéllos vestidos de verde y estos otros de blanco, despechugados y descalzos, despeinados y sonrientes.

—Es usted muy generoso conmigo; tiene usted mucha misericordia y me remuerde la conciencia el hecho de que la malbarate conmigo. Es más que probable que mi situación no tenga arreglo y que la pierna me duela hasta la muerte. A mi tía Clara, la monja que se rompió una pierna haciendo flexiones en el montante de una puerta, le dolió la pierna quebrada hasta la muerte. Un cirujano quiso amputarle la pierna sana, para compensar, pero se opuso la superiora de su orden, que era una sajona muy voluntariosa.

—¿Por qué no grita?

—Por decoro, ¿no se da cuenta?

—Sí; quizá, sí.

—A mi tía Clara, la monja, le entablillaron la pierna rota con dos tibias de asno, que es animal bíblico y mágico, y fue como si nada.

—¡Fue un caso rebelde!

—Sí, muy rebelde.

Tomás Cerulleda el Cavilador vivió una temporada en Benarés, dos o tres años, y su conciencia le habló con muy tranquila serenidad.

—Si vives de apilar cadáveres, de quemar cadáveres, de tirar cadáveres al río, acabas perdiendo el equilibrado gusto por las cosas y sólo te reconforta el pensamiento, en Benarés no vive más que el pensamiento que a veces ni se sustenta siquiera en la cabeza de nadie, no lo necesita, y flota solitario como una voluta de humo sobre las cabezas que sufren y recuerdan y las cabezas a quienes los cuervos han comido ya los ojos y la lengua, hay trances en los que el pensamiento no es más que sentimiento o atisbo, la madera de los versos nada tiene que ver con el raro metal del pensamiento, los sentimientos son casi siempre de oro pero los atisbos son siempre de oro, los versos se hacen con sentimientos y con atisbos, no con pensamientos.

Por la noche actuó en la plaza del pueblo la masa coral de mendigos; los espectadores los insultaban pero también les tiraban mendrugos de pan y caramelos, y los mendigos, alegres y sonrientes, muy alegres y sonrientes, brincaban dando saltos mortales y también dando gracias a Dios y al vecindario. Fue un acto muy hermoso y del que todos salimos muy reconfortados.

—¿Usted estuvo?

—Claro que estuve; en primera fila. ¿Cómo supone usted que iba a perderme la actuación de la masa coral de mendigos?

—Sí; verdaderamente tiene usted razón.

—Trabajan sólo cuatro veces al año, en los solsticios y en los equinoccios, y yo no me lo pierdo nunca. ¡Bastantes sinsabores nos trae la vida sin buscarlos!

El otro se quedó callado unos instantes.

—¿Por qué prefiere la muerte a la vida?

—Es al revés: ¿por qué disfrazo la muerte de muerte y la vida de harapos y entrecortados suspiros suplicantes?

—¡Usted sabrá!

—No; yo lo ignoro. Yo se lo pregunto o me lo pregunto a mí mismo, es igual. En esto no debe haber demasiada confusión.

—Es inevitable.

—Pero no debiera serlo, porque es malsano que lo sea.

—Sí, quizá. ¿Por qué disfraza la muerte de muerte?

—No lo sé: pudiera ser que para confundir a los ángeles.

—¿Por qué disfraza la vida de andrajos y heridores lamentosos?

—No lo sé: pudiera ser que para confundir a los ángeles caídos en desgracia.

—¿Usted sabe si los ángeles tienen parientes, como usted y yo?

—¿Usted y yo tenemos parientes?

Cuando se desató el huracán arrancando árboles de cuajo y llevándose por los aires a los tejados y a las mujeres en pecado mortal y en camisa, el tullido empezó a rezar sus oraciones porque creía que era el fin del mundo. Este libro debiera haberse titulado *Crónica en la que se narra cómo el juez nuevo lava sus preservativos en la pila bautismal de la parroquia de san Estanislao*, pero no pudo ser, hubiera acarreado mucha impopularidad a Montesquieu. (En otro cuaderno aparece una nota marginal y escrita a lápiz que dice, este libro debiera haberse titulado *Vie religieuse et politique de Talleyrand-Perigord, prince de Bénévant et de Pau*, pero no pudo ser porque se movilizaron rapidísima y eficazmente todas las cancillerías europeas). Los guardias, aun disfrazados de avestruces, incluso disfrazados de avestruces, fueron incapaces de mantener el orden durante el huracán y se conformaron con apalearse al tullido y destrozarle su triciclo.

—¿A motor?

—Sí; con un motorcito pequeño pero suficiente, de medio caballo.

En el pajar vivía un ratón minúsculo que servía de correo amoroso al sargento de guardias, que tenía una vida galante muy intensa.

—¿Y usted cree que morirá joven?

—No lo sé; sus padres murieron muy viejos, los dos cerca de los cien años, pero la verdad es que también fueron más decentes y dilapidaron menos energías en deleites carnales y omisiones espirituales.

El sargento de guardias se llamaba Wifredo y se adornaba la barba con

saltamontes, para espantar a los maridos, y con moscas tsé-tsé, para adormecer a las mujeres y abusar de sus encantos. El sargento Wifredo, en sus ratos de ocio, vomitaba granadas de mano como nadie.

—¿Era heroico?

—Quizá no más que medio heroico, digamos.

Don Baltasar Cedillo, ex subsecretario de Obras Públicas y ex amante de Lady Bodman la pelirroja, éste es un dato meramente estadístico, era muy aficionado al empirismo y al gin-tonic.

—Yo prefiero trabajar determinados conceptos empíricos fundamentales aliado con el dado de Dios, con el único dado de Dios, a dar palos de ciego en las ahogadoras alturas de los apriorismos. Dios es astuto como el zorro, sutil como el lince y quizá malicioso como la paloma o la gaviota, pero no torpe como la tortuga, ni ruin como la hiena, ni jamás malévolos como el escorpión, Dios es noción infinita y por tanto abarcadora de todo desde más acá hasta más allá de las inexistentes lindes del infinito, lo que sucede es que tiene voluntad de bondad y renuncia a poder hacer el mal, para eso ya está el demonio con sus limitaciones y sus supeditaciones, pensar que Dios pudiera acariciar el mal sería tanto como negar su propia esencia y aun su propia existencia, Dios no existe en sí mismo sino en su entrega a los demás porque se excede a sí mismo, Dios existe si crees en Dios, es artículo de fe, Dios no existe si no crees en Dios, es artículo de esperanza, Dios existe para los creyentes y no existe para los agnósticos, es artículo de caridad, los ateos niegan lo que ignoran puesto que si un hombre cree o deja de creer en Dios es algo que sólo Dios sabe. Un fraile perseguía la felicidad por las tabernas porque le habían dicho que se agazapaba entre los vasos de vino.

—No creo que sea cierto y, por más que pregunto, nadie me responde ni nadie, tampoco, está amable conmigo ni condescendiente. Lo más probable es que la felicidad haya huido.

—¿A dónde?

—Eso lo ignoro. Antes vivía en latitudes y altitudes conocidas aunque, a veces, no fáciles de encontrar, pero ahora, si no ha muerto, se niega a la brújula y al sextante, parece como si quisiera esconderse de alguien, es probable que quiera esconderse, ignoro de quién, y tarde tiempo y tiempo en volver a presentarse. El disfraz de las situaciones, de las sensaciones y de las sumisiones es siempre muy difícil de adivinar.

Ni el guardia ni el fraile saben que la ignorancia jamás puede dar asilo al conocimiento ni a la adivinación, el guardia y el fraile son muy ignorantes. Nadie estudia la teoría de las SSS, que huyen sin dejarse cazar ni auscultar. El niño sordo vive anegado en el ruido y sueña bucólicas escenas en cuanto cierra los ojos al fragor. El niño sordo nació sordo y tuvieron que pasar muchos años para que supiera que era sordo y para que entendiese qué es lo que significaba ser sordo; aun hoy es posible que no lo sepa con absoluta claridad, todo procede en función de ajenas nociones

aprendidas sin demasiada fe. El niño sordo no va a llegar a viejo pero tampoco lo sabe; al niño sordo, poco antes de entrar en quintas, de que hubiera entrado en quintas, mejor dicho, poco antes de ser declarado inútil para todo servicio en la caja de recluta, de que hubiera sido declarado inútil, etc., lo va a matar de madrugada un tren lleno de parejas de recién casados, un convoy de tálamos nupciales sobre ruedas de hierro. La muerte no va a ser mala y, en todo caso, sí digna; se podrían hacer apuestas sobre el isocronismo de las agonías y los orgasmos, es difícil pero no imposible. En uno de los departamentos del tren del amor viaja un nieto de Esquilo, el más tonto de todos, con su gallina, que también muere en el instante de recibir el homenaje o unos momentos antes o después; he ahí otra variante que puede complicar el mecanismo de la apuesta. Si las mujeres y las cabras muriesen en trance de amor bestial como las gallinas, el mundo rodaría no mejor, pero sí con más flexibilidad y elegancia; hay unos condicionamientos históricos que llevan al hombre a negar lo evidente y poco habitual: es la falta de fe, la decadencia de la fe, incluso la muerte de la fe por sofocación a manos de los magos de la tribu.

Este libro debiera haberse titulado *La bruja de Alearacejos o tratado práctico de las mejores aguas mineromedicinales para combatir el reuma y otros embates de la voluntad*, pero no pudo ser porque lo prohibió don Cosme, si la autoridad no se adorna e instrumenta y no se hace notar, las instituciones se debilitan y sufren, también se deterioran.

—¿Eso entraba dentro de sus derechos y deberes?

—Quizá, sí, nadie sabe hasta dónde llegan las atribuciones de nadie.

Gil Blas de Santillana tuvo amores con Estefanía, la de las aromáticas enaguas almidonadas; la gente, por fortuna, ni lo sospecha siquiera y los amantes pueden gozar de la carne en libertad y correr en cueros por los prados silentes y las aceñas abandonadas. Las ánimas del purgatorio se entrenan en los prados silentes y se aman, la experiencia dice que sin el menor recato, en las aceñas abandonadas, cada una con su misterioso crimen agazapado bajo la muela de granito. El guardia cuelga en el perchero su disfraz de avestruz y, vestido de raposo, hace lo indecible por sorprender a Gil Blas y a Estefanía trabados de tal forma que no les pase una espada por entre los cuerpos desnudos.

—Lo siento por ti, Gil Blas, pero el día que no pase la espada, acabará pasando la espada y nadie será capaz de cortar el chorro de sangre.

—Ignoras el respeto, guardia del diablo, guardia de la mierda, guardia maldito, pero yo te juro que el día que no pase la espada, no pasará la espada porque tú morirás antes de apretar y cortar, te mataré yo con mis propias manos, que no volveré a lavarme para mejor recuerdo de mi venganza. Los guardias os desinfláis cuando se os planta cara, se lee en las Sagradas Escrituras, y no os atrevéis a salir de la cocina durante días y días, a veces durante semanas enteras. Yo estoy muy desengañado de las pompas y vanidades con las que los parásitos adornan a sus familias y de los cabrones que se engalanan con tafetanes, para mí ya no rige la regla de oro que

ordena las relaciones indeclinables y malditas. Te lo digo, guardia despreciable, porque sé que andas atisbando lo que no te importa, a ti te pagan por atisbar lo que no te importa, pero ése es un juego peligroso, puedes estar seguro, porque cualquier mañana te hacen tragar diecisiete o diecinueve o veintiuna croquetas de goma 2, y entonces será el crujir de huesos y el rechinar de dientes.

—Hablas demasiado, Gil Blas, olvidando que el pez muere por la boca.

—Déjame, por favor, no me distraigas. Yo creo que ya te dije que la sumisión destierra a la dignidad del corazón de los pecadores.

Fidel Barbaño Matueca, alias Tomillo, hubiera querido ser torero pero le falta voluntad, valor sí tiene pero es demasiado señorito, Fidel baila muy bien tanto el suelto como el agarrado y para besar a las mujeres ni se quita el pitillo de la boca, se limita a ladearlo un poco con la lengua, la Romulita está encantada y cachonda, lleva unos días que está siempre dichosa y salida, la Romulita aún es catrecantana, el virgo se lo sopló Fidel el viernes pasado aculándola contra la adobera del corral de la boticaria, las fechas coinciden con la información recibida, Fidel, para que las niñas de la boticaria no riñesen, le compró un rollo de papel de retrete a cada una, a lo mejor el miércoles de ceniza de hace doscientos años coincide con el sábado de gloria de hace doscientos veinte años, el tiempo nadie lo sabe medir porque es algo que se creó al mismo tiempo que el mundo, su esencia es revolucionaria o al menos innovadora, quizá no sea más que primigenia, y es un estimulante más duro y también más nocivo y letal que la estricnina, es una vieja idea de George Percival el Rencoso Anaranjado, el hermano mayor del Agachadizo: el minuto del condenado a morir en la horca no es igual al del condenado a morir en la silla eléctrica ni tampoco al del enamorado o al del poeta tísico, no hay dos minutos iguales y ni siquiera el sol con sus precisiones es capaz de hallar la diferencia entre el uno y el otro porque probablemente ese matiz no es de tiempo sino de dolor (dulce o amargo). Todos los amigos de Mateo Rucas, Antolín, Nicolás, Leoncio, Eusebio y Fidel, y además Donato el Tigre, Aniceto el de los Claros y Ramón el de la fábrica de fideos, que no habían estado viendo el partido de fútbol España-Irlanda del Norte, le fueron a cagar el portal y la escalera a don Cosme, lo pusieron todo perdido, también le mearon las paredes y le untaron de mierda el pasamanos, a la guardia civil le dio la risa, no se reían por fuera pero sí por dentro. Los perros cultos se matan por razones muy abstractamente políticas, y los perros ignaros se matan por un hueso desnudo. La lucha se justifica en sí misma y las guerras justas son las más monstruosas y artificiales de todas las guerras. Nadie debe tratar de envolver la palabra en el argumento contrario, como la pella de mantequilla en las hojas de lechuga: el principio de Arquímedes, por ejemplo, lo que más afligió a Marcelo fue la muerte de Arquímedes, el teorema de Pitágoras, tan obvio, tan necesario, tan hermoso, la ley de Newton, quien al nacer era tan pequeño que según su madre hubiera cabido en una taza, pudieran no haberse descubierto y los perros cultos y los perros ignaros seguirían comportándose igual.

—¿Le molestan los zapatos?

—No.

—¿Le molesta el braguero?

—No.

—¿Le molesta el chaleco antibalas?

—No. A mí lo que me molesta es usted y su pretensiosa faja de paralítico adinerado, ¿se entera?

—Sí.

En un recodo del camino, los fantasmas del Santo Oficio de la Inquisición se toparon con los esbirros del Santo Oficio de la Inquisición.

—¡Haceos a un lado, malandrines! ¡Nosotros somos los espíritus puros!

—¡Daos presos! ¡Nosotros somos el brazo armado de la ley, la costumbre, la conveniencia de los estamentos, el favor del rey y las indulgencias plenarias! ¡Daos presos, espíritus miserables y malignos!

Nadie sabe lo que pasó pero un rayo, un solo rayo, mató a todos los esbirros del Santo Oficio de la Inquisición.

—¿Lo veis, mamones?

Margarita estaba muerta de risa mientras Orange, el prestidigitador, le daba fricciones con alcohol de romero.

—No; por ahí, no, que es pecado. No pase usted de la raya de tiza, siempre se ha dicho que no debe pasarse de la raya de tiza, para algo la habrán puesto. A mi prima Ernesta, por dejarse palpar por debajo de la raya de tiza, Jehová la castigó con unas horribles fiebres puerperales que le infectaron las meninges y la dejaron tonta. Comprenda usted mi temor y mis medidas precautorias; sin pasar de la raya de tiza puede usted palparme hasta la saciedad, no me importan las descaradas reacciones de su organismo porque eso es cosa suya; yo cumplo indicándole por dónde va la raya de tiza. Tiene usted espacio más que sobrado para el magreo entusiasta y recuerde que todos los hartazgos son malos e inconvenientes.

A veces los hospitales son peores que las cárceles pero a veces es al revés, en los hospitales y en las cárceles te maltratan y además se ríen pero no siempre, los hospitales y las cárceles se pueden mirar con tres lentes distintas, la del que pone el cuerpo o sea la materia prima, el enfermo o el preso, la del que tiene la llave y el látigo y la del que pasa por la calle y ni mira.

—¿Qué hay ahí dentro?

—No lo sé, a lo mejor hay enfermos o presos, ¿no nota el olor?

De todos los amigos, el primero que va a la cárcel es Mateo Ruecas, Leoncio Alange estuvo en el hospital cuando se rompió un brazo, el hueso lo llevaba fuera, daban ganas de mojar pan, se cayó de una talanquera durante la función de la Santa Patrona y tuvieron que llevarlo al hospital, iba en un puro grito, a Mateo lo tuvieron ocho días a la sombra, los bastantes para que creyera que lo soltaban por caridad, la cárcel le pone a uno babosa mentalidad de delincuente agradecido o agria mentalidad

de delincuente que prefiere el odio al silencio, los jueces son buenos, velan por el cumplimiento de la ley y la defensa de las costumbres, además don Cosme era buen amigo del Espíritu Santo, parecían que habían ido los dos de copas.

—¿O de putas?

—No sea usted irreverente, los espíritus no van de putas y el Espíritu Santo menos aún.

Don Cosme quería que la gente se comportase y como era joven, lo quería con más vehemencia aún, con muy aparatosa vehemencia.

—Yo soy un juez progresista y crítico.

Nadie lo dijo en alto pero más de uno pensó que eso se lo iba a creer su padre.

Con las energías que dilapidaban en hacerse la vida imposible y aun en desearse la muerte, Wilhelm Streichner y su hermanastra Waldetruda, la de las tetas lacias y larguiruchas, hubiera podido ponerse en movimiento una central eléctrica. El perro de Wilhelm, el dogo Disraeli, estaba adiestrado para orinar por las rendijas de la alcoba de Waldetruda, que vivía en el piso de abajo, pero Waldetruda, para fastidiar a Wilhelm y a Disraeli, ni se quejaba siquiera y, pese al aroma a urea que despedían sus carnes y sus vestidos, seguía haciendo vida normal y socorriendo a los pobres como si nada pasara. Waldetruda era novia de don Zaqueo Nicomediano, afamado numismata, que era muy viejo y casi no podía moverse; como don Zaqueo era rico, gastaba una silla ortopédica muy historiada y reluciente en la que, empujado por su ayuda de cámara, iba todas las tardes a cortejar a Waldetruda.

—Waldetruda.

—Dime, amor.

—Quizá debiéramos pensar en casarnos.

—Sigamos tratándonos, ya sabes que no me gustan las precipitaciones.

Hace ya más de cuarenta años que don Zaqueo no quiere matar a Wilhelm, para que escarmiente. Antes, cuando empezó a entrar en casa de Waldetruda y a oler el acre aroma, hablaba de darle una gran paliza al hermanastro de su novia.

—¿Para que escarmiente?

—Usted lo ha dicho, se lo repito una vez más, usted lo ha dicho: para que escarmiente. Y al perro le daré esponja frita.

—¿Para que escarmiente?

—Usted también lo ha dicho: para que escarmiente, reviente y muera.

La raya de tiza de Waldetruda no estaba trazada sobre su cuerpo sino sobre el piso de la habitación.

—De ahí no pases, amor mío; ya cruzarás la raya de la decencia cuando nos casemos.

—Como gustes.

Entonces don Zaqueo hacía una seña a Sísifo, su ayuda de cámara, y éste retiraba un poco la silla de ruedas.

—¿Le echo el freno, señor?

—No hace falta, el terreno es llano.

Este libro debiera haberse titulado *Los sueños de la hermana Mónica*, pero no pudo ser; hubiera sido dar la voz de alarma sobre los amores que es preferible mantener en secreto.

—¿Me das un vaso de vino?

—¿Blanco, rosado o tinto?

—Tinto.

—Voy a buscártelo.

El bandolero, después de beberse el vaso de vino tinto, corrió a latigazos a la condesa ciega que, despavorida, se golpeaba contra las paredes y los muebles.

—¡Qué ruin espectáculo!

—Comprenda que no puedo ofrecerle otro mejor. ¡Qué más quisiera!, pero usted sabe que soy pobre como las ratas de las alcantarillas.

A Shakespeare le estremecía la idea de ver la felicidad con ojos ajenos, de tener que verla con ojos ajenos, de no poder verla con los propios.

—Sé que la hago feliz a cintarazos, las condesas ciegas son muy egoístas pero, mal que les pese, no tienen más remedio que ver la felicidad con los ojos de los otros. La Tierra no es el centro de las almas, el corazón de las almas, su meollo pero, pese a todo, le debemos lealtad: la Tierra no es más que el tablado de la representación de las sombras chinescas de la farsa: en cuanto cae el telón empieza a sonar el bronco fagot del solemne y convencional entierro. A los muertos de hambre, cuando van en su yerma caja desflorecida camino del cementerio, los saludan quienes los mataron de hambre; la costumbre es la costumbre y no suele permitirse licencia alguna, la costumbre tiene por costumbre no cambiar jamás y para ello no debe dar ni un solo punto de reposo a la inercia, la obligación de los jueces es velar por la buena marcha de las costumbres, por su conservación y defensa.

El bandolero, en sus temporadas de homosexual, tiene amores con un fabricante de yogur, muy bizco, que criaba gusanos de seda por afición, tenía la casa llena de cajas de zapatos rebosantes de gusanos de seda.

—El día que averigüe el nombre científico del gusano de seda pienso celebrarlo por todo lo alto, invitando a yogur y a gaseosa a la ciudad entera.

—No creo que sea muy difícil encontrar lo que busca. ¿Por qué no mira en una enciclopedia?

—No sabría decirle, me da como reparo. ¿Usted cree que un maricón debe consultar las enciclopedias?

—¡Naturalmente! ¿Por qué se deja usted zarandear por los prejuicios? ¡Levante el ánimo! ¡Los maricones se desenvuelven muy bien entre libros!

—Gracias, mi buen amigo, mil gracias por su caridad. Mañana le mandaré a su casa una docena de yogures de gustos variados.

Al día siguiente Mateo Ruecas prestó declaración ante don Constancio, el juez de N., mi director espiritual, que también es abogado, me manda que no ponga nombres,

más de la mitad de los que digo son falsos, y el juez decretó prisión incondicional por la alarma que se había producido en el pueblo y por el deterioro de sus costumbres, esto lo decía él porque allí nadie estaba alarmado ni deteriorado; Soledad, la novia de Mateo, se pasaba el día llorando y odiando, también se le descompuso el vientre. Don Constancio decía en el casino,

—Una breve estancia en la cárcel le hará recapacitar. *Aequitas in dubio praevaleat.*

Y entonces cinco de sus siete contertulios se dijeron para sus adentros,

—¡A tomar por culo!

El águila real vuela solemnemente sobre el paisaje mientras la culebra, también con su solemnidad cenicienta, se escurre entre las secas y erosionadas piedras del canchal. Hay que ser muy hombre para alimentarse no más que de estofado de buitre, los buitres son difíciles de cazar, se defienden, atacan, graznan, huyen y, cuando se lo proponen, vuelan a alturas inaccesibles a las postas de plomo. La leyenda dice que los buitres se alimentan de niños y cervatillos y jabatos, pero no es verdad, se alimentan de lo que pueden, bueyes muertos, mulas muertas, vagabundos muertos, todos aromados de hiriente cadaverina. El azor es ave que se nutre de aves con zeta, la torcaz, la codorniz, la perdiz, a la lechuza la rechaza, y vuela en zigzag para reírse de los cazadores y de sus poco ágiles escopetas.

—Dame un punto de apoyo y levantaré el mundo.

—¡No seas latoso, Arquímedes, y vigila el horno para que no se me quemee el cordero! ¡Jesús, qué hombres!

—Natalia, eres una asna pero, mientras sigas estando buena y siendo generosa, yo te querré lo mismo. Después, no; después te defenestraré cuando estés más distraída y quedarás escalfada contra las baldosas del ágora. ¡Qué final gracioso, vive Zeus!

—Prefiero ni contestarte siquiera.

Natalia Luxemburgo, sobrina nieta de Rosa Luxemburgo y coima de Arquímedes, regentaba una oficina suministradora de amores suplicantes.

—Las prospecciones de mercado fallaron con estrépito y al unísono y la sociedad se descapitalizó rápidamente; el presidente del consejo de administración se pegó un tiro en la sien derecha, el vicepresidente del consejo de administración se pegó un tiro en la sien izquierda (era zurdo), el consejero delegado se pegó un tiro en la boca, el gerente se pegó un tiro en la nuez, el apoderado general se pegó un tiro en el corazón y el tesorero se pegó un tiro en los testículos, todos con la misma pistola. El último no murió, aunque quedó notoriamente averiado; ahora canta el *Ave María* de Gounod en el coro de la parroquia y los feligreses están muy satisfechos de su buena conducta y de su bien timbrada voz de contralto.

—¿Y cómo conoce usted tanto detalle?

—Pues ya lo ve, prestando un poco de atención a los sucesos.

Este libro debiera haberse titulado *Nociones de álgebra y trigonometría para huérfanos de guerra* o, si no, *The Economic Theory of the Location of Railways*, pero

no pudo ser; ambas formas fueron prohibidas por la ONU.

El águila real vuela majestuosamente sobre los más altos montes, ¡qué hija de puta, qué bien vuela!, y el lagarto portugués, verde y colorado y ágil, se escurre por entre la zarzamora del primer término y la madreSelva que queda detrás; a poco más, la condesa ciega pisa el lagarto.

—Pisé un cagajón de vaca y me puse perdida.

—¿Y por qué no miras donde pisas, estúpida?

—Porque soy ciega, ¿o es que tú que ves, no lo ves?

El oculista del seguro le dijo al bandolero,

—Dese usted prisa en mirar todo lo que tenga que mirar porque, dentro de poco, estará usted tan ciego como la condesa; del glaucoma no se escapan más que los vietnamitas (y no todos) y usted no es vietnamita.

—Pero, doctor, ¿y qué va a hacer un bandolero ciego?

—¿Yo qué sé? Eso no es cosa mía; pregúntele usted a un sociólogo, aunque quizá tampoco, dudo de que los sociólogos acierten a responderle con adecuado y suficiente rigor.

Al tiburón del acuario de Hamburgo le contagió una gonorrea maligna la sirena Micaela, que era tan sucia que la expulsaron de donde no expulsan a casi nadie, de la isla de Lesbos, y anduvo más de cien años vagando con una llave en la mano por el Soho de Londres. Al tiburón, que era tan bárbaro e ingenuo que no tenía nombre propio, se le vino el mundo encima cuando se supo tan atrabiliariamente enfermo, y probó a ahogar sus penas en cerveza.

—Está carísima la cerveza, pero yo no tengo más remedio que beber y beber para vaciarme las vías urinarias de gonococos.

—¿Quién le recomendó a usted esa terapéutica?

—Nadie, es de sentido común.

En la oficina suministradora de amores suplicantes, el poeta Wences L. Wences se encontró con la hurgamandera Nicolasa, que lo mismo servía para un roto que para un descosido: la mamaba bien y con aplicada delicadeza, pegaba botones como nadie, sabía hacer un salpicón de limacos y un paté de murciélago que estaban riquísimos, cosía, bordaba, lavaba, planchaba, etc.; lo que no sabía hacer era leche frita, no acababa de darle el punto, tampoco le salían bien los crucigramas. Voltaire había sido cliente de Nicolasa, pero ella guardaba un discreto silencio sobre su amanerada y vulgar conducta sexual.

—¿Y Amiel?

—Pagaba con largueza pero, en cuanto apagaba la luz, había que echarse a temblar porque a oscuras era un déspota sanguinario; con la luz encendida era un pobre desgraciado. ¡Qué barbaridad, cómo cambia la gente!

El poeta Wences L. Wences saltaba a la comba y, para darse ánimos, tomaba infusión de jengibre sazónada con adormidera y rapé; en la cantina de los inválidos la preparaban muy bien y con ingredientes de confianza.

—¿Me da un poco de sal de acederas?

—Ya le puse una cantidad prudente.

—Gracias.

El poeta Wences L. Wences amaba a la hurgamandera Nicolasa en el tejado para orearla bien y con constancia porque no podía aguantar su olor.

—¿Acre?

—Sí; e hiriente, muy agudo e hiriente.

—¿Y compensatorio?

—Para mí, sí, sin duda alguna: la hurgamandera Nicolasa y sus virtudes nunca lo suficientemente alabadas y cantadas por los poetas.

Sobre el comportamiento amoroso de Voltaire, la hurgamandera Nicolasa no quería hablar, la discreción es una de las más eficaces herramientas de su oficio.

—Como todos; no tenía características especiales, puedes creerme.

—¿Le gustaba comerte?

—Como todos; no pudiera decirse que ni más ni menos.

—¿Y beberte?

—No más que a otros.

Voltaire, tras amar a la hurgamandera Nicolasa, solía pasear en un bote de goma por el lago.

—Le dejo que vaya a donde quiera, ¿a mí, qué más me da? El viento es muy sabio y acierta siempre. El error es querer llevar a los botes de goma del ronzal, como si fueran asnos; entonces los botes de goma se sublevan y viene el naufragio. Los botes de goma son muy susceptibles y hay que saber tratarlos, son como damiselas histéricas y de clítoris salomónico.

—¿Tanto?

—¡Ya lo creo! ¡Tanto y más!

Los días de fiesta, los recaudadores de contribuciones se disfrazan de alfabetizadores del pueblo llano para mejor aplacar sus conciencias; algunos hasta se ponen barba postiza y recitan a los poetas de la revolución, que todos cobran su sueldo de funcionario.

—¿Y son creídos por el pueblo llano y recién alfabetizado?

—No; eso, no, ¡de ninguna manera! El pueblo llano, y más desde que está alfabetizado, se ríe de ellos y los apedrea y escupe, pero sin ira. El pueblo llano tiene mucha paciencia, no tanta como cuando aún no estaba alfabetizado, y ya se va haciendo a los desmanes y los tics eróticos de los recaudadores de contribuciones, que son siempre los mismos.

Los poetas, a cambio de que se les siga tolerando la holganza, cantan las heroicas gestas del pueblo llano en su desigual (y victoriosa) lucha contra las multinacionales, pero comen de las multinacionales; el hambre es mala consejera y los hijos deben aprender las lenguas del comercio. La hurgamandera Nicolasa, cuando se retire, piensa abrir un supermercado con sus ahorros; hace algunos años, tampoco muchos,

la costumbre era poner una boutique; hace algunos más, una peluquería de señoras, y hace muchos más, una pensión de estudiantes. Las costumbres cambian y se van acompasando al ritmo de los tiempos, es la hélice que propulsa y rige las relaciones entre todo lo existente (quizá sea demasiado), entre los seres vivos (quizá sea demasiado), entre los hombres (esto es ya más admisible).

Claudina y el novio de Estefanía se fueron a pasar el fin de semana a la cárcel del lago de los Cisnes y le pidieron prestado el bote de goma a Verlaine.

—A Voltaire.

—No, a Verlaine. Voltaire se lo había prestado ya a la hurgamandera Paula, la compañera de colegio de la hurgamandera Nicolasa. El bote de goma de Verlaine era peor que el de Voltaire pero, al menos, también flotaba. ¡Mira que si se hunde!, le dijo Claudina al novio de Estefanía. No creo, le respondió el galán desabrochándose la bragueta. (No hay error: el novio de Estefanía llevaba botones en la bragueta, no cremallera).

Las golondrinas dibujaban veloces y quebrados tajos en el aire mientras el gato garduño, desde la orilla del lago de los Cisnes, observaba las lentas manipulaciones eróticas de Claudina y el novio de su cuñada Estefanía.

—¿No volaremos el bote?

—¿Qué te importa? La muerte no siempre llega con paso de lobo.

La calandria anida en el suelo aunque es aficionada a cantar desde el aire, «pitiur, pir, pir, pitiur, pir, pir», Marisol, la novia de Eusebio Corchuela, hace una tortilla de huevos de calandria con zorza o con cangrejos de río que está como para chuparse los dedos, Eusebio no puede decir eso de que el perro de San Roque no tiene rabo porque Ramón Rodríguez se lo ha cortado, porque arrastra las erres, los forasteros se ríen de él pero él se defiende como puede, en eso no admite bromas, los del pueblo no le dicen nada porque ya están acostumbrados, Eusebio y la novia estaban en el campo sentados en el suelo y comiéndose una tortilla de esas que se dice cuando se les acercó don Cosme, el señor juez, muy sonriente; los dos se levantaron respetuosamente y ella dejó caer la tortilla, hizo como que se le caía, claro, para no tener que ofrecerle la prueba. Después, cuando se quedaron otra vez solos, le dijo al novio,

—¡A este cabrón lo va a invitar su padre!

—Bueno, mujer, ¡no te acalores!

Eusebio y Marisol no se quieren pero están acostumbrados, estas parejas son las que no riñen nunca, se aburren siempre pero no riñen nunca.

—Eso es bastante frecuente.

—Bueno, antes más que ahora.

Los espectadores, hartos de insultar a la masa coral de mendigos y de arrojarles mendrugos de pan y caramelos, se fueron durmiendo los unos sobre los otros y en el más absoluto desorden. No se pueden medir por el mismo rasero a la razón y a la imaginación, aquélla se tuesta al duro sol del orden y esta otra abreve en los

divertidos y pródigos manantiales del desorden y la casualidad.

—Recuerde el test elemental de Goethe, vivimos inmersos en la injusticia y las madres lactantes dan de mamar dulcísima injusticia a los soldados del ejército en derrota, a los soldados a los que confunde la carcajeante impiedad del vencedor, disfrazada de euforia.

—En el bergantín Bella Casilda...

—La Bella Casilda, con artículo.

—No: Bella Casilda, a secas, Bella Casilda, sin artículo. En el bergantín Bella Casilda se declaró el escorbuto y no pudo llegar a Hong-Kong, tuvo que quedarse en el lazareto de Singapoore, vigilado por las hienas anfibias. El escocés navegante se echó al agua y, sorteando a las hienas, pudo llegar a tierra firme sin demasiadas cicatrices; el escocés navegante nunca tuvo demasiadas cicatrices. Ahora bebe ron en las tabernas del puerto y canta obscenas melodías de Liverpool.

—Dígame una cosa, Charles Momó, oriénteme un poco: quisiera hacerme un tatuaje en el pecho, una mujer con las tetas grandes medio flotándome entre la pelambrea del pecho, algo así como un símbolo, usted ya me entiende, o como una insignia misteriosa. ¿Dónde puedo hacérmelo, que no me salga muy caro y no se me infecte?

—Que no le salga muy caro, no sé, quizá en Palamós, pregunte por Tonet, ahora está todo muy caro pero Tonet no abusa. Y que no se le infecte, tampoco sé; a mí se me hace que se infectan siempre, se conoce que de la misma tinta, pero eso pasa enseguida y después quedan más fuertes y duraderos.

—¿Recuerda usted aquel canónigo romano a quien tatuaron en una nalga el vitor de los doctores salmantinos y en la otra la llave de los doctores bolonios?

—Sí que recuerdo, lo que no puedo recordar es su nombre de pila; de apellido se llamaba Flippo.

—Gaetano Flippo.

—Eso, Gaetano Flippo. ¡Qué memoria tiene usted! Lo conocí en un burdel de Orense, en casa de la Parrocha, de donde sacaban el agua caliente de las Burgas, y recuerdo que lo tatuaron en Burriana, poco antes de terminar la guerra civil española. Lo tatuó el maestro armero del regimiento de Bailén n.º 24, creo que estaba adscrito al segundo batallón, primera compañía, y se llamaba Roque Molinero Verrugo, natural de Sos del Rey Católico, provincia de Zaragoza, que llevaba un bigotito recortado en forma y se peinaba con gomina. El Flippo había venido a España con los Flechas Verdes, ¡agredir es vencer!, que después corrieron como conejos. Por entonces ya era canónigo pero quiso vivir la aventura y se alistó en las fuerzas expedicionarias. No quería dejarse tatuar en el culo, ¡en el culo no, en el culo no!, decía, y el maestro armero, para que se estuviera quieto y no tirara coces, tuvo que darle con la culata del mosquetón en la cabeza. ¡Fue mano de santo!

—Pues usted tampoco tiene mala memoria.

—¡Hombre! De estas cosas graciosas se acuerda uno siempre.

Curro el de Gibralfaro había sido picador con Domingo Ortega, otros dicen que banderillero y otros aseguran que no pasó de botijero, pero ahora, desde que está de prior de la orden de la Camáldula, presidio de Rociana del Condado, se da a la contemplación y al pensamiento. Un día Raimundo el zahori se lo encontró sentado sobre el cadáver de una peregrina a la que aleccionaba sobre tres puntos primordiales: a) La lengua es una universidad en la que uno jamás se gradúa, nunca aprendemos lo bastante y jamás la dominamos porque no se está quieta. b) La conjunción copulativa «y» es muy misteriosa y el hombre sabe poco de ella, tendremos que seguir estudiando. c) Todos los cristales están muertos, la muerte también tiende a la geometría. Mrs. Belushi, la de la vagina moderada o estática, según el viento y las estaciones, jamás fue amiga de mi tía Clara, la monja.

—Yo no me trato con cojas —decía—. Primero que se arregle el remo y después ya veremos; a lo mejor, tampoco. Que le entablillen la pierna con tibias mágicas, con tibias evangélicas, con tibias arameas, y después ya veremos lo que hago. De momento, me niego a tener el menor trato con ella. ¿Le duele la pierna?

—No tengo por qué saciar su curiosidad. A cualquier otra persona le respondería, pero a usted, no.

—Dispense.

El tierno tonto de los accesos de hipo pasó en bicicleta por el camino, en una pesadísima y durísima bicicleta de hierro y de piñón fijo; a veces, sacaba el pie de la pedalera y les daba una patada o dos a los animales domésticos, ánades, ovejas, perros lulús, y a las adolescentes que paseaban en compañía de sus mayores.

—¡Gilipollas!

—¡Qué pasa! Si no fuera un poco tartamudo, me bajaba de la bicicleta y le sentaba las costuras. ¡Tiene usted suerte de que sea un poco tartamudo!

Norberto y sus dos mujeres, Elsa y Gertrudis, y Elsa y sus dos maridos, Norberto y Raúl, se alistaron en la cacería del gran cabrón del Afganistán, del camero de Marco Polo (de él se da más cumplida noticia en la novela *Madera de boj*, todavía retenida por la censura) los cuatro iban vestidos de exploradores, iban de color caqui, pantalón corto y corbata, las otras características se suponen: Gertrudis y Raúl cargados inclementemente, y Elsa y Norberto enlazados del talle y entonando barcarolas y otros aires pasajeros; de trecho en trecho hacían un alto y se detenían para fornicar.

—Es una situación injusta, Norberto, pero nosotros no somos culpables de la justicia o injusticia de las situaciones.

—Tienes razón, Elsa, nosotros cumplimos con fornicar. Súbete las faldas.

—Estoy escocida, Norberto.

—¡Y lo que estarás! Yo no lo encuentro nada raro. Venga, súbete las faldas y aloja mi dardo en tus tibias y gustosas y cautelosas entrañas... Así..., muévete un poco, Elsa... ¡Aprieta, que ya me viene!

—¡No me des el grandilocuente semen todavía, Norberto! ¡Espera un poco!

—Dispensa, pero no estoy para perder el tiempo. ¡Tómalo!

—¡Ay!

Elsa puso la voz apropiada.

—No te retires, Norberto...

Y Norberto le reconvino.

—No seas obscena, Elsa.

Don Cosme podrá pensar lo que quiera, es un derecho que asiste a los jueces, *ius est ars boni et aequi*, aunque marre, el pajarito al que dicen mosquitero musical canta muy melancólicamente, «dididi, duí, duí, deá, deá, deá», tanto Mateo como Norberto, tanto los perdedores como los ganadores hacen con sus novias lo que les sale de los huevos, ese señalamiento de la voluntad, de la libertad, de la verdad es lo que se llama derecho divino, tan sólo ellas podrían opinar y actuar aunque siempre con respeto y de un modo relativo, don Cosme podrá pensar lo que quiera aunque no tenga derecho a hacerlo. Una paloma buchona se despiojaba en el tejado mientras el alacrán tomaba el sol en la uña venenosa.

—Yo creo que ese animalito es un escorpión.

—Quizá.

—El tonto del hipo también confunde los alacranes con los escorpiones.

—¿Y con los grillos cebolleros?

—No; eso, no.

El perdonar acarrea dulzura pero el ser perdonado aburre y suelta las espitas del amargor. No se trata de declarar ante el juez o ante la conciencia, se trata de vaciar el sentimiento por la boca, la confesión debe hacerse en voz alta para vaciar el sentimiento por la boca, también con los pies descalzos sobre la tierra, de nada vale querer desprenderse del sentimiento, querer cortar el cordón umbilical del sentimiento en el aire o debajo del agua, el alma ni vuela ni bucea, durante mucho tiempo se creyó que el alma volaba envuelta en su camisón de tafetán pero no es cierto, el alma camina arrastrándose sobre el suelo como la culebra. Entre Elsa y Gertrudis suena la campanilla de la amistad porque ambas son honestamente vulgares como jinetas vulgares, animalitos lujuriosos y carniceros. La relación entre Norberto y Raúl ya no funciona con tan mollar mecanismo porque son casquivanos y soberbios, ambos están muy poseídos de sus pujanzas. Elsa, aunque es menos bella que Gertrudis, funciona mejor que Gertrudis, que es más bella pero también más inexpresiva que Elsa, en su trato carnal con Norberto, con Raúl o con quien fuere, Elsa tiene más habilidad política y Gertrudis es hembra de vagina dura, lo que la hace más distante y casi despreciable. Los corazones en sombra o demasiado tupidos no son terreno abonado para el amor. Tampoco lo son las vaginas de pedernal ni las conciencias excesivamente atormentadas. El amor requiere un medio elástico y al mismo tiempo lubricado, por eso la saliva de los amantes juega tan señalado papel.

—Eres seca como un cardo e imposible de amar, prefiero la grasienta gallina aunque se muera de generoso y alaradísimo estupor; ningún cuerpo muerto se

enfriá demasiado desconsideradamente. Eres seca como un cardo y casi imposible de amar.

El venerable don Zaqueo Nicomediano, en su silla ortopédica, se saltaba la raya de tiza y gozaba de los encantos de Waldetruda, a la que acariciaba y acariciaba y acariciaba.

—Waldetruda.

—¡Mándame, Zaqueo, amor!

—Quizá debiéramos pensar en casarnos.

—No; todavía no. Tú sigue acariciándome, acariciándome, acariciándome en tu sillón de ruedas, ¡me vuelves loca, Zaqueo, amor mío! ¡Ay, Dios, ay, Santo Dios, qué anciano más amoroso y gentil! ¡Cómo se salta la raya de tiza, el muy indino!

—¿Y si me muero, Waldetruda?

—No te preocupes, amor, que yo te haré el mejor entierro posible, con cien sacerdotes vestidos la mitad de charra y la otra mitad de siciliana y mi hermano Wilhelm y su dogo Disraeli con bozal los dos.

Don Zaqueo se quedó pensativo.

—¡Qué ilusión! ¡Cómo me gustaría no haber perdido el conocimiento!

Y tras una pausa,

—¡Qué triste es llegar a viejo y quedarse sin conocimiento! Se me están oxidando a pasos agigantados las glándulas salivares, Waldetruda, tengo la lengua como papel de lija.

—Y a mí también se me están enrobinando las glándulas mamarias, Zaqueo, y los labios de la vagina, un día suavísimos y hoy como la piedra pómez, éste es el inclemente principio del fin.

A Elsa, a la escocida Elsa, y a Gertrudis, a la sarpullida (?) Gertrudis, no se le oxidaban todavía las glándulas.

—Quizá les falte más de un lustro.

—Quizá.

Norberto y Raúl, ambos vestidos de caqui, tenían una figura muy marcial y atrayente.

—¡Asaetearemos al gran cabrón del Afganistán!

—¡Chist! Baja la voz y no cantes victoria antes de tiempo; el gran cabrón del Afganistán es presa difícil.

—También lo eran Elsa y Gertrudis y las tenemos rendidas a nuestros pies.

—Rendidas, sí, pero no disecadas. A una mujer no se le domina hasta que está disecada y rellena de serrín.

Mrs. Belushi no demostraba un especial aprecio por Estefanía.

—Lleva las aromáticas enaguas almidonadas, es cierto, pero también lleva las bragas sucias y las piernas sin depilar. Me han dicho que en el sobaco le anidan caracoles.

—No es cierto, eso son habladurías de maledicentes desocupados; hace lo menos

tres días que, por más que busca, no encuentra un solo caracol; los desterró con polvillo de tabaco, que es remedio infalible.

Leopold, el paracaidista, nadaba tan alegremente como los delfines, y su mujer, Marg, que había sido campeona universitaria de salto de altura, demostraba mucha afición a la repostería de tiempos de nuestros abuelos, a la saludable repostería sin trampa ni cartón.

—Ahora se come con mucha falsedad, a mí me parece que todo eso va en detrimento de la salud.

Leopold había sido negrero en Costa de Oro, su crueldad era legendaria, y con los negros que se le morían falsificaba harina de pescado y aceite de hígado de bacalao granulado.

—Lo difícil es batir bien la emulsión y el secreto está en ponerla a secar a la sombra, como la camomila; los gránulos o grumos, al principio, hieden un poco pero después, cuando se olean, son de muy grato aroma. Y muy nutritivos, ¡con decirle que son el ingrediente primordial de los piensos compuestos de las madres gestantes y lactantes!

—¿Tanto?

—¡Ya lo creo!

—¡Qué amena y didáctica es su charla, Leopold!

Leopold sonrió con un gesto de gratitud.

—Marg, vida mía, salta por encima del piano para que te vean estas señoras.

—¿Con bragas o sin bragas?

—Como gustes.

—¿Con manos o sin manos?

—Como gustes.

—¿Con guantes o sin guantes?

—Como gustes.

Este libro debiera haberse titulado *El k.o. técnico de Quintiliano o la intoxicación con marihuana de la hermana Mónica*, pero no pudo ser; se hubieran presentado determinadas complicaciones legales con las que es preferible no enfrentarse. La condesa ciega, completamente borracha de tequila, cantaba La Carmañola subida en una percha como un guacamayo verde, azul, rojo y amarillo.

—Te vas a caer y te vas a dar un golpe. ¿No ves que estás ciega?

—Sí; ya lo sé, pero disfruto mucho.

Las camareras chinas del bar de camareras (chinas o, en general, orientales) a donde van a tomar café las autoridades civiles, se van convirtiendo poco a poco al cristianismo, ya no quedan más que cinco rebeldes y tampoco parece que vayan a resistir demasiado; diecisiete se han casado ya con guardias, once bisontes y seis búfalos. La hembra del ruiseñor puso un huevo en la cuadra de los caballos y la murmuración se desató con su crudelísimo trotecillo lobero.

—¡Qué mala y cruel es la gente! ¿Usted no cree que la gente vive para el mal y

nada más que para propiciar y hacer y acontecer el mal?

—De una manera absoluta no me atrevería a darle la razón, pero pienso que tampoco va usted muy descaminado. El mal no es más fácil que el bien, pero sí más deleitoso y compensador, del mal se guarda más memoria que del bien, se conoce que florece con más galanura en las conciencias. Ni el mal ni el bien son desarraigables, pero el mal, históricamente, jugó en mayor o menor grado el naípe del misterio. El día que se ilumine y legalice el mal, lo más probable es que desaparezca o al menos se transforme.

—No le preguntaba a usted tanto.

Juan Grujidora hizo una reverencia.

—Pero tengo mucho gusto en habérselo dicho.

Claudina y el novio de Estefanía no pagaron la cuenta de la posada El Tiburón de Estaño y fueron denunciados al juez; tuvieron suerte porque el juez, que era un zángano, llevaba ya una larga temporada sin admitir denuncias.

—¿Para qué querrá la gente gastarse el dinero en pólizas y en papel de oficio?

—Lo ignoro, se conoce que es un hábito difícil de superar; quizá sea como la masturbación entre adolescentes.

—¿Los árabes se masturban mucho?

—No más que los judíos o los cristianos. Y menos que los monos, de eso puede estar bien seguro; los monos son los grandes campeones universales.

Claudina y el novio de Estefanía, además, robaron cuatro sábanas, tres toallas y dos ceniceros. El dueño de la posada El Tiburón de Estaño no los denunció.

—¿Para qué, si el juez no me hace ni caso?

—No le falta a usted razón, la justicia está por los suelos y nadie respeta la ley.

Llegó tarde, esto de llegar tarde es como un vicio, pero no demasiado tarde, la gente no había comenzado aún a marcharse. La masa coral de mendigos cantaba *Desde Santurce a Bilbao* con desgana porque hacía mucho calor, antes había cantado el poema *San Francisco sobre las olas* de Listz, con letra de Anselme Mathieu, el local no reunía las adecuadas condiciones pero nadie quería encargarse de las obras, todos buscaban alguna disculpa. El segundo puesto de la competición de masturbadores solían adjudicárselo los alumnos de los jesuitas, primero los monos y después ellos.

—¿Sigo saltando, Leopold?

—No, Marg, vida mía, por hoy ya está bien.

A Mateo se lo llevaron los guardias a la cárcel de la capital donde estuvo ocho días encerrado, es muy graciosa la costumbre de que los veteranos roben al nuevo, le fumen el tabaco, le peguen tortas y patadas, le escupan, le humillen, le meen el rancho, le den por culo, la primera noche a Mateo le dieron por culo lo menos veinte veces, le rompieron el culo y se lo llenaron de leche, después se lo untaron de mierda, esta costumbre es muy graciosa, da mucha risa, Mateo pensó suicidarse pero le faltó valor, tampoco hubiera podido, tragarse la lengua es muy difícil, aguantar la

respiración hasta la muerte es imposible. Para tocar la flauta —decía Goethe— no basta con soplar; también hay que mover los dedos. El piano o el arpa pueden tocarse moviendo sólo los dedos; para tocar el piano o el arpa no hace falta soplar. Soplar mucho cuando se hace el amor con una mujer delgadita es falta de educación grave, pero contener, e incluso alterar, el ritmo respiratorio, puede (podiera) entenderse (interpretarse) como finta artera y desconsiderada; en esto debe precederse con suma cautela. Para tocar la flauta también se precisa flauta, dulce o travesera, lo mismo da, y flautista que sople y mueva los dedos con arte adecuada, no a tontas y a locas. El fraile del zurriago saltaba como una liebre sobre las tumbas del camposanto a donde solía ir a hacer gimnasia respiratoria por las mañanas.

—¿Te acosa la piojera, fraile despreciable?

—Sí, hijo mío: más de lo que mis fuerzas resisten. ¿Tú ya no tienes piojos?

—No; me los quité paseando en cueros bajo la lluvia. Al principio me ladraban los perros y me pedía la documentación la guardia civil, pero después se fueron acostumbrando. ¿Por qué no pasea en cueros bajo la lluvia?

El juez don Cosme ignoraba la costumbre de la cárcel, la inmediata ley de la cárcel, esa convención de amargos jacobinos, de puritanos con el corazón habitado por tarántulas y víboras, a lo mejor don Cosme hubiera querido conocerlas, curiosidad profesional, pero no podía hacerlo, no era capaz, don Cosme tomaba vermú y decía,

—Mateo nunca me dijo que lo pasara tan mal en la cárcel y además, ¿usted cree que ocho días de cárcel pueden marcar a una persona? A mí no me cabe en la cabeza, lo que yo pienso es que hay que ser más hombre y aguantar mejor las adversidades.

—Sí, puede que tenga usted razón pero Mateo quedó muy tocado: ya le digo que hasta pensó en suicidarse.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué falta de entereza!

—Sí, puede que sí...

Arquímedes y su coima Natalia Luxemburgo tomaban baños de sol en la terraza del balneario rodeados de duquesas ancianas y mal educadas, también en cueros.

—¿Tú crees que está prohibido rociarlas con sulfumán?

—Sí, Natalia, claro que está prohibido, tú estate quietecita y no marees. ¡Tengamos la fiesta en paz!

—¡Ay, hijo, eres un cardo!

—Bueno, soy lo que me da la gana.

Natalia, de tarde en tarde, se acostaba con el poeta Wences L. Wences.

—¿En el tejado?

—No; no hacía falta. Natalia olía a rosas de Jericó y no como la hurgamandera Nicolasa. Si el poeta Wences L. Wences se subía al tejado con la hurgamandera Nicolasa era por necesidad, puede usted estar seguro, no por capricho.

Natalia y el poeta Wences L. Wences se amaban con suma languidez y estatismo, hubieran podido mantener un vaso de agua en equilibrio sobre la cabeza y sin el

menor vaivén. La emoción es una licencia muy próxima a la falta de decoro.

—¡Conteneos, malditos alborotadores! ¿No veis que no han empezado a desfilar todavía los niños de las escuelas municipales?

—Perdonad, padre, os ruego que nos disculpéis tanto a mi partenaire como a mí porque el trance verriendo nos obnubila.

—Estáis disculpados, hijos míos, ya que la carne es flaca y el rijo propicia y aun dispara el descaró. Podéis romper a fornicar, cuando seáis gustosos.

—Gracias, padre. ¡Ponte en facha, Natalia, que contra ti voy!

—Suave, Wences L. Wences, suave.

—Tú sabes bien que sí.

Los poetas, para Cervantes, están hechos de una masa dulce, suave, correosa y tierna y amiga de holgar en casa ajena. Tomás Cerulleda el Cavilador, tumbado a la bucólica ribera del Sar frente a Extramundi, algo antes, más o menos hacia donde nació el novelista Nicasio Pajares, se entretenía en pensar en los poetas.

—Son grandiosos pero escasos, los poetas adivinan inmensos mares de sabiduría, navegan muchas millas por delante de la ciencia pero en la historia del mundo no ha habido más de siete poetas verdaderos en todas las lenguas, en todos los países y en todos los tiempos.

Tras una pausa y un cigarrillo, Tomás Cerulleda siguió en sus entretenimientos,

—En cambio los falsos poetas son legión, es doloroso pero cierto, casi todos los poetas son falsos poetas, pequeños animalitos parásitos que se imitan o se roban unos a otros, los falsos poetas no saben sino dar volatines líricos, tampoco discurren con suficiente rigor y viven de vaciarle el orinal al poderoso y de hacer odas a Stalin o a Hitler (la acción se va desdibujando lentamente y el decorado llega a confundirse con el horizonte), Juan Grujidora es más decente y también Leopold, que fue negrero y paracaidista, y Marg, su mujer, la ex campeona universitaria de salto de altura: el juez don Cosme, no, el juez don Cosme es un chisgarabís amparado por el reglamento, el juez don Cosme ni sabe siquiera que es cruel.

Tomás Cerulleda el Cavilador recogió sus bártulos y se fue, no dejó dicho a dónde. Wences L. Wences, cuando terminó de amar a Natalia, se puso a cantar *La donna è mobile* en la ducha.

—¿Me alcanzas el jabón?

—No.

—¿Y el cepillo de las uñas?

—Tampoco.

—¿Y la toalla?

—Tampoco.

—¿Entonces, qué me alcanzas?

—Nada, te doy mi cuerpo todavía sin bañar, mi cuerpo recién despierto y sudado, ¿te parece poco?, para que en él ensayes toda suerte de tropiezos y bastimentos. No pocos hidalgos comendadores de bastimentos más ágiles que tú y más instruidos

vararon en mi cuerpo todavía sin bañar, mi cuerpo recién despierto y sudado y aún con todos sus zumos y orinas, ¿te parece poco?, vararon en muy remotas y señaladas ocasiones que tú ni sospechas. Tú eres un pobre hombre que vive y hasta se sacia de la caridad de las mujeres, pero te juro que no te alcanzo ni el jabón, ni el cepillo de las uñas, ni la toalla. Así tú, el independiente, el ácrata, el autarca, el buey solo que bien se lame, el Robinson Crusoe de la ciudad, aprenderás a conocer los valores que ignoras. No hay jabón, ni cepillo de las uñas, ni toalla. Los perros cultos y los perros ignoros tantean, al principio muy toscamente, después con mayor sabiduría, sus escarceos homosexuales. Tú sabes bien, solitario orgulloso, que el consuelo se bebe donde se puede y también en los vasos que a veces se niegan.

Mateo Ruecas salió muy cambiado de la cárcel, semejaba que le habían dado la vuelta como a un calcetín, don Cosme dice que ocho días de cárcel no pueden marcar a nadie, bueno, pues a Mateo Ruecas sí lo marcaron, don Cosme acabó de aplastarlo con sus presiones, hay dos maneras de aplastar a la gente, como a un grillo o como a una patata, lo mandaba llamar al juzgado a cada momento aunque no fuera a horas de oficina, también algunos domingos y días de fiesta unas veces por la mañana y otras por la tarde, así había mayor confusión, también le convenció de que despidiera al abogado y cogiera uno de oficio, le dijo que no llevara testigos al juicio, ¿para qué?, éstos lo complican siempre todo y cabrean a los magistrados, cuando iban en el taxi camino de la Audiencia provincial les fue aleccionando, a él y a Soledad, la novia, sobre lo que tenían que decir y que callar, los dos estaban procesados, Sólita se negó a obedecerle, ¡antes me muero!, ¡así Dios me deje muda!, pero Mateo Ruecas se calló la verdad y no dijo sino lo que quería el juez, cuando el señor fiscal le pregunte, ¿reconoce usted que fue sorprendido en compañía de la también procesada en un local público y en una escena inequívocamente obscena?, responda, sí, señor, ¿tenía usted el sexo fuera del pantalón?, responda, sí, señor, ¿estaban usted y la procesada ante el aparato de televisión encendido?, responda, sí, señor, ¿eran varios los televidentes?, responda, sí, señor, ¿entraba y salía gente en el establecimiento?, responda, sí, señor, ¿la procesada se había sacado los senos por el escote?, responda, sí, señor, ¿es cierto que tuvo usted una polución tan abundante como descarada, a consecuencia de los libidinosos tocamientos de la procesada?, responda, sí, señor, ¿sabía usted que la persona que le recriminó su actitud era el señor juez?, responda, sí, señor, ¿lo hizo en forma correcta?, responda, sí, señor. Mateo Ruecas había salido muy cambiado de la cárcel, parecía que le habían dado la vuelta como a un pellejo, ahora estaba manso y acojonado, a lo mejor ya adivinaba que iba para perdedor.

La abuelita se quitó la peluca y llamó a Cam, la abuelita se dio polvos de talco en la calva y llamó a Sem, la abuelita se puso la chichonera de su primo Jeremías, el jugador de rugby, y mandó llamar a Jafet, ella sola no hubiera tenido fuerzas para llamarlo. Después los puso a los tres a hacer la instrucción, primero de pie, después cuerpo a tierra y después sentados al borde del sepulcro de Lord Grimbsby.

—Oíd, hijos míos, a ver si sois capaces de darme la alegría de no equivocaros: un,

dos..., un, dos..., un, dos... Gracias, hijos, muchas gracias, habéis sido muy complacientes conmigo, que Dios os lo premie con una buena esposa.

A la abuelita la enterraron desnuda pero con la chichonera puesta porque se le había pegado al cráneo con la pasta o crema de sesos (muy parecida a la pasta o crema de las croquetas de jamón de York) que le manaba de las orejas.

—¿Puedo untar pan integral?

—Le ruego que sea más respetuoso: no puede untar pan integral, lo siento.

Los guardianes del purgatorio, que eran unos diablos medio mansos y muy de segunda fila, vamos, unos pobres diablos, lo pasaban muy bien con las chocarreras ocurrencias de la abuelita.

—¡Qué vieja más sucia y descarada! —Se decían los unos a los otros—, ¡qué chistes más procaces se le ocurren!

—¡Ya, ya! ¡Parece mentira que no la hayan educado un poco mejor!

El bizco que fabricaba yogures se veía con un demonio íncubo en el cementerio, detrás de la caseta de las autopsias convertida en cochera por el falaz cura de los vánicos suspiros intermitentes.

—Astrido, ¿quieres tomarme?

—¿Qué me das a cambio?

—Te dejo envenenar tres yogures o adulterar tres mil, elige tú.

—Prefiero adulterar tres mil, es más deportivo y elegante.

—Como gustes... Espera, amor mío, que me baje los pantalones..., espera a que me ponga en pompa..., así, tómame así, como si estuviera comiendo yerba... ¿Quién es tu ovejita? Toma mi tubo hueco y ansioso, destrózame el esfínter con tu agudísimo y robusto dardo demoníaco... ¡Rómpeme, Astrido, soy tuyo! ¡Enguílame, Astrido! ¡Mátame! ¡Ay, ay...!

A la mañana siguiente, tres mil consumidores de yogur tuvieron diarrea jaspeada de pus.

—Debe ser un virus de Extremo Oriente.

—Sí; lo más probable.

Pero el fabricante, a la otra mañana, bizqueaba más que nunca.

—¿Verdad usted que no se me está quitando la bizquera?

—No; puede estar bien seguro que no.

Cam, Set y Jafet, cuando volvieron de enterrar a la abuelita, le embadurnaron de mierda la puerta al fabricante bizco de yogures.

—¿Por qué no sales, para que te embadurnemos también los hocicos, tío asqueroso, repugnante mercader?

Detrás de la caseta de las autopsias habilitada para cochera y tartanera por el ruin cura, etc., crecía una aromática mata de romero sobrevolada por las abejas de la miel. Norberto y sus dos mujeres, Elsa y Gertrudis, se llevaban de vez en cuando algún ramito de romero para sazonar el estofado de conejo o de curruca carrasqueña (este manjar se come sólo los días de precepto).

—¡Qué pena que se esté perdiendo el arte de la cocina!

—¡Sí, verdaderamente!

El tierno tonto del hipo coleccionaba estampitas de futbolistas.

—Es un ejercicio muy adecuado para combatir el estreñimiento, es tan válido para devolver el buen orden al intestino como las yerbas indias y aún mejor; los sabios de todo el mundo y los misioneros cristianos recomiendan los enemas de estampitas de futbolistas ni fríos ni calientes, templados, son tan eficaces como las yerbas del misterio.

—¿Será por lo de oler y acariciar y chupar la tierna y sonrosada goma de la lavativa?

—Se pensó en eso, no lo niego, en un principio se pensó en eso, pero para mí que influyen más las razones psíquicas; el vientre se regula mucho con la cabeza.

—Pero se exonera apretando la musculatura del bandujo.

—Sí; eso, sí. Cuando se relaja y deforma y pierde elasticidad la musculatura del bandujo, yo prefiero llamarle el vientre, puede decirse que se tiene ya perdida la batalla.

Los miércoles de ceniza de cada año y desde hace ya lo menos doscientos años, el capitán de húsares Michael Percival el Agachadizo comete algún disparate: pone un gallardete azul celeste con una flor de lis de oro en el más alto pararrayos de la catedral, mata a estoque un búfalo ante el Sacro Colegio Cardenalicio, rapta a una monja jovencita del convento de las clarisas y se la regala al comandante de marina de Sebastopol, hay quien dice que se la cambia por la décima parte de su peso en caviar, etc. Michael Percival le dijo a Celia Batman la pitonisa,

—No necesito tu perdón, me basta con que me olvides o con que te olvide. Se olvida lo que se oye, se recuerda lo que se ve y se comprende lo que se hace: todo lo demás es huera palabrería, vana conciencia, atroz actitud.

Petra Mandioca, la mulata puertorriqueña de las bragas comestibles, canta en el coro de la parroquia con el tesorero capón de la oficina suministradora de amores suplicantes.

—Petra Mandioca baila el cha-cha-chá.

—Cha-cha-chá, Petra Mandioca baila el cha-cha-chá.

—Cha-cha-chá, Petra Mandioca baila el cha-cha-chá, ¡cha-cha-chá!

El tesorero capón de la oficina suministradora de amores suplicantes, o sea don Ambrosio Bartolomé Arcenillas el Diligente, canta en el coro de la parroquia pero no baila el cha-cha-chá, le falta ritmo y quizá adecuación hormonal; cuando las hormonas hacen la guerra por su cuenta, esto es, cuando no se adecúan al fin previsto, ¡malo!

—¿Me da usted una azumbre de orina de parida? Es para preparar elixir.

—Con mucho gusto, mocito. ¿Por casa, bien?

—Sí, señora; bien, muchas gracias.

Marg producía mucha orina, unos cinco o seis odres diarios.

—Da gusto con ella, es muy meona. ¡Calidad fina, puedo asegurárselo, de lo que ya no queda ni en las zonas montañosas! En cuanto Leopold empieza a pisarla, pis, pis, pis, pis, pis, ella va, se agacha y se mea, te mea, le mea, no falla, y así un odre, y otro, y otro..., producción garantizada, yo creo que esa propensión la da el mestizaje.

—Pero ¿Marg es mestiza?

—No sé, no me lo parece. Marg, repostera fina, ¿se entera?, ¿te enteras?, y de mucha confianza, pastelera delicada.

—Ya, ya... ¿Me despacha usted la azumbre?

—No seas impaciente. Los guardias y las avestruces...

—Se dice los avestruces, en masculino, a pesar de la autoridad de Ortega en Estudios sobre el amor.

—Gracias. Los días de niebla, los guardias y los avestruces se confunden, quizá sea un efecto óptico.

—Quizá no, quizá sea un propósito deliberado. Los guardias y los avestruces no respetan el código del honor y son muy aficionados a revolver el río para pescar con más artero aprovechamiento. Después vendré por la azumbre, ahora voy a acercarme al estanco a comprar cerillas.

—Como gustes, hermoso.

La Audiencia dictó sentencia el día de los Santos Inocentes, los hechos probados constituyen un delito de escándalo público «porque ofenden las buenas costumbres usuales constituyéndose en indeseado espectáculo de actitudes sugerentemente obscenas, reservadas por la común opinión de la sociedad para más íntimos ambientes, ante las personas y familias que inevitablemente hubieron de presenciar sus eróticas expresiones», lo que va entrecomillado se copia de la sentencia. A Mateo Rucas Domínguez, de veinte años de edad, soltero, etc., lo condenaron a cinco meses de arresto mayor, multa de 30 000 pesetas e inhabilitación para cargos públicos de docencia durante siete años, y a Soledad Navares Montejo, de dieciséis años de edad, soltera, etc., a dos meses de arresto mayor, multa de 20 000 pesetas e inhabilitación para cargos públicos de docencia durante tres años, según Soledad se les cayó el mundo a los pies de la vergüenza que les dio y no recurrieron el fallo porque estaban hartos y asustados, las dos cosas, un pájaro asustado sirve para muy poco. Este libro bien pudiera y aun debiera haberse titulado *Abel dans la forêt sauvage* o bien *Le périlleux amour de Maurice de Guerin*, pero su confusa autora insiste en llamarle *Penúltima esclusa o las desventuras que acabaron con el perdedor Mateo Rucas*. Gil Blas de Santillana y Estefanía estaban muy ensayados a saltar sobre los más artificiosos y pretensiosos catafalcos, era difícil sorprenderlos en un renuncio, por minúsculo que fuere. A Gil Blas de Santillana y a Estefanía se les daba peor la navegación a vela, no acertaban con el viento propicio, ni con el dibujo de la orza, ni con el trapo oportuno, la cantidad de trapo, la calidad del trapo, su silueta.

—El de la ignorancia es un camino sin fin porque jamás abdica. La perseverancia

es una de sus características.

—¿Una perseverancia pactada?

—O desmelenada, poco importa; la perseverancia desmelenada puede ser una obra de orfebrería fina, Séneca (*Epistulae ad Lucilium*, 95, 33) nos orienta con su equilibrio inestable: homo sacra res homini.

En el entierro del banderillero Martín Acebal, ya maduro ofició de picador de toros, coincidieron doña Paula y Valerio II, Cojo de Manizales, que a la sazón era obispo muy respetado.

—¿Qué alegría me da el verla, doña Paula! ¿Cuánto tiempo hacía que no coincidíamos en ningún lado?

—¿Yo qué sé? ¡Un horror! ¡Para mí que no nos veíamos desde el primer viaje a Zaragoza del rey Don Amadeo!

—¿Qué barbaridad, cómo pasan los años! ¿Usted cree que desde las tapias del cielo parte una vereda que lleva en derechura al infierno?

—¿Y tanto, Valerio II, y tanto! Lo creo yo y lo cree cualquier persona que esté en sus cabales, en una vereda relativamente ancha pueden cruzarse dos caballos sin tropezar; desde las tapias del cielo parte una vereda relativamente ancha, muy tortuosa y casi toda flanqueada de adelfas, que lleva en derechura al infierno.

—Nuestro difunto, ¿irá al cielo o al infierno?

—¿Dice usted Martín Acebal?

—Sí.

—Pues no sé; tampoco me extrañaría que dejasen su cadáver al pie de una adelfa y en medio del camino, de una adelfa blanca y no de las más lozanas ni airosas.

—¿Y sin enterrar?

—¡Anda!, ¿y por qué no? Martín Acebal era un tipo muy raro, usted lo sabe tan bien como yo y como todos, un tipo de costumbres muy peculiares.

Los amigos y parientes que formaban en el tupido duelo entraron en la taberna Los Caracoles, a refrescarse un poco.

—¿Qué va a ser?

—Variado; usted vaya sacando de beber y de picar, crudo y caliente, aceitunas, croquetas y callos, que ya nos arreglaremos nosotros.

—Como guste. ¿Quién paga?

—Éste, sin ir más lejos, el de la verruga en la nariz. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Al llegar al cementerio, Valerio II, Cojo de Manizales, impartió la bendición a todos los presentes.

—¿Y no bendice al muerto, señor obispo?

—No; ése está ausente y yo tampoco puedo perder el tiempo.

—¡Anda, pues también es verdad! ¡Tiene usted más razón que un santo!

El único fantasma capaz de capar al amor es el hastío; si repites esta frase cien veces acabas hastiándote. El único fantasma capaz de capar al amor es el hastío, el

único fantasma capaz de capar al amor es el hastío, el único fantasma capaz de capar al amor es el hastío; si tratas de averiguar si un amor te hastía es que estás empezando a hastiarte de él. Cuando tengas dudas de si tu camisa está limpia o sucia, múdatela porque está sucia; esto fue lo que me dijo mi tía Katy cuando fui interno al colegio de los jesuitas de Mevagissey, hacía un frío horrible. El único fantasma capaz de capar al amor es el hastío porque no avisa sino que, cuando está el paisaje más encalmado, se desboca y zurra. Este libro debiera haberse titulado *Heautontimoroumenos*, pero no pudo ser; le hubiera disgustado a San Antonio el Simple, el habilidoso hallador de objetos perdidos y voluntades titubeantes.

Don Cosme ignoró siempre el propósito de Diderot de estrangular al último rey con las tripas del último cura, don Cosme no sabe casi nada, hubiera sido preferible que se hubiera muerto antes de recibir el pan de los ángeles por primera vez, y su única aspiración es hacerse respetar por todos, don Cosme tiene muy alto concepto del principio de autoridad y volvería a hacer lo que hizo sin pensarlo, esto lo dijo antes pero también después de que Mateo Rucas el perdedor se empezara a pudrir en el cementerio.

—¿Y de que su alma ardiera en la caldera de Pedro Botero?

—Eso no se sabe, eso no lo puede saber nadie; es cierto que Mateo Rucas el perdedor se quitó la vida y eso es pecado mortal, nadie lo duda, pero un punto de contrición puede salvar el alma y el alma tarda por lo menos tres puntos en despegarse del cuerpo mortal, sale por los nueve agujeros a la vez y de un solo golpe. El punto es una temblorosa y minúscula unidad de tiempo que no puede medirse porque de tan breve como es escapa incluso a la adivinación, los sabios dicen que es un instante, un momento, o la porción pequeñísima de un instante, un momento; lo más probable es que el alma de ningún suicida arda en el infierno porque Dios está siempre al quite con su esportón de puntos arrepentidores y salvadores.

—Mi conciencia está limpia, yo soy el juez más bueno que hay, yo incluso soy más bueno que justo y nada me importa que no se me quiera reconocer porque lo que prevalece es la conciencia.

San Agustín decía que un ángel no puede pecar y que un hombre puede no pecar, eso no es sino una ingeniosidad no rigurosa, eso es jugar con las palabras, San Agustín fue siempre muy aficionado a jugar con las palabras, eso es algo que les suele pasar a todos los bereberes. Los ángeles pueden pecar porque son flecos de la túnica de Dios y están hechos de su misma materia, lo que acontece es que suelen resistirse a hacerlo; el demonio es un ángel que pecó y paga el castigo de su pecado por los siglos de los siglos. Quien no puede pecar aunque quiera es el hombre ya que no es concebible que, en su ínfima pequeñez, aspire y se proponga y blasone de que consigue ofender a Dios en su grandeza descomunal e infinita; creer un hombre que puede pecar es pecado de orgullo de ese mismo hombre, en tanto que se supone capaz de medirse con Dios.

—Debería haber puesto este último párrafo en latín.

—Ya lo pensé, si no lo hice fue para que el lector no se encontrara con dificultades añadidas.

La silueta de una garza volando tiene muy evidentes connotaciones eróticas, eso es algo de lo que no dudan ni los psicoanalistas, ni los jesuitas, ni los asesores fiscales.

—¿Y la de una gaviota volando?

—Menos, evidentemente.

Alguien mató a hachazos a ocho miembros de la familia de la Aguacatala; no quiero escribir su nombre y, aunque quisiera, tampoco podría hacerlo porque no lo recuerdo. Me lo dijeron en Medellín, pero no lo recuerdo.

—¿Valeriano Tiburcio Mendoza?

—No; no es ése.

El tabú de la vejez se combate con la doble muerte, con la muerte del viejo y la del joven.

—¿Puede ser por inmersión?

—Sí, claro, o por colgamiento; la técnica no incide sobre el resultado, funciona al margen y sin interferir ni condicionar el resultado. ¡Sería monstruoso admitir lo contrario!

—Sí, verdaderamente.

Una mujer en cueros corre despavorida por el monte; la persigue un perro alano con cara de seminarista lujurioso y carlanca de agujas hipodérmicas. El guarda jurado le da el alto, la mujer no obedece y el guarda jurado vuelve el arma contra sí mismo y se descerraja un tiro en el vientre.

—¡Qué horror!

—Tampoco.

En un cine de automóviles de Palm Springs una mulata le propone la succión peneana al obispo de Restricted Beach, Florida.

—Serenos, monseñor, no exijo reciprocidad, cumplís con dejar hacer, con dejarme hacer. Estaos quieto, por favor; en pocos minutos os dejo como un guante de cabritilla a la moda europea.

—¡Apártate de mí, negra tentadora, negra de la mierda! ¡Vade retro, Satanás, mamona!

—Reportaos, monseñor. ¡Carape, qué maneras! ¡Cáspita, qué orgullo!

Hay mujeres que semejan vacas con alma de cabra, y ovejas que parecen culebras con resabios de mujer; el mundo animal es muy confuso e ignora el buen concierto. También hay homosexuales devoradores de bisoñes color caoba; los caprichos deben pagarse al contado y es infrecuente que el fiador sea creído por las fuerzas de seguridad, de por sí recelosas y obtusas, muy obtusas.

Juan Grujidora y su primo Baltasar paseaban en bicicleta por el jardín.

—La gravilla molesta, es cierto, pero tampoco demasiado; la gravilla impide que crezca la yerba y es una barrera casi infranqueable para los topes.

—No lo creo.

—Ni yo; se lo oí decir a Valeriano Tiburcio Mendoza, el asesino de la Aguacatala, pero no lo creo.

—Puedo asegurarle que Valeriano Tiburcio Mendoza no fue el asesino de la Aguacatala.

—Todo el mundo lo dice.

—Quizá, pero es mentira. El asesino de la Aguacatala se llamaba Gómez.

—¿Nada más?

—Nada más. ¿Le parece poco?

—No; me parece suficiente. Gómez, bien pronunciado, es palabra que llena mucho la boca: Gómez...

Gómez era un hampón ecuánime, con carita de raposo, que se echaba gomina en el bigote.

—El aseo es un auxiliar eficaz que te abre muchas puertas, a la gente le gusta el prójimo aseado.

—Sí, a la hora del desayuno es reconfortante imaginarse a un cipayo pataleando en la horca.

—¿Qué tiene que ver eso con el aseo de Gómez?

—Absolutamente nada. ¡Bríndeme usted su mano! ¡Socórrame!

—No, ¿para qué? Agazape su conciencia en el aseo, en la pulcritud, como Gómez, y no me agobie con sus súplicas gratuitas. Si insiste usted en pedir socorro me veré obligado a perseguirle a trallazos, lo que es muy fatigoso. A Juan Grujidora lo caparon sentándolo en una sartén puesta al fuego y friéndole las partes pudendas.

—¡Qué gracioso!

—No decía él lo mismo. Juan Grujidora estaba rabioso y además lloraba casi con desconsuelo. Recuerde que Juan Grujidora había tenido y aún tenía amores con Petra Mandioca, la del cha-cha-chá, amores casuales, grandilocuentes y estallantes que se le desbarataron con la fritanga.

—¿O fritura?

—Eso, o fritura. Juan Grujidora lucía el sentimiento a flor de piel, casi como un sarpullido o como las escaras de la desilusión; en esto era muy sentimental. Juan Grujidora lo decía siempre: el mejor legado que puedes dejar a tu hijo es una infancia feliz, y yo fui feliz hasta que me frieron.

—¿Las turmas?

—Exactamente. Hasta entonces había ignorado la desgracia que, al principio, se me presentó vestida de felicidad y sosiego. El amo del mundo puede ser un desdichado pero, mientras no lo sabe, ni titubea siquiera. André Gide copió a Amiel casi punto por punto pero los estudiosos lo ignoran, la felicidad no suele presentarse vestida con el ropaje con el que la esperamos. Tampoco suele comparecer desnuda ni demasiado iluminada; la felicidad cuida el recato y gusta de disfrazarse, aunque no se sepa bien de qué ni de qué no.

A Mateo Rucas y a Soledad Navares, su novia, les comunicaron que no tenían que ir a la cárcel por carecer de antecedentes penales, Mateo leía el oficio una y otra vez, día y noche, sin parar jamás, a la luz del sol, a la luz de la luna, a la luz de una bombilla, a la luz de un farol, a la luz de una vela, eso es lo mismo, se lo sabía ya de memoria, lo malo es que nunca se lo creyó, al final hasta dudaba del significado de las palabras, nunca se lo creyó y siempre temía que pudieran ir por él para encerrarlo de nuevo, es malo esto de no tener más que un pensamiento porque acaba pudriéndose y criando pus venenoso. Este libro debiera haberse titulado *Las dudas de la soledad*, pero no pudo ser porque su malintencionada autora, miss Mary Tavistock, amenazó con publicar el epistolario amoroso de un determinado juez con un determinado ex capellán castrense y hoy capellán de monjas pobres, lo cual hubiera sido motivo de escándalo.

Adrián Ortega el Simonito, que criaba ovejas en La Sagra, entre Toledo y Talavera, apareció muerto a puñaladas en un pajar, le habían dado lo menos treinta puñaladas; el juez pensó que habían sido las lechuzas y echó tierra al asunto.

—¿Para qué vamos a andar perdiendo el tiempo si está claro que fueron las lechuzas?

—Sí, verdaderamente.

El cadáver de Adrián Ortega el Simonito desapareció del depósito; el juez culpó a las lechuzas y mandó disimular.

—¿Para qué vamos a andar con papeleos y zarandajas si está claro que fueron las lechuzas?

—¡Anda, pues también es verdad!

Florita, la más joven de las hijas del difunto, tenía amores imperfectos con el sepulturero, una marica mansa que olía a pachulí y que se llamaba Arquimbandio Celeste García, alias Talparia.

—¿Tú crees que fueron las lechuzas?

—No; ni el juez tampoco. Lo dice porque le conviene, pero él y yo sabemos quién ha sido; perdóname, pero de esto no quisiera hablar ni una sola palabra.

—Estás perdonado; yo tampoco tengo demasiada curiosidad, te lo juro.

Arquimbandio Celeste García era especialmente cuidadoso con los nichos.

—Un sepulturero pulcro honra a la sociedad aunque tenga medio abandonada a Florita, a la dulce Florita, añoradora y no sujeto de tactos. ¿Queréis creerme si os digo que soy virgen de forma artificial, como las flores del invernadero?

No falta quien asegure que Arquimbandio Celeste García no fue el cadáver de las treinta puñaladas.

—¿Pero no hablaba usted de Adrián Ortega el Simonito?

—Guarde silencio, por favor.

Claudio Hipóstasis cerró la boca.

—El muerto no tiene nombre, es un muerto apócrifo, un contribuyente de malas costumbres. Adrián Ortega Marabuto el Simonito, vamos, Espadón, no era el muerto,

y Arquimbandio Celeste García, vamos, Talparia, la marica cutre que tenía amores imperfectos con la costurera, emigró al Paraguay, donde regenta un prostíbulo de medio pelo que se llama La Gioconda y el Bubón y que sirve de refugio a los contrabandistas y a los curas que colgaron los hábitos durante el último trienio.

—¿Fueron muchos?

—No; dos solamente. Arquimbandio pasea por los salones de La Gioconda y el Bubón armado con una espingarda larguísima con el cañón forrado de oro repujado y la culata mechada de rubíes y otras piedras preciosas: esmeraldas, zafiros y azaleas.

—La azalea es una flor.

—¡Usted cierre la boca, ya se lo dije! Al que no paga, Arquimbandio lo fusila y arroja sus despojos a las auras hediondas y jamás satisfechas.

En este momento interviene Calixto, el Jabardillo.

—Simeón, eres un trufero glorioso.

—Te ordeno que retires esas ofensivas palabras si no quieres irte a dormir el sueño eterno con Arquimbandio Celeste García.

—A mí no me encogen el ombligo las fanfarrias de un proxeneta.

—No te lo encogen: te lo alisan. ¡A puto el postre que, como hables, te mato!

—Me callo para no dejarte con la camisa rota y el culo al aire, como la prima pobre de Florentino Busquillo.

El día de no sé qué santo, me dicen que fue el del triunfo de san Áugulo en Augusta de Bretaña que ahora le llaman Londres, pero a lo mejor no, a lo mejor fue el día de san Vedasto (Gastón), que cae la víspera, Mateo Ruecas apareció ahorcado en el corral de su casa, se colgó del dintel de la puerta de la cuadra, los pies le quedaron a menos de un palmo del suelo, el borrico ni se asustó y seguía como si tal, el cuerpo muerto de Mateo lo descubrió Lucas, su padre, lo primero que hizo fue espantarle las moscas que le comían los ojos, seguramente llevaba ya muerto algún tiempo porque estaba frío y tieso, también tenía la lengua fuera y se había meado por encima, nadie le había cerrado los ojos, claro, y daba como aprensión sentirse mirado. Los muertos es costumbre que tengan el mirar perdido, todos los cadáveres hacen lo mismo, en el bolsillo del pantalón apareció un papel con cuatro dobleces, señor juez no se culpe a nadie de mi muerte me mato porque no quiero seguir viviendo bueno no sé si quiero o no tampoco puedo seguir viviendo seguramente no puedo seguir viviendo creo que hubiera sido mejor no haber nacido ni vivido o haberme muerto de pequeño o al menos antes de entrar en la cárcel mi vida no ha sido larga pero en los últimos tiempos sufrí mucho desde que entré en la cárcel sufrí mucho y desde que salí no deja de remorderme la conciencia día y noche a veces no puedo dormir pido perdón a Dios y a quienes me conocieron o supieron de mí pido perdón a mis padres Lucas y Sagrario que se hubieran merecido un hijo mejor pido perdón a mi novia Sólita que se hubiera merecido un novio mejor y más decente pido perdón a mis amigos Antolín Nicolás Leoncio Eusebio y Fidel y le pido perdón a usted don Cosme que quiso llevarme al buen camino estoy temblando y me parece que tengo calentura la vista se

me pone como medio borrosa (las últimas tres o cuatro palabras eran ilegibles, nadie las pudo leer). El cura no quería enterrarlo en sagrado porque había muerto en pecado mortal, eso no lo sabe nadie porque un punto de contrición salva las almas, todo el mundo lo dice y aquí en este papel se anunció no hace mucho. El señor juez declaró a la prensa que no se consideraba ni moral, ni social, ni jurídicamente responsable del suicidio de Mateo, los jueces deberían estar siempre callados para no desmerecer, don Cosme se tuvo que marchar del pueblo porque la gente le volvía la espalda y escupía cuando se cruzaba con él por la calle, Isidoro Jaraicejo, el padre del pelirrojo Antolín, era fuerte y valiente como un miura, Isidoro Jaraicejo dijo en la taberna y en voz alta que si el juez no se iba del pueblo lo iba a matar de dos hostias, el sargento de la guardia civil lo oyó pero miró para otro lado, cuando alguien tiene razón no se la quita nadie, lo más que se hace es disimular, Leoncio Alange quería clavarle la puerta y las ventanas a la Fonda la Milagrosa, donde vivía don Cosme, rociarlas bien con gasolina y pegarles fuego después, la idea no prevaleció porque hubieran podido pagar justos por pecadores. Cuando el sepulturero echó la última paletada de tierra sobre la fosa de Mateo a mí se me ocurrió pensar que a los perdedores no hay que asesinarlos, basta con ponerlos en el camino de la muerte, esto lo saben bien los jueces, los perdedores están siempre muy cerca de la muerte, bailando valeses y polcas y pasodobles al borde mismo del precipicio de la muerte.

Mrs. Belushi le contaba lo del Papa Alejandro a Telesforo Cegama, que era algo pariente de San Antonio.

—¿De Padua?

—No. Abad, el de los cerdos y los borricos.

Mrs. Belushi escondía un sismógrafo en la vagina.

—¿Y no le da calambre?

—No; procede por ósmosis y no encierra peligro alguno.

Este libro debiera haberse titulado no *Heautontimoroumenos*, como se dijo por error, sino *El coño de la Bernarda o tratado práctico de las aguas mineromedicinales sulfurosas*, pero no pudo ser (desconozco las razones). Claudina y el novio de Estefanía pecaban de diversas maneras contra el sexto mandamiento de la ley de Dios encaramándose a los cipreses del cementerio, altos y gallardos como alabarderos y acogedores como viudas adolescentes.

—¿Me querrás por toda la eternidad?

—Sí, salvo encefalitis letárgica.

—Me lo explico...

—¡Pues no me lo explico! ¡Las mujeres sois rarísimas; estáis medio buenas o incluso muy buenas pero sois rarísimas!

—¿Por qué lo dices?

—Ya ves..., ¡manías! Te pregunto, ¿por qué prefieres la muerte?

—¿A qué?

—A la vida.

—Lo ignoro. En todo caso, créeme si te digo que es sólo un fingimiento. Las codornices corren hacia la muerte sin fingir, las codornices corren hacia la muerte con el corazón henchido de alegría. ¡Joder, qué pájaro más raro!

—No te quepa la menor duda, es como un avecica del limbo; seguramente el limbo está lleno de codornices asustadas.

Las buganvillas trepan por los muros del limbo y acogen en su corazón a un hervidero de arañas huérfanas y desorientadas por el vicioso abuso de la raba madura.

—Es uso admitido el que cada cual se droga con lo que puede.

—No comento porque entre nosotros hay un chivato.

—¡Debe ser condenado a muerte!

—No digas necedades. ¿Quién da la orden?

—Abraham el Lelilí, como siempre.

—Abraham el Lelilí está ronco y ya no le obedecen ni sus hijos.

—No te fíes de las apariencias. Yo pienso que Abraham el Lelilí todavía tiene cuerda bastante para gobernarnos.

—¡Que Alá te oiga, con su fino oído, y a todos nos proteja! ¿Tienes tabaco?

—No; se me acabó hace más de diez años y, desde entonces, no he vuelto a tener dinero. El tabaco cuesta dinero.

—Todo cuesta dinero.

—No; ni el amor ni la muerte cuestan dinero. Lo que cuesta dinero, mucho dinero, es el odio y la vida.

—¿No son una misma cosa?

—Quizá no exactamente.

—¿Tienes tabaco?

—Sí, pero no quería decírtelo.

El paralítico don Zaqueo Nicomediano, con Waldetruda sobre las piernas y la bragueta desabrochada, se deja caer en su sillón de ruedas por las cuestas abajo.

—¡Ya verás cuando nos matemos! Tú agárrate al cipote, pero con delicadeza; no lo maltrates ni de palabra ni de obra, que no está ya para demasiados sobresaltos. En las curvas échate hacia la parte de adentro, por eso de la fuerza centrífuga.

—Sí, amor..., dame la lengua.

—No; ahora, no. ¡Estáte quieta, Waldetruda, no incordies! ¡No me toques las gandumbas y déjame divertirme en paz y honestamente! Ya sabes que no me gustan tus desplantes de perendeca revoltosa, de perendeca insumisa.

—¡Qué cardo eres, jodido anciano impedido! ¿Por qué no pruebas a morirme y a dejarme en paz?

—Waldetruda, Waldetruda: da gracias a Dios de que no puedo moverme, pero no cantes victoria todavía. Ni en este mundo ni en el otro habitan los vencedores y a ti, Waldetruda, te pierde la soberbia.

—Zaqueo.

—Dime, amor.

—¿Me quieres?

—Mucho, lo sabes de sobra; no podría vivir sin ti y sin tu temperatura enfermiza.

—Y entonces, ¿por qué eres amigo de Telesforo Cegama, el numísmata?

—Nada tiene que ver una cosa con la otra.

—Sí tiene que ver y mucho, ¡ya lo creo que tiene que ver!, porque Telesforo Cegama, con su carita de mosca muerta, se acuesta conmigo y me hace inmensamente feliz.

—Waldetruda: eres un pendón desorejado, una ramera sin escrúpulos. ¡Caiga sobre ti mi maldición! ¡Te imparto mi maldición con entusiasmo!

La gente dice, parte de la gente, no toda ni mucho menos, que el Espíritu Santo, adoptando forma de paloma buchona y blanca, se le había aparecido a don Cosme en la dehesilla de Machel para ayudarle a ganar las oposiciones a judicatura a cambio de luchar en pro de la palabra culta y las buenas costumbres y en contra de la palabra soez, el delito y las malas costumbres, pero no es probable porque don Cosme no era de por allí, era de mucho más lejos.

Gloria Azpiazu Bastarrechea le susurró al oído a su esposo,

—Patxi, si una servidora fuese fraile premostratense o incluso camaldulense, nuestros amores serían nefandos, ¿verdad?

—Pues no lo sé bien, eso de la historia sagrada es siempre un poco confuso. Si fueses jesuita o jerónimo, estaría mal, de eso no hay duda, pero si fueras clérigo pobre de la Madre de Dios, por ejemplo, o sacramentino, pongamos por caso, o sulpiciano, es un decir, la cosa no tendría la menor importancia, con éstos la Iglesia es más tolerante porque suelen dar muy buenos futbolistas y pelotaris.

A pesar de lo que decía el fabricante bizco de yogur, un maricón no tiene por qué abstenerse de consultar enciclopedias, si le asalta la duda. El bandolero, con los ojos vendados, no distinguía al fabricante bizco de yogur de la condesa ciega, ni al aroma ni al tacto.

—¿Tan iguales son?

—Eso parece.

La vasca que no era fraile componía sonetos distribuyendo las ciento cincuenta y cuatro sílabas en dieciséis versos, catorce decasílabos y dos heptasílabos.

—¿Ésa es una licencia poética?

—Lo ignoro; en todo caso, sí es una licencia. Yo no sé si la muerte es sólo muerte o un paso en falso de la carne herida...

—Eso son dos endecasílabos.

—Sí. El cura de Hernani le arreglaba los versos a la vasca que no era fraile y, al final, quedaban bastante bien; todo el mundo lo decía, hasta los más ateos. Yo no sé si la muerte es la otra vida que finge la baraja de la suerte...

—¿O qué?

—No sé seguir. A lo mejor, ese soneto no pasó de las cuarenta y cuatro sílabas; la vasca que no era fraile tenía un estro poético muy irregular y caprichoso.

—¿Y de numen, qué tal andaba?

—¡Psché!

Gloria Azpiazu Bastarrechea había sido novia de Gil Blas de Santillana, pero ambos eran muy discretos en el comentario.

—Fue algo pasajero y sin la menor importancia; los dos teníamos cinco años y tres meses y, de otra parte, nuestras familias jamás vieron con buenos ojos nuestras relaciones.

—Fueron locuelos devaneos de juventud; debíamos andar por los trece años, sobre poco más o menos, y éramos ambos de una pureza absoluta, sobre todo yo.

Doña Mari-Cruz Tablejas, la partera, intervino con su mala leche municipal.

—¿Y no hacíais las cochinadas en la cuadra?

—Sí, eso sí: todos los días, menos los domingos, por la mañana y por la tarde. Era una complacencia mutua la que sentíamos.

—¿Y recíproca?

—También.

El tibio aroma de la cuadra es muy excitante o, al menos, considerablemente excitante, menos los domingos, cuando los caballos y las vacas se van a la procesión y el aire se llena de moscas desorientadas y pertinaces, de moscones hambrientos y de tábanos espadachines. ¡Qué horror, los domingos, con sus niñas de lazo y sus soldados de guante blanco y de cometa! ¡Qué horror, qué grima!

Estoy casi seguro de que ya quedó dicho que Nicolás Mengabril, que tocaba muy bien la corneta, aprendió en África, había desvirgado a Martirio,

a) con el dedo,

b) al salir de la catequesis,

c) en el portal de las señoritas de Ródenas.

Las tres señoritas de Ródenas, Mimí, Fifí y Lolita Ródenas Agrazal, cuando eran más tiernas, iban a que el pastorcito del caramillo les tocara las tetas a orillas del arroyuelo Caganchas, la casa de las señoritas de Ródenas quedaba justo enfrente de la parroquia de Nuestra Señora de la Consolación, donde la catequesis, no más doblar la esquina y subir los dos escalones de la taberna del Mochuelo. Abraham el Lelilí ya no se atreve a condenar a muerte a nadie, ahora está muy sosegado porque teme que lo trocee el yerno en la enfermería del cuartel. Abraham el Lelilí ya no es el que fue, cuando paseaba a la muerte del roncal entre los vítores de las menopáusicas y los aplausos de los funcionarios eclesiásticos, civiles y militares.

—¡Viva nuestro invicto Lelilí! ¡Honra y prez a nuestro providencial Lelilí!  
¡Lelilí! ¡Lelilí! ¡Lelilí!

—¡Lelilí!

—¡Lelilí!

—¡Lelilí!

—¡Viva mil años Lelilí!

El obispo Valerio II, Cojo de Manizales, era muy partidario de Abraham el Lelilí.

—¡Es un héroe! ¡Es un cruzado de la causa! ¡Gloria a Lelilí!

—¡Es el brazo armado de la Divina Providencia! Lo que no es, es muy alto...

—No; eso, no. Bien mirado es más bien bajito.

Su eminencia Valerio II, Cojo de Manizales, padecía de molestos golondrinos.

—Yo piseo a Marg, tú piseas a Marg, él pisea a Marg, etc., y Marg se pone en cuclillas y te mea, le mea, se mea, no falla, y así una azumbre, otra azumbre, otra azumbre, hasta que el sol se nubla y los envidiosos arcángeles matan niñas a latigazos.

—¿Usted cree que podríamos autoabastecernos?

—Sí, sin duda; deberemos insistir, pero acabaremos consiguiéndolo.

Mi nombre es Esteban Ojeda y tuve cierta fama hace años, cuando escribí unas hojas que empezaban así: Yo, señor, no soy malo aunque no me faltarían motivos para serlo, etc. Ahora digo que es nefando y antisocial, o sea, pésimo que los jueces no maduren entre legajos, expedientes y balduques; los jueces verdes e ilusionados son peligrosos para la sociedad, muy peligrosos, porque quieren arreglar hasta las inercias y esto es imposible. Don Cosme, el juez que mató a Mateo Ruelas, está por madurar, el Espíritu Santo le protege en todo y le ayudó a ganar las oposiciones pero no le regaló el tiempo bastante para la madurez; don Cosme quiere corresponder al Espíritu Santo metiendo a los pecadores en vereda, metiendo al mundo en cintura para raer el mal. Los jueces jóvenes se masturban con la luz apagada cada vez que creen haber cumplido con su deber y se duermen pensando a media voz.

—Mi conciencia está limpia, mi conciencia está limpia, mi conciencia está limpia, mi conciencia está muy limpia, lo que ocurre es que todo este turbio asunto se ha ido deformando poco a poco, ha sido manipulado por los enemigos de la verdad y de la limpieza.

En el circo falló el número de las hienas amaestradas; eran desobedientes y además olían muy mal.

—¿Incluso apestaban?

—Pues, quizá sí. A los niños les gustaban mucho las hienas, pero el olor era tan insoportable que la función fue suspendida.

—¿Qué pena! ¿Verdad?

—Pues, sí; fue una verdadera pena.

El obispo de Restricted Beach, Florida, era racista; en cambio el obispo Valerio II, Cojo de Manizales, no, y negra que veía, negra que hacía suya al viejo estilo de Abraham.

—¿Sin dejar ni una?

—Sin dejar ni una. ¡Cojo de Manizales era insaciable! Dicen, en cambio, que Abraham el Lelilí era carajoasténico, vamos, que no se le mantenía erecta ni con almidón.

—Eso parece: al menos no se le conocieron amores.

—¡Pero odios...!

—Sí: odios, todos. Odiaba tanto a sus odiados que, después de matarlos de odio, prohibía que se les dijera una misa borradora del odio. Los maricones, los rojos y los calumniadores deben irse al infierno a purgar sus pecados y no debe permitirse que sean socorridos con el sacramento de la penitencia ni ningún otro auxilio de última hora, no sería justo.

Gloria Azpiazu Bastarrechea y el cura de Hernani empezaron a jugar una partida de mus que jamás terminó contra Patxi y doña Mari-Cruz Tablejas, la partera.

—El sol saliendo por los Dolomitas y la luna rielando en el estero...

—Oiga, si me empieza a hablar en endecasílabos rompo la baraja. ¿Se entera?

—¡Caray! ¡Qué susceptibles son algunas señoritas...!

—Señoras.

—Ya lo sé; es por eso del consonante. ¡... jugándose a las cartas el dinero!

—Usted dispense, pero yo me voy. ¡No dirá que no se lo había advertido!

—No; yo no digo nada.

Debemos tener entereza bastante para no asustarnos de la recién descubierta repugnancia. No digas nunca «¡qué asco!». No; tú mira y escucha y huele, después sonríe y después, recalando que no llevas el compás con la pisada, sigue tu camino. No tengas jamás excesivamente poca confianza en ti mismo, porque esa falta de fe te llevará a odiar a lo que te rodea y a cargar todo el peso del odio sobre tu propio padre, ese fantasma originario y siempre controvertido. Abraham el Lelilí fue un ejemplo de esto que te digo y basó su poder casi ilimitado en dos polos complementarios: el odio a la fuente de la herencia y la veneración al botín de lo adquirido, no importa a qué título (aunque se prefiera milagroso o, al menos, pintoresco).

—¿Marg es mestiza?

—A mí no me lo parece.

Un hombre cría una idea y acaba con las sienas de color morado.

—¿Marg es mestiza?

—Hay quien lo afirma, pero a mí no me lo parece.

A Flor de Loto Muñoz, el veterinario, le metieron una lenteja por la nariz y a los pocos días, cuando germinó, empezó a dolerle la cabeza: primero, un poco; después, más, y después horriblemente.

—¡Qué cabronada!

—Pues, hombre, tampoco... Cuando se la sacaron con unas pinzas, tenía unos graciosos rabitos de color blanco, muy sanos de aspecto.

—¿Y estuvo al borde de la muerte?

—No; le faltaron lo menos seis horas. En la nariz, las lentejas y las dalias crecen muy lentamente; lo que se da mejor en la nariz son los niscalos de los vivos, las begonias de los enfermos, los sapos de los moribundos y los gusanos de los muertos, que buscan afanosamente —y atropellándose los unos a los otros— la sesera y sus dulces y húmedos recovecos flexibles.

A Flor de Loto Muñoz, el veterinario, que era el rigor de las desdichas, le pillaron

los párpados con la portezuela del automóvil y no pudo volver a parpadear.

—¿Y dormía con los ojos abiertos, como los peces?

—Sí. ¡Qué remedio!

—La esperanza es prima hermana del recuerdo —le decía Leopold al novio de Estefanía—, es el recuerdo al que se le quiere dar la vuelta como un calcetín. De la esperanza también se vive y en la barranca de Guinguada duermen cien leprosos nutridos de muy parva esperanza, de muy confusa y tenue esperanza.

Este libro debiera haberse titulado *La esfinge casadera* pero no pudo ser porque protestaron airadamente las asociaciones de vecinos, siempre velando por el bien común. Acursio Acursio, el caballero templario, quería prohibir la esperanza y cerrar todos los caminos que llevan a los Santos Lugares.

—¿Para qué vamos a dar ocasión de que el pecado se manifieste? Cercenad a un títere la venita de la esperanza y lo convertiréis en un santo. Cortadle, de paso, el cuello y obtendréis un mártir. Raedle con papel de lija y ácido prúsico las partes genitales, y le devolveréis la virginidad. ¿Para qué vamos a dar cuartel al pecado? Rodead los Santos Lugares de bayonetas y se desterrarán para siempre el cisma y la herejía. Con la sobrasada y la mortadela que puede obtenerse de los cismáticos y los herejes se conseguiría nutrir al Tercer Mundo. ¿A qué esperan los tercos escribientes de Naciones Unidas?

La condesa ciega intervino preconizando cierta moderación.

—Calmaos, Acursio Acursio, mantened la compostura. Los hambrientos del Tercer Mundo quizá no estén preparados para asimilar embutidos de cismáticos y herejes así, sin más ni más y sin un entrenamiento previo. Pensad que los reformadores religiosos, incluso muy cocidos, suelen ser de digestión dificultosa y lenta. El metabolismo de los hambrientos es muy caprichoso y arbitrario y los correosos cismáticos y los fibrosos herejes no son manjar propio para desentrenados voraces.

—Habláis como el oráculo, condesa. Procuraré hacer mío vuestro saludable pensamiento. Ahora bien: ¿suponéis que el Tercer Mundo, sometido a una dieta (más bien canija) de mandioca, podrá entrenarse alguna vez? ¿No sería más político hacer desandar lo andado a sus pobladores y devolverlos a la angélica condición de antropeideos?

—Quizá. Los ángeles, en su confusa hermosura, están a medio camino entre el hombre y el mono; lo que no sabemos es dónde habitan.

—¿En el Tercer Mundo?

—Nadie lo sabe; los ángeles tienen hábitos muy raros e inusuales. El hombre está más cerca de los caballos que de los ángeles.

—¿Porque la carne une más que el espíritu?

—Sí; contra lo que se dice. Un caballo puede copular con una mujer o un hombre con una yegua, pero ni un caballo ni un hombre ni una yegua ni una mujer pueden copular con un ángel porque los ángeles no tienen sexo. Los demonios, sí, y además

son viciosos. Cuando un ángel se convierte en demonio adquiere el sexo, mejor dicho, muda el candor en sexo, diríase que por artes mágicas; es un poco como el renacuajo que, cuando se trasunta en rana, cambia la respiración branquial por la pulmonar.

—También pierde la cola.

—Eso es lo de menos y no afecta para nada a su esencia.

Acursio Acursio, aleccionado por la condesa ciega, cobró afición al discernimiento.

—¿Y al discurso?

—Claro es: en justa correlación.

—¿Y cómo se explica usted lo del atraco?

—Creo que no debemos buscar jamás las últimas causas; nuestra civilización funciona suficientemente con las apariencias.

—Sí.

Petra Mandioca y doña Paula, la del entierro del picador de toros Martín Acebal, se vieron envueltas en un suceso muy turbio.

—¿Trata de blancas?

—No podría decirle ni que sí ni que no, sólo sé que fue un suceso muy turbio y cicatero.

—¿Tráfico de drogas?

—No sé, ya le digo.

Hay condenados a muerte que prefieren la horca al indulto; probablemente tienen razón porque la horca acalla la conciencia. A Acursio Acursio no le va el papel de chivo expiatorio, tampoco el de mandarín ni el de campeón ciclista en largas pruebas con numerosas etapas contra reloj.

—Mi sueño dorado, mi sueño de toda la vida, sería morir en un balneario de aguas sulfurosas, apaleado por los agüistas y sus jóvenes coimas, todas enanas y, una sí y otra no, con difteria. No hay nada más humillante que un lujurioso pidiendo disculpas, nada más abyecto y ruin, mientras los hijos lo apedrean muertos de risa y las hijas con consistencia de limaco se revuelcan por la alfombra con los profesores del seminario conciliar. ¡Qué horror! ¡Qué final más triste!

A doña Mari-Cruz Tablejas, la partera, completamente borracha de anís, se la comían las hormigas rojas, un enorme reguero de hormigas rojas formadas de diez en fondo.

—¿Cuánto cree usted que durará?

—Si no la socorremos, no mucho. ¿La socorremos?

—No.

A doña Mari-Cruz Tablejas, la partera, la devoraron las hormigas rojas, no dejaron ni el cascarón del cráneo, con lo duro que es; las hormigas rojas tienen la mandíbula muy recia, son capaces de moler piedras de basalto. Del cadáver de doña Mari-Cruz Tablejas, la partera, no quedó ni el más mínimo vestigio.

—Es como si se la hubiera tragado la tierra.

—No, peor: se la tragaron las hormigas rojas. El día del Juicio Final, mientras suenan las trompetas convocadoras de los muertos, doña Mari-Cruz Tablejas, la partera, no podrá ser reconstruida.

—Para Dios no hay nada imposible.

—¡Ojalá sea verdad! A mí me daría mucha pena no volver a encontrarme con doña Mari-Cruz Tablejas, la partera. Olía un poco a mierda, es cierto, pero hacía abortos como nadie; para las solteras pobres tenía precios especiales, muy asequibles.

—Recemos un padrenuestro por su eterno descanso.

—Con sumo gusto.

El oficial de la galería me dijo, Esteban Ojeda, puedes salir a pasear al patio, tienes una hora de asueto, orden del director. Le respondí, se lo agradezco pero prefiero quedarme en la celda escribiendo un poco. El hijo de Lucas el cerero se ahorcó porque se le encogió el ombligo, eso pasa a veces y lo peor es que no tiene marcha atrás; el hijo de Lucas el cerero se llamaba Mateo y era muy tímido, decía casi todos los sábados que quería morir, que era mejor estar muerto y enterrado. Mateo tenía nueve amigos del alma, todos querían matar al juez: Antolín Jaraicejo Méndez, altiricón y con el pelo de color azafrán; Benjamín Collazos Martínez, que tocaba el acordeón y sabía nadar de espaldas, lo demostró más de una vez; Nicolás Mengabril Artieda, que estuvo en África y fumaba jachis en pipa de barro, sin toser, esto del jachis es como la mariguana; Salustio Tocino Miravete, que era algo bizco y se salió del seminario porque quería ser jugador de fútbol; Leoncio Alange Garganchón, que estaba de meritorio en el ayuntamiento y que jugaba al billar como muy pocos en toda la provincia; Santos Requena Requena, que tenía el cipote más robusto y desarrollado del que se guarda memoria por lo menos por el contorno, ¡Jesús, qué mandado de borrico!, solían decir las cómicas; Eusebio Corchuela Redondo, que era más bien bajito y tenía un defecto al hablar, no pronunciaba bien las erres y aspiraba demasiado las haches; Martín Zújar Almorchón, que meaba más lejos que nadie, todos los años ganaba el concurso, y Fidel Barbaño Matueca, consumado bailón, que tuvo unas purgaciones que lo llevaron por el camino de la amargura. Tanto Mateo Rucas como sus nueve amigos eran mozos de la quinta del 82 y eran todos muy sanos y fuertes.

A Petra Mandioca no la mandaron a la cárcel porque el juez pensó que podría serle de más utilidad en la cama, haciéndola suya y jodiéndola o alquilándola para que la hiciesen suya los demás en la jodienda.

—Si se dice lavándula y no lavanda, ¿piensa usted que debería decirse jodiéndula y no jodienda?

—Quizá.

El juez era muy curioso.

—Dime, Petra Mandioca, aérea Petra Mandioca, etérea Petra Mandioca, ¿te gusta mi peculiar manera de joder?

—Pues no mucho, señor juez confuso, ésa es la verdad, pero me conformo. Una servidora, a falta de otras virtudes, es de buen conformar.

—¡Así me gustan a mí las presas!

Petra Mandioca era muy proclive, muy aficionada a peinarse con moño bajo adornado con flores; en cambio, la difunta doña Mari-Cruz Tablejas, la partera, llevaba el pelo a lo garçón.

—¿Y vestía traje sastre?

—Sí. Y otro detalle muy sintomático: con una tibia de catecúmeno se hizo una boquilla.

—¡Qué sibaritismo!

Moncho Joubert, el hermano menor del moralista, no pensaba que la agricultura fomentase la sensatez. Moncho Franklin, el hermano menor del físico, no pensaba que la alegría fuera la piedra filosofal que todo lo convierte en oro. Moncho Fullwood, el hermano menor del pedagogo, no pensaba que los beneficios de la fortuna debieran repartirse entre los amigos.

—¿Y así sucesivamente?

—Exacto: en las familias numerosas, cuando el hermano pequeño se llama Moncho, juega siempre a confundir.

—¿Y no sería mejor matarlo con una sobredosis de aguarrás?

—Es una idea que, cada día que pasa, va tomando mayor cuerpo y consistencia.

Moncho Vives, el hermano menor del humanista, no pensaba que la sal de la vida fuera la amistad. Moncho Swedenborg, el hermano menor del teólogo, no pensaba que la conciencia fuera la presencia de Dios en el hombre. Moncho Clemens, el hermano menor del humorista Twain, no pensaba que se pudiera vivir dos meses en un gesto de cortesía.

—¿Y así sucesivamente?

—Exacto: en las familias numerosas, quiero decir con nueve u once o trece hijos, cuando el hermano pequeño no se llama ni Jerónimo, ni Jenofonte, ni Jacobo, suele entretenerse en llevar la contraria por sistema.

—¿Y no sería mejor apuntillarlos limpiamente, quiero decir: por un matarife habilidoso y aseado?

—No crea que es usted el primero que lo piensa.

El tesorero capón de la oficina suministradora de amores suplicantes acariciaba con denuedo (magreaba) a la hurgamandera Nicolasa.

—¿Por puro compromiso?

—Sin duda. Y para que se entonara el poeta Wences L. Wences, que llevaba una temporada algo remiso y jactancioso.

Fidel era un picaflor, aquí se repite lo que dice todo el mundo, a Fidel no le duraban casi nada las novias, lo que le gustaba era andar siempre de aquí para allá, de un lado para otro, de una boca para otra, de una melenita para otra, de unas tetas para otras, de un coño para otro, etc. Este libro debiera haberse titulado *La foire sur la*

place, o por lo menos *La traición busca el castigo*, pero no pudo ser; lo más probable es que la cuadrilla de los Monchos hubiera arremetido cruentamente contra su autor.

—¿Timothy Beaconsfield?

—No; otro.

Cuando Moncho Joubert sanó de la brucelosis le puso una vela a la beata Margarita Cameiro, la taumaturga de Olivenza, de quien se contaban infinitos prodigios y cerca de dos docenas de milagros.

—Pero ¿ésa no fue la que falló con el obispo Valerio II, Cojo de Manizales?

—Sí; al principio mejoró algo, pero después siguió renco. ¡Para mí que no tiene bastante fe! En esto de los milagros es muy importante la fe. San Agustín decía que la gran fuerza de la fe es el absurdo; creo porque es absurdo. Moncho Clemens tampoco tenía poca fe (o tampoco tenía fe bastante). En todo caso, prefiero no suscitar temas demasiado conflictivos.

Moncho Franklin le preguntó a Abraham el Lelilí, poniéndole un pie en el cuello,

—¿A ti te hubiera gustado ser director de orquesta?

—¡Ya lo creo! ¡Lo que más! Ser director de orquesta es tan hermoso o casi tan hermoso como ser teniente coronel de oficinas militares o coronel de lanceros.

Moncho Swedenborg coleccionaba estampitas de advocaciones de la Virgen María y cromos de futbolistas brasileños en cuclillas, casi todos negros.

—¡No soy capaz ni de imaginarme siquiera las perfecciones de una criatura engendrada por o rei Pelé y concebida por la Virgen de Fátima! ¡Qué perfección ideal! ¡Qué sueño de la naturaleza! ¡Qué catarata de perfecciones! ¡Qué dechado de gracia! ¿Usted se da cuenta de lo que casi no me atrevo a suponer?

—¡Ya, ya! Yo creo que saldría, por lo menos, un monje chiíta.

—O más, ¡vaya usted a saber!

—De modo relativo; considere que más ya no hay.

—Hombre, sí, hay: abad mitrado, por ejemplo.

—No crea; las últimas investigaciones dicen que es de menos categoría ser abad mitrado que monje chiíta.

—Bueno, déjelo como está. A mí no me gusta discutir, acaba uno con el glande caliente y los pies fríos.

—Tiene usted toda la razón y me honro en dársela. Servidor.

Moncho Fullwood y Moncho Vives fueron sorprendidos robándole ciruelas claudias a doña Paula, que se estaba revolcando en la playa con Juan Grujidora.

—¡No te quites el calzón, Juan Grujidora, no seas lascivo!

—Me quito lo que me da la gana. ¿Por qué, en vez de decir necedades que por nadie son creídas, no atiendes a tus ciruelas claudias? Moncho Fullwood, el gitano, y Moncho Vives, el piel roja, te están desvalijando la huerta.

—¿Cómo es posible?

—Lo ignoro; yo me limito a decirte lo que hay.

—¡No te quites el calzón, Juan Grujidora, no seas lascivo! O sí, perdona, me

equivocué al hablarte: quítate el calzón y quédate en porreta como el Apolo de Fontirroig, que tenía la minga tibia y de color ciclamen. ¡Hurra, hurra! ¡Hip, hip, hurra! ¡Avante, los exploradores del Amazonas!

Cuando un reo se acojona todo le sale o nos sale mal, a él y a nosotros, y la justicia sufre y aun deja de serlo, las verdades envejecen con rapidez y acaban pudriéndose, una verdad científica considerable pude durar siete años, el tiempo que don Cosme quería que Mateo estuviera en la cárcel, la justicia es una noción muy delicada porque se apoya demasiado en la mera palabra o incluso en el tono de la mera palabra y los jueces se confunden o titubean o abusan cuando se dejan mecer en el escueto y rítmico son de la palabra, algunas personas paisanas de Mateo Ruecas, también parientes y amigos, hombres y mujeres, quisieron protestar pero la familia lo impidió, la familia suplicó a todos que nadie lo hiciera, don Cosme advirtió a los padres que si la gente protestaba o se manifestaba él metía a Mateo siete años en la cárcel, los mismos que puede durar una verdad científica de cierta consideración, y los padres, o sea Lucas y Sagrario, se lo creyeron, don Cosme y el Espíritu Santo habían pactado apoyarse siempre, hoy por ti y mañana por mí. Hace más de cinco siglos, la doncella de Orleáns, Santa Juana de Arco, virgen y mártir, peleó contra los ingleses y murió en la hoguera: su himen no fue devorado por los gusanos porque ardió antes, ardió inclementemente y en fogareta.

—He descubierto que no hay quien se alimente de gloria; no se lo he dicho a nadie todavía pero no dudo de que es verdad. La gloria es viento y aun algo peor que el viento.

—¿Peor que el viento?

—Sí: el vacío, el páramo donde ni el viento sopla. Si a un hombre se le vacían las entrañas, en el yermo hueco sigue latiendo la gloria.

—¿Puedes jurarlo?

—No.

Felícula de Valois también ardió envilortada pero sin memoria; a las hazañas las sublima y las perpetúa el azar.

—Su proceso, ¿tiene que ver con el del amor?

—No siempre.

Felícula de Valois no murió virgen sino gozada por quince caballeros templarios.

—¿Se acuerda usted de sus nombres?

—No; ni yo ni nadie, de todos no creo que se acuerde nadie. Las historias sólo hablan de nueve, aunque la leyenda incorpore también al conde Hugo de Champagne, el amor imposible de Marujita Peláez, la manicura riojana que acabó escapándose con el ectópago de Calahorra, y al conde don Ramón Berenguer, que tuvo sus más y sus menos con Montse Fusille, la superiora de las clarisas de Port-Mahón; este último punto es muy controvertido entre historiadores de las Baleares quienes, al no ponerse de acuerdo, se insultan con ímpetu salaz y pringado de caparrosa verde y de caparrosa azul. Los caballeros templarios tuvieron siempre amores muy a lo vivo y

calenturiento, de ellos hablan los viejos cronicones: el Egabrense, el Egarense y el Egetano, antes que cualquier otro.

Los caballeros templarios, que emitían radiactividad por los compañeros, utilizaban suspensorios de plomo para evitar la contaminación del ambiente.

—¡Eso es civismo y sentido de la ciudadanía!

—¡No lo dude! Hoy, que está todo tan sucio y manga por hombro, ¡mucho tendríamos que aprender de los caballeros templarios!

—¡Y usted que lo diga!

A Felícula de Valois, los caballeros templarios la amaban sobre la paja del pajar.

—¿Y no les daba urticaria?

—No. ¿Usted cree que los caballeros templarios eran maricones?

Antolín Jaraicejo no tenía novia fija ni tampoco la necesitaba, para sus fines inmediatos le valía cualquiera. Doña Paula, la del entierro del picador de toros Martín Acebal, perseguía a ciruelazos a Moncho Fullwood y a Moncho Vives.

—¡Descarados! ¡Ladrones! ¡Robaperas! ¿No os sonroja el hurtarme las ciruelas claudias con que agasajo a mi divino Juan Grujidora? ¡Caiga sobre vuestras cabezas mi maldición! Seguid, Acursio Acursio, con vuestra enumeración económica.

—Como gustéis, doña Paula. ¿Debo pedir la venia a Juan Grujidora?

—No es preciso, está muy absorto con su escurribanda de yeyuno.

—¡Qué tristeza!

Acursio Acursio se apoyó en el hombro de la condesa ciega y adoptó un ademán tribunicio.

—Felícula de Valois suspiró en la entrepierna de los nueve caballeros templarios, a saber: Godofredo de Bouillón, que padecía de orquitis delicuescente y secaba la atmósfera en cuanto se soltaba las partes dejándolas a su ser.

—¡Qué útil! ¿Verdad?

—¡Y tanto, señora mía, y tanto! Sigo. Hugo de Payns, el pitarroso, y Godofredo de Saint-Omer, el trovador, que eran tan pobres que los dos montaban el mismo caballo.

—¿Y no iban incómodos?

—Iban como podían, señora, pero no les daban a elegir. Sigo por donde iba. Godofredo Roval, el paladín de Rosaura la Cedulona, y Godofredo Bisol, el de la chorrada provenzal, que tenía una pata de palo.

—Eso le pasa a cualquiera. Oiga, Acursio Acursio, ¿y todos se llamaban Godofredo?

—No, señora, tan sólo parte; ya no hay más Godofredos. Sigo. Payens de Montdidier, que era el más sucio de todos y que criaba remolacha forrajera en el sobaco.

—¡Todavía quedaban hombres!

—Sí; eso, sí. Sigo. Archembaud de Saint-Aignan, que confeccionaba rosarios milagrosos con la simiente de la yerba que dicen lágrima de David, y André de

Montbard, el más mozo y de más armoniosas proporciones.

—Siga.

—Ya sólo me queda uno: Gonremar, veloz y arrojado en el combate pero (todo hay que decirlo) propenso al gatillazo.

—¿Psíquico?

—Llámelo como quiera.

Timothy Beaconsfield no había escrito jamás ningún libro titulado *La traición busca el castigo*, fue una atribución falsa. Este libro debería haberse titulado *Florilegio de tímidas obscenidades o el candoroso temblor de la violetera* pero no pudo ser, tampoco hubiera sido aconsejable que fuera porque el demonio se hubiera reído demasiado. Timothy Beaconsfield padecía de cefalea comal y no sanó hasta que enviudó.

—¡Qué cómodo resulta enviudar!, ¿no cree?

—¡Qué quiere que le diga! A veces, se siente.

—Sí; a veces, sí. ¡Hay gustos para todo!

Santa Juana de Arco fue mucho más decente que Petra Mandioca quien, en cambio, tenía las hormonas mejor repartidas.

—¿Usted cree que la doncella de Orleáns era medio virago?

—Sí; yo, sí. A mí estas mozas bélicas y místicas me hacen poca gracia, me parecen cabos del cuerpo de carabineros.

Moncho Wilberforce predicaba templanza a los ilotas, escuchadme bien, la ciencia conduce al pecado y sólo los inocentes se salvan, defendeos cerrando las hojas de los libros, cerrando los ojos al conocimiento, los ignorantes que conservan el espíritu puro no son jamás culpables, los dioses no son sabios sino adivinadores, intuitivos, sabio es el demonio y sus alcahuetes, la sabiduría acaba dando por buena a la soberbia y envenena las almas, los animales son más felices que los hombres porque no tienen alma sino la huella del rumor del monte, incendiémonos cerrando los ojos, negándonos a la idea, perfeccionando pacientemente nuestra calidad vegetal, la ciencia conduce al pecado y sólo se salvan los últimos poetas de la ignorancia.

A Esteban Ojeda le gusta escribir en primera persona, siempre es más fácil. Yo es como si fuera Mateo Rucas, cierro los ojos y me siento Mateo Rucas, el perdedor del que se habla en esta verdadera historia. Mi novia se llama Soledad, todos le decimos Sólita, es morena como casi todas y camina muy bien, muy prieta y elegante y airosa, a mí me la pone dura sólo verla pasar, también tiene la voz algo ronca y melodiosa, a mí me la pone dura sólo oírla por teléfono, a Sólita le gusta el trajín y permite los sobos, es tímida pero consentidora, lo justo de consentidora, cierra los ojos y deja que yo haga mi trabajo, vamos, yo creo que se me entiende, Sólita aprobó el COU y también sabe coser y cocinar, su madre se encargó de enseñarle. Aquel día, medio en la sombra y en un rincón del bar de Celestino, según se llega al servicio, al olor ya estábamos acostumbrados, ésa es la verdad, Sólita y yo, también los amigos con sus chicas, bebíamos cocacola con vino, está mejor con coñac pero pega más

duro, y picábamos un poco de todo, Celestino no es nada avaro con los clientes, soldaditos de Pavía, chochos, avellanas y almendras, cangrejos, patatas fritas en la casa, chorizo, Celestino tampoco era caro, se conoce que le gustaba cuidar a la clientela. Hace calor, mucho calor, para mí que esto del calor influye, y todos nos dábamos el lote bañados en sudor, arropados por el sudor, da gusto, las manos resbalan y la carne que se magrea, bueno, allá por donde se magrea, suda más, la saliva también ayuda y al final se pierden hasta las voluntades, las moscas son tantas que ya es igual, la mayoría se están quietas o atrapadas en las cintas pegajosas, por algunas partes parece que hierven, el nombre del bar es lo de menos, además mi confesor, que también es abogado, me dijo que no lo pusiera, la pareja de Antolín no habla español, es extranjera, puede que inglesa o sueca, portuguesa no es ni mora tampoco, a Antolín y su pareja esto no les importa porque para lo suyo se entienden bien, esto del sobo es como el esperanto, Nicolás desvirgó a la novia como pudo, esto ya se dijo, Martirio, o sea la novia de Nicolás, no participa mucho pero tampoco pone dificultades, no es muy activa pero sí muy pasiva a lo manso, Visi, la medio novia de Leoncio, es hermana de Reyes, la que fue novia de Leoncio y se le ahogó en el río, a Reyes le gustaba mucho el anís Machaquito, cualquier anís seco, Eusebio y Marisol van a lo suyo, no se quieren demasiado pero se dan gusto, y Fidel, sólo queda Fidel, tiene trincada a la Romulita, a las dos niñas de la boticaria les compró un rollo de papel de retrete a cada una, las conversaciones entre parejas verriondas son siempre las mismas y además van languideciendo y perdiendo significado, también sentido, paso a paso, ¿me quieres mucho?, ¿me querrás siempre?, una pausa, ¿te doy gusto?, ¿gozas, vida?, otra pausa, ¡cógemela, amor, tómala entera!, ¡no puedo, estoy con el mes!, ¡suéltate la blusa y dame las tetas!, otra pausa, ¡ay, ay, toma la leche, tía puta, amor mío, cómo me haces gozar!, otra pausa, ¡cómo te he puesto!, toma el pañuelo, ya me lo devolverás, fin, España 3 Irlanda del Norte 1, a lo mejor todo esto que queda escrito es mentira y allí no pasó nada de nada, en estas cuestiones suele exagerarse mucho, don Cosme, el señor juez, dice que es verdad y que todos los mozos y las mozas estaban en actitud libidinosa, don Cosme llama viciosos antisociales a los jóvenes cachondos, hay que acabar con esta corriente de corrupción, lo que piense un juez importa poco pero puede tener muy graves consecuencias, muy doloroso remate, aquí hubo un muerto. A mí me gusta ver volar a la curruca tomillera, pajarito de modestos colores armoniosos.

Petra Mandioca y Natalia Luxemburgo aman la monotonía e incluso el hábito revolucionario.

—Dime, ¿Epicteto podía cargar a cuestas con su cadáver?

—No sé; él se quejaba de su desgarbado peso.

—¿Y de su densidad?

—No; ésa es una noción relativa, como el hambre o el sueño. Con el vientre no se puede discutir porque ni escucha ni oye (Marco Catón, según Plutarco). Y el sueño es alivio de las miserias despiertas (Cervantes).

Nadie debe culpar a nadie de llegar tarde, el hombre es animal retrasado, nadie debe culpar a nadie del robín que adorna las ruedecillas dentadas de su corazón, el hombre es animal oxidado, nadie debe culpar a nadie del viento que sopla a contrapelo en las retumbadoras calaveras, el hombre es animal deshabitado, nadie debe culpar jamás a nadie de nada, no juzgues y no serás juzgado. El odio, el ahínco y la conveniencia del fuerte son las ruedas del ridículo triciclo de la justicia; lamento que la humanidad no merezca mayor aprecio.

Felícula de Valois tenía almorranas como higos pero, como era discreta, no lo sabía nadie o casi nadie.

—La lluvia del trópico convierte las almorranas en guayabas y el culo afecto en guayabal, lo que simplifica mucho los trámites y las idiosincrasias.

—Bien. Decidme, niño: ¿tenía Mrs. Belushi la vagina vibrátil?

—No, padre, sino antes bien estática y aburrida.

—Bien. Decidme, niño: ¿tenía Mrs. Belushi la vagina como manda el Zendavesta?

—Lo ignoro, padre, tengo muy escasas nociones de la lengua y la cultura pelvi.

—Bien. Procuraré olvidar vuestra vergonzosa ignorancia. (Aparte). ¡La gente sabe cada vez menos! ¡Las utopías conducen al yermo páramo!

Felícula de Valois decía a sus nueve caballeros,

—No capéis a vuestros caballos. ¿Os gustaría que os capasen a vosotros con dos hachas de sílex o dos rústicas dagas de pedernal, que es lo mismo? ¿No? Pues no queráis para los demás lo que no queréis para vosotros ni para vuestros deudos y allegados.

—Felícula de Valois —le dijo el caballero Gonremar hablando en nombre de todos—, ganáis mucho con el silencio, quitaos el corpiño y las siete sayas y sumergíos en la fuente en la que se bañan el grillo y el raposo.

La dama obedeció y, mientras flotaba casi viciosa en el agua de la fuente, se adornó el ano, el pubis y las axilas con nenúfares.

—¿Os gusto así, amor mío?

—Sí, Felícula de Valois, vuestras gimnasia dan a mi cipote o minga o tralla del arcángel Cupido consistencia de ópalo de fuego.

—¡Qué ilusión!

—No me extrañan vuestras palabras, Felícula de Valois, secaos al sol, tampoco del todo, y disponeos a mi homenaje anal.

—No, Gonremar, amor mío; anal, no. Acordaos de mis guayabas.

El asesino de la Aguacatala se llamaba Gómez.

—No; se llamaba Valeriano Tiburcio Mendoza.

—Dispense: Gómez. Le apuesto a usted la cena de los doce apóstoles.

—No; tiene que ser la del pueblo entero.

—Como guste. ¿Quién va a discernir la razón suya o mía?

—¿Le parece a usted Petra Mandioca?

—No; es muy ignorante. Petra Mandioca baila bien el cha-cha-chá, pero es muy ignorante, es tan puta como ignorante y pudiera ser que no tanto.

—Quizá tenga razón. ¿Le parece a usted bien un equipo, en vez de una persona?

—Sí; yo voto por Norberto y sus dos mujeres y por Elsa y sus dos maridos, cuando vuelvan de la cacería del gran cabrón del Afganistán. Como son cuatro, en caso de empate podemos echarlo a caras o cruces.

—Vale.

A Adrián Ortega, el pastor asesinado por las lechuzas, no se le pudo enterrar porque su cadáver fue raptado por las lechuzas.

—¿Y por qué no enterrasteis a su primo?

—Porque no se dejó; ya lo intentamos, pero no se dejó. Su primo corría más que nadie y además tenía mucha resistencia. Su primo empezó a correr en La Sagra y no paró hasta Huércal-Overa, y eso porque tenía un clavo en el zapato. ¡Fue una lástima, porque era muy parejo al difunto! En fin, ¡otra vez será! ¿Usted cree que la esperanza es el viático de la vida humana, como decía Antonio Pérez?

—No sé; a lo mejor, sí. La esperanza es una virtud de los pobres fomentada por los ricos.

—¿Usted ha perdido la esperanza?

—No: cada día que pasa tengo más esperanza.

—¿En qué?

—Eso lo ignoro. Y además, no importa; observe que la esperanza no necesita base de sustentación como la misericordia, por ejemplo.

Don Zaqueo Nicomediano no sentía misericordia ni esperanza, pero sí deseo.

—Waldetruda.

—Dime, amor.

—Llevamos ya más de medio siglo de relaciones prematrimoniales. ¿No crees que deberíamos casarnos?

—¡Qué simpleza! ¿Para qué quieres que todo el mundo nos señale con el dedo del corazón mientras encoge los otros cuatro?

—¡También es verdad!

Don Zaqueo Nicomediano hubiera hecho un Papa muy solvente, pero su vida discurrió por otros senderos.

—¿Usted cree que es cierto eso que se dice de que provoca el orgasmo de Waldetruda haciéndole vibrar el clítoris con la rueda de Santa Catalina?

—No sé; eso he oído. ¿Por qué llama usted guía de descarriados a la brújula?

—Su información no es demasiado exacta; yo no fui tan aseverativo en mi supuesto. Yo aventuré una hipótesis, no enuncié un axioma.

—Perdón.

Astrido, el demonio íncubo, puso arena en el eje de la rueda de Santa Catalina.

—¿Por qué?

—Fue una actitud purísima: por mala leche.

—¿Y ningún otro ingrediente?

—No creo.

—¿Celos?

—No creo.

—¿Envidia?

—No creo.

—¿Hambre y sed de justicia?

—No creo. Tampoco siga: no creo en nada.

La salamanquesa del muro del matadero cazaba moscas con un aseo infinito.

—¿Y no las dejaba ni respirar?

—Pues quizá ni eso; con los saltamontes era más considerada y hasta fingía una breve lucha, casi una ceremonia nupcial.

Waldetruda tenía el desván lleno de salamanquesas alimentadas de queso de Idiazábal, mantequilla de Soria, salchichón de Vic, bocas de la Isla, ostras de Pontesampaio, pimientos de Herbón, sardinas de Santurce y ensaimadas del horno del Santo Cristo y, de cuando en cuando, le freía dos docenas a don Zaqueo que era muy voraz y delicado y exquisito.

—¿Qué tal las glándulas salivares, don Zaqueo?

—Mejor que otras, hijo mío, mejor que otras.

—¿Y las papilas del gusto, don Zaqueo?

—Mejor que otras, hijo mío, mejor que otras. Al llegar a una cierta edad, la comparación se simplifica.

Este libro debiera haberse titulado *In cruore salus o tabla de los amores mínimos*, pero no pudo ser porque se revolvieron en su tumba los huesos de Carolina Otero; se debe ser respetuoso con los huesos de las mujeres que, fueron bellísimas. ¿Quién llegó tarde? ¿Quién llegaba tarde casi siempre y con gesto de estar aburrido, un poco aburrido? ¿Quién no quería morir? ¿Quién ignoraba cuándo iba a querer morir? El tierno tonto descompasado por los más silenciosos rinconcillos era un poco tartamudo y aplaudía cuando en la plaza pública ahorcaban una puta.

—¡Con lo mal que está el servicio!

—Compensa, no crea. Ahora los hogares están electrificados o semielectrificados, nevera, congelador, lavadora, lavavajillas, aspirador de polvo, enceradora y sacabrillos, batidora de cinco estadios diferentes, cuchillo eléctrico, vibrador suplepijos, calentador de agua, ventilador, secador de pelo, secador de la ropa, aspirador de humos, calefacción, refrigeración, lo que usted quiera, pero la horca es la horca y funciona a mano, se maneja a mano, unos con más habilidad, otros con mayor torpeza, pero siempre con eficacia. Repare usted en el hecho, que puede ser toda una premonición, de que en la silla eléctrica los reos, por muy entrenados que estén, ni patalean, ni sacan la lengua, ni se corren.

—Sí, eso también es verdad.

—No lo dude. La muerte en la silla eléctrica es muy deslucida y a nadie

ejemplariza. ¿A quién se le ocurre electrocutar putas pudiendo ahorcarlas y apedrearlas? A los herejes se les combate con fuego; a las putas, con soga; a los traidores, con plomo; a los ex mandatarios, con hacha, y así sucesivamente. En la silla eléctrica no deben morir más que los antiesclavistas y los esclavos huidos; en esto debe tenerse mucho orden. La autoridad debe predicar circunspección y mesura. Las putas son un buen blanco social, tampoco deben malbaratarse las existencias.

—¿Usted vendería su primogenitura por un plato de lentejas?

—¿Y pan, vino y postre?

—También.

—Pues sí, ¿por qué no?

El corte de la ramita de saúco huele que apesta pero cociendo en agua de lluvia sus bayas negras y brillantes se prepara un té que hace sudar a los enfermos y les devuelve la salud. La mulata que quiso abusar del obispo de Restricted Beach, Florida, en el cine de automóviles de Palm Spring, se llamaba Pamela Pleshette y era muy agraciada.

—Tranquilo, monseñor, no os pido nada a cambio, cumplís con no escandalizar demasiado. Estaos quieto, por favor, limitaos a un ligero temblorcillo de la pelvis. Aprovechaos, monseñor, dejadme hacer, que a la ocasión la pintan calva.

—¡No te quedes a medias, negra tentadora, negra de la mierda! ¡Sigue que ya me viene! ¡Cuidado, no te apoyes en el claxon!

A Gil Blas de Santillana y a Estefanía les gustaba mucho el cordero asado.

—En Roa había una viuda que se llamaba Rosaura la Enquiridiona, que asaba el cordero como Dios. A la pobre la asaron en una juerga, de cachondos y alborotados como se pusieron los comensales.

—Descanse en paz.

—Amén, así sea.

—Rosaura la Enquiridiona era algo coja y a su vaivén se atribuye su sabiduría.

—Lo más probable.

—Rosaura la Enquiridiona hacía el fuego con matojos aromáticos, tomillo, espliego, romero, mejorana, cantueso, y degollaba al corderito mirándole a los ojos para que no se distrajera. El zar de Rusia, en 1911, se acercó a Roa atraído por la fama de Rosaura la Enquiridiona y se comió siete corderos a los que bajó con siete azumbres de vino de Toro. ¡Qué gran tipo era el zar! ¡Lástima, el fin que tuvo!

Nadie llega tarde nunca pero nadie, tampoco, llega jamás demasiado tarde y aburrido a ningún lado. El zar quería seguir viviendo poderosamente y lo mataron con saña, la historia se escribe a golpes no demasiado conscientes. No es saludable que los perros amarilleen en el otoño, como las hojas de los árboles, y no es razonable que se altere el orden del universo por culpa de las gordas que se tupen de bofio y se atorran de croquetas de mercurio.

—¿Tiene usted timpanizado el vientre?

—No.

—¿Tiene usted tos?

—No.

—¿Orina usted muy frecuentemente?

—No.

—¿Tiene usted irritada la garganta?

—No, mi salud es buena y le ruego que no me inoportuné, no insista en sus inquisiciones.

—¿Tiene usted alto el colesterol?

—No.

El sargento Wifredo le dijo a Mrs. Belushi, la cantante de la arrítmica vagina,

—Observe usted, señora, que no se pronuncia lo mismo Federico (o Cástulo) de Salamanca que Federico (o Cástulo). D. Salamanca: hay un matiz.

Ningún tiempo es el mejor para morir, esto lo saben las dos terceras partes de los moribundos, ningún tiempo es el peor para abolir la pena de muerte e incluso la muerte misma, la muerte tiene más fácil explicación que la vida pero aun así no es fácil de entender. Antolín, una tarde que se la encontró saliendo de la iglesia, le dijo a la madre de Mateo Rucas, a la señora Sagrario, que si ella quería él le estrangulaba o le sofocaba a don Cosme, el señor juez, mismo con la mano, limpiamente y sin que se enterasen ni la paz ni la caridad, vamos, sin que se enterase ni Dios.

—¿Puedo sentarme?

—Sí, siéntese.

Hace ya muchos años, lo menos cien, quizá incluso antes de la guerra civil española con sus utopistas, sus ideólogos y sus asesinos, fue ahorcada en la plaza pública una sumisa puta mora que jamás había probado a sublevarse ni a ponerse en tratamiento contra la sífilis; el acto no fue emocionante pero sí entretenido y todos aplaudieron, es cierto, pero ni se levantaron barricadas, ni nadie blasfemó con mediano entusiasmo.

—¿Podemos llevamos el cadáver de la puta mora?, somos recién casados y estamos poniendo la casa con no poca ilusión.

—Bien, haced lo que queráis; yo no puedo autorizar la maniobra pero sí mirar para otro lado.

—¿O hacer la vista gorda?

—Exactamente: o hacer la vista gorda.

El guardián del depósito de cadáveres era el almirante retirado sir Jeremy L. Greenock, que en los ratos de ocio arreglaba neveras, lavadoras, aspiradoras, radios, etc., a sus hijas casadas.

—También ordenaba testamentarías, declaraciones del impuesto sobre la renta de las personas físicas y archivos históricos, todo menos discurrir.

—¿O discernir?

—Eso, o discernir.

—¿Tan torpe se enseñaba?

—No, no era por torpeza: era por cuestión de principios. El almirante no procedía sino por cuestiones de principios, como debe ser.

—Como debe ser.

Si el almirante retirado hubiera leído algo, hubiera leído al menos a Rudyard Kipling, pero no: el almirante retirado no había leído nada jamás y, claro es, no había leído siquiera a Rudyard Kipling, tampoco a Rudyard Kipling. La economía de la nación no está saneada y conviene orear las instituciones, el ciudadano debe acostumbrarse a administrar el hambre, a administrar la calamidad, a administrar el fuego devastador. Se acabaron ya las minas de oro y los árboles frutales, ahora sólo nos queda la miserable buena voluntad, la cicatera buena voluntad, la humildísima y nacarada buena voluntad. En la sesión de sombras chinescas se puede fingir tanto la silueta de una puta ahorcada pataleando como la atropellada salida de los niños de la escuela, todo es cuestión de darle mayor o menor velocidad a la manivela.

—Se lo decimos por segunda vez y con el mayor respeto: ¿podemos llevamos el cadáver de la puta mora?, acabamos de casarnos y nuestros corazones están horros de caridad, sólo tenemos ilusión, dos sillas isabelinas y dos cubiertos de plata, eso sí, completos, carecemos hasta de cama en la que dormir, en la que amar, en la que desayunar, en la que morir, y tenemos que amamos en la oficina de telégrafos. Por caridad, ¿podemos llevamos el cadáver de la puta mora? Si usted lo ordena, nos comprometemos a devolverle la chilaba y sus inmensos y ásperos pantalones, nosotros jamás hemos reverenciado a los símbolos.

Sir Jeremy sonrió e hizo un gesto cómplice y suficiente, sobradamente suficiente.

—Los guardias detuvieron por indecentes a los funerarios que se habían ido a bañar al río, con sus calzones de baño por debajo de las rodillas y su pelambarrera rizada y de color fucsia. Haced lo que queráis pero no digáis nunca que hacéis lo que os da la gana porque eso irrita a las huestes de los poderosos, a los pinches de los poderosos, a los espoliques de los poderosos, quizá lo mejor sea armar a la multitud. Ya os digo, haced lo que queráis y lo que podáis.

—¿Queréis beber gaseosa?

—No, no quiero beber gaseosa, lo que quiero es columpiarme colgado de las piernas de la puta mora ahorcada, columpiarme hasta que se le desprendan como los melocotones maduros. Os lo repito una y otra vez: la cultura no debe hacerse popular y buena prueba de ello es que la ópera italiana desequilibra el conocimiento.

El almirante retirado sir Jeremy L. Greenock era proclive a ir al mercado, se daba grandes madrugones para ir al mercado a comprar berros, hígado fresco de oca y calamares o pulpitos, también queso de Parma y membrillos para hacer dulce de membrillo, y a visitar los grandes almacenes, sección de bricolage.

—¿Cómo están sus hijas casadas?

—Bien, gracias a Dios, con sus minúsculos problemillas pero bien, gracias a Dios.

—¿Y los hijos de sus hijas casadas?

—Bien, gracias a Dios, algunos persiguen camareros y banderilleros y algunos otros se drogan, tampoco mucho, cocaína, heroína, pero en general bien, gracias a Dios, su circunstancia la tienen muy asumida y eso es lo principal.

—¿Y los frigoríficos, lavavajillas, televisores, vídeos, etc., de sus hijas casadas?

—Bien, gracias a Dios, con sus pequeñas averías pero bien, gracias a Dios.

El sargento Wifredo volvió a preguntar a Nancy (ahora tratándola de usted),

—¿Quiere usted beber gaseosa?

—Sí, quiero beber grandes cantidades de gaseosa, bañarme en gaseosa, encharcarme en gaseosa, ahogarme en gaseosa. ¡Viva Stuart Mili, el inventor de la gaseosa! Lo que no quiero es morirme, ya se lo dije diez veces, cien veces, mil veces, yo quisiera ser inmortal como la muerte misma, yo quisiera quizá ser la muerte misma, observe que esto se lo digo de modo muy tímido y condicionado, la muerte no muere porque tampoco puede morir, eso es algo que va contra su propia esencia, algo que prueba a negar lo evidente, ese dislate. Le repito que quiero beber gaseosa, ¿puedo beber gaseosa? No se trata de aplaudir a nadie ni tampoco de fornicar con los desvalidos, eso es tan cierto como que me llamo Nancy. Y ahora le ruego que me perdone porque quisiera descansar un poco. Por favor, ¿quiere mecarme en la hamaca y cantarme nanas bávaras?

—Con mucho gusto.

Los sueños son a veces confusos como las escenas que suelen representarse en los frisos románicos, también en la sillería de los coros de las catedrales. Un escorpión posee por conducto indebido a una monja gorda, muy gorda; una mantis religiosa devora a un maestro de escuela y un apuesto capitán de lanceros monta con suma apostura a la tiple a la que habían contratado para cantar romanzas.

—Eso es sorprender la buena fe de las gentes y abusar de ellas.

—Sin el menor asomo de duda. Todos tenemos derecho a exigir el uso de preservativos, lo que sucede es que los condenados a muerte suelen renunciar al ejercicio de este y otros derechos. Su cuñada, ¡qué vergüenza!, no cuida bien a sus hijos y les orina en los oídos mientras duermen.

—Es cierto, pero tampoco debemos pregonarlo a los cuatro vientos.

Nancy no dijo a nadie que la cuñada del sargento Wifredo había dejado sordos a sus hijos orinándoles en el oído, una semana en uno y otra en el otro.

—No siempre puede redimirse al hombre con la crueldad, es sencillísimo dejarse caer por la cuesta abajo del pecado hasta la sima del pecado, nadie sabe cuál es la última ocasión para la huida.

A los jueces no se les puede faltar al respeto porque tienen la sartén por el mango; en teoría, no, pero en la práctica son los que califican las conductas y disponen de las libertades y eso es muy peligroso, sobre todo si se sienten respaldados por el Espíritu Santo, ya que juzgan y califican incluso de buena fe y pensando en que su deber es marcar las pautas. A los jueces habría que ponerlos a madurar en el desierto sin más armas que una garrota ni más provisión que una cantimplora de coca-cola, una lata de

berberechos y otra de mejillones; el chacal de la arena, y también el lagarto y la víbora, maduran con mayor aplomo y presteza. Mateo hacía con su novia lo que le salía de los cojones, ella era la única que podía desorientar la cuestión, pero no debió habérselo dicho nunca al señor juez, la verdad es que tampoco sabía que era el señor juez.

—Cabo, a éste me lo encierra usted, ¡aquí hay que hacer un escarmiento que sea sonado!

—Sí, señor.

El dueño del café El Tigre de Cobre rompió su relación amorosa con el capellán, mejor dicho, con el sacristán del Perpetuo Socorro.

—¡Largo de aquí, vicioso repugnante! ¡Váyase usted a donde le fíen los helados de frambuesa, que a mí me tiene ya muy escarmentado! ¡En este establecimiento ni se fía ni se admiten muertos de hambre y además está reservado el derecho de admisión!

—Dispense. Jamás creí que una deuda mínima pudiera coadyuvar a la desintegración de los isótopos del uranio.

—Y del hecayodo y el hecacesio, hace ya más de cincuenta años que todo está previsto.

El explorador Pío Nono Powell, de soltero Pío Nono Bamett, se casó en Rotterdam con el gurka Melitón Melitón Phillips, al que algunos llamaban Baltasar Powell el Castigado, judoca herbívoro de digestión lenta, claro, que ni estaba arruinado ni era condescendiente con nada ni con nadie.

—¿Qué hora es?

—Son las catorce treinta y siete, la mejor hora para romper aguas.

—Tiene usted razón; avise usted a la superiora de las hermanitas de los pobres, que vaya preparando todo, el algodón, los perdigones, el agua oxigenada, la pólvora, no creo que se precise dinamita, lo que se dice todo.

Tratándola de vos, como los amantes a las reinas, el dueño del café El Tigre de Cobre le dijo a Mrs. Belushi, fatua y lujuriosa como un contrabandista,

—¿Queréis, señora, que juguemos al bridge?

—No: decídselo a Pío Nono Powell, a lo mejor le da permiso el gurka.

—Bien. ¿Queréis, señora, que hagamos las cochinas en la cuadra, en un lecho de rosas a medio fermentar?

—No: pedídselo al sacristán del Perpetuo Socorro, a lo mejor le da permiso el sargento Wifredo.

—Bien. ¿Queréis, señora, que nos vayamos a confesar a la colegiata con el jovencísimo director espiritual de la poco discreta Nancy?

—No; proponédselo al almirante retirado sir Jeremy L. Greenock, que anda muy preocupado con el gran negocio de la salvación del alma.

—Como gustéis: tengo muy concretas instrucciones sobre mi conducta ante vos.

La conciencia rige la voluntad y el hombre, quizá salvo los marroquíes, es libre de tomar o no refresco (o incluso granizado) de zarzaparrilla.

—Yo me iré a la calle, es bien cierto, pero me niego con toda energía a tomar refresco o incluso granizado de zarzaparrilla.

Este libro debiera haberse titulado *Amores con una cebra enferma* pero no pudo ser, protestaron las madres lactantes de la comarca del Bierzo y no pudo ser; el triunfador acaba convirtiéndose en un parásito administrativo, es un uso habitual en política, algo que viene regulado desde hace ya muy largos años por el derecho consuetudinario.

—¿Preferís el procedimiento a la silueta de una mujer desnuda al contraluz? ¿Preferís el reglamento a una corza saltando sobre un rosad o sobre una mata de albahaca? ¡Allá vosotros!

Lavatibo, la última es be alta, be de Burdeos, de Baracaldo, de Burgos, el séptimo perro del ornitólogo, tenía relaciones sexuales con Claudina y con el novio de Estefanía, los dos al tiempo, pero éste era un secreto muy bien guardado, algo que no sabía casi nadie; los trabones de Lavatibo, el diccionario no sabe lo que son los trabones de los perros, eran recios y de vaciado lento y quedaban trabando a la hembra más de dos horas. El hermano Ladislao Tercius, el uzbeko, se intoxicó gravemente, estuvo al borde del sepulcro, con una tortilla de guibelundiñas rancias, o sea mal conservadas. El sol no acababa de sacarle brillo a la calavera del caballo y el hermano Ladislao Tercius, el uzbeko, se fue a pie hasta Roma para que el Papa le sanara el vitíligo.

—Tengo las partes pudendas a franjas, Santidad, y eso suele dar reparo a las mujeres. ¿Podríais devolverles la uniforme pigmentación que tuvieron otrora?

—Veremos de complacerte, hijo mío. A ver, bájate los calzones; ten cuidado con las urracas que anidan en la drácena del altar mayor porque son muy ladronas.

Cuando el hermano Ladislao Tercius, el uzbeko, volvió a su país con las partes repintadas y orgullosas, las ancianas de los asilos lo recibieron con banderitas y vítores y dispararon fuegos artificiales en su homenaje.

—¡Loor a Ladislao y a sus partes monocromas! ¡Largos años de vida a Su Santidad el Papa, autor del milagro! ¡Viva el histórico club de fútbol Recreativo de Huelva!

El sacristán del Perpetuo Socorro le dijo al hermano Ladislao Tercius, el uzbeko,

—¿Quiere usted entablillarme la pierna con una corona de costillas del caballo muerto?

—No.

—¿Aunque le amenace de muerte?

—Aunque me amenace de muerte, a mí no me impresionan las bravatas de los sacristanes. El Papa es muy amigo mío y no dudo que habría de complacerme si le suplicase que os zurrare con la tos ferina.

—Olvide usted mi ruego y perdóneme.

—Sea. Silbad, silbad, ya que a mí tampoco me importa demasiado el seguir con la pierna rota. Decía Erasmo que los enemigos naturales del hombre eran tres: la mujer

(y en general las hembras de los mamíferos vertebrados superiores), el sacerdote (y en general todos los manipuladores del misterio: el grajo, el simple, el numísmata) y los pensionistas (aunque no vayan de levita y suspensorio).

Este libro debiera haberse titulado *El ocaso de los dos profetas de la sociedad de consumo: la Madre Ráfols y el Che Guevara*, pero no pudo ser porque a la gente le hubiera dado la risa y así no hay quien se suicide.

—¿Se permite ya la castración del enemigo político?

—No de una manera expresa.

—¿Pudiera decirse que se tolera?

—Sí, eso sí: sin duda.

No es cierto que la salud sea más hermosa que la vida, ya que también puede haber deleite en la enfermedad. Los difíciles caminos de la desgracia pueden interrumpirse con las ásperas barricadas de la dicha, todas adornadas con rositas minúsculas de variados colores. Nadie quisiera para sí la verdad diáfana porque a nadie tampoco le gusta ser asaeteado con rayos deslumbradores e inmediatos. ¿Podemos perseguir ilotas?, preguntaban las patricias atenienses. Sí, les respondían los siete sabios, pero lavadlos antes y matadlos después.

—¿Por qué no huyes en zigzag, para el mejor escarmiento de los tísicos?

—Porque no quiero tomarme jamás ventaja alguna. Llevo ya demasiados años padeciendo la muerte de los demás en la vida propia y tampoco quiero regodearme clasificando hirsutas muecas del prójimo. No, no; que cada palo aguante su vela, que yo ya no estoy para mayores trotes ni concesiones. Dadme otro vaso de ginebra y apagad la luz. No se puede vivir de la caridad del reglamento y sonreír a cambio de un pedazo de pan. Dejaos ya de fingir.

—¿Ha visto usted pasar al hermano Ladislao Tercius, el uzbeko, disfrazado de clown?

—No, hace dos o tres días sí lo vi pasar pero iba disfrazado de bombero.

Raquel Gamasakurdia, la miope Raquel Gamasakurdia, se puso en pie como movida por un resorte.

—¡Ha vuelto a presentarse el usurpador! ¡No conseguimos restablecer el orden y esto va a acabar muy mal! ¡Las fuerzas retrógradas vuelven a conquistar posiciones! ¡Dios, Dios, cuán amargos son estos trances finales, estos cálices de hiel histórica! ¿Por qué no me habré muerto en la guerra de los bóers, al lado de mi amante filipino? La vida no es jamás clemente con nadie y eso me desasosiega y me resta ánimos. ¿Será posible que la angelical esposa del guardia disfrazado de avestruz se masturbe con papel de lija? Prefiero no creerlo. ¿Será posible que los cimientos del Partenón se hayan amasado con leche condensada? Prefiero no creerlo. ¿Será posible que el robusto guardia, aludo al que se disfraza de avestruz, sea vicepresidente de la liga de domadores de espíritus? Prefiero no creerlo, la verdad es que yo prefiero no creer en nada.

—¿Ni siquiera en la ley de la gravitación universal?

—En eso menos que en nada, la ley de la gravitación universal es una falacia inventada por los japoneses para desequilibrar el mercado.

A Nicolás Mengabril le enseñó a tocar la cometa un moro limpiabotas que había sido cabo en la 4.<sup>a</sup> mehala de Larache, el capitán López le pegó un día semejante patada en el culo que le hizo echar sangre por la boca, ¡Dios, qué patada! Las bandadas de tordos se estrellan contra las redes escondidas entre los olivos y las mujeres les aplastan el cráneo con sumo cuidado estrujándose entre los dedos índice y pulgar de la mano derecha, los tordos con col son un manjar exquisito. Las estrujadoras de cráneos de tordo ovulan con cierta orgullosa violencia y suelen tener ligeramente alta la temperatura, 37.1, 37.2, a veces hasta 37.4.

—Anoche te metiste con una oca en la cama a hacer el amor.

—Sí; no seas cruel, no me recuerdes su vergonzosa agonía. A lo mejor dentro de unas semanas te hablo de algunas cosas que estoy deseando confesarte; los vínculos legales y los amorosos, las plazas de toros cubiertas, los andaluces que se sienten moros, ¡qué sé yo! Ni tú ni yo tenemos la culpa de que no entiendas los más elementales condicionamientos del amor, sus leyes escritas hace ya muchos años y siempre borradas, sus sacudidas y sus vaivenes, sus olvidos, sus recuerdos y otros monótonos temas literarios. Cuando al pastor Adrián Ortega, pastor de cabras, lo asesinaron las lechuzas, todo el mundo creyó que renacería la paz en la comarca pero no fue así. Haz memoria: al pastor Adrián Ortega, pastor de cabras, no se le pudo enterrar porque su cadáver fue robado y hecho desaparecer por las mismas lechuzas que lo mataron; el señor magistrado, de acuerdo con el señor obispo y el dueño de la discoteca, quisieron enterrar en vez a su primo pero éste no se dejó y salió corriendo como un gamo o una gaviota.

Don Zaqueo Nicomediano coleccionaba sellos, monedas y sensaciones encontradas.

—¿Le han extirpado a usted la vesícula?

—No, todavía no.

Don Zaqueo tenía un miedo horrible a que los jubilados le hicieran la higa y otros gestos obscenos manuales, su pueblo estaba lleno de jubilados deseosos de mofarse de alguien.

Don Zaqueo no tenía defectos físicos ni pequeños ni grandes; don Zaqueo no era bizco, ni chato, ni lenguaraz, ni cojo, ni tartamudo, los Nicomediano eran todos esbeltos, proporcionados y de muy buena figura.

—¿Quiere que vayamos a llevar vino, cigarros puros y tarjetas pornográficas a los condenados a muerte?

—No, ¿para qué? Los condenados a muerte son muy orgullosos y a mí no me gustaría que me desairasen.

—Quizá tenga usted razón. Además, es muy probable que a estas horas estén todavía dormidos.

En los libros que marcan la tradición se lee: abandonarás a tus padres y hermanos

y seguirás a tu marido. Ahí nace el error, de ahí dimana la desgracia. El hombre y la mujer deben estar siempre con los suyos, con sus padres y hermanos, al hombre y a la mujer debe bastarles con verse en un claro del bosque y sonreír y amarse y reproducirse; los vínculos del instinto, los vínculos del amor, deben prevalecer sobre los vínculos de la ley, los vínculos del artificio.

La licenciada doña Lorenza Sagredo, licenciada en ciencias naturales, le dijo a don Juan Pedro Basf, don John Peter Zamarro, el intendente de la Naviera Barcenilla,

—Usted acaba de hablarme del error y de la desgracia. ¿Usted cree que esas dos enfermizas nociones son consecuencia de anteponer los primeros vínculos a los segundos?

—Sí, sin duda.

—Otra cosa. ¿Usted cree que el acto del amor, ya me entiende, deforma o al menos desdibuja las siluetas?

—No, más bien todo lo contrario. ¿Por qué lo dice?

—No, por nada, me pareció que en el fondo de su actitud yacía un velado elogio a la teoría de las sumisiones.

—No, puedo asegurarle que no, ¡nada más lejos de mi ánimo! Mire, usted, ríjase por la ley natural, por la saludable ley natural, y absténgase de querer enmendarle la plana a la inercia: la noche se ha hecho para nacer y para amar, y el día se ha hecho para morir y para odiar.

—¿Y no caben excepciones?

—Sí, todas las que usted quiera admitir; las excepciones dejan de serlo en el momento mismo de producirse.

La licenciada doña Mauricia Sagredo, licenciada en teología, le dijo a don Mateo Emilio Basf, don Mathew Emil Gutiérrez, el administrador de la compañía de tranvías de Baltimore,

—Usted acaba de hablarme de la distribución de las horas según las necesidades, la vida y el amor, y los deseos, la muerte y el aborrecimiento. ¿Usted cree que esos cuatro confusos y resbaladizos conceptos son corolario de algo?

—No: son sólo la estela de la casualidad y sus diáfanas reglas.

Hace ya muchos años que se prohibió en todo el Occidente la sopa de feto con piñones y pasas, en algunos puntos del sur de Portugal los ponían en maceración durante ochenta horas en vino de Madeira y las siete especias, mejor dicho, el moco de pavo cingalés y las seis especias malabares: canela, clavo, azafrán, pimienta, nuez moscada y comino.

—¿Me da un vaso de ginebra lleno hasta el borde? Se lo agradecería muy de veras, le juro a usted que se lo agradecería de todo corazón.

Al juez nuevo y jovencito no lo conocía nadie aún, los jueces nuevos y jovencitos suelen entrar en los pueblos disimuladamente y pasan un par de semanas inadvertidos, don Cosme no tenía por qué hacer excepción, don Cosme entró en el bar y tuvo la siguiente conversación con Mateo,

—Repórtese, usted, guarde la debida compostura, eso no se hace en público, hay que ser más educado, más respetuoso, etc.

—Oiga, usted, gilipollas, yo con mi novia hago lo que me da la gana, ¿entiende?, lo que me sale de los cojones y a usted no le importa, lo que le digo es que si no se calla le voy a dar dos hostias.

Entonces don Cosme llamó a los municipales y mandó encerrar a Mateo, así de fácil.

—¡Joder, Mateo, también podías haberte callado! —le dijo un guardia.

—¿Y yo qué coño sabía que era el juez?

A renglón seguido y a muchas leguas de allí tomó la palabra el bandolero cegador de condesas y dijo,

—¡Oh, mierdecilla hostiado, flor de esfínter, cipotillo de espuma de fresa, amor! Aprended (aprende) botánica de una vez para siempre y enteraos (entérate) de que la acilonia es una flor bellísima, de muy dulces colores, verde pastel, azul pastel, rosa pastel, y aroma penetrante, nardo enamorado, canela en rama, pachulí para húngaras, croatas y griegas del jardín de Lesbos, que se alimenta, digo la flor, de originarios bailarines muertos. Desnudaos (desnúdate) con recato como si fuerais (fueras) una condesa ciega y silbad (silba) la marcha de Garibaldi, la marcha que enardece al ejército de hambrientos.

—¿Queréis (quieres), oh macho impertérrito, que vaya al retrete de servicio y os (te) traiga el látigo de azotar solitarios?

—No hace falta: los coroneles retirados, el bachiller, su madre aún joven y las siete huérfanas del tejado acudirán en mi ayuda en cuanto dé tres palmadas.

El mierdecilla hostiado se llamaba Querubín Quijo Calamuca y guardaba tres flores de acilonia en el cuarto de baño, en una vieja lata de aceite de soja marca El Imperio del Sol Naciente.

—El día que se me mueran las flores de la acilonia me bajaré los pantalones ante la puerta principal de la mansión del déspota y le dejaré mi tarjeta de visita. Le juro que a partir de ese día no volveré a usar adjetivos.

—Será muy ejemplar vuestro (tu) comportamiento, ¡oh, mierdecilla hostiado, capullito o botoncito de esfínter, minguilla de espuma de guayaba, amor!, pero dudo de que podáis (puedas) mantenerlo más allá de una semana.

La hembra del jilguero puso un huevo en el nido del chamariz, otro en el del verderol y otro en el del descarado petirrojo provenzal, un avecica que ignora la vergüenza, y de tanto vicio nació la despiadada pavana *Las solitarias huérfanas montenegrinas* a cuyos acordes bailaban los condenados a muerte por delito de alta traición.

—¿Queréis (quieres) silbarme al oído alguna canciñcilla alegre y parsimoniosa?

—Con mucho gusto; entornad (entorna) los ojos y dejad (deja) flojísimo el estúpido párpado del ano con sus miramientos, sus manías y sus monótonas actitudes previstas. ¿No preferís (prefieres) la muerte al anonimato? ¿Sí? Pues demostradlo

(demuéstralo) sin lugar a dudas.

Querubín Quijo Calamuca, el mierdecilla hostiado, cuidaba con mucho primor sus tres flores de acilonia.

—Las riego con semen de canónigo ni bravo ni manso, morucho, diluido en leche de burra del emirato de Silimanga-Qatwait y aromado con sudor de novicia vienesa; me cuestan un dineral, es bien cierto, pero no puedo quejarme del resultado. El día que se me mueran las flores de la acilonia me bajaré los pantalones ante el palacio del déspota y le suplicaré que me mate a pedradas. El déspota sabrá comprender mi anhelo y no dudo que me acertará en la sien con una de las doce primeras piedras.

El juez don Juan López Ponce, que no era nuevo ni joven, estaba al servicio de la ley carroñera, como el águila, y reticulada, al igual que la conducta del pimplís, pájaro misterioso y manflorita, y jamás pudo nadie apartarlo del recto camino.

—¿Y del otro recto?, aludo al sustantivo, ahora no adjetivo, en realidad nadie nunca debiera adjetivar.

—Tiene usted razón. Tampoco del otro recto pudo apartarlo nadie, que se sepa y recuerde.

—Dígame una cosa, buen hombre, acláreme una duda que me atormenta y hasta pudiera decirse que me quita el sueño.

—Hable por esa boca.

—¿Ni siquiera cuando enguila a la señora marquesa?

—No; ni siquiera cuando enguila a la señora marquesa, el señor juez López Ponce es muy rápido, polvo de gallo y dese usted por servida, nada de delectación morosa, así no se tiene tiempo para el desvío.

—¿Será cierto aquello que decía Flavio Vegecio Renato (*De re militari*, III, XXV) de que los desocupados de hoy son los desviados de mañana?

—Lo tengo como lo más probable.

El juez don Juan López Ponce se lavó los pies con jabón Lagarto, se enjuagó la boca con listerine, se espolvoreó los testículos con una sabia mezcla de ladillol y polvos de talco, se dio resina en la palma de la mano, se vistió la toga, se tocó con la peluca de color butano, se ciñó la espada, se ajustó el suspensorio regalo del sha de Persia, se puso (pone tibi id, pone sibi id) el preservativo irrompible made in Hong-Kong y sentó en el banquillo a la partida de los Siete Niños de Lampai, capitaneados por Aquilino Grillo Manteiga, Tatelo de la Esclavitud.

—Huyamos a tiempo de salvar la vida y la paz —le dijo por señas el fiscal al abogado defensor de la tropa—, huyamos sin atender siquiera a la compostura.

—Quizá sea ya tarde —respondió el abogado defensor al fiscal usando el telégrafo de banderas—, esperemos a ver en qué acaba todo.

Tatelo de la Esclavitud, como no quería hablar, se entretenía pensando divertidas procacidades. Las manchas de humedad del techo representan a las hijas de Lot acariciándole el aterciopelado perlimplín al padre.

—¡Qué ocurrencia! ¡Mirad, mirad, qué cara pone Lot! Así con los ojos

entornados y la lengua medio fuera parece Jonathan Swift en el entierro del rey de Roma Lucio Tarquino el Soberbio.

—Pues la verdad, ¡qué quiere que le diga!, yo no le veo parecido alguno.

El instinto de conservación todavía puede asirse al clavo ardiendo del arrepentimiento, ninguno de los Siete Niños de Lampai, con Tatelo de la Esclavitud a la cabeza, muestran signo alguno de arrepentimiento y todos prefieren la horca a la humillante amonestación.

—Haced lo que más convenga a la buena marcha de la historia y a la correcta defensa de las instituciones, que mis amigos y yo estamos con el mejor ánimo para morir con dignidad.

Telesforo Cegama, quizá recuerde alguien que era medio pariente de san Antonio Abad, preguntó en un aparte al secretario del juzgado,

—¿Qué va a ser de estos siete títeres?

—Pues, la verdad, no sé; lo más probable es que el señor juez mande ahorcarlos a todos, yo particularmente los encuentro un poco engallados.

A los Siete Niños de Lampai los enterraron todavía calientes por consejo del cura de Soaxe, don Manueleciño Freixo Seixas, que era muy entendido en disciplinas ecológicas o artes del más allá inmediato; ahorcó a los siete el boche Domingo Sancobade Golariz, alias Babosiño de Recaré, que era muy hacendoso y esmerado, y preparaba él mismo la soga, el boche Domingo había sido seminarista en Mondoñedo, le echaron por exceso de celo, eso de los malentendidos suele acarrear muy enojosas consecuencias, el boche Domingo inventó el hebdomalaqueus u horca de siete lazos y apioló a toda la partida al tiempo y sin descabalgarr la sonrisa, todos se fueron para el otro mundo blasfemando con suma irreverencia y a todos se les fueron las cabras o escurrieron las turmas, según vieja costumbre de ahorcados, al decir todos se quiere señalar a los siguientes, a saber: Aquilino Grillo Manteiga, Tatelo de la Esclavitud, que hablaba rizado y a saltos; Antoniño Araújo Estemande, Merdento de Paiosaco, que cheiraba a estrume o sea que hedía a rayos; Pepiño Marcelle Expósito, Petoulo, que quiso ser torero y no pudo; Cándido Maroñas Maroñas, Xergo de Ousende, que tocaba la bandurria con la izquierda; Eladio Boente Mourazos, Zangaleirón, que pesaba lo menos once arrobas, puede que doce; Xosesiño Lebozán Vilatuxe, Curuxa, que no salía más que de noche, y Modesto Ambreixo Cuvelo, Chafaldretas, que solía enseñarse muy desaseado, aunque se peinó para expirar en la horca. La condesa ciega, cuando el enterrador dejó caer la última paletada de tierra sobre la fosa común, puso en el santo suelo y con todo mimo siete manojitos de esgarabitas bordes de color de oro, también las hay de color cobre pero son más raras. Don Rosendo Tapioca, el capellán del Real Colegio de Doncellas Nobles, le dijo a la princesa de Éboli,

—Perdonad, señora, que no os haya pedido a tiempo la ensalada de mandrágora, os juro que me se fue, digo, se me fue, el santo al cielo, no se quiso confesar más que uno pero tardó mucho porque también tenía muchos pecados, sería gracioso que

hubiera podido salvar su alma a última hora.

Este libro debiera haberse titulado *Vida de Doña Berenguela la Mejillona según el P. Martín de Mérida, S.J.*, pero no pudo ser por meras razones tácticas.

—A alguien deberá remorderle la conciencia algún día porque santa Gemma no tuvo nada que ver con el luctuoso y vergonzoso, también confuso, suceso del niño ahogado en el pozo sin brocal.

—¿Quién mandó quitar el brocal?

—No se sabe.

—¿Quién quitó el brocal?

—Tampoco se sabe, la verdad es que de este trance no se sabe casi nada, se sabe poquísimos, del descubrimiento de América tampoco se sabe demasiado.

Wifredo, el sargento de guardias, llegó tarde a la ejecución porque Waldetruda, la insaciable amante del venerable don Zaqueo Nicomediano, el de la silla de ruedas, siempre le pedía más y más.

—Contigo no hay quien pueda, Waldetruda, y eso que ya se te empezaron a oxidar las glándulas mamarias.

El arco iris se tendió entre el valle de Josafat, donde Dios juzgará a los pueblos, y el monte de Venus, por donde el demonio enganchó a los parias hasta convertirlos en zascandiles, y santa Gemma, siempre santa Gemma, la cursi de santa Gemma, con sus amanerados ademanes, con sus horteras dengues, exclamó,

—¡Me cisco en tal y cual! ¡Jo, con el arco iris!

El eunuco Bennie, el de la cataplasma duodenal, empezó a proferir gritos histéricos en contra de Belcebú.

—¡Rociadle con gasolina sin plomo, para no contaminar el ambiente, pero rociadle porque es un latoso!

Una comisión de ecologistas presididos por doña Carolina Grundwilk, la droguera inventora del barómetro de feto, emitió un informe según el cual las vacas estaban destruyendo la capa de ozono a fuerza de tirarse pedos, tirándose pedos irrespetuosamente y aplicadamente.

—¿Con denuedo?

—Con denuedo.

—¿Y sin orden ni concierto?

—Ha dado usted en la diana: sin orden ni concierto.

El brigada Estévez, don Adalberto, se sacó las manos del bolsillo del pantalón y dijo,

—¡Matemos a las vacas! ¡Demostremos nuestra prudencia matando vacas! ¡Defendamos la capa de ozono!

Doña Jesusa, la presidenta adjunta de doña Carolina, terció muy cautelosamente.

—¡No y mil veces no! ¡Las vacas deben vivir! ¡Debe bastarnos con sugerirles que no se pean innecesariamente! ¿Votamos?

—¡Votemos!

El novio de Estefanía, mientras le palpaba las nalgas a Claudina, su cuñada, moza que propendía a permitir el tacto indiscriminado, le preguntó muy melosamente, sí, pero sin mayores ambages,

—Con una mano sobre el corazón, dígame, ¿le importan algo, cachonda mía, los papiros del Mar Muerto?

—¿Los qué de dónde?

Si la hembra del mirlo no hubiera puesto un huevo en el nido del escorpión, a estas alturas no se hubieran independizado ni Estonia, ni Letonia, ni Lituania.

—¿Y usted cree que eso tiene algo que ver, siquiera remotamente, con el normal funcionamiento del pararrayos de la fábrica de azúcar?

—Pues mire, usted, sí, en el fondo, sí, ¡qué quiere que le diga! .

Nadie se atrevió jamás a decir que el parto natural de las moscas ansiosas y pegajosas fueran los siete bocados, los siete pecados capitales, el general, el obispo, la bailarina, el torero, el marinero, el bombero y la maja, la gente es muy timorata y teme tanto a la delación como al contagio.

—A la mujer del César no le bastaba con ser decente sino que, además, debía estar buenísima y tirando a robusta.

Leoncio Alange era partidario de quemar la fonda con el juez dentro, se le rocía bien de petróleo, se le pega fuego por tres o cuatro sitios a la vez y de allí no se escapa nadie, eso es lo malo porque deberían escaparse todos menos el juez, el proyecto hubo que dejarlo porque podía ser tan comprometido como peligroso, la guardia civil lo hubiera descubierto inmediatamente. La señora Sagrario, la madre del perdedor, jura que vio a Claudina, a la condesa ciega, al novio de Estefanía y al bandolero haciendo las cochinas en la fonda El Tiburón de Estaño, el juez don Cosme se sentó en una mecedora a mirar, también leía tebeos. Ya es sabido que después de la tempestad viene la calma, lo que ya no está tan claro es que después de la guerra venga la paz. El intendente Marianillo Salinas, que ejercía de amante del sentimiento, puso almoneda de ayes y suspiros a la puerta de un cine de sesión continua y dicen que le va muy bien. Este libro debiera haberse titulado *El cura de Matapuercas de Torio asesinado en la cárcel*, no pudo ser porque intervino oportunamente la Dirección General de Prisiones.

—Dejad que la abuelita reparta la tierra y se eche polvos de talco en la calva, a vosotros tan sólo debe preocuparos el cumplimiento del deber.

La abuelita sabía muchas historias de fantasmas, de sacamantecas, de vampiros y de zorras y uvas, la abuelita se pasó la vida entera apuntando en un cuaderno todos los acaeceres reconfortantes: doncellas enterradas viváis, niños de un año pedicados por el mayordomo, violinistas que amaban gatas garduñas, monjas convertidas en víboras, cabras voladoras, etc.

—¿Tenéis idea de dónde puse el cilicio de los domingos, el cilicio de moaré con clavos de oro?

—No, abuelita, lo más probable es que lo haya vendido el abuelito para irse de

putas.

—¡Vaya por Dios! ¡Este Adalberto Evangelino es incorregible!

El preboste don Gladiolo Márquez Méndez, que había sido palanganero de la condesa ciega y mamporrero de don Claudio de la Merced, el arzobispo de Lepanto, saludó con efusión a la señora esposa del sacristán del Perpetuo Socorro.

—Ignoro si es usted alérgica o no, doña Petra Paula...

—Perdóneme que le interrumpa, llámeme Pedra Pabla, doña Pedra Pabla.

—Lo haré con gusto. Ignoro si es usted alérgica o no, doña Pedra Pabla, a la picadura de avispa pero, de ser así, obsérvese con detenimiento y si la picadura se hincha más de lo acostumbrado, o se le presentan granos o sarpullidos, o siente sofoco o falta de aire o mucho calor, o se pinta toda de rojo o no puede aguantar el dolor, no lo dude, acuda a la casa de socorro a que la rematen con sulfumán.

—¿Y no podrían apuntillarme?

—Sí, sin duda, poder sí que podrían, lo que pasa es que no suelen querer porque dicen que se pone todo perdido.

—¡Qué egoístas se han vuelto los médicos y sus albaceas testamentarios, los practicantes, desde que los han hecho funcionarios públicos!

—¡Y usted que lo diga, doña Virtudes Mendicuti Pristagare, y usted que lo diga! En fin, dejemos eso.

La abuelita se colocó bien el cilicio de los domingos que se le había ladeado un poco, el cilicio de moaré con clavos de oro, al final todo aparece, y salió al patio de los arrayanes a jugar al diábolo. Cuando pasó por allí don Celestino Araguas Capellán, el celador del depósito de cadáveres, la abuelita le dijo,

—Celes, no deje de ir por casa esta tarde a echarme un polvo.

—Descuide, señora, iré a eso de las siete y media.

—¿No podría ser un poco antes? A esa hora tengo citado a mi director espiritual.

—¡Pues que espere, leche! ¡Si no puede ser a eso de las siete y media, búsquese otro que la sirva, la reconforte y le arregle el cuerpo!

—¡Ay, hijo, qué modales! Bien, vaya usted a eso de las siete y media, pero no se retrase mucho, por favor.

Cam, Sem y Jafet, los tres nietos de doña Dulce Nombre Gaudarela y Mondim de Basto se jugaron las tierras al bacarrá y se quedaron sin ellas.

—Ahora, si queréis cultivarlas, deberéis arrendarlas antes.

—No; preferimos provocar guerras y confiar en los resultados.

El cadáver de una mujer mayor en cueros y con la chichonera puesta es un espectáculo que sobrecoge el ánimo, templea el bazo y hace estremecer las meninges; las disposiciones vigentes sobre sepelios, enterramientos y pompas fúnebres en general deberían modificarse a tenor de los tiempos que corren.

—O quizá no, eso de pasarse la vida retocando las leyes es signo de inmadurez. Y de otra parte: me permito advertirle que debe medir con mayor rigor el lenguaje que utiliza, observe usted que los tiempos no corren, como dice, ni trotan ni galopan sino

que van a su ser y a su andadura, que sólo se rige por la inercia que gobierna las estrellas.

—¿Y la Vía Láctea?

—También, claro; la Vía Láctea no es más cosa que una confusa pero muy organizada tribu de estrellas.

La abuelita de Cam, Sem y Jafet tenía muchos años y tampoco ocultaba sus prejuicios.

—Ignoro lo que voy a hacer con el millón largo de onzas de oro por el que suspiráis con avidez y una absoluta falta de compostura. Lo más probable es que acabe obligándoos a un concurso, ya veremos de qué, si de levantamiento de laudes funerarios íberos, yo digo íberos, mi difunto decía siempre iberos, o de carreras de sacos con una víbora dentro, o de ingestión de inciviles y enojosos cuescos de lombarda, o de pesca de madreperlas en el golfo Pérsico por debajo de una capa de palma de petróleo, o de libación de licores eclesiales, o de vinagre secular, o de aguas fecales aromadas con astillitas de matalahúga, o de hartazgo de costillar de ancianos o lacón de ancianas de la ciudad, jamás del campo, en maceración, o de besteuelas hervidas, o de poetas líricos fritos al estilo de la Carihuela, o de ensayistas a la plancha de la conveniencia, o alacranes o pollos de lechuga crudos pero muertos, o alacranes o pollos de lechuga crudos y vivos, ¡qué sé yo! Hago oídos sordos a quienes me quieren convencer de que os desherede, ayudadme vosotros un poco.

La abuelita hizo un extraño, coceó casi imperceptiblemente, aulló con suma levedad, dijo tres o cuatro palabras que no entendió nadie y expiró entre las carcajadas de todos los presentes.

—¿Y qué pasó con el millón largo de peluconas de oro falso?

—Eso es algo que nadie consiguió saber jamás; pero no eran peluconas de oro falso sino onzas de oro de ley, onzas de la ceca de Lima. Hay quien dice que se las llevó Godoy al destierro, no es probable porque en París vivió con muchas estrecheces.

El bandolero de la condesa ciega hablaba del paso del tiempo con el novio de Estefanía, que estaba haciendo tiempo, que estaba esperando a que pasase el tiempo para empezar a palparle el prieto culo con frenesí a Claudina, la hermana de su novia.

—Schiller dice que el tiempo es el ángel del hombre, pero eso es una falacia. El tiempo pone todo en su lugar, a veces incluso en contra de las leyes de la naturaleza. El tiempo es inmortal y contra él no cabe más actitud que la de no presentarle batalla, lo único que desorienta al tiempo es el suicidio.

Claudina y Estefanía, ¿eran hermanas o cuñadas?, las crónicas se confunden, también confunden, pero lo cierto es que Claudina y el novio de Estefanía entraron en el meublé El Nido Circunstancial y se acoplaron casi metafísicamente durante tres largas semanas, durante veintiún días con sus noches; cuando los bomberos de la Cruz Roja los desacoplaron, tuvieron que darles reconstituyentes variados, tanto del reino vegetal como del animal.

—¿Saqueamos a los muertos? Mañana, después del relevo de la guardia y el fusilamiento del guardia desobediente, la gente se extrañará de no ver una sola flor en las florerías: estarán todas en el cementerio adornando a los muertos.

—Eso es lo que creará la multitud.

—Sin duda alguna. Pero no debemos ser crueles con ella, ¿para qué sacar a la multitud de sus dudas y sus rencores?

Entonces intervino don Teodoro de Vasconcelos, virrey del raro país de los Manganeses, y con cierto empaque tribunicio exclamó,

—Tiene razón don Raúl en lo que aún ayer decía de Miguel Ángel. Atiendan ustedes con interés, tampoco con desmedido interés, a lo que voy a decirles: la vida es una reiteración (fray Anselmo de Turmeda), la muerte es una reiteración (Nathaniel Lee), el amor es una reiteración (San Bernardo), la náusea es una reiteración (Sartre), el humor es una reiteración (Bernard Shaw), la lujuria es una reiteración (Safo), la virtud es una reiteración (Olivia Sabuco de Nantes), la apología o el vilipendio de la pena de muerte es una reiteración (lord Halifax y Pítaro, al respective). ¿Están de acuerdo conmigo en que el sencillísimo y más quintaesenciado arte también es una reiteración? Los que no piensen lo que pienso pueden ausentarse sin miramientos mayores. Observen ustedes que si a la histeria del débil se le suma el talento del iluminado aparece la poesía, puede aparecer la poesía, san Juan de la Cruz, Bécquer, Juan Ramón, Luis Cernuda, eso que con harta frecuencia no pasa de ser una charada, fray Luis de León, Campoamor, Antonio Machado, Larrea, o un juego de palabras, Góngora, Calderón, Unamuno, Gerardo Diego. La gente no admite que la evidencia también es una reiteración.

—¿Y al revés, o sea que la reiteración también es una evidencia?

—Naturalmente que sí.

¡Qué tiempos idos, aquellos en los que Claudina y el novio de Estefanía se destrababan a las dos horas y cuarenta y cinco minutos solos y sin ayuda de nadie! Los trovadores de la Edad Media tardaban seis horas, los de primera clase, y cinco los de segunda, y las damas nobles se reconfortaban del vapor de amor fortaleciendo los músculos de la entrepierna y del bajo vientre con el cocimiento de ortiga y salvia de Terenciano Mauro y aguantando a coño firme los embates del fiel servidor. ¡Qué tiempos idos, aquellos en los que Beatrice gozaba clavándose al novio de Renata en lo más alto de la cúpula de la catedral de Roma!

El apuesto don Adelfo, no Adolfo ni tampoco Adolfo, Adilfo, Adulfo, Circusi Shottumbaum, teniente coronel jefe de los aguerridos bomberos de la Media Luna Roja, se atusó el bigote, se alisó el cabello, se colocó las partes a su caída, se hurgó la pituitaria con muy consciente parsimonia, carraspeó, gargajeó, se fue de copas (pedi crepitum edere), se ciscó sobre el aparador y con la cara muy seria le dijo a su elegante señora doña Sarah de la Pecina y Altóla, también llamada Oui,

—Comprende, amor mío, Oui, querida, que un hombre serio no puede trabajar en un despacho con estores en vez de cortinas, a mí me da cierto reparo firmar partes de

guerra, penas de muerte o invitaciones a la primera comunión de nuestro sobrinito Benigno Weiss en un despacho con la luz tamizada por estores y no por cortinas, coméndelo, amor mío, Oui, querida, la paciencia también tiene sus límites y a un hombre no se le puede pedir más de lo que buenamente pueda dar de sí. Es difícil entender que los iraníes vengan de los iránicos pero a nadie se debe culpar de esta evidencia. ¿Tú crees, amor mío, Oui, querida, que un hombre de sanos principios puede pasarse la jornada laboral ganándose la vida en un despacho con estores, como una peluquería de Alabama, en vez de cortinas, como un tradicional prostíbulo en Arizona? O me quitas los estores y me pones cortinas como Dios manda, amor mío, Oui, querida, o te sujeto, te bajo las bragas y te restriego el esfínter del ano con el polvillo bien majado del fruto sin madurar del piper nigrum. ¡Me muero de risa tan sólo de pensar en los saltos que darías a renglón seguido del breve tratamiento!, amor mío, Oui, querida, ni me canso ni me cansaré jamás de llamarte siempre con tan amorosa reiteración, lo ensayé durante la guerra civil con un teniente de intendencia que era muy latoso, se llamaba Óscar, lo emborraché antes, fue en la casa de lenocinio de doña Petra, en el barrio de la Clerecía, en Salamanca, y aún me duele el epiplón de la risa que me da el recuerdo. ¡O me quitas los estores y me pones cortinas, amor mío, Oui, querida, o te desgracio! Yo cumplo con advertírtelo. Y te prevengo que si con el tratamiento del polvillo dicho no entras en razón, probaré a mejorar la suerte quitándole al piper nigrum originario su pericarpio, no sin antes haberlo macerado con un meo (Academia, meada o meado) de indio chibcha, ¿te enteras? Yo con estores no sigo. Y si no me los quieres quitar, amor mío, Oui, querida, me dejaré morir de tristeza en un rincón. ¿Tú te das cuenta de lo duro que es ver que se te derrumban todas las columnas del templo en el que habías rezado con devoción? ¿Tú te das cuenta de que es muy doloroso negarse a creer en lo que siempre creímos y poco a poco se fue borrando? ¿Tú te das cuenta de que la vida es algo más que oír el latido del corazón y la muerte tan sólo un grado menos que la sordera?

El novio de Estefanía entró con Claudina en el pajar y se la metió por el ojal brindado.

—He tenido más suerte que tu padre y tampoco me remuerde la conciencia el haber coadyuvado a la retirada de los estores, en las peluquerías de Alabama se pueden permitir ciertas licencias impropias del escritorio de un pastor anabaptista.

—Pero don Adelfo, no Adolfo ni tampoco Adolfo, Adilfo, Adulfo, Circusi Shottumbaum, ¿no era teniente coronel de los aguerridos bomberos de la Cruz Roja, digo, de la Media Luna Roja?

—Sí, además: don Adelfo, no Adolfo ni tampoco Adolfo, Adilfo, Adulfo, Circusi Shottumbaum, alias Trapiche, era pluriempleado, también llevaba la contabilidad en la tahona de Markus Méndez, en la funeraria de Pinkus Méndez, hermano del anterior, y en la ebanistería de Zarkus Méndez, hermano de los dos anteriores. La vida está difícil para todos y don Adelfo, etc., tampoco es ajeno a la deshonesto

circunstancia de que los serbios sean los últimos señores de la guerra.

El novio de Estefanía, cuando salió del pajar donde había yogado por conducto aristocrático y sutil con Claudina hasta la irreverente saciedad, se caló la boina con escarapela tricolor hasta las orejas y le dijo a la cuñada o hermana, que esto no se sabe bien, de su novia,

—¿Ves cómo lo mejor para anesthesiarse con estas deleitosas impurezas es cantar *La Madelón*?

—Sí, amor de Estefanía, bien lo veo con estos ojos que se ha de comer la tierra.

—O las aguas, si te caes al mar Adriático y no te saca nadie a tiempo.

—¡También es verdad!

Benigno Weiss, el hijito que la elegante señora doña Sarah de la Pecina y Altóla, también llamada Oui, concibió en sus entrañas a resultas de sus contactos con su legítimo esposo don Adelfo, etc., el teniente coronel, etc., quedará medio lelo cuando llegue a la adolescencia y se jarte de pajas y peras, en vez de estudiar ciencias sociales, antes geografía e historia, o adiestrarse en la pretecnología, antes trabajos manuales.

—¡Qué doloroso es adivinar el porvenir! ¿No le parece a usted, digno hieroglifista?

Y el bandolero de la condesa ciega respondió presto y no sin cierta tristeza,

—¡Y tanto, benévolo y maloliente escatófago, terciado y vil comemierda, y tanto!

Claudina, con el mirar humilde y un sí es no es estrábico, le repitió al novio de la otra lo que tantas veces había oído ya,

—Tú no ignoras que guardo mi modesto y circunstanciado virgo para mi valetudinario padre, siempre tan precisado de caricias; tengo ya quince años cumplidos, voy camino de los dieciséis, y pienso brindárselo la noche de San Juan después de saltar la hoguera. Te agradezco de todo corazón que hayas aceptado la diana del terso revestimiento de mi cuadril. ¡Qué bien me has poseído a lo conejo, oh sincero amor de Estefanía! ¡Cuánto y cuánto te lo agradezco! Por cierto, amor, perdóname, amor de Estefanía, ¿por qué el sol saldrá siempre por el mismo sitio? Me dijeron que en algunas comarcas de Bosnia y Herzegovina sale a veces por el norte, como si estuviéramos en Neptuno.

—¿En Neptuno sale el sol por el norte?

—Eso me han dicho y no tengo intención de poner en duda nada de lo que se me diga.

A Mateo Ruecas le llamaban el Pinche porque antes de descomponerse lucía siempre muy pinturero y peripuesto; todos los amigos del Pinche, o sea, Antolín o Tolín el Maromo, Nicolás o Colás el Hachero, éste fue el que desvirgó a la novia con la mano, Leoncio el Salmuera, éste fue al que se le murió la novia en el río, Eusebio el Zurriago, otros le llamaban el Pinto, Fidel el Peladillo, Donato Manchones Tomás el Tigre, Aniceto Miedes Pérez el de los Claros, Ramón Gascón Sepúlveda el Espagueti, le llamaban así porque trabajaba en la fábrica de fideos, y también

Apolinar o Poli Terradillos Yáñez el Avión, que no había salido hasta ahora, todos los amigos de Mateo Ruecas, se iba diciendo, le cagaron el portal y la escalera a don Cosme, le dieron bien de mierda al pasamanos, todos los huéspedes de la fonda se pusieron perdidos, esto pasa siempre, que al final pagan todos, es inevitable.

El dueño del guiñol pensaba, con la viuda de Thomas Brackett Ree, que este libro debiera haberse titulado *Los sinsabores de Clarissa Harlowe*, pero las circunstancias no lo hicieron posible, no siempre sopla el viento a gusto de todos, la verdad es que el viento no sopla casi nunca a gusto de nadie, el viento y el tiempo abocan a la muerte y borran las ideas generosas de la cabeza del hombre, si no hubiera ni viento ni tiempo, quizá sea mejor al revés, ni tiempo ni viento, tampoco habría muerte. Los cinco cristobitas varones del guiñol, cuando terminaron de mear, preguntaron a coro.

—¿Y viviríamos siempre?

Y los dos cristobitas niñas del guiñol, cuando acabaron de mear, respondieron a dúo,

—No, porque no habría vida, tampoco habría vida.

Y dijeron el general, el obispo, el torero, el marinero y el bombero,

—¿Qué fue antes, la vida o la muerte?

Y les contestaron la bailarina y la maja,

—Hay opiniones, nosotras particularmente creemos que primero fue la muerte pero Teofrasto piensa lo contrario.

Ya en las tres o cuatro primeras tenidas de toreo de salón con las que el amo Lawrence consolaba a los contribuyentes de las audaces tropelías de sus esquiladores, quedó palmariamente demostrado que el que mejor embestía era el obispo.

—¿Me permite usted, señor obispo, que le dé unas chicuelinas y unas gaoneras?

—Ya le dije a usted que no, que estoy algo cansado y, lo que es peor, también hasta los cojones, o sea hartos, de cooperar con zascandiles, desaprensivos y haraganes. Pídaselo al general, al marinero o al bombero.

—Pero es que usted embiste mejor.

—No, le digo a usted que no. Y le ruego que no insista.

—¿Ni siquiera un poco?

—No, ni siquiera un poco.

El señor obispo se alzó la sotana hasta media canilla y musitó con su más grave voz,

—Dios le ampare, hermano.

Las mujeres expuestas al sol se torran, también merman y si se sientan en el suelo, crían miñocas en el sobaco y alacranes y escorpiones debajo de las asentaderas.

—¿Y víboras?

—No, eso no; ni tampoco armadillos ni el cómico fantasma al que dicen puerco espín.

En la umbría prosperan la madreselva, la adelfa y el jazmín trepador. A las

mujeres expuestas al sol los michelines se les mudan en torreznos y los exploradores leprosos se masturban unos a otros con la cabeza poblada con esos pensamientos.

—¿Cuáles?

—Los de las mujeres, los michelines, el sol y los torreznos, las cuatro nociones por ese orden natural.

Entonces intervino don Wilhelm Zoozmanns, alias el Embutido, ministro de Asuntos Exteriores (contratado) del gobierno malayo en el exilio.

—En mi país es costumbre curar el mal de ojo escupiendo en los ojos del enfermo; cuando se le caen los ojos, a veces tardan hasta siete años, sana el mal de ojo.

—¿Y compensa?

—Pues, sí, yo creo que sí, es mejor estar ciego que preso del demonio.

Zoozmanns el Embutido sonrió con cierta ternura y siguió hablando.

—El demonio cuida demasiado bien a sus leales, mima a sus fieles con esmero, incluso con deleite, y eso es un peligro para la buena marcha de las estrellas y el nítido dibujo de sus órbitas.

Don Donato Candanal Fernández, alias Aplipayau, le dijo a doña Estilita Raicedo Fernández, alias Maravía, la hija de doña Erundina Fernández Fernández, alias Esnidiada, también de Sama de Langreo, lo que a continuación se transcribe.

—Majando el grano de la semilla que dicen mostaza con mosto en un almirez, sale el mostus arden, de donde forma el latín mustaceus y viene la voz española que designa el ungüento al que también se nombra mostaza; si el mosto es de uva en agraz se consigue la mostaza de Dijon con la que ungen los bistecs en las casas donde se cuida el alimento. ¿Me entiende?

—¿Mande?

—Que si me entiende.

—No, señor, no le entiendo.

—Bueno, ¡qué vamos a hacerle!

Claudina, el novio de Estefanía, la condesa ciega y el bandolero, estos dos muy desaseados y completamente ebrios, se encontraron en la posada El Tiburón de Estaño, a donde los cuatro habían ido a hacer lo mismo: a cultivar los remordimientos de conciencia.

—Tú vas lentamente camino de la muerte leyendo con mucha aplicación a Goethe, acariciando mujeres, peleándote a puñetazos y a patadas con los hombres y con más crédito que capital, por eso vives tranquilo y morirás tranquilo y despreciando los honores, los escalafones y la seguridad social, esas tres amargas y zafias tristezas. Tú tienes la inmensa fortuna, o tú tuviste la inmensa suerte, que viene a ser lo mismo, de haber descubierto todavía joven y enfermo, muy enfermo, tres evidencias saludables: que la política es una lotería para desocupados; que los soñadores, los utopistas y los ideólogos hundan los países y las generaciones que sin ellos lucirían prósperos, y que es mentira aquello que preconizaba Aristóteles de que

el hombre es un zoon politikon, un animal hecho para vivir en sociedad. Te envidio muy de veras.

No es verdad que el tierno tonto arrítmico se hubiera perdido en el laberinto de Creta. El hijo mayor de la familia previsoramente compró setecientos setenta y tres nichos, los números primos atraen la fortuna, y ganó mucho dinero porque en el cementerio de Santa Clara, en su ciudad natal, ya no quedaban más que setecientos setenta y cuatro, cifra que es divisible por dos, por tres, por seis y por nueve, y a renglón seguido del primer muerto, un padre de familia que vendía helados y le cayó un suicida frustrado en la cabeza, un suicida que no se mató pero mató al heladero, pudo subir los precios y los puso por las nubes.

—¿Y usted cree que hizo bien?

—Yo no opino, mi joven amiga, considere usted que mi reino no es de este mundo.

El tierno tonto arrítmico no se hubiera perdido ni en el laberinto de Creta ni en lado alguno, el tierno tonto arrítmico llegaba tarde siempre pero llegaba siempre. El tierno tonto arrítmico no yerra porque sabe que no va a llegar a viejo y porque, tras haber leído a Horacio, presiente que la brevedad de la vida le aconseja no concebir nunca demasiadas esperanzas.

El pensamiento de Occidente es un hijo que debe defenderse con la ley y mantenerse incluso contra la ley. Mr. Ted Carew, el cronista de sucesos del New Ciri Post, mantenía contra tirios y troyanos su idea de que las putas de los prostíbulos eran elegantes como lanceros bengalíes, disciplinadas como coraceros prusianos y fieras como legionarios gurkas. Se sospecha con cierto pero no excesivo ni comprobado fundamento, que Mr. Ted Carew mantuvo durante cierto tiempo relaciones amorosas con don Adelfo, no Adolfo ni tampoco Adolfo, Adilfo, Adulfo, Circusi Shottumbaum, alias Trapiche, teniente coronel de los aguerridos bomberos de la Media Luna Roja, entiéndase la Cruz Roja, y pastor anabaptista, quien no por eso dejó de cumplir con su elegante señora doña Sarah de la Pecina y Altóla, también llamada Oui.

—¿No serán habladorías?

—Lo más probable, ya sabe usted que la gente es muy aficionada a emitir juicios temerarios y a levantar falsos testimonios.

—¿Será ley de vida?

—Quizá sí.

Los tres hermanos Méndez, el panadero, el funerario y el ebanista, o sea Markus, Pinkus y Zarkus, eran administrados por don Adelfo, etc., quien parece ser que les sisaba en las cuentas para comprarle bibelots y bombones a Mr. Ted Carew, que era complaciente, sí, pero también caprichoso, muy caprichoso.

—La crisis se nota en todo, yo creo que debe ser a consecuencia y resultas de los impuestos excesivos porque la gente sigue comiendo pan, sigue muriéndose y sigue comprando mecedoras y camillas.

—Tiene usted razón; no se la van a dar, descuide, pero tiene usted razón. De poco ha de servirle, créame, porque usted, como Amiel, no puede conformarse con tener razón en solitario, como Sherer.

Un encapuchado le preguntó a otro encapuchado,

—Ahora que ya se han llevado al muerto, ¿por qué no empiezan a repartir gaseosa a los mesnaderos?

—Lo ignoro, pero ni me lo planteo siquiera porque sé bien que mi deber es no preguntar. ¿De qué signo del zodiaco es usted?

—De grumus merdae.

—¡Pues va listo, porque le tocará a usted obedecer toda la vida!

El fantasma de Rasputín acecha desde todas las esquinas y por la noche toca vales y polcas en los pianos de las viejas viudas menesterosas, Rasputín fue siempre muy caritativo y reverente. ¡Lástima el fin que tuvo!

Markus Méndez, el panadero, le dijo a sus dos hermanos, Pinkus el funerario y Zarkus el ebanista,

—¿No creéis que este libro debiera haberse titulado *Los sinsabores de la monja Etheria, comentadora de los ritos y costumbres eclesiásticos y eclesiales de los primeros siglos de la Iglesia*? Sé bien que no fue posible porque se opuso el Vaticano, pero tampoco ignoro que los criterios son más mudables que las instituciones. ¿Os parece, hermanos míos, que perdonemos a don Adelfo, etc., y hagamos oídos sordos, oídos de mercader, a sus desmanes? Me lo ha pedido con lágrimas en los ojos Mr. Ted Carew y no he sabido negarme.

Pinkus y Zarkus asintieron y el mundo siguió girando sobre su eje y rodando alrededor del sol como si tal. La licenciada doña Mauricia Sagredo, estudiosa de la doctrina, obras y vidas de los Santos Padres y licenciada en teología, le dijo a don Mateo Emilio Basf que bueno, que se acostaría con él.

El juez don Fiodor Vajtang-Asatián y Mínguez-Jaindrawa, que era vegetariano, dictó sentencia condenatoria en el caso del ciudadano don Iván Burbulis, quien palpó las pelotas al también ciudadano don Igor Volshov delante de todo el mundo.

—¿Y por eso lo condenaron?

—Sí. Lo declararon culpable y lo condenaron porque, «con disimulo en el rostro mas no así en su diestra, oprimió con ésta en dos ocasiones, la más secreta intimidación de aquél». Y la ley, mi querido amigo, es la ley y condena «el manipular al vecino el don que, en exclusiva, a los varones otorgó natura».

—¡Qué bello señalamiento! ¿Y a mí que esa manera de decir me recuerda a fray Luis de León?

De todos los amigos del pueblo, Mateo Ruecas es el primero que va a la cárcel, Leoncio Alange, Salmuera, estuvo en el hospital pero no es lo mismo; a Mateo lo tuvieron encerrado una semana, tiempo más que sobrado para que creyera que lo soltaban por caridad porque influencia no tenía, esto de estar a la sombra le pone al más pintado o mentalidad cobista, que prefiere el silencio al odio, los jueces son

buenos y velan por el cumplimiento de la ley, o mentalidad resentida, que prefiere el odio al silencio, los jueces están vendidos al que manda y se pasan la ley y los principios por el forro de los cojones. Don Cosme, el juez que encarceló a Mateo, decía que él era muy progresista y bondadoso y que admitía de buen grado el diálogo y la crítica. El misionero al que se le morían de escorbuto sus galgas afganas y el escocés navegante y bebedor de ginebra cantaban, hombro con hombro, viejas canciones obscenas en las tabernas que quedan entre el puerto y el cementerio de los ingleses.

—Cuando el bergantín La Bella Casilda llegue a Singapoore...

—No va a Singapoore sino a Hong-Kong.

—Me es lo mismo, a mí no me preocupa el destino sino el rumbo. Cuando el bergantín La Bella Casilda llegue a Singapoore, pienso comprarme un sombrero tejano, unos suspensorios suizos y un juego de té moruno; llevo ya muchos años soñando con la libertad. A mi cuñada se le mueren los amantes, todos los amantes, a los setenta y siete días justos del primer gatillazo. Roquiño Moure, el buscador de oro, parecía que iba a cruzar la frontera maldita pero cayó fulminado en el último minuto; a veces los relojes engañan, es cierto, pero el corazón, no, el corazón es herramienta muy segura.

André Gide no se cansó jamás de repetir lo obvio, lo respetuoso y evidente, también cruel.

—Mi primera suegra, la cingalesa de los órganos fosforescentes, la mujer que era capaz de alumbrar todo el salón con sólo levantarse las faldas, tenía una fe ilimitada en las virtudes del licor de polvos de Soconusco, el elixir que devuelve la paz a las conciencias, el vigor a las partes y la ilusión a los corazones.

El hermano de Paco Flammarion, el misionero al que se le morían de spleen las cabras maltesas, le dijo a don Jacobo Zvonimar, el filatélico,

—¿Quiere usted un dedal del licor de polvos de Soconusco que elabora mi suegra, mi primera suegra, la cingalesa, usted la recuerda bien, en su asilo de mendigas jóvenes?

—Sí, muchas gracias. ¿Usted cree que me hará bien al organismo?

—No lo dudo, pero usted tiene que colaborar. En estos problemas de la conciencia, las partes y el corazón, ayuda mucho el buen deseo del afectado por los males que atañen al alma, recuerde usted, mi querido y rubio don Jacobo Zvonimar, que el alma reside en los tres lugares que se dicen, bueno, que se van diciendo. El resto del cuerpo humano, esto es, el bazo, las piernas, los riñones, los dedos (sobre los dedos no hay seguridad absoluta), los pulmones, el intestino grueso, el intestino delgado, etc., carecen de alma. ¿Usted no ha oído nunca lo que decía el exquisito y singular Lao-Tsé?

—¿Lo de que le gustaría haber sido vaca para tener muy asumida su inmensa capacidad de aburrimiento?

—Sí; ya no sigo entonces, ¿para qué?

El cronista de sucesos del New Ciri Post y el marido de la elegante señora Sarah Oui se fueron al Monte Athos a gastarse el dinero de Markus, Pinkus y Zarkus, el dinero que el teniente coronel Trapiche había robado a los Méndez Brothers y, claro es, contrajeron el sida. El monasterio de Iviron era el menos riguroso de todos los cenobios del Monte Athos pero, según le contó Catulo Vukovar a su bujarrón Veljko Split, todos ex yugoslavos, no griegos, se les fue la mano y abrieron las puertas al sida. La monja Rita Okukani preguntó,

—¿La puerta del sida es el ojete?

Y monseñor Ladislaus, el gran preboste encargado de la palabra mansa y culta y las buenas y tradicionales costumbres, le respondió,

—La caridad aconseja suponer que no tan sólo. Con la caridad, el enfermo es sano; sin ella, el sano es enfermo. Es impío y quizá incluso herético y propio de extranjeros, el suponer que pudiera ser lástima que Dios castigue con el sida a los gozadores del ojete; recuerda, hija, que en la caridad no hay exceso y también es caridad, piénsalo bien y serenamente, el sosegar el ojete ansioso y anhelante con la sumisión a la bellota ansiosa y pródiga. Y ahora, hija mía, huye del Monte Athos antes de que obligues a que quien puede hacerlo te excomulgue y te mande quemar viva: aquí no caben las mujeres, ni las yeguas, ni las borricas, ni las vacas, ni las ovejas, ni las cabras, ni las gallinas; aquí no caben más que los machos homosexuales, homosentimentales, homointelectuales u homolíricos. Las hembras sois impuras y vuestra sola presencia puede hacer temblar los cimientos del templo y la bóveda de las instituciones.

La monja Rita de los Sagrados Estigmas del Gran Macho, antes de entrar en religión, Rita Okukani la del veterinario, se puso primero de rodillas para besar la mano de monseñor y después a cuatro patas para recibir la ritual patada en el culo, se alzó y salió de la sala andando hacia atrás y mirando humildemente para el suelo. Es dramático que tenga dolor de muelas, también es paradójico y aleccionador, quien no tuvo jamás dolor de estómago más que de hambre. Al misionero y al escocés navegante lo que les gusta es armar broncas en las tabernas del puerto y en los burdeles flotantes; a quienes no pagan se les tira al río pero antes se les emborracha y se les atan las manos a la espalda para que se ahoguen pronto y no sufran demasiado. La cingalesa de los órganos fosforescentes, los ojos en llamas y el halo luminoso, no había leído jamás al joven poeta español Garcilaso de la Vega.

—No, yo prefiero leer a Sadi, el poeta persa que confundía todo, la rosa y la espina, el color y el sonido, el tesoro y el dragón, el mar y la tierra, la alegría y el dolor, el amor y la indiferencia, el pez del río y el ave del cielo. Podría jurar que me conformo con lo que tengo.

La joven mendiga Ginette es tan pobre que pasa por la vida completamente desnuda, tan sólo sendos ramitos de adelfa le adornan el pubis y los sobacos; los domingos y días de precepto se engalana la cabeza con una guirnalda de violetas silvestres y el culo con un rosa de Jericó que sujeta metiéndose el tallo por el buraco

del terminal del tubo digestivo.

—¿O sieso?

—Usted lo ha dicho: o sieso.

—¿Se da usted cuenta, madame de Sévigné, madame la marquise, a qué extremos puede conducir el desamparo?

Madame de Sévigné, madame la marquise, le dijo que sí, que ya se había dado cuenta, en una larga carta que fue muy celebrada por la posteridad.

—¿Tiene usted desviada una vértebra cervical?

—No, gracias a Dios.

—Me alegro porque es una avería muy dolorosa; mi tía Clara, la monja, se cayó haciendo flexiones en el montante de la puerta y se le salió de su sitio una vértebra de la cerviz, no sé cuál de ellas pero esto es lo mismo, y lo pasó muy mal, puede creerme.

—¿Y, al menos, escarmentó?

—No del todo; al principio se portó bastante bien, es cierto, se conoce que había cogido algo de miedo, pero después se fue confiando poco a poco y volvió a las andadas con denuedo y primor.

—¿Y elegancia sostenida?

—Sí. Y muy grande humildad.

En la Porta Nigra de Tréveris degollaron a Prisciliano y en Fomelos, entre la ría de Arosa y Compostela y no lejos de Iría Flavia, le clavaron una saeta en el corazón al obispo Sisnando.

—¿Ha leído usted *El muermo o la decadencia de las iniciativas*, de Sisemón Mayhew?

—Sí, ¡qué gran libro! Su teoría del disfraz de las situaciones, las sensaciones y las sumisiones o síncope de las SSS, es el eslabón clave del principio de Ganghofer.

—¡Y usted que lo diga!

Entonces, nada más pronunciar estas palabras, el pope Alexis Lijachov cayó a tierra fulminado por el dardo que le disparó el pope Iván Minska con la cerbatana mágica de su invención, lo descabelló clavándosela entre la segunda y la tercera vértebra cervical.

—Su tía Clara, la monja, ¿sigue dando clases de gimnasia por televisión?

—No; lo ha ido dejando poco a poco y ahora ya no sale casi nunca, se conoce que acabó aburriéndose.

En las dulces mañanas del otoño, cuando la brisa orea tanto las sienes como el pensamiento con una infinita caridad, nadie se imagina que la naturaleza pueda llegarse a sublevar con ira hasta perder la compostura; la naturaleza es muy reacia a sujetarse a norma y a ceñirse a precepto y se subleva siempre con desconsideración y a veces con frecuencia.

—¿Podría darme un pitillo de picadura negra, por favor?

—No, buen hombre, eso ya ha pasado a la historia. Yo tampoco aguanto el tabaco

de hebra, esa claudicación, y ahora fumo pétalos de magnolia, los seco y los pongo a fermentar yo mismo, ¿quiere usted probar? Mi tía Clara, la monja, nunca se recuperó del todo de sus lesiones y encuentra mucho consuelo fumando mis pétalos de magnolia, ¿quiere usted probar, le repito?

El Dr. Bircher Manoel de Meló e Pingas le dijo a Lady Jane Mac Clintock que su amor por ella no había sido más que un espejismo.

—Perdonadme, milady, pero ahora me doy cuenta de que mi corazón nos ha estado engañando a los dos: a vos y a mí. Es enojoso y también no poco desairado el tener que confesar la evidencia pero ¡qué vamos a hacerle! Os ruego que seáis para mí un amoroso Muro de las Lamentaciones y que sonriáis levemente cuando mañana, en el telediario de las 19.45, oigáis la noticia de que me he pegado un tiro en el paladar, que es la repugnante diana donde jamás falla la muerte. No asistáis a mi entierro ni a mis funerales y evitad, hasta donde os sea posible, ser el blanco de todas las miradas.

Lady Jane Mac Clintock bebió un sorbo de whisky y mirándole al Dr. Bircher Manoel de Meló e Pingas al mirar fue y le dijo, dice,

—Idos a tomar por culo si ése es vuestro deseo, profesor, pero no me pidáis que no asista a vuestro entierro ni a vuestros funerales porque yo sigo amándoos y mi deseo es no perderme ni un solo detalle del desenlace de todo este enojoso asunto. Tampoco me pidáis que no sea el blanco de las miradas del prójimo curioso ya que eso sería tanto como pedirme un imposible. Antes de deciros adiós para siempre quisiera preguntaros si seríais gustoso de echarme el último polvo. Debemos despedimos como amigos.

—Sea, milady, idos desnudándoos mientras yo meo en la urna que contiene las cenizas de vuestros antepasados.

—Mead en otro lado, profesor, en el paragüero, en el cenicero, en el tintero, donde queráis, porque la urna está ya vacía: con las cenizas de mis antepasados hice las croquetas con las que os regalé el paladar y el estómago durante el tiempo que duraron nuestras relaciones. Servíos otro vaso de whisky, que yo vuelvo enseguida.

El asno es animal bíblico y sobrio, también mágico y soberbio, y con sus tibias y sus peronés mondos y lironchos por el sol y el tiempo, se entablillan los ángeles del cielo las costillas fracturadas por la ira de Dios, por las patadas y los latigazos de Dios; los ángeles son a veces muy mastuerzos y desobedientes y Dios se ve precisado a imponerles correctivos inmediatos.

—¿Queréis que me ponga el camisón celeste o me preferís en cueros, como una cabra?

—De ninguna de las dos maneras, poneos el camisón amarillo, que es color más desgraciado. Perdonadme estas manías postreras, pero recordad que siempre me ha reconfortado el respeto.

La masa coral de mendigos, cuando llegó la noche, actuó en la plaza del pueblo mientras el profesor se pegaba un tiro con su rifle de dos cañones en el paladar. Su

privilegiado cerebro, ya troceado en minúsculas porcioncillas, se quedó pegado al techo mientras los sobrios espectadores insultaban y apedreaban con caramelos y mendrugos de pan duro a los alegres mendigos de la masa coral, de la hirsuta y gelatinosa masa coral.

El asno es animal barroco y bíblico, se dijo ya algo análogo, también literario y casi completamente misterioso, un punto menos que misterioso, milagroso, y con su quijada monda y lironda por la luna y el tiempo, se puede matar al hermano sin un esfuerzo excesivo y al borde incluso de la dulzura. Lady Jane Mac Clintock se pasó más de media vida borracha y murió muy reconfortada.

—La verdad es que no puedo quejarme, jamás lo haría aunque pudiese, pero no puedo. Tuve hombres y caballos, dinero suficiente para dilapidarlo con descaro y unas ganas casi enfermizas de no distinguir nada, ni siquiera los difuminados bordes del odio y el amor. El Dr. Bircher Manoel de Meló e Pingas es un desgraciado a cuyo entierro no pienso asistir; él no fue gustoso de echarme el último polvo y yo no soy gustosa de decirle el último adiós, amor con amor se paga y nadie tiene por qué saber el color del camisón de mis despedidas. ¿Para qué disfrazar la vida de harapos y untuosas bendiciones apostólicas? Wifredo, el sargento de guardias, recurría a muy malas artes, la bayoneta, los gases lacrimógenos, las más sucias bacterias, para irrumpir estrepitosamente en las vaginas nómadas. Decidid por vosotros mismos si queréis un dry martini o preferís que nos encaramemos a las tapias de la inclusa para ver cómo degüellan expósitos los lunes, miércoles y viernes, o cómo ahorcan expósitos los martes, jueves y sábados, los domingos hay misa cantada y tedéum solemne y todavía no han aceptado la semana inglesa. Abandonado de tus padres la caridad te recoge. Wifredo, el sargento de guardias, el miserable Wifredo, envenenó al ratón minúsculo que le servía de correo amoroso y ahora le toca pagar las consecuencias. ¡Cuán cierto es lo que decía Neracio Prisco, también lo decía el zacateco Perico Habache, algunos juraban que era libanés, de que quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija!

—¿Es cierto que Wifredo, el sargento de guardias, morirá joven?

—No; la juventud termina a los catorce años, 7x2, y a Wifredo se le han contado ya veintiún saltamontes en la barba, 7x3, y veintiocho alacranes en las ingles, 7x4. Comprended que los síntomas no admiten lugar a dudas. ¿Por qué van a durar los hijos más que los padres o los abuelos? La costumbre es que cada cual aguante a flote lo que pueda y tampoco un minuto más. La felicidad reside en la ignorancia del bien y del mal, se cuaja en los panales de la inocencia ante la verdad y la mentira y, cuando se siente acosada o temerosa, se refugia en el olvido, esa habitación de paredes insonorizadas con siete capas de guata con adornos de purpurina, flores de loto, cuernas de ciervo, estrellas errantes, etc. No es cierto que la felicidad se esconda entre copas de dry martini o vasos de whisky, la felicidad reside donde habita el olvido, leed a Bécquer, y jamás en la memoria de las sublevaciones y los amores posibles.

Al otro día Mateo Ruecas prestó declaración ante don Efrén, el juez de N., mi director espiritual, o sea don Avelino, que también es abogado, no quiere que ponga nombres, casi todos los que aparecen en estas páginas son falsos, don Efrén mandó a la cárcel a Mateo Ruecas, prisión incondicional, así aprenderá a no escandalizar a sus convecinos; observo que al señor juez le llamo de diversas maneras, don Cosme, don Constantino, don Efrén, bien mirado esto es lo de menos, a Sólita le dio la diarrea, a don Avelino también le llamo unas veces de un modo y otras de otro, don Efrén decía de vez en cuando algunas palabras en latín.

—Unos días en la cárcel le sientan bien a cualquiera, le hacen recapacitar. Ubi non est pudor, nec cura iuris.

—¿Y eso quién lo dijo?

—Me parece que fue Séneca.

Fray Simeón el Estagirita inventó un tónico para hacer crecer el pelo con el que se hizo rico.

—¿La riqueza presupone un determinado estado civil?

—¿Como el del célibe, el del casado, el del divorciado o el del viudo?

—Sí.

—Pues, entonces, sí; la riqueza es un estado.

—Bueno, pues cuando fray Simeón el Estagirita se hizo rico, colgó el hábito de áspera estameña, se compró una cazadora con hombreras y de color verde oliva y se dedicó en cuerpo y alma a su tónico para hacer crecer el pelo.

—¿Por qué no lo registra usted con el nombre comercial de Toncrepesi, tónico crece pelo Simeón?

—¡Anda! ¡Pues es verdad!

Fray Simeón era buen amigo del abogado micer Margantín.

—Es doloroso pero cierto —le dijo el abogado micer Margantín, micer Clemente Margantín, en cuanto se descuidó—: la muerte puede abrir la espita de la cursilería, ese tobogán por el que se despeñan los detractores de las lenguas clásicas, de la cultura clásica, de las actitudes clásicas y en buen equilibrio. Dios ciega a quienes quiere perder y, para escarmentarlos y escaldarlos, les borra el norte, les difumina el mapa de los cinco continentes y los siete mares y les mete azogue por el espinazo para que no dejen de temblar jamás como azogados, como su nombre indica. A los políticos basta con pastorearlos por las inmensas praderas de la ignorancia porque se descuernan solos, todo es cuestión de deslumbrarlos con un espejito y de tener un poco de paciencia, aquello que para Pepet Llull, el primo de Raimundo el del *Llibre de mil proverbis*, comienza con lágrimas y a la postre sonrío. Los mendigos de la masa coral El Iloa Sarnoso trabajan no más que cuatro veces al año, en los equinoccios y en los solsticios, y los espectadores los socorren con pan ácimo y compota de ciruelas claudias, los hay que también contribuyen con algo de dinero para reparar el triciclo del tullido. Si queréis convertir a España en un país de peones anestesiados, no tenéis más que apartar a los españoles de las humanidades; el

camino es bien fácil.

Michael Percival el Agachadizo desenvainó su cuchillo de monte, el de rematar venados, hacer los ocho agujeros en la dulce ocarina de raíz de rosal y tallar vírgenes en un palo de boj, y le cercenó a Leocadia Rendufiño la Sinuosa el tumor en forma de higo chumbo que le había brotado en la rabadilla.

—Así os enteraréis de lo que vale un peine.

—Perdón, ya lo sabía.

La superiora doña Petra formó a las monjas en el patio e intervino en el otro coloquio.

—Estad todas atentas porque el día de santa Celedonia, falta ya menos de un mes, se aparecerá la Virgen en la finca El Campillo, en Gibraleón, donde aún quedan negros no poco desteñidos por el paso del tiempo. María del Carmen Pérez, que es amiga de la Virgen, recibe su visita casi todos los días. No es fácil, pero tampoco imposible, el establecer la isocronía de las agonías y los orgasmos; el problema ya está resuelto en la pizarra, ahora sólo falta trabajar en el laboratorio y que la suerte no nos vuelva la espalda.

Fray Simeón el Estagirita, el del crecepelo, susurró al oído al sargento Wifredo,

—¡Joder, qué monja más culta!

El sargento dijo,

—¡Repórtese, fraile, sea más comedido!

Y el fraile, en expresión de enmienda, musitó,

—¡Cáspita, qué monja más culta!

El sargento, cuando sonreía, semejaba una hiena. El sargento, con la sonrisa adornándole la comisura de los labios, expresó sentimiento social.

—¡Así me gustan a mí los sargentos!

El abogado micer Margantín coleccionaba conchas marinas de irisadas aguas y tornasolados reflejos.

Es una falacia eso que se anduvo diciendo por los mentideros de que Gil Blas de Santillana había tenido amores, efímeros pero intensos, con Estefanía Domínguez Sansegundo o Sinsegundo, no sé, la semimoza que se aromaba las enaguas con espliego. El bandolero tartamudo, algo tartamudo, no demasiado tartamudo, después de quemarle los ojos a la condesa con un cigarro ardiendo, dijo a los acompañantes del entierro, más de cinco mil, todos formados de tres en fondo y uniformados con el vistoso hábito de los huérfanos de Obras Públicas (o quizá de Hacienda),

—Dentro de poco podrán ustedes conocer en persona al famoso Genaro, en los rings Simio Independiente, o Antropoide Sin Tierra, o Pitecántropo Tímido, que se acoge a la generosa hospitalidad de nuestra patria después de haber sido zarandeado sin piedad por las circunstancias. Ustedes verán cuán airosa es su figura, sedoso su cabello y sana su color; tiene muy elegante figura pese a sus quince lustros cumplidos, cautelosa buena voluntad y sencillos y pacíficos usos punto menos que domésticos: ya lo verán ustedes porque su llegada no puede demorarse demasiado.

¿Alguna pregunta?

Tras una breve pausa, una melodiosa voz femenina preguntó,

—Tengo una duda que quizá pudiera aclarármela el señor bandolero. Sabemos que no todos los fetos, unos envueltos en papel de periódico, otros metidos en una bolsa de plástico, otros rebozados en una toalla, ninguno en cueros, obsérvese que ninguno en cueros, que se tiran a los vertederos son encontrados por la policía. ¿Se puede hacer un cálculo de qué tanto por ciento representan?

—¿Los encontrados o los perdidos?

—Es igual, el tanto por ciento funciona lo mismo por arriba que por abajo.

Los habitantes de la ciudad llaman lavándula y aun lavanda al espliego, las enaguas de Estefanía Domínguez Sansegundo o Sinsegundo, no sé, se llenaban de abejas y de avispas, en oleadas isócronas y respetuosas, en cuanto Dios amanecía sobre el horizonte. Las ánimas del purgatorio no usan enaguas pero sí vagaroso camión de vapor de agua de rosas, las costumbres de las ánimas del purgatorio no están todavía bien estudiadas y la gente se trompa y pasa por la vida dando palos de ciego.

—Decidme, ¿seríais capaces de planear sobre los tejados de Barcelona tirándoos desde la más alta torre de la Sagrada Familia?

—No creo, ¿por qué?

—No, por nada: mera curiosidad.

Este libro debiera haberse titulado *El ideario de la Independencia o el eslabón perdido en cada desamor* pero no pudo ser, la verdad es que todo se puso en contra. El número de oro, la cifra y clave de oro que regula las relaciones indeclinables presenta una silueta muy rara y no fácil de entender.

—¿Usted cree en la utilidad de las lenguas comerciales?

—No, de ninguna manera: son más inútiles y falsas que los vuelos sin alas. La buena voluntad no tiene fuerza bastante para luchar contra los designios de la Divina Providencia.

—¿Y para mermar, o al menos disminuir relativamente, los efectos de la ley de la gravedad?

—Tampoco.

El viejo numísmata don Zaqueo Nicomediano, en su lujosa silla ortopédica, iba a visitar todas las tardes a Waldetruda, su amante.

—Si consigues que tu hermanastro Wilhelm caiga en el cepo, te regalo un jamón, una esmeralda y una paloma torcaz. ¿Por qué no le tiendes una ingenua trampa y consigues que pierda el sentido durante un par de minutos? Con que esté dos minutos sin sentido ya me arreglo.

Ierónima Illiescu, la pitonisa que predijo el suicidio de Berta Easton, la amante del general Matías, hablaba con voz susurrante y muy melodiosa, hablaba con Adán Platja, el comentarista de las *Elegías* de Sexto Aurelio Propercio.

—Si no aplaudes con los ojos cerrados la representación de la gran farsa, te

zurrarán con la maledicencia y a poco que te descuides aparecerás ahorcado en tu celda. Tú no debes dudar nunca del poder de la mera estampa adjetiva; el sustantivo esencial tiene cada día que pasa menos fuerza porque el hombre se ahogó en la mansa y traidora marea del parecer, el agua regia en la que se diluyó el espíritu del ser. Disraeli, el dogo de Wilhelm Streichner, mordió en una pierna a Sísifo, el ayuda de cámara de don Zaqueo, y desde entonces va todo manga por hombro en el confuso reino de la noche en la que todos los gatos son amarillos. Alimentándose de croquetas de goma 2, tanto Gil Blas de Santillana como el despreciable sargento de guardias Wifredo acabarán reventando, es una dieta malsana de la que se debe huir: el quemado huye del fuego y el gato escaldado, del agua fría. Cada país, cada estado y cada circunstancia tienen sus costumbres, por lo común inabdicables. ¿Tú no piensas que es mejor que esto sea así? Las costumbres de los países se estudian en el folclore; los hábitos de los estados de ánimo, de salud del alma, de falta de decoro, se contemplan en la psicología, y los usos de las circunstancias se reseñan en la historia. Si te gustan la historia, la psicología y el folclore, a lo mejor acabas escribiendo teatro de marionetas.

Ierónima Illiescu, la bruja que le sacó una bala del cuerpo al guerrillero Martínez tan sólo con mirarle fijamente al mirar, abrió un caneco de ginebra tan sólo con mirar fijamente al tapón lacrado y se lo bebió de un sorbo y sin respirar tan sólo con mirarlo fijamente.

—¿A dónde?

—A ningún lado en especial, al conjunto.

La ginebra, al sentirse mirada con fijeza por Ierónima Illiescu, salió de la botella mansamente y tras describir una airosa curva en el espacio, se le fue colando por el gaznate. La habilidosa y fuerte hechicera se bebía tres canecos de ginebra diarios, uno por la mañana y dos por la tarde.

—Bebe con calma, Ierónima —le decía su padre, que murió de cirrosis pero muy feliz y reconfortado—, bebe con sosiego y sin precipitación, que la prisa es pasión de necios.

—¿Gracián?

—Sí, hija, Gracián.

Adán Platja, sentado en su pupitre, le preguntó a la maga,

—¿Su señoría no cree que pupitre debiera definirse dándole cabida al banco? Si a su señoría le parece y lo encuentra razonable, otra tarde podríamos seguir con su teoría del aplauso y la supervivencia.

—Como gustes, mozuelo, tú sabes bien que estoy a tu mejor mandar, el gobierno me paga para instruirte.

Un pecador sumiso no es nunca (o casi nunca) digno y al revés (o casi siempre al revés). Para la buena marcha de la república sobran tres socorridos y cautelosos ingredientes, el pecado, la sumisión y la dignidad. Orange, el prestidigitador, pecaba casi todos los días, pecaba sin darse cuenta; la respiración y la digestión de las

mujeres sanas y de los hombres sanos también procede sin darse cuenta ni quien respira, Marco Antonio y Cleopatra, ni quien digiere, Dafnis y Cloe, ni quien mira, Abelardo y Eloísa, la sobrina del feroz canónigo Fulberto.

—¿Le molesta el corsé?

—No, y aunque me molestase no se lo diría. Y a usted, ¿le molesta el suspensorio?

—La verdad es que no me he parado a pensarlo. ¿Querría usted creerme si le dijese que nunca me había parado a pensarlo? A mí no me molestan ni siquiera las habladurías; lo único que de verdad me molesta y me zahiere el ánimo y aun me encabrona la voluntad es la orquitis, le juro que hay temporadas que lo paso realmente mal y dolorido.

La hembra del corsé era la bordadora de jaquetillas de torero doña Sol Valdegradas, la manceba de don Orencio el dulzainero, y el macho de la orquitis era don Obdulio el dulcero, el cachirulo de doña Virtudes la de la funeraria.

—¿Es cierto que a un culombio por segundo se le llama amperio?

—Sí.

—Bien. Decidme ahora: ¿es cierto que a una milla a la hora se le llama nudo?

—Sí.

—De nuevo bien, o sea otra vez bien. ¿Y a qué se llama quirilio?

—A la unidad energética de potencia viril que corresponde a cinco poluciones diarias y sin apearse de la vagina. Es maña o habilidad no frecuente y recibe su nombre del de su inventor, don Quirilo Arjona, tío de Cuchares y banderillero no demasiado importante; en todo caso, es evidente que destacó menos como banderillero que como follador. Algunos tratadistas denominan monchilio al quirilio porque suponen que, antes de don Quirilo, ya don Ramón Torrijos, también llamado don Moncho el Pentapolvo, a la sazón párroco de Aranzueque, había demostrado las mismas esotéricas dotes.

Ernesta, la prima de Margarita, la mucama de don Orestes a quien el prestidigitador daba fricciones con alcohol de romero, se volvió tonta, o sea que se quedó de un aire, porque permitió que la palpasen por debajo de la raya de tiza.

—Zaqueo, amor.

—Dime, Waldetruda, amor.

—¿Me preparas una taza de tila?

—No.

Jamás falta un alma caritativa capaz de jurar por sus muertos que entre Waldetruda y Sísifo, el ayuda de cámara de don Zaqueo Nicomediano, el afamado numísmata, hay sus más y sus menos, hubo siempre sus más y sus menos porque esto por lo visto ya viene de antiguo.

—Esos más y esos menos, ¿podrían ser medibles en quirilios o monchilios, que en la correcta denominación no entro?

—No, eso quizá no..., bueno, no sabría decirle.

El fabricante de yogur, algunos le llaman el fabricante bizco, tiene amores con el bandolero que zurra muy recias y cumplidas palizas a la condesa ciega.

—¿Lascivamente?

—Sí, sin duda, pero también clementemente, con una enorme seriedad y sin concesión alguna.

—¿A nada?

—A nada, ni siquiera al rijo.

Plutarco jugó siempre con las palabras y con la paciencia, esas dos varas eficaces, porque sabía que los muchos amores ensanchan el corazón con benevolencia, con elegancia y sin sorpresa.

—Eso lo intuyen también algunas aves que vuelan en zigzag para esquivar el plomo, nadie muere jamás de modo innecesario. El siglo xx está terminando, es cierto, pero en lo que va de siglo murieron ya cerca de seiscientos boxeadores a resultas de los golpes recibidos. Debemos ver todo con nuestros propios ojos porque son falsas todas las interpretaciones ajenas, todas sin dejar ni una.

Beda, el hijo de Urraca Benedicta, la pregonera, es paremiólogo o pastor de almas, que no de cabras, y Jessé, el hijo de Berenguela Brianda, la sacristana, es paremiófilo o pastor de cabras, que no de almas.

—Y no me pregunte usía por las diferencias puesto que son evidentes; las almas son más duraderas, nadie se atrevería a negarlo, pero las cabras son inmortales. Y las evidencias cantan.

Urraca Benedicta, la pregonera, tenía otros dos hijos, a uno le llamaba Oscar, acentuando la a, y al otro Néstor, acentuando la o.

—Ya sé que no es así, me lo dice todo el mundo, pero yo pregunto: ¿no soy su madre?

—Sí.

—Bueno, ¿pues entonces?

Berenguela Brianda, la sacristana, era muy amiga de Natalia Luxemburgo, la novia, ¿o coima?, de Arquímedes y sobrina nieta de Rosa Luxemburgo.

—Si a Beda y a Jessé les unen las aficiones, quiero decir la contemplación, estudio y consideración de las paremias, y el ejercicio, solaz y adiestramiento del pastoreo, ora de almas, ora de cabras, ¿qué puede tener de extraño que duerman juntos? Querer atar las lenguas de los maldicientes, decía Miguel de Cervantes, es lo mismo que querer poner puertas al campo. Nunca llegaremos a madurar lo bastante y nunca, tampoco, alcanzaremos a ver la razón de los demás.

El oculista del seguro anunció al bandolero que le faltaba ya poco tiempo para quedarse ciego como la condesa.

—Usted no es vietnamita y como es de sentido común, acabará ciego.

—¿Y si me lavase los ojos todas las mañanas con whisky de malta?

—No sé, a mí me parece que no le serviría para nada, ¡pero por probar!

Cuando expulsaron a la sirena Micaela de la isla de Lesbos buscó asilo en casa de

Urraca Benedicta, la pregonera.

—Aquí abrimos la puerta a todos los necesitados, aquí jamás hemos dado con la puerta en las narices a nadie, aquí acogemos a todos quienes quieren morir bajo techado. Pasad, gentil sirena, y acomodaos a vuestro antojo, con ninguno de mis tres hijos habéis de correr peligro alguno y el bandolero está muy distraído con sus sinsabores.

La oleada de blenorragia que asoló Hamburgo tuvo su origen en la sirena Micaela, la desterrada de la isla de Lesbos, que se la contagió al tiburón Societas, éste a Heidi II, la dueña del hotel Los Cinco Continentes, ésta al burgomaestre Wolf Shmintón, que según dicen había sido nazi, incluso de las SS, éste al senador Schumatkén, amigo personal de Goering, éste al presidente de la cámara de comercio y así hasta el final. ¡Aquello fue horrible! El pus corría por las alcantarillas y los peces de la mar estuvieron más lustrosos y soberbios de lo que jamás estuvieron ni nunca habrían de volver a estarlo.

—¿No cree usted que eso es la opulencia?

—Pues quizá sí, o al menos una de las formas de la opulencia.

La tortilla de huevos de calandria de Marisol, la novia de Eusebio el Zurriago, es un bocado exquisito, la rellena de zorza o de cangrejos de río según la época del año, también de caracoles o de peces en escabeche o de gorriones o jilgueros fritos con ajo y pimentón. Los novios estaban sentados en el suelo, a la salida del pueblo, y cuando se les acercó el señor juez, don Abel Ernesto, quizá tampoco se llamara así, él se levantó respetuosamente y ella, haciendo como que tropezaba, dejó caer la fiambrrera.

—¡Antes de que se la coma ese hijo de puta, prefiero dársela a las hormigas!

—Bueno, mujer, ¡no te cabrees!

A Arquímedes, que era muy descuidado, solía quemársele el cordero en el horno. Arquímedes, que tenía un enfermizo sentido del humor e incluso también de la responsabilidad, soñaba con estrellar a su amante contra el adoquinado.

—La cerveza está cada vez más cara, pero yo debo beber y beber para ahogar los gonococos. La miserable de Leticia, digo, de Natalia, anda por ahí aljacareando mis males, pregonando mis pifias y mis goteras a los cuatro vientos. Cuando se me acabe el dinero y ya no pueda comprar más cerveza, la pienso tirar por el balcón: un movimiento seco y rápido y, ¡zas!, ya está. Supongo que al principio me remorderá un poco la conciencia.

El poeta Wences L. Wences dividió su agencia suministradora de amores implorados en cinco estamentos, tantos como nombres se les da a las putas en el soneto anónimo, *De cuantas coimas tuve toledanas*, publicado en el *Cancionero General*, Amberes, 1557; cualquier persona culta los conoce y esto, por otra parte, tampoco es la catequesis.

—¿Y el que quiera saber más que vaya a Salamanca?

—Exactamente, pero a la Salamanca de antes que la de ahora no es ya la que fue, ahora hacen doctor honoris causa a cualquier capitán de fortuna o a cualquier títere

converso.

La hurgamandera Nicolasa cantada por los poetas, la putarazana Blasa pintada por los acuarelistas, y la colipoterra Encamita esculpida en mármol por Rodin el Mozo, funcionaron muy bien desde el principio y se ganaban con creces el pan que comían, pero la iza Virtudes y la rabiza Inmaculada eran un verdadero desastre y el poeta Wences L. Wences llegó incluso a pensar en darles el finiquito.

—Me molesta meterme en pleitos con los sindicatos pero, pese a todo, estoy pensando muy seriamente en darles el cese, no tienen talento, no tienen vocación, no tienen paciencia, no tienen ganas de trabajar, no tienen buen olor, no tienen ni siquiera belleza, ¡la verdad es que son un verdadero desastre!

—¿Por qué no traspasa el negocio?

—Quizá, pero ¿no cree usted que sería un poco ordinario?

En el Campo de Argañán, por tierras salmantinas, se habla un español sonoro, triste y eficaz que retumba tanto en el oído como en el corazón. El vendaval de gonorrea que asoló la Liga Hanseática por los años 40 tuvo su origen no en la sirena Micaela, como se vino suponiendo, sino en el ángel Toribio, que se pasó la vida haciendo la instrucción, el ángel Toribio llegó a marcar el paso como nadie.

Fray Silíceo de la Bobadilla y Sartén, el premonstratense que accedió al episcopado contra todo pronóstico, acostumbraba a pronunciar unas homilias interminables. He aquí un pequeño fragmento del sermón de las Siete Palabras que predicó en la catedral de Bratislava ante numerosos fieles.

—¡Encomendaos a Dios los que vais a morir en accidente de moto, porque de los octanos será el reino de los infiernos! En mi obispalía no consiento el mal ejemplo del canónigo Gaetano Flippo, a quien tatuaron en la nalga de babor el vitor de los doctores salmantinos y en la de estribor la llave de los doctores compostelanos, no, digo mal, quise decir de los doctores bolonios. No es cierto que lo tatuara el maestro armero don Roque, a lo mejor no tenía el don, Molinero Verdugo o Verrugo, maestro armero del regimiento de caballería Numancia n.º 11, digo, de infantería Wad-Ras n.º 50, digo de infantería Bailén n.º 24, estoy con la cabeza como una olla, no, esto no es cierto: quien lo tatuó fue don Crispín, a lo mejor tampoco tenía el don, de la Encomienda y Mínguez o Méndez, maestro armero del regimiento de caballería n.º 20, húsares de Pavía, digo, de infantería Gravelinas n.º 41, digo, de infantería Otumba n.º 49, me lo dijo Charles Momó, que era confidente de la CIA e informador del Opus Dei en Shangai o en Cantón o en algún otro lugar por el estilo. Los soldados del ejército en derrota adoptan actitudes históricas, componen gestos heroicos, para que los corresponsales de guerra no descubran que se cagaron por encima. Los corresponsales de guerra no suelen ser peligrosos, pero los comentaristas, los editorialistas y los glosadores de la retaguardia propenden a confundir los tics con los ademanes y así no hay quien escriba las crónicas con la objetividad precisa y deseable. Charles Momó, según lenguas, había estado trabajando de mandilandín o sobresaliente de espada en la casa delenocinio The Croody Skylark, la Alondra

Clueca, en Leeds, cerca de la fábrica de locomotoras, su cuñada Maggie era capitana del Ejército de Salvación y tocaba el clarinete, también el saxofón, con verdadera maestría. ¡Qué delicia escuchar a Vivaldi, *La primavera de Vivaldi*, por ejemplo, a través del melodioso soplo de Maggie! Yo quisiera que en mi obispalía reinase la concordia y enmudeciera el tronar o el tabletear de los octanos. Dios Nuestro Señor nos regaló el silencio y la armonía para que nos deleitásemos con la mesura evitando así que el alma se nos escachase entre los dedos como un pezón tratado desconsideradamente. Charles Momó me dijo siempre la verdad y yo estoy dispuesto a perdonarle sus pecados cada vez que se acerque al confesionario. En el lago de los Cisnes, los fines de semana durante la temporada baja y por el verano todos los días, Voltaire y Verlaine, os ruego encarecidamente que no digáis Volter ni Verlén, alquilan sus botes de goma a las parejas no siempre clandestinas, no todas clandestinas, el gato garduño es bestezuela viciosa que se solaza con la contemplación, la lucha por la vida suele ser muy dura en los suburbios de la gran ciudad pero el legislador no considera las circunstancias, tiende a hacer tabla rasa de las circunstancias. La moto puede ser un bálsamo, también un subterfugio, una huida, un último consuelo. Os repito a todos el axioma de que de los octanos será el reino de los infiernos, pero también os reconforto con la idea de que el reino de los infiernos puede ser la estación terminal de la paz. No despreciéis la paz ni la descartéis tampoco. Cuando el bergantín La Bella Casilda fue internado en el lazareto de Singapoore, las hienas anfibias que lo vigilaban no pudieron dormir durante más de tres días, durante más de setenta y tantas horas largas.

Tampoco le fue posible esquivar la deleitosa y huidiza vida a la iguana Daphnae Luphtae la de don Dimas Tigre, la pobre y miserable criatura a la que atropelló el tren no lejos de Liverpool. Mrs. Belushi y mi tía Clara, la monja, hicieron las paces tan sólo para asistir al solemne funeral en el que Paul McCartney había prometido cantar y tocar el bajo eléctrico para zurdos.

—¿Quiere usted que purguemos al recaudador de contribuciones con sal de acederas?

—Vale.

No es lo mismo matar con espingarda al gran cabrón que al tigre, también es curioso cazar conejos con lazo o atrapar gorriones o tordos o jilgueros con liga.

—¿Querría usted dormir en un lecho de muérdago?

—Vale.

A la sarpullida (?) Gertrudis y a la escocida Elsa todavía no se le oxidaron, que se sepa por los habituales informadores, las glándulas mamarias; a Waldetruda, sí: se lo confesó al venerable y sumiso don Zaqueo Nicomediano mientras le masturbaba con no poca dificultad en su silla de ruedas.

—¿Querrías confesarte, Zaqueo, amor, con un cura vestido de la mitad para arriba de lagarterana y de la mitad para abajo de calabresa o de siciliana, a elegir?

—Vale.

No cambia el rumbo del universo el que don Cosme siga con sus ideas aunque marre porque, se ponga como se ponga, tanto Mateo el Pinche, Mateo Ruelas, como Donato el Tigre, Donato Manchones, o Antolín el Maromo, Antolín Jaraicejo, bueno, éste no porque no tiene novia, o Colín el Hachero, Nicolás Mengabril, seguirán haciendo con sus novias lo que les salga de las pelotas, sácate las tetas por el escote, Soledad, Sólita, menéamela, Robertita, Tita, ábrete de piernas, Martirio, y así hasta el final y todos los días, éstos son los derechos humanos, esto es lo que manda el derecho natural, otros le dicen derecho divino, aunque don Boni, digo don Cosme no lo entienda.

—¿También hacía su voluntad el orgulloso Norberto con la escocida Elsa?

—No siempre, pero ése es otro cantar.

Nada importa que durante cien días con sus noches descargue la tormenta sobre el oasis de Sadmud porque el jeque Salfumán se puso ya a salvo con su caballería.

—¿Quieres yacer, sarnosa Fátima, despreciable y miserable Fátima, con Iván Retuerta, el escorpión que te devolverá la belleza sin pedirte ni fidelidad siquiera?

—Vale.

No es suficiente, jamás fue suficiente el silbar amables zarzuelas para reconfortar el ánimo de los abatidos. Las celdas de los condenados a muerte son incómodas en todos los presidios del mundo porque los jueces que divagan y condenan, los carceleros que custodian y zahieren, los capellanes que humillan y desasosiegan y los verdugos que trincan y gozan tienen muy escaso sentido del confort.

—¿Quieres contribuir con cien pesetas a la suscripción abierta para comprar un bidet portátil a los condenados a muerte?

—Vale.

De nada sirve convencer al subnormal David de que se acueste con la fea Trisca porque ésta no quiere. La fea Trisca suele decir casi todos los días, a eso de las siete de la tarde,

—Yo estuve siempre muy bien alimentada y soy fea, sí, pero exigente; a mí no me despachan con un tonto, aunque sé bien que en la variedad está el gusto, porque necesito gozar de un último conocimiento.

Entonces el zahorí Melquíades, pasándole la varita mágica por la entrepierna, mantuvo con ella el siguiente breve diálogo,

—No soy demasiado listo, bien lo sé, pero que soy algo menos tonto que el subnormal David también lo sé. ¿Quieres que te lleve a cenar croquetas y que después nos acostemos juntos?

—Vale.

Bajo el cielo tachonado de estrellas fugaces o mansísimas, las feas y los no demasiado tontos se aman con ternura y frenesí pero con muy escasa sabiduría.

—¿Tienes ya bastante, amor mío?

—Vale.

Se trata de grabar en los más recónditos huesos, el cubito, el radio, el fémur y

otros zancarrones, el frontal, el maxilar, la taba, etc., y a punta de afiladísimo bisturí de Solingen, no importa que sea de Albacete, las inscripciones que se leen en las laudas funerarias del cementerio católico de Armagh, también en el cementerio judío de Tánger las hay muy reconfortadoras. La obscena Elsa, una de las dos mujeres del gurrumino Norberto, la otra era la impúdica Gertrudis, tenía dos maridos, el otro era el paciente Raúl, la obscena Elsa gastaba sortija de oro, ajorca de oro, zarcillo de oro, brazalete de oro, rascamoños de oro y diente de oro y lucía el ombligo enmarcado en un aro de oro cochano, de oro químicamente puro.

—¿No estará condenando el alma con tanta pretensión?

—No creo, las almas de los condenados suelen ser más delgaditas.

Si los obispos se criasen en obisperas u obispoeras como los mejillones en las mejilloneras, o en obispares u obispoares como los melones en los melonares, las cosas se simplificarían mucho y se evitarían la caspa de los escribientes de juzgado, la sarna de los seminaristas, las guerras civiles, las fases de la luna y las desavenencias conyugales, y en esto que se dice no anidan ni la exageración ni el dislate.

—¿Y la promiscuidad racial, social o sexual?

—Tampoco, puede usted creerlo; de no ser así, yo no lo repetiría porque antepongo el orden a cualquier otra noción.

—También es cierto.

El tierno tonto de los accesos de hipo soñaba con correr la vuelta ciclista a Francia o con ser mercenario en el Congo a las órdenes del capitán Blake el Irredento, el tierno tonto de los accesos de hipo, mientras pasaba por el sendero en su bicicleta con timbre de oro, sacaba de vez en cuando el pie de la pedalera y les daba patadas a las gallinas.

—¡A poner huevos y a solazaros con el gallito manso, pero a mí dejadme el camino libre!

Se trata de grabar en los más sincréticos y pactistas recovecos de la huesamenta, la tibia y el peroné, el astrágalo y otros huesarrones, el temporal, el parietal, el omóplato, etc., y a punta y filo de heridor escarpelo no importa si de segunda mano e incluso oxidado, las pintadas que se leen en los urinarios públicos, en las sacristías y en las salas de espera de los dentistas pobres.

—No quisiera que me obligase a hacer alto y a cortarle las orejas, debe usted medir más sus parlamentos y no pasearme la acera para arriba y para abajo con ademán jacarandoso. Se va a encontrar usted con la horma de su zapato y yo cumplo con advertírselo.

Nadie se conforma con su suerte, con su mala suerte, ni con la suerte de los demás, con la buena suerte de los demás. El mundo no es justo, es verdad que no es justo, pero tampoco puede pedírsele rigor a la casualidad. Los amores del capitán Blake el Irredento con Mauricia, la prima de la obscena Elsa, no tuvieron un normal desarrollo y obligaron a la policía a intervenir con armas disuasorias, gases hilarantes,

gases lacrimógenos, gases pestilentes y cerbatanas disparadoras de dardos de ajonjolí.

Con la sinrazón se pervive, Diamond Weber, y con la razón se claudica, Klaudius von Kostic, es ley de vida a la que al hombre le repugna someterse, Vukovar el Simplicísimo. Hubo una pequeña crisis en el burdel The Croody Skylark, incluso se inició una huelga de brazos caídos, cuando echaron a la calle al sindicalista Charles Momó, el cuñado de Maggie y posible pariente de Gertrudis, la esposa duplicada de Norberto el cazador de cabrones afganos. La política ha comido el terreno a la teoría política y los políticos suelen confundir la política con la pervivencia o, en determinados casos, con la salvación.

—¿Eterna?

—No siempre; en algunos supuestos, de por vida tan sólo. El mote heráldico que reza «A burro muerto la cebada al rabo» suele alumbrar el morral e incluso la canana de los políticos.

La jineta es bestezuela lujuriosa y hedionda que encela a la presa con su casquivana mirada y su untuosa fetidez, Humboldt registra el caso de la jineta Micaela que realizaba el coito tanto con solanáceas (la patata), como con salsoláceas (la remolacha) o crucíferas (el nabo o el rábano), la jineta Micaela no tuvo nunca prejuicios.

—¿Hubiera podido casarse con Norberto o con Raúl, vestidos de caqui?

—Sin duda alguna, o quizá mejor con Damián o con Escolástico el fabricante de marrasquino, vestidos de mahón, que están más civilizados; los dos se mostraron siempre dispuestos a saltarse la raya de tiza todas las veces que hiciera falta.

Ahora que tiene menos cosas y puede contemplarlas y amarlas con mayor deleite, todo es una regla de tres simple e inversa, don Zaqueo Nicomediano, desde su sillón de ruedas, se entristece y casi llora cuando lee el periódico y se alegra y medio sonríe cuando ve volar un pájaro o lo escucha cantar.

—No quisiera que se me trasluciesen demasiado mis sentimientos, pero tampoco puedo evitar ni las casualidades que empujan a los fuertes ni las venganzas que lastran a los débiles; en realidad todo es cuestión de perspectiva, antes del Giotto no pasaban estas cosas.

A la iguana *Daphnae Luphtae*, poco antes de que la arrollara el tren de Liverpool, la requirió en amores la jineta Micaela Ronneby, que preconizaba la identidad metafísica de los sexos.

—Lamento no haber accedido —le decía la jineta al demonio tan pronto como llegó al infierno—, porque Micaela parecía muy amorosa, lo pregonaba con su pestilencia. Ya veo que me he acordado tarde pero confío en que mi desmemoria me sirva de escarmiento. ¿Tú crees, Lucifer, que Dios me dará una nueva ocasión?

—No es demasiado probable, *Daphnae Luphtae*, pero tampoco imposible. Yo no podría decirte más sin engañarte porque Dios y yo llevamos una eternidad algo distantes.

Lucifer sonrió enseñando un solo colmillo.

—Pero tampoco pierdas del todo la esperanza porque Dios es todopoderoso; no me gusta reconocerlo, créeme, pero tiene mucho más poder que yo. A Él no se le pone nada por delante.

En el Paraíso Terrenal pasaron siempre muchos acaecimientos insólitos, los testigos no fueron demasiados, es cierto, pero sí los bastantes.

—¿Cuántos?

—A mí me salen cinco.

Mrs. Belushi decía a todo el mundo que a Estefanía le anidaban caracoles en el sobaco, caracoles sí, garzas no, eso hubiera sido un innecesario alarde.

—¿Supo alguien alguna vez la cantidad de mozas que arden en el infierno por haber bailado el tango y aun el vals?

—Es preferible hacer la pregunta al revés: ¿el vals y no digamos el tango?

Adán se pasó la vida comiendo, eructando y tocando la batería.

—¿New Orleans?

—Sí, sin duda.

Eva se pasó la vida soñando, mareando y pulsando el bandolín.

—¿Polcas, mazurcas?

—Sí. Y también habaneras y varsovianas.

La serpiente se pasó la vida fumando, suspirando y chiflando en la cornamusa, también dando mal ejemplo a la juventud.

—¿Por cuánto decía y hacía?

—Sí. Y por cuanto se callaba y omitía.

Abel se pasó la vida amando, yogando y tañendo el laúd, a veces también tocaba el piano, Beethoven, Chopin, ¡y así le fue!

—¿Es cierto que Abel se drogaba con flores de adelfa en infusión?

—No creo, la gente es muy dada a exageraciones.

Y Caín, que se lo cuenten a la mujer alta y rebosante de salud que se masturbaba con una pata de conejo color gris perla, Hólderlin hizo un poema a Greta von Ratzel, la danzarina que dormía con una pata de conejo color gris perla entre las ingles, Caín, se cuenta, se pasó la vida mandando, jodiendo y redoblando el tambor.

—¿También buscando fraticidas quijadas de burro?

—También, a nadie se le oculta.

Uno de los funerarios que solían bajar a bañarse en el río, se ahogó la otra mañana sin que se diera cuenta ninguno de sus compañeros.

—¿No fue Cáliz Vedetto, el primo de don Dimas Tigre?

—Sí, ¿quién se lo dijo?

—Nadie, simple deducción.

Este libro debería haberse titulado *Manuel Typographique utile aux gens de lettres* pero no pudo ser, a veces se vuelven difícilísimas y aun imposibles las cosas más elementales, el llanto, la micción, el lamento, la huida y tantas y tantas más; también dicen que debiera haberse titulado *Guía de los prostíbulos de Burgos y su*

*archidiócesis*, pero tampoco pudo ser porque el nuncio de Su Santidad hizo dos o tres visitas oportunas y alcanzó a evitar el desaguisado. El paracaidista Leopold, que había sido negrero en Costa de Oro y en Costa de Marfil, y Marg, su mujer, la ex campeona universitaria de salto de altura, eran muy devotos de la repostería clásica y de fundamento, ella fue la que le contagió la afición a él.

—¿Usted cree que los árabes se masturban más que los judíos o los cristianos?

—No creo, la afición está repartida muy por igual.

—¿Y los negros más que los esquimales?

—Eso sí, también es lógico.

—¿Y los chinos más que los anglosajones?

—No, no: menos, mucho menos.

—¿Y los pieles rojas?

—Ésos son los peores o los mejores, según se mire, algunos son incansables y no tienen parangón posible con nadie. Dicen que el legendario Toro Sentado se hacía de doscientas diez a doscientas quince peras o pajas a la semana..., no, ¡qué barbaridad!, al mes, o sea unas siete diarias y los domingos ocho o nueve, ese ritmo no puede igualarlo nadie de otra raza.

Hay circunstancias históricas favorables y coyunturas históricas adversas, eso cuenta para las personas, los animales y los astros, la buena y mala estrella son constantes físicas y esencialmente invariables. El pope Dimitrius, escudándose en su estado de gracia, le decía a la sonrosada jardinera de las albahacas,

—No, no me fuerces a la deserción porque nací antes de la moda de las conciencias abdicadas. Tú eres muy joven y todavía gozas del privilegio de Dios, del regalo que Dios te hizo de poder confundir el culo promiscuo con las cuatro témporas aleccionadoras y rítmicas. Cuando te zurre el mundo, te pretenda el demonio y te maduren las carnes y las tres potencias del alma, aprenderás a distinguir y te darás cuenta de que la vejez, agazapada como un alacrán, acecha ya en tu horizonte. Mientras tanto goza y olvídate de que el tiempo es la mayor incógnita del universo, ríete de los misterios religiosos o dogmas de fe, la Santísima Trinidad, la divinidad de Jesucristo, su descenso al limbo, la infalibilidad del Papa, etc., que no quedan jamás demasiado lejos de la literatura, *Misterio de los Reyes Magos*, *Misterio de las Vírgenes prudentes y fatuas*, *Misterio de la conversión de la Magdalena*, y pásmate ante lo que yo ahora te recomiendo olvidar. Como vas a vivir dos siglos y tres cuartos ya tendrás tiempo para el llanto y el arrepentimiento, para la agonía y aun para el desdén. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Mi nombre es Vocábula Alexei, monseñor, para servir a Dios todopoderoso, al zar justiciero y benevolente y a vucencia, a cuya caridad me acojo.

—Bien, joven jardinera Vocábula, vete desnudándote mientras yo me purifico los pies escaldándomelos en aceite hirviendo.

Las autoridades civiles suelen ir a tomar café al bar de camareras (chinas o, en general, orientales) que hay en el km 7.2 de la carretera W-17. Son todas ellas

complacientes y por lo común tienden a convertirse al cristianismo. El Prof. Maurus Waldawj M. D. publicó hace ya algunos años un ensayo en el que sustentaba la teoría de que Stalin, cruzando kirguises con letonas, obtenía policías feroces. Su medio pariente el Prof. Tadeus Tardieu Ph. D. se acercaba al meollo de la bondad ontológica de Dios a través de la estrategia de la gracia santificante.

—Mire, usted, señor comisario: el Espíritu Santo es el alma de la Iglesia y ésta, mal que le pese a la condesa ciega y a la hermana Mónica, la intoxicada de marihuana, es indefectible y durará hasta la consumación de los siglos, hasta el fin del tiempo, esa noción que ni empieza ni acaba pero que Dios puede volver misteriosamente, milagrosamente, sobre sus pasos.

—¿Y el que venga detrás que arree?

—Usted lo ha dicho: el que venga detrás que arree, según la pauta expuesta por Platón para el mejor gobierno de su república. Del bien se guarda casi siempre peor recuerdo que del mal porque lo suelen defender mentes más planas y conciencias más empalagosas. El bien y el mal son dos entidades que ante la infinitud de Dios se confunden y desdibujan. Por cierto, ¿qué va a hacer usted cuando pongamos punto finid a este edificante coloquio?

—No sé, quizá me vaya de putas.

Los jueces son buitres que no solazan más que con la muerte, vultur est, cadaver expectat, es un buitre, espera un cadáver, don Cosme, don Constancio, don Emilio, don Ladislao, don Abel Ernesto, el juez no admitió la denuncia que presentó el propietario, no, no era el propietario sino el dueño, hay un matiz, de la posada El Tiburón de Estaño contra Claudina y el novio de Estefanía porque se fueron sin pagar la cuenta después de exigirse fieramente a voces el uno al otro el ser comidos.

—No encuentro figura alguna de delito en la actitud de ninguno de ambos: comer, en la jerga amorosa, vale por lamer o chupar, según el contexto, pero no por ingurgitar.

El dueño del café El Tigre de Cobre, aprovechando que la luna estaba en cuarto menguante, le dijo al sacristán del Perpetuo Socorro en el trigésimo cuarto aniversario de su operación de amígdalas o de fimosis, precisión que no se conoce a ciencia cierta,

—No le sirvo un helado de frambuesa, ya se lo dije, lo más lo más que me digno darle es un refresco de zarzaparrilla, mora y melenuda que, mezclada con sirle en las justas medidas, vale para yugular el mal de amores antes de que se enquistase, esto se lo oí decir a Yusuf el Amargo y no soy quien para dudar de su palabra.

—De acuerdo, deme la zarzaparrilla.

Klaudius von Kostic, el defensor de la teoría de que con la razón se deforma el carácter y hasta se claudica ante el agobio y el acoso, le preguntó a Ugolina Tueste la madrugadora,

—¿Cómo es posible que un hombre de tercera fila, un intrigantillo bien situado, pueda causar un daño irreparable a un hombre extraordinario que utiliza tan sólo el

silencio como herramienta y aun como arma?

—No lo sé pero me permito recordarle que nadie es malo gratuitamente y que la ira jamás nace sin causa.

—¿Primero Montesquieu y luego Lord Halifax?

—Sí, pero también pudieron haber sido Theodore Parker y el conde de Vergennes.

—Sí, no le digo a usted que no. Pienso que no es mío lo que la fortuna o la casualidad o las circunstancias o la limosna me dieron.

Juan Grujidora saludó con ademán versallesco y la baronesa Natalia comentó con su director espiritual,

—¿Conoce usted la última novela del surafricano Tritón, la que se titula *Los vaivenes y la indiferencia*?

—Sí, la leí durante el fin de semana en Biarritz y no me gustó demasiado.

A Mateo Rucas lo metieron una semana en la cárcel, ocho días, no estuvo más que ocho días, son los peores porque los veteranos le maltratan a uno, ya se sabe, el rosario de las humillaciones, tampoco hay que regodearse en la enumeración de las ofensas, de las desgracias, Mateo Rucas pensó quitarse la vida pero no supo o no se atrevió, esto es lo mismo, morir no es fácil ni difícil, tiene que presentarse la muerte y llamarle a uno con su vocecita siniestra, a veces casi imperceptible pero segura, a la muerte no se le puede desobedecer, tampoco se le sabe desobedecer, no se acierta a desobedecerle, la muerte puede prestar la herramienta de borrar la vida pero no la regala jamás. Todos los leprosos expulsados de la isla de la Seriedad y el Deleite llegaron a Singapoore a bordo del bergantín La Bella Casilda, había algunos bellísimos aunque todos eran repugnantes. La alcaldesa pedánea de la isla de la Seriedad y el Deleite, Su Graciosa Majestad Doña Margarona I, reina de las aguas, los vientos y las gaviotas, es una hembra cumplida y cuarentona, vestida de luto, que colecciona consoladores de materiales nobles, ébano, marfil, platino, cipotillos de jade y vagos recuerdos de marineros náufragos y de pescadores a los que se llevó la bruma en su regazo verde celedón.

—¿Desea usted solazarse con ingredientes de primera calidad: azúcar, canela y clavo, javanesas, mulatas, parisinas?

—¡Qué más quisiera! Pero no se atormente porque yo soy hombre de boca dura, de picha dura, de sentimiento duro, y me arreglo con lo que va quedando: matalahúga, romero y ajo, portuguesas, húngaras, filipinas.

Los triunfadores son más vulnerables que los romos domésticos porque la envidia les acecha, la envidia articulada y orquestada, recuérdense las fanfarronadas y los desplantes de Grillo Manteiga, Aquilino G. M., Tatelo de la Esclavitud, y su modo de abrir las botellas de champán; los políticos trabajan con red y confunden la simpatía de los nerviosos con la sabiduría de los serenos.

—¿Usted cree que los santos evitan esa confusión?

—No; tampoco. Los santos son como los políticos aunque quizá más cautos e

inteligentes, menos descarados.

Juan Grujidora se abotonó la bragueta, Juan Grujidora no usaba cremallera jamás, mientras la baronesa Natalia siguió toreando a su director espiritual sin cambiarle nunca los terrenos.

El arcediano Nicomedes Kerrey, a quien llamaban el Funámbulo o el Maestresala según la clase social de los hablantes, eupátridas, demos, demiurgos, metecos, isósteles, esclavos, el arcediano Nicomedes Kerrey era la quinta esencia de la estulticia, sus dos aficiones mayores eran el automóvil y el teléfono y sus tres licencias inmediatas eran los vídeos, los concursos de televisión y los tebeos. Este libro debiera haberse titulado *Cuando se ensaya a hacer daño se acaba haciendo daño* pero no pudo ser, lo dificultó e incluso lo impidió al final la guerra entre serbios y croatas en el avispero.

—¿De siempre?

—No caigamos en el tópico: de casi siempre.

El arcediano Nicomedes Kerrey no escatimó esfuerzo alguno para ponerle los cuernos al novio de Estefanía.

—¿Me amas, Claudina?

—No siempre: a veces te detesto con un odio húngaro y otras me aburro con un hastío bereber, quisiera presumir de sentimientos monótonos pero no puedo, el corazón es herramienta muy elemental y sobria que tampoco admite mayores variantes.

—Tómalo con paciencia, Claudina, es muy posible que sea peor el estreñimiento.

—Sí, quizá sí.

Con los siete condimentos bravos primos camales del ángel de la guarda, se dice de esta manera porque todos empiezan con la letra a, el ají con sus picores, el ajo con sus ardores, la alcamonía y los aromas de la alcaravea, la alezna para amostazar el esfínter del ano de las vírgenes, el anís de las gárgaras y el azafrán para teñir braguitas de novia, se pueden sazonar muy sabrosos despojos de bestia asesinada, muy deleitosos manjares viscerales, perdonada sea la manera de señalar: hígado con ajo pringue, criadillas con yerbabuena, callos al perdón de Dios, asadura con unte, lengua encebollada, crestas a la crestomatía de bachillerato, menudillos a la Bella Otero y su padre el cura, riñones fritos con panceta, sesos al vino blanco, etc., absténganse europeos, asquerosos, maniáticos, dengues y artemisos tanto en estado de merecer como de edad madura.

—¿Es saludable alimentarse de cadáveres?

—Sí, señorita, mire usted las lampreas y las pirañas lo fuertes que están y lo bien que lucen.

La masa coral de mendigos cantaba con hartito entusiasmo el himno *Y si no se le quitan bailando los colores a la tabernera* mientras los añorantes y vilipendiados ex combatientes, acurrucaditos en nuestro rincón, gozábamos reconfortados, zaheridos, denostados y olvidados.

—¿Hubiera preferido usted escribir editoriales en un diario oficioso?

—¿En el diario oficioso?

—¿A qué esa distinción entre el artículo indeterminado y el determinado?

—¿A usted no le han partido nunca la cara?

—¿Por qué lo dice?

—¿Y usted no lo sabe?

El tañedor de flauta dulce y el saltarín fraile del zurriago se pasaban las tardes jugando al mus con Verónica Lake y con Ben-Hur el de la cuadriga, que estaba ya muy viejecito.

—A mí siempre me ha sobrecogido el paso del tiempo porque cada día que se vive es el más hermoso de la vida entera; el viejo se refugia en el mus porque ya ha cenado un poco y no le queda más deleite que ver cenar copiosamente al hijo que ha de enterrarle.

—¿Usted ha leído a Balzac?

—Sí, de joven; todo el mundo debe leer a Balzac de joven.

La danzarina Greta von Ratzel no era pero podía haber sido la mujer alta y sana de la que habla Fradric Furio von Ceriol, el biógrafo de Hölderlin que firmaba sus epístolas de amor con el seudónimo de Cálix Vedetto, esta mujer corpulenta se mató entre horribles alaridos bebiéndose una garrafa entera de agua regia marca El Neto Adamasquinado y pasó a la interfección, lenguaje forense, o indiferencia, boliviano de periódico, sin que nadie lo supiera jamás. No estaría de más advertir que el otro interfecto no es el funerario primo de don Dimas Tigre que se ahogó en el río mientras se bañaba, se trata de una mera y desgraciada coincidencia.

—¿Deseáis asomarnos al balcón del purgatorio a ver cómo los condenados se mofan unos de otros y gastan crueles chanzas a los novatos?

—No, prefiero continuar como hasta ahora y seguir ignorando los arcanos.

El fraile del zurriago seguía haciendo gimnasia respiratoria saltando de tumba en tumba del cementerio a veces hasta con los pies juntos, pero no conseguía quitarse la piojera.

—¿Probó usted, hermano, a sahumarse quemando la aromática flor de oro del tanaceto?

—Ya lo hice, hermano, a pesar de sus peligros, y se me quitaron las lombrices, es cierto, pero no se me murió ni un solo piojo, a poco más el que se muere soy yo de tales y tantas convulsiones como me dieron; el padre prior mandó quemarme en una hoguera de mirto, si libré fue porque el mirto tardó en aparecer y yo me fui calmando y aplacando a la vista de todos.

—¡Tuvo suerte!

—Sí, gracias a Dios sean dadas. Los hay sin embargo más afortunados, los hay que consiguen seguir vivos, sí, pero también dejar atrás los piojos sin más que pasearse en cueros bajo la lluvia.

El juez don Abel Ernesto, don Abel Cenesco, otros le llamaban don Cosme,

procuraba no conocer los usos de la cárcel, ignoraba la ley de la cárcel asinus in cathedra, algunos piensan que don Cosme hubiera preferido tupir sus ignorancias de sabidurías pero tampoco lo creo del todo, don Cosme tomaba vino dulce y decía.

—No es posible que una semana de cárcel pueda marcar a nadie, hay que ser más hombre y poner buena cara al mal tiempo.

—Puede que sí, pero Mateo llegó a pensar en el suicidio.

—¡Qué horror! ¡Qué falta de temple!

—Sí, señor, no se lo niego.

Natalia y el poeta Wences L. Wences eran insaciables en su estatismo amoroso, no se estremecían pero tampoco cesaban: su equilibrio tan sólo era comparable a la monótona disciplina de la procesionaria. Hay buscadores de consuelo que no escarban las entrañas del prójimo sino que liban deleitosamente, viciosamente, lánguida o apresuradamente sus licores y humores y mansísimos detritus. El fabricante del agua regia invitó al poeta Wences L. Wences y a la hurgamandera Nicolasa a naranjada y les dijo,

—Estoy dispuesto a testar ante notario dejándoos todo, mi factoría El Neto Adamasquinado, mi laboratorio The Leading, mi yeguada El Potro Pasmado, mis dos yates de recreo, mis bienes inmuebles, mis acciones, mis alhajas, todo absolutamente todo, a cambio de que me dejéis tomaros el pulso mientras fornicáis en vuestra celda acolchada. ¿Hace?

Natalia y Wences L. Wences se miraron durante unos segundos y se limitaron a sonreír.

—¿No os parece demasiado?

—No, os juro que me parece demasiado poco.

En el Paraíso Terrenal todos los animales y vegetales perdieron el humor a fuerza de no ejercitarlo, en el limbo pasa todo lo contrario, sigue pasando todo lo contrario porque sus habitantes disimulan y no advierten a nadie de la proximidad de la catástrofe.

A la abuelita Claudina Torcaz la enterraron desnuda según su deseo, pero no pudieron quitarle la chichonera, en algún lado se dijo ya por qué. Al llegar al cielo, la abuelita fue directamente al cielo porque había sido siempre muy virtuosa, san Pedro le dio el forro de una cortina vieja para taparse.

—Toma, ponte esto y cúbrete un poco antes de que Dios te reciba.

—Lo encuentro razonable.

Dios, cuando terminó de hablar con la abuelita, mandó que le despegaran la chichonera y que le dieran un camisón color de rosa y un arpa y sonriendo con gesto benevolente le dijo,

—Búscate por ahí una nube cómoda y, ¡hala!, a tocar valsos en el arpa durante toda la eternidad, *Ramona*, *Danubio Azul*, *el Vals de las Velas*, *el Vals de las Horas*, *Los bosques de El Tirol*, *Gertrudis la Patinadora*, *Pepita*, el que tú quieras, aquí cuesta trabajo entrar pero una vez dentro, los predestinados gozáis de una libertad

absoluta. Aprovéchate, Claudina Torcaz, tú aprovéchate. Y sé bienvenida.

Después, antes de la cena, la abuelita comentaba con otros bienaventurados,

—¡Hay que ver lo sencillo que es Dios! ¡Ejemplo deberían tomar muchos mortales a los que emborracha y desorienta la soberbia!

Como la historia es siempre ciencia revisable quizá convenga advertir que para algunos cronistas no demasiado escrupulosos la abuelita, en vez de ir al cielo en derechura, pasó antes por el purgatorio.

—Yo he visto escrito lo contrario.

—Sí, no lo dudo; pero nada más lejos de la realidad.

Los muros de la caseta de las autopsias guardan múltiples secretos que más vale ni desvelar siquiera porque la mayor parte de ellos son asquerosos, son vergonzosos. El bizco fabricante de yogures hacía las cochinas con el demonio íncubo Zeppelito el Irreverente apoyado en el muro de la parte de atrás de la caseta de las autopsias, donde huele apestosamente a podre y a orina vieja y quizá enferma; es inexplicable que pueda florecer allí una mata de saludable romero, las leyes de la naturaleza son muy confusas.

—¿Prefiere usted la vida a la paz?

—No, al revés: prefiero la paz a la vida.

Nada importa que tres mil consumidores de yogur tengan efímeras diarreas, ninguno murió y el juez tampoco tuvo que intervenir.

—No merece la pena querer ponerle puertas al campo porque la garduña del tiempo escarba y salta. De nada vale echarle a los virus la culpa de todo lo que se ignora, las dos únicas cosas ciertas son el amor y la muerte: el amor, al que no mata ni la muerte, y la muerte, a la que no ahuyenta ni el amor. ¿De qué puede servirnos estar enamorados si no somos inmortales? ¿De qué nos serviría ser inmortales si se nos hubiera negado el amor?

—Es relativamente probable que esté usted en lo cierto, pero tampoco debería quitarle el sueño la ignorancia de la realidad, esa amargura.

Los futbolistas de la colección de estampitas del tierno tonto del hipo estaban ya retirados o muertos, las colecciones envejecen muy deprisa, no hay fuerza humana capaz de detener su veloz envejecimiento, esto es algo que ignoran los recaudadores de impuestos.

—¿Sería usted capaz de decir de memoria la alineación del equipo de España en el famoso partido de Amberes?

—Sí, eso es fácil.

A la vida le faltan siempre veinticinco años, las últimas ilusiones abortan por falta de tiempo, por acumulación de agobios, poco importa que Wilhelm Streichner, el hermanastro de Waldetruda, y el prestidigitador Orange piensen lo contrario porque tan pronto como se descuidan y bajan la guardia surge el Estado paternalista, esa flor de cardo borriquero que acota las conciencias y le obliga a llevar casco en la moto y cinturón en el automóvil, a veces hasta coloca guardias en los recodos del camino

para que te huelan el aliento. ¿Ves como el amor es una falacia? ¿De qué te vale lamentarte de que a tu vida y a la vida de cualquier otro esclavo le falten siempre veinticinco años? ¿Para qué los hubieras querido? ¿Para seguir padeciendo? ¿Para seguir obedeciendo? ¿Para seguir muriendo? El hombre dejó de ser libre en el mismo instante en que otro hombre le miró a los ojos y él escuchó en los oídos el latir de su propio corazón. La mujer debe ser vilipendiada con arsénico —éste fue el consejo que el comendador Francesco Tívoli dio a sus hijos en el lecho de muerte—, casi todos los matarratas contienen arsénico, cuando la mujer se niega malévolamente al jabón, al cepillo de las uñas y a la toalla, cuando tan sólo se ofrece cruda y aún sin bañar, también se puede incluir en el índice de los menesterosos óbitos líricos envenenándole los huevos al amante. Petra Mandioca se hizo rica vendiendo lencería comestible, bragas, sostenes, camisones, y cantando el cha-cha-chá en el coro de la parroquia, mientras el tesorero capón, el tesorero del teléfono de la esperanza, no salía de pobre pese a despachar azumbre tras azumbre de orina de parida para fabricar el elixir de la eterna juventud, el elixir contra la calvicie, el elixir contra la esterilidad, el elixir contra la soledad, el elixir contra el mal de ojo, etc.

—Para mañana se anuncian siete ejecuciones en la vía del tren, el acto promete ser muy deleitoso y estar muy concurrido. ¿Irá usted?

—Prometo no faltar, cada día que pasa hay menos ocasiones de honesto solaz.

La ignorancia es como el laberinto de Creta, la cadena sin fin o el piñón fijo, el juez don Constantino, es don Cosme, ignoraba los hábitos de los presos, bocoticum ingenium, o bien, abderitana pectora plebis habes, nadie pudo averiguar jamás cómo los siete sabios de Grecia, Melanio el Sonámbulo, Melecio el Tartamudo, Meleusipo el Bizco, Melito el Cojo, Melquíades el Tuerto, Memio el Gilipollas y Menalipo el Confidente, pudieron llegar a viejos sin guardaespaldas.

—Fueron muy protegidos por las mujeres que jamás los dejaban salir solos, en la soledad está el peligro, Dios puede estar solo pero el hombre, no.

—¿Entonces está usted con Aristóteles?

—Eso dicen. A mí no me gusta demasiado, téngalo por seguro, pero a veces no hay más remedio que claudicar.

—¿Por qué no prueba a difundir la falacia de que la soledad es el banco de pruebas de la humildad?

Nunca se sabe nada de las últimas razones del pasmo, una mujer se pasma y pare, un hombre se pasma y descubre el plano inclinado, un niño se pasma y se convierte en Rimbaud, un anciano medio lelo se pasma y aliándose con otro anciano lelo del todo inventa el teléfono, el submarino o la máquina de vapor. Durante el entierro del bravo picador de toros Martín Acebal, Artillero XIX, la pensionista doña Paula Serinyá Pubanchi, alias Moqueta Madura, y el afamado diestro Valerio II, también llamado Cojo de Manizales, o sea Valerio Calcerrada Aguado, el I había sido su padre Valerio Calcerrada Mur, alias Peregrino, que no se veían desde la visita del rey Don Amadeo a Zaragoza, se pasaron el tiempo magreándose sin recato.

- ¡Póngase usted en jarras, doña Paula, que voy!
- ¡Ay, estos hombres, estos hombres, estos hombres!
- ¡Póngase usted en facha, doña Paula, que la enguilo!
- ¡Ay, qué temperamento, qué temperamento, qué temperamento!
- ¡Culee usted con frenesí, doña Paula, que ya me viene!
- ¡Dios se lo pague, Dios se lo pague, Dios se lo pague!

Doña Paula gastaba el hablar terciario, reiterativo y poco variado, como algunos ministros occidentales.

—¿Usted cree que el cielo, el infierno, el purgatorio o el limbo están unidos por carretera?

—He oído decir que sí pero tampoco podría asegurárselo.

El obispo de Restricted Beach, Florida, le dijo al sheriff de Palm Springs, que tiene la oficina al lado del cine de automóviles,

—No puedo decirle el nombre de quien mató a hachazos a ocho miembros de la familia de la Aguacatala, lo conozco bajo secreto de confesión y a él me debo, le ruego que así lo entienda.

—¿Y no podría darme al menos alguna pista?

—Sí, eso sí: pertenece a la especie humana, no tiene cien años, es tan blanco como usted o como yo o algo menos blanco que usted y que yo, habla correctamente su lengua y bebe coca-cola.

—Mil gracias por su colaboración, monseñor, yo creo que con esos datos ya me arreglaré.

Cuando a un revolucionario se le pone mentalidad (y pinta) de misionero, la cosa empieza a ir mal y al final lo fusilan. Cuando a un misionero se le pone mentalidad (y aspecto) de revolucionario, la cosa empieza a ir mal y al final lo excomulgan. Suele ser costumbre que quienes yerran paguen con la vida y el alma las culpas propias y ajenas, los hábitos que calan muy hondo en las conciencias son siempre difíciles de desterrar.

—Entre los cuatro últimos destinos ulteriores, ¿no habrá un camino vecinal o, al menos, una pista de montaña?

—No creo, esa situación ideal saldría carísima.

La cárcel cambia a la gente, todo el mundo es distinto cuando le abren la puerta de la cárcel y sale de nuevo a la calle, Mateo salió muy cambiado, el señor juez dice que ocho días de cárcel no son nada y no pueden cambiar a nadie, pero a mí me parece que se equivoca porque Mateo salió muy cambiado, hay dos maneras de esmagar a la gente, como a una cucaracha o como a un tomate, el señor juez esmagó a Mateo desorientándolo y agobiándolo sin dejarle respirar, lo mandaba personarse en el juzgado a cada paso y aunque no fuera en día de oficina ni a horas de oficina, le hizo despedir al abogado, con uno de oficio es bastante, le hizo renunciar a los testigos, ¿para qué los quiere si no hacen más que complicar las cosas y poner de mal humor a los señores magistrados?, le metió en la cabeza lo que tenía que decir, con

Sólita falló, Sólita también estaba procesada pero no quiso obedecerle, ¡antes me muero!, ¡antes Dios me quite la palabra para siempre!, a Mateo lo convenció de lo que tenía que decir. Cuando Mateo salió de la cárcel parecía otro, seguramente fue entonces cuando se dio cuenta de que iba para perdedor.

—Sólita.

—Qué.

—¿Qué harán con nosotros?

—¡Yo que sé!

El único carminativo del amor, lo único que lo convierte en aire que se lleva el aire, es la indiferencia; si repites estas veinte últimas palabras cien veces acabas sin entender la razón de que hayas podido estar enamorado. Si quieres buscar las últimas causas de por qué el amor deviene en indiferencia, puede devenir en indiferencia, es que estás empezando a estar indiferente, primero con amargura, después con dulzura, después con indiferencia.

—¡Qué atroz!

—Sí, realmente.

Dido le confesó a su hermana,

—Siento por Eneas la misma pasión que sentí por Siqueo, agnosco veteris vestigia flamae, reconozco las huellas de un fuego antiguo. A lo mejor lo que sucede es lo contrario de lo que Danielis Hammen pensaba, a lo mejor lo que acontece es que la gente vive demasiado, a los ancianos, según decía Ernet van Der Dunker, debería echársenos a los tiburones, se es anciano a los cincuenta años, el estado perfecto, la utopía deseable y soñada, lleva a los tiburones hasta el nirvana de los ahítos.

—¿Cree usted en el valor de la poesía de fray Diego Murillo?

—Sí, con reservas.

A Marta Señeri se la comieron cruda entre su amante Ludovico Estorch, vinatero natural de Reus, y sus invitados, se la comieron en lonchas finísimas y delicadamente marinadas, el carpaccio puede ser un plato exquisito.

—¿Se percata usted de los esfuerzos a los que se va a ver obligado Dios Nuestro Señor para recomponer el digerido puzzle de Marta Señeri cuando llegue la circunstancia del valle de Josafat? ¿Usted cree que cabremos todos los humanos, desde el hombre de Pekín hasta la consumación de los siglos, en el valle de Josafat? ¿Cómo piensa usted que se va a encarar Dios Nuestro Señor con la logística? ¿Cómo supone usted que va a resolver Dios Nuestro Señor el problema sanitario, letrinas, duchas, lavaderos o lavanderías, etc.? ¡No quiero ni pensarlo!

Marta Señeri, antes de ser troceada y engullida, claro, también se dice bueno o como cabe suponer, vendió los cinco ejemplares que había heredado de su padre del libro de Adolfo Federico Schack *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, tres vols. en 4.º, traducida por don Juan Valera; con el dinero que obtuvo le compró una bicicleta a Ludovico Estorch, su novio, que la paseaba por las calles de Reus sentada en la barra.

—¿Lo pasas bien?

—¡Ya lo creo! ¡La mar de bien!

—¿Quieres que te lleve al río?

—¿A...?

—Sí.

—¡Claro que quiero! ¿No voy a querer? ¡Estoy deseando que me lleves al río a...!

Los acompañantes del entierro del picador de toros se pasaron todo el trayecto discutiendo sobre si el alma del muerto iría al cielo o al infierno.

—Es seguro que ha ido al cielo derecha, las que se van al infierno son las de los banderilleros.

—¿Quién le dijo a usted eso?

—Mi tía Diodora, la de la droguería.

Valerio II, Cojo de Manizales, al llegar al cementerio bendijo tres veces a todos los acompañantes, hombres o mujeres, sin distinción, pero no al difunto.

—¿Y eso a qué es debido, señor obispo?

—A que está ausente, muy ausente, ¿o es que no lo ves, hijo mío?

—¡Anda, pues también es cierto! ¡No había caído!

Las cigüeñas volando, las garzas y las grullas volando, las cercetas quizá algo menos, los patos azulones y los flamencos color de rosa volando tienen muy inmediatas connotaciones eróticas, según el P. Guisasola de Auñimendi, S. J., es muy probable que un joven acabe ardiendo en los infiernos si se solaza viendo volar palmípedas, zancudas o similares.

—Son la imagen misma del pecado de la carne —pensaba el sabio jesuita—, ¡con decirles a ustedes, señoras, que yo mismo me la casco cuando las veo volar!

A la salida de la catequesis, don Vital Velázquez, perito en termodinámica, ideólogo en el paro y una verdadera lumbrera, todo el mundo lo dice, le explicaba a don Walter Marlitt, propietario,

—¿No será que la cosa pública y la aprensión privada se dilucidan entre personas de tercera? Observo que es hábito, quizá vicioso, el de adjugar de presuntos a los delincuentes.

Don Walter hizo una seña con la mano.

—Perdóneme, señor Velázquez, ¿a qué llama adjugar?

—Dispénsame, usted, señor Marlitt, creí que lo sabía.

El verbo que nos ocupa es creación léxica de doña Joaquina Borkmann, la viuda de don Félix Benavides el practicante, y se forma con los también verbos adjetivar y aguar y quiere decir, según se deduce fácilmente, apellidar guardando la ropa y diluyendo en agua mansa lo que se quiere decir.

No fue Valeriano Tiburcio Mendoza quien mató a hachazos a los ocho miembros de la familia de la Aguacatala, estos crímenes elementales y bien rematados suelen diluirse en los vagos estratos de la conciencia social, nacional, local, al fin y a la

postre acaban pasando al folclore, a los pliegos de cordel, a los romances de ciego, a los pasacalles y corridos. Una mujer completamente desnuda corre por la playa, las mansas olas le rompen justo sobre los talones y ella compone un gesto tan confuso que nadie supo decir a la señora jueza si iba despavorida o enamorada, lo más probable es que la mujer se llame Jacobita Desprez de Saint-Savin, los más viejos del lugar suponen que se llama Jacobita Desprez de Saint-Savin, alias Gaviota Francesa, de padres desconocidos, naturaleza incierta, edad imprecisa, sin domicilio conocido, sus labores. A Jacobita la persigue un perro raposero con cara de pocos amigos y carlanca de agujas intravenosas. El capitán de la Santa Compañía, o de la Santa Hermandad, el dato es impreciso, le da el alto pero al ver que no es obedecido vuelve el arma contra sí y se descerraja un espingardazo en los testículos, le costó cierto esfuerzo porque la espingarda era muy larga y de difícil manejo. Entonces Jacobita Desprez de Saint-Savin se puso en cuclillas sobre el cadáver del capitán y le orinó en los ojos, en los oídos, en la nariz y en la boca. María Castaña se levantó contra el obispo a finales del siglo XIV y lo echó de Lugo por retrógrado y meapilas, entonces se arrimó a Juan Grujidora, que no se cansaba jamás de abotonarse y desabotonarse la bragueta, ya se sabe que no usaba cremallera en el pantalón, y juntos se fueron a visitar a Klaudius von Kostic quien los invitó a cerveza templada y tortas de centeno con azúcar cande.

—¿Sabíais que con la razón se desnivela y se escora el carácter? Los dos sois muy asnos, yo os aprecio de veras, podéis creerme, pero sois muy asnos y no soléis admitir la evidencia. Ugolina Tueste luchó con denuedo contra el tópico pero no alcanzó el menor resultado, yo sigo creyendo que el silencio es la más útil herramienta y el arma más eficaz. Un silencioso puede parapetarse en el orgulloso aislamiento y cultivar el desprecio apoyándose en la soledad y la distancia, se debe estar siempre solo y distante porque tampoco suele merecer la pena la compañía.

Juan Grujidora y su prima Baltasara, que ya había cambiado de sexo, paseaban en bicicleta para arriba y para abajo, desde el invernadero hasta el depósito de cadáveres y vuelta, llevaban así toda la mañana y no daban la menor señal de cansancio. Valeriano Tiburcio no fue el asesino de la Aguacatala y los suyos aunque es evidente que ignora los hábitos de los topos. El asesino de la tribu de la Aguacatala fue un sujeto llamado Gómez, sin más, que por arte de magia logró convertirse en topo para mejor esconderse; el juez estaba con el ánimo confundido porque tanto María Castaña como Inés de Castro, la reina desgraciada, amparándose en el secreto profesional, se negaron a pronunciar una sola palabra orientadora.

—¿O caritativa?

—También: ni orientadora ni caritativa.

Gómez, cuando aún conservaba forma humana, lucía carita de gato montés y se fortalecía el bigote con fijador omega, con un sobre de 0.75 pesetas se conseguían dos litros de lustroso engrudo color verde esmeralda, la buena presencia es un aliado muy eficaz para el propósito generoso.

—¿Será cierto que Ugolina Tueste se veía en secreto con Adrián Ortega, el pastor al que asesinaron las lechuzas a puñaladas? A mí me lo dijo don Esquivel el Cervatillo, el cura de Puente del Arzobispo.

—No sé, yo no acabo de creérmelo del todo porque Adrián solía preferir las ovejas de su rebaño, la verdad es que algunas eran muy elegantes y atractivas. El cura don Esquivel fue siempre un poco bocazas y deslenguado, el señor obispo le tuvo que reprender ya en dos o tres ocasiones.

Este libro debiera haberse titulado *Le demier des paladins* pero no pudo ser porque siempre hay otro después del último paladín, la literatura no debe sumar jamás confusión al pensamiento. Ugolina Tueste era muy caprichosa y enigmática y de ella hubiera podido esperarse todo; del pastor ya no porque fue siempre muy tímido, sobre todo después de muerto. Donde aquí ponemos azafrán, en las Filipinas ponen cachumba y todos contentos.

—¿Quiere usted que embalsamemos con cachumba al marica de Arquimbandio?

—¿El sepulturero?

—Sí, Arquimbandio Celeste García, Talparia, nadie quiere hablar del suceso que le granjeó un asiento en el obituario.

Claudio Hipóstasis era discreto porque no ignoraba que un caballero debe usar trajes recogidos en la cintura y con los hombros amplios, en boca cerrada no entran moscas. En los salones de La Gioconda y el Bubón, también en la barra y en cualquiera de sus tres reservados, al que no paga lo asesinan y después echan el cadáver a los zamuros. A lo mejor resulta que el pastor de ovejas Adrián Ortega Marabuto, alias Espadón, no era el muerto, como tampoco lo era el zape Arquimbandio al que dicen haber visto en el Paraguay llevando las cuentas en una casa de putas distinguida, La Gioconda y el Bubón, bueno, la verdad es que no era distinguida sino más bien ruin y de medio pelo, Talparia tiene muy presente que debe vestir americanas de una fila, con solapa larga y dos botones, el del talle más bien bajo, por negar la evidencia nadie acabó en la cárcel y menos en el patíbulo.

—¿Quiere usted que tiñamos con cachumba la conciencia del sarasa de Arquimbandio?

—Pues, hombre, no sabría decirle, la verdad es que no sabría lo que decirle, el Arquimbandio me parece buen muchacho, un poco lila, eso sí, pero fino de sentimientos.

Calixto el Jabardillo ignoraba que no se deben llevar trajes Príncipe de Gales y menos de color marrón.

—¿Puede significar semejante actitud un desafío a las mujeres decentes? Si me dice que sí, me encierro en un convento remoto para el resto de mis días.

La dulce Florita se casó en segundas nupcias con el conde Jean de Saint-Hieble, también separado, que tenía una tienda de enfriadoras de leche, ventiladores y pararrayos económicos, patente Julio Casares, *Revista de la Ciudad Lineal* 1908-1909. El conde Jean de Saint-Hieble evita los trajes con aberturas y lleva

siempre tirantes para que los pantalones vayan a su caída.

—¿Será cierto que al conde lo que le gustan son las faldas plisadas?

—Quizá.

El conde Jean de Saint-Hieble gasta calzoncillos a juego con la camisa, largos hasta la rodilla y holgados, muy holgados, para que los huevos vayan también a su caída, todo debe ir a su caída, a su propio ser.

—¿Será cierto que el conde se adorna la bragueta de los calzoncillos con puntillas?

—Quizá.

El conde, poco antes de ser guillotinado, le rogó a su sobrino Pascal que vistiera siempre de azul marino o de gris marengo con rayas verticales. Al poco tiempo de que Telesforo Cegama, que era algo pariente de San Antonio, y Calixto el Jabardillo, que era medio contrapariente de San Pío, terminaran su partidita de fútbolín, ganó Telesforo Cegama, 50-3, a Calixto el Jabardillo, ambos se llegaron hasta el pub El Satisfecho para escuchar al monje Basterot, que estaba rodeado de acólitos (clérigos menores, no monacillos).

—La ópera tiene escasa relación con la música —decía el monje—, el cine no es más que una pequeña técnica habilidosa, la publicidad es la institucionalización de la falacia, el juego no llega a anestesia y se queda en analgésico, la política no está al servicio ni del país ni del Estado sino del gobierno y el dinero, la poesía se ahogó en las aguas residuales y panfletarias de lo aparentemente social y la novela, por negarse a sí misma el rigor preciso, se confunde con el culebrón. El panorama no es halagüeño y la gente, claro es, sigue drogándose, divagando, opinando y matándose.

A Telesforo Cegama le gustaba mucho ligar en la cafetería del tanatorio, la muerte del deudo suele propiciar el magreo al allegado, antes cuando no había tanatorios, se ligaba en los duelos, es cierto, pero era más dificultoso y enojoso, también más zafio y adocenado e incluso ridículamente cruel. Florentino Busquillo tenía una prima pobre y, siguiendo una antigua y bien argumentada tradición, abusaban de ella, la estaban siempre acorralando contra los muebles y las esquinas.

—¿Romas?

—No, heridoras y en ángulo agudo que es más cortante.

Este libro debiera haberse titulado *Exposición de cordobanes y gadamecés en aprecio y homenaje al cipote de Archidona* pero no pudo ser, la verdad es que no puede ser casi nada porque siempre se da uno contra algo. Don Zaqueo le dijo al monje Basterot,

—Usted juegue con las palabras, siga jugando con las palabras, y ya verá cuando le castigue Dios, entonces habrá sonado la hora de las lamentaciones pero a lo mejor nadie le presta oídos. A usted le va a servir de poco la elocuencia, usted es muy elocuente pero le va a servir de poco porque la discreción de lo que se calla pesa más que la elocuencia de lo que se dice. A lo mejor, cualquier día se promulga una ley mandando capar a los oradores. La facilidad de palabra puede obnubilar el

pensamiento e incluso despeñar la razón, ¿usted cree que hablando son más brillantes los hombres y más persuasivas las mujeres, más rigurosos y precisos los hombres y más confusas y eficaces las mujeres? Es más entretenida la idea de la muerte, la trampa que nos tiende la sociedad.

El monje Basterot era un goliardo nacido con quinientos o seiscientos años de retraso, su habilidad para tocar el acordeón y cantar romances amorosos no le mermó jamás el discernimiento. Los peleles del guiñol duermen sus pesadillas en posturas muy poco naturales, el cartón es material innoble y las cajas de zapatos tampoco suelen estar bien rematadas, el cartón cuando se humedece huele a vómito de niño pequeño. Los últimos años de Abraham el Lelilí fueron muy amargos y difíciles.

—¿Es cierto que está ronco?

—Sí, muy ronco y áspero, la tristeza le tapizó la garganta de papel de lija.

—¿Y ya no canta arias de zarzuela?

—No, ya no canta más que el *Gaudeamus Igitur*.

—¿Es cierto que los hijos ya no le obedecen?

—Sí, muy cierto; en mi casa creemos que no le obedecen porque no le entienden, lo creemos todos, el tatarabuelo Domingo Ferrandis Beruete el Chico, el bisabuelo Víctor Boix Cuesta el Grande, el abuelo Antonio María Huici Torres el Bizco, mi padre, que se llama como yo, lo apodan el Judío, mi hijo, que también se llama como yo, lo apodan el Moro, mi nieto Enrique van Puyvelde el Híbrido, mi bisnieto Giovanni Giorgioni el Marica, mi tataranieta Octavio Orueta el Somatenista, las mujeres también creen lo mismo porque un hombre feliz es muy incómodo.

Los jueces dictan las sentencias cuando quieren, la verdad es que no son demasiado trabajadores, se toman las cosas con calma, no van a la oficina por las tardes, tienen unas vacaciones muy largas, el de juez es buen oficio, cómodo, considerado, respetado, incluso temido, no ganan mucho pero se conforman con lo que reciben a cambio de holgar y se cobran en especie sus tribulaciones y miserias disponiendo de la libertad de los demás, seguramente aciertan. A Mateo y a Sólita les zumbaban los oídos, a él más que a ella, los hechos probados constituyen un delito de escándalo público, etc. A Mateo Ruecas Domínguez se le condena, etc., y a Soledad Navares Montejo se le condena, etc., ambos se quedaron como dos pajaritos y no recurrieron la sentencia, ¿para qué? Alguien me dijo, quizá haya sido Charles Webb, el maricón que se murió de frío en la cárcel de Soria, no puedo recordarlo con exactitud, que este libro debiera haberse titulado *La navaja de Ockham* o *el principio de la economía de las causas* o, en el peor de los casos. *El conde truhán que se cayó de un guindo mientras leía a los poetas latinos*, pero no pudo ser porque los catedráticos del Instituto Juan del Encina amenazaron de muerte a su autor si no lo cambiaba y, claro, lo cambió. El vino y el tabaco cuestan dinero, la salud y el vestido cuestan dinero, el vicio y la virtud cuestan dinero, la vida y el odio cuestan dinero, pero el amor y la muerte se reparten de balde, todo se rige por los tres postulados: el principio de Arquímedes, la ley de la gravedad y los rítmicos y bien medidos titubeos

del péndulo. Al paralítico don Zaqueo Nicomediano le gustaba mucho tirarse por las cuestras abajo en su sillón de ruedas, suele llevar la bragueta desabrochada para que la incivil Waldetruda le oreo el rafe anacoccígeo y el escroto con una cerbatana sin munición.

—La última vez lo sorprendieron las monjas de la caridad dando vivas a la república, tuvieron que baldearlo con aceite hirviendo para que se callase.

Cuando a la irreverente Waldetruda se le sofocaba la libido tildaba a don Zaqueo Nicomediano de jodido anciano impedido, así te mueras, así te veas comido por los piojos, así condenes tu alma, más te valiera no haber nacido, más te valiera que te ataran una piedra de molino al cuello y te arrojaran a la procelosa mar poblada de calamares, tiburones, sardinas, etc.

—¿Todas las palabras de todas las lenguas pueden ser de amor?

—Sin duda, depende de la postura del pie en el momento de ser pronunciadas. En el amor subyace el odio y en el odio va disuelto el amor, va emulsionado el amor, esas leyes misteriosas no las saben más que algunos dioses, no todos.

—Para salir volando, ¿valdría subirse a una alta peña y dejarse caer como un murciélago?

—No, probablemente no.

El alma se puede salvar por muy extraños vericuetos líricos o deportivos, el raro suceso de la salvación del alma se reconforta e incluso se moldea por sí mismo, nadie supo jamás por qué el indino Nicolás acabó ardiendo en los infiernos, en la confusa crónica de tribunales no se aclararon innúmeros puntos confusos, quizá deliberadamente confusos.

Le dijo monseñor Claudio Simón el Finestratense, escribiente de notaría, a su musa milady Micaela Mercedes la Astigitana, gobernanta de casa de lenocinio:

—¿Habrás algo mejor que j...?

—¿Quieres decir j...?

—Sí.

—No, no hay nada mejor que j..., puedes estar seguro. ¡Se sabría!

Gil Blas de Santillana, que había sido novio de la niña Gloria, susurró graves amenazas en el oído de doña Mari-Cruz Tablejas, la partera.

—Y ahora que ya me habéis oído, permitidme que me ausente no sin antes maldecir con gran entusiasmo vuestra alma, vuestra vergonzosa alma enferma. Y os ruego que no me forcéis a enumeraros las ofensas que me habéis infligido gratuitamente. Sois una mala pécora y Dios, pese a su infinita misericordia, no podrá perdonaros.

—Estás equivocado, Gilito, Dios me perdonará porque su última esencia no admite ni la venganza ni el daño.

—¡Qué cómoda es la divinización de la caridad, la deificación de la misericordia! Si Dios existe, ¿dónde mana la fuente del mal? Si Dios no existe, ¿dónde brota el arroyuelo del bien? Estoy muy cansado, quizá también muy harto, y prefiero ceder la

palabra a mi maestro monseñor Claudio Simón el Finestratense.

—¿El recién operado de fimosis?

—No comento, hablar de enfermedades es una ordinariez y contar operaciones es un asco o al menos una grave y desconsiderada falta de delicadeza.

Entonces monseñor Claudio Simón Saralegui Catalá el Finestratense se subió a una silla y expuso algunas nociones de su teoría sobre la soledad.

—El Dr. Wilhelm van der Ris-Paquot supone que los húngaros están mucho más cerca de la soledad y el suicidio que los irlandeses porque duermen mal y lloran durante toda la madrugada. Los fracasos históricos son un juego de niños al lado de las frustraciones individuales y la angustia que puede producir la idea de la proximidad de la muerte. Es grave sentirse naufragar en un hondo agujero negro del que no se quiere salir, y es muy difícil acertar en la diana de los buenos propósitos cuando poco a poco se nos han ido cerrando todas las puertas. El individuo paga en su alma la quiebra de las estructuras sociales y después, cuando empieza a darse cuenta del incendio en el que acabará consumiéndose, no suele tener ya interés en nada, ni siquiera en vivir pobremente, eso que pudiera ser un gran consuelo. El solitario se ahorca o se despeña o se pega un tiro según sea agricultor o pastor o artesano, y el triste se tira a un pozo (o por una ventana o al paso del tren) o se envenena o se abre las venas según sea pescador u oficinista o comerciante, la gente suele obedecer a pautas casi inamovibles y el progreso nos empuja a la destrucción, a la última destrucción ajena o propia.

Milady Micaela Mercedes Jorroto Garrido, la Astigitana, interrumpió a monseñor.

—Perdóname que te interrumpa, Claudio Simón Saralegui, amor mío, pero cuando quieras que te traiga sidra no tienes más que pedírmela, ya sabes que no tengo más voluntad que la tuya.

El obispo Valerio II, Cojo de Manizales, jugaba muy bien al billar, a tres bandas no tenía competidor en todo el ámbito de la república, las partidas de carambolas a tres bandas deberían tener su representación gráfica espacial, es muy amarga la idea de que Euclides haya podido vivir y discernir en vano.

—¿Y en el extranjero, tenía competidores el señor obispo?

—Quizá sí, no le diría a usted que no, pero tampoco crea usted que demasiados.

Las hienas amaestradas del circo se portaban mal casi siempre, la hiena es bestia adocenada y mañosa, también carnicera, claro, y además, las hienas amaestradas del circo, ahora se habla de las hienas amaestradas del circo, hedían y se mofaban del público.

—Son unos animales impresentables con los que no se debe tener consideración alguna, quizá lo más prudente fuera abrirles la puerta de la jaula y devolverles la libertad, cuando los presos no colaboran se les debe soltar y que se las arreglen solos, que luchen por subsistir sin ayuda de nadie, el Estado no tiene por qué mantener zánganos irresponsables y sin sentido de la convivencia ciudadana.

—Tiene usted razón, el presupuesto debe ser para los mansos, los bueyes

ejemplares, los castrados obedientes son el fundamento de la sociedad que preconizamos; la libertad marca al hierro el anca de las conciencias, la cadena sin fin de las abdicaciones tiene una órbita conocida: primero se dio la razón a los hijos, a los maricones y a los terroristas, por este orden; después se despreciaron las reglas gramaticales, morales y sociales, se minaron la ortografía y su cuna la etimología, y se cantó la laude de la miseria, la pobreza y la debilidad; más tarde se buscaron refugios esotéricos, la droga, las sectas, la naturaleza (esto no queda demasiado claro pero en la confusión también puede adivinarse la verdad), y al final los hombres nos armamos y volvimos a la ley de la selva, no se pueden sembrar lentejas en las mucosas del cuerpo, tampoco se deben criar los gusanos de los cadáveres en las purulentas heridas de los vivos, todo debe tener su concierto y su amarga cautela porque de nada vale querer parar la marcha del sol con la única herramienta de la voluntad.

Lo más probable es que Marg no sea ni mulata ni mestiza, es bella y repugnante, sí, pero no mulata ni mestiza, Marg es negra, pobre y libre (esclava) y está sin trabajo, Marg es india, pobre y libre (censada) y también está sin trabajo, cuando dormía con el veterinario Flor de Loto Muñoz, el hombre que no parpadeaba porque no tenía con qué, hay accidentes desgraciados, las portezuelas de los automóviles pueden ser muy peligrosas, la mulata o mestiza Marg, la negra, la india Marg le gastaba bromas muy crueles y le preguntaba por el orgasmo y su instrumento la cecina dulce mientras los cien leprosos de la barranca de Guiniguada se alimentaban de esperanza, se alimentaron de esperanza hasta que Acursio Acursio, el caballero templario, cerró todos los caminos que llevan a los Santos Lugares.

—Me gustaría morirme en un balneario no demasiado cómodo ni tampoco distinguido y que los agüistas me fueran comiendo entre horas.

—¿Crudo?

—Sí, al principio sí, después ya me importaría menos.

El joven Matías Mestre, monitor de cultura física, pensaba que el Papa siempre tenía razón en todo.

—¿Tanto en lo que nos dice como en lo que se calla?

—Exactamente, eso es lo que he querido expresarle a usted. El Papa es un político con reflejos, también con mañas, un actor oportuno que no llega a histrión pero tampoco se duerme en los sosos laureles, a mí me recuerda a sir Laurence Olivier representando a Shakespeare, y un agitador cauteloso que mide bien los pasos a dar en cada momento. El Papa dijo lo hábil y prudente, esto es, que el fracaso del marxismo no justifica el capitalismo salvaje, y se calló lo impopular y obvio, esto es, que el fracaso del capitalismo no justifica el marxismo salvaje.

Acursio Acursio quería fabricar santos, mártires y vírgenes con una navaja de boy-scout.

—Es necesario rodear los Santos Lugares de fortalezas inexpugnables y soldados capaces de resucitar a la primer orden, lo contrario es perder el tiempo y dar pábulo a

las ideas disolventes, las ideas que atoran los conductos del cerebro y tiñen de sucio los entresijos y los páramos del alma. ¿Habéis visto por algún lado a la condesa ciega? Me gustaría que me recordase, hasta donde le fuera posible, su hipótesis sobre la dificultosa digestión de los reformadores religiosos incluso muy cocidos, la condesa ciega sabe mucho de arte culinario y no desprecia ninguna vía de conocimiento. ¿Queréis que nos juguemos a los chinos la vida de los siete últimos prisioneros de la guerra de las Galias?

Los ángeles se distinguen de los demonios en el color y también en que no tienen sexo, ni cuernos, ni rabo, los ángeles tampoco envejecen y son siempre como adolescentes delgadas o llenitas y sin tetas o delgaditos o llenitos y sin airosos ni pecaminosos rabitos, si los ángeles vivieran en este mundo todo sería más suave y grato, menos crispado.

—¿Y usted cree que se habrían evitado las guerras?

—Quizá no, pero hubieran sido más convencionales y limpias, algo así como las corridas de toros.

En la horca se desvanecen los últimos remordimientos de conciencia del ahorcado, el tránsito del atormentado escrúpulo a la gloriosa desmemoria es instantáneo, casi no se puede medir ni recordar. Petra Mandioca y doña Paula, cuando salieron del juzgado, entraron en la cervecería El Oro del Rhin y se tomaron cerca de una arroba de salchichas y diez jarras de cerveza cada una.

—El juez era un miserable que lo que quería era confundirnos, yo lo desorienté diciéndole a todo que sí.

—Yo hice lo contrario, yo lo confié diciéndole a todo que no; los jueces son muy dubitativos, muy inestables. El juez quería saber qué había sido del cadáver de doña Mari-Cruz Tablejas la partera pero yo, como es de sentido común, le contesté siempre con evasivas. Yo sé que hubiéramos podido no emborracharla de anís, pero también sé que no pudimos resistir la tentación. Yo sé que hubiéramos podido espantarle las horribles hormigas rojas que la devoraron, pero también sé que no pudimos resistir la tentación. Yo sé que hubiéramos podido aplaudir cuando hacía abortos a precios módicos a las jóvenes descarriadas, pero también sé que no lo hicimos.

—¿Y así sucesivamente?

—Sí: todo menos ponernos al lado de quienes escriben la historia.

—No se debe ser nunca demasiado simple y una mujer con el pelo a lo garcón tampoco debe disecar mariposas, ni conservar fetos en formol, ni hacer croquetas de testículo de chiíta ahorcado, de chiíta decapitado, de chiíta fusilado, la perspectiva histórica, la consideración histórica, el rigor histórico es algo que debe defenderse a ultranza, con uñas y dientes y contra viento y marea.

—¿Tanto?

—Sí, señorita, tanto y más, no lo dude usted ni un momento. Émile Bayard, en su libro *L'art de reconnaître le style moderne*, hace la apología del condón de hoja de cúrbana, de aromática y embelesadora hoja de cúrbana, que es tan acariciador y

eficaz que con él se puede conseguir un quinteto de poudres en tres horas y media o cuatro y sin precisión siquiera de cambiar de jaca.

—O sea, ¿como en Torija?

—Pues, sí, señorita, una cosa así, como en Torija antes de desviar la carretera.

La señorita Sacramento Mujeriego y Piernas se dirigió con sumo comedimiento a don Leoncio Mascarenhas, alias Pulso Firme, primero, y Pico de Oro, más tarde, cachetero que fue de la extinta ganadería de Simeón Carriquiri el Breve y hoy canónigo magistral de la catedral de New Quito, según se sale de la Alcarria a mano derecha.

—¿Os gustaría enguilarme, caballero?

Don Leoncio Mascarenhas carraspeó.

—¿Cómo voy a negarme a un deleite solicitado con tal alteza de miras?

Acursio Acursio acabó de muy mala manera, el que ama el peligro en él perece.

—¿Se da usted cuenta, señorita, a qué lindes peligrosas puede abocarnos la falta de respeto a las instituciones?

—Pues, la verdad, no mucho. ¿Por qué me lo dice?

—Pues, ya ve usted, por nada, ¡de algo hay que hablar! ¿Tuvo usted suficiente con el quinteto de poudres?

—¡Ya lo creo, don Leoncio! ¡Ha sido usted muy generoso conmigo, que soy tan poquita cosa!

—No, mujer, está usted muy buena.

—Muchas gracias.

Petra Mandioca se adornaba el moño con un clavel, pero la señorita Sacramento Mujeriego y Piernas llevaba el pelo casi al rape, lo que le daba cierto encanto municipal. Felícula de Valois tampoco murió virgen, si a una mujer le vacías el entero mondongo, en el yermo erial sigue latiendo el rijo, cualquiera puede probar con una criada o con una prima pobre. Mientras doña Paula la de las ciruelas se revolcaba en la plaza con Juan Grujidora, con el descarado Juan Grujidora, el gitano Moncho Fullwood y el piel roja Moncho Vives le desvalijaron la huerta, la dejaron sin una sola berenjena y sin una sola ciruela claudia.

—¿Y cómo voy a combatir ahora el insomnio y el estreñimiento?

—No lo sé; le juro, doña Paula, que eso no es asunto mío, yo soy su leal amante y servidor, doña Paula, pero no su somnífero ni su lavativa.

Don Cosme sabe poca historia y se proclama enemigo de los postulados de la Ilustración, tampoco ve con agrado ni a Catalina de Rusia ni a Federica de Prusia, quizá por su amistad con Diderot, la verdad es que don Cosme no sabe casi nada, no sabe ni cómo se llama, don Constancio, don Claudio, don Alfredo, don Ladislao, don Efrén, don Abel Ernesto, don Cosme, decídase, don Cosme aspira al respeto del principio de autoridad y a la autoridad misma y jura que volvería a hacer de nuevo y sin titubeos lo que ya hizo, con Mateo Ruelas muerto siguió pensando lo mismo.

—Dios puede perdonarlo, yo me limité a aplicarle la ley.

Don Cosme hizo una pausa y se rascó el culo.

—Yo soy muy benevolente y debe reconocérseme así, yo soy incluso más benevolente que justo.

El Apolo de Fontirroig tenía el atributo de color ciclamen lo que le daba mucho lucimiento, las damas de la corte del rey Artús se lo rifaban vivo y lo obsequiaban con delicados presentes. En los viejos cronicones, el Egabrense, el Egarense y el Egetano, se habla descaradamente de los violentos amores de los caballeros templarios.

—¿Quién dijo aquello de que la gloria es viento y aun algo peor que el viento, la sarna, pongamos por caso, o la tos ferina, sin ir más lejos? ¿Fue Fabián de Isopo, sin h, Bustamante, el mamporrero del rey Hernando de Nápoles, para quien guisaba maese Ruperto? ¿Fue María Ortensia, sin h, Ansorena Escuid, la albacea testamentaria de don Fidedigno Clareniano Tarragona? ¿Fue Juan Marsupio Eredia, sin h, Carbajo, el comentarista del Fuero Juzgo? Ni lo sé ni, a lo que me temo, lo sabe nadie a ciencia cierta. La historia se escribe a trancas y barrancas y la filosofía de la historia es ciencia todavía en pañales, esto es, aún en los albores del conocimiento.

—¿Le parece a usted que salgamos a orear el alma?

—¿Dónde?

—¿Hace en el evacuatorio público de la avenida de la Libertad?

—¿No lo encuentra usted un poco cheirento?

—¡Tanto tiene!

Hay muy serias dudas sobre la conducta de Santa Juana de Arco, en las tablas la Doncella de Orleáns, con los ingleses, cuando lo de la pira, es un tema sobre el que nadie quiere pronunciarse, quizá sí algún niño pequeño, de no más de seis o siete años, los niños cuando crecen pierden la tontería de los niños, la tontería del genio o del inocente, es como la camisa de las culebras, y adquieren la tontería de los mayores, la tontería del funcionario o del culpable, es igual que la concha de las tortugas. Felícula de Valois tuvo peor fin que Juana de Arco, todos se divertieron más viéndola morir.

—¿Se da usted cuenta de que la gloria desnubre?

Los caballeros templarios, como no eran maricones, homosexuales, homointelectuales, homosentimentales, homoespirituales, podían follarse a Felícula de Valois sobre el heno del pajar sin que les diese urticaria.

—¿Cuándo partimos para Jerusalén?

—No lo sé pero creo que ya pronto. Todas estas historias occidentales empiezan ya a aburrirme.

El conde Hugo de Champagne tuvo amores con la manicura lucroniense Marujita Peláez, la que al final se escapó con Roberto Mauro Galíndez, el ectópago calagurritano que bebía el ojén o la cazalla o el chinchón por la nariz. Y el conde don Ramón Berenguer, éste usaba el don, se estuvo viendo en secreto durante más de treinta años con Na Montse Fusille, la priora de las clarisas de Port-Mahón, que tenía

un ojo verde claro y el otro verde oscuro.

—¿Quién dijo que la gloria no es sino el rumor del viento en los oídos?

—¿Ovidio?

—No.

—¿Shakespeare?

—No.

—¿Montaigne?

—No.

Los caballeros templarios que yacieron, perdonada sea la manera de señalar, con Leonarda la de don Diodoro, no fueron nueve sino once, algún día se rememorarán sus escarceos.

—¿A qué ese empeño en ahorcar putas y en pedir compostura, circunspección y prudente entusiasmo a los espectadores y a los médicos forenses?

Es muy cómodo licenciar soldados zurrados y pedirles medida, nadie entiende la sinrazón de los gobernantes y ésta es su gran herramienta para ahormar conciencias y voluntades.

Lorenzo el Escrupuloso, sobrino nieto de Ascario Ascario Bertorini el Tuareg o el Tarugo, la transcripción es confusa, por parte de madre, la bellísima Beatrice Camilla Enmanuella Cicogniani, rama moderada de los Rúspoli d'Este, a su vez rama despiadada y desgajada del viejo tronco de los Granieri Grimaldi, le dijo al Papa Urbano Cervignon el Periquita,

—Perdonadme, Santidad, pero me asalta la duda.

—Decid, hijo, decid.

—Digo, Santísimo Padre, digo: ¿Vuestra Santidad, es tonto o ha comido mierda?

El Papa Urbano CLIII le miró con fijeza, sí, pero sin ira.

—Reportaos, Lorenzo Polvorín, sed escrupuloso y respetuoso como os tengo dicho, como os vengo advirtiendo, y no me obliguéis ni a excomulgaros, ni a caparos ni aun siquiera a ahorcaros. La jarca pide sangre incesantemente y la ley de derecho divino por la que me gobierno me obliga a complacer a mis votantes, con el Espíritu Santo a la cabeza. ¿Puedo o debo dudar de que no entendéis del todo o no admitís con humildad suficiente mis argumentos?

—Sí, Santísimo Padre, podéis y debéis dudar incluso con entusiasmo de que ni entiendo nada ni admito casi nada. Os aseguro, Santidad, os podría jurar por mis muertos y aun por mis agonizantes o no más que enfermos crónicos tampoco en las últimas, que no es mía la culpa de que juguéis con las palabras con tanta ruindad y semejante mórbida torpeza.

Entonces, Teresita la Puertorriqueña, antes Portorriqueña, espulgándose con desacaro delante de todo el mundo, le dijo a Néstor Caldibache, el amoratado sapo sabio del Sacro Colegio Cardenalicio,

—Me estás hartando, tontiloco adolescente, y estás a punto de obligarme a pregonar a los treinta y dos vientos de la rosa que eres una maricona no

fundamentada. ¡Cuídate de mi ira y cuídate también de la blenorrea de mi corazón, el flujo fluye por las aurículas y los ventrículos y esto puede acabar como el rosario de la aurora!

—¿Puedo jurar por Dios y firmar el juramento con la sangre de mis venas, la safena, la yugular, la cardíaca, que acepto no ir más allá?

No es bastante enseñar a la rugidora multitud la chistera sudada, la chistera meada, la chistera sangrada, porque lo que la brava multitud pide a aullidos es la chistera con manchas de semen de feto eritreo o de primer comulgante nepalí.

El cardenal María Celeste Bustelo Guillarey intervino.

—Con la venia. Mi gracia es Sergio Bustelo Guillarey, aunque suelen llamarme María Celeste Bustelo Guillarey, y pregunto en nombre de *The Observer of New Orleans*. ¿Se me puede explicar cómo se alude a semen de feto o de primer comulgante eritreo o nepalí, en esto ni entro ni salgo porque tampoco merecería la pena, cuando ni el uno ni el otro manchan de semen más que el incierto porvenir?

El presidente del cónclave sonrió.

—Serenaos, Eminencia, ya que se trata de un leve error de transcripción, falta una coma, los mansos dicen vírgula e incluso virgulilla, y eso confunde, debéis comprenderlo. La mancha de la chistera, la mancha que se pide para la chistera, no es como se lee sino así, desmenuzada, desentrañada y medio aclarada sea la oración: mancha de semen (gris perla), o mancha de feto eritreo (oro viejo), o mancha de primer comulgante nepalí (verde ajado celedón).

—¡Eso es otra cosa! Gracias, gracias, ahora ya puedo morir tranquilo.

Martín Acebal, el picador de toros que lucía picado de viruelas, nunca encontró razonable que doña Paula, la de su entierro, persiguiera a ciruelazos a los Monchos, Juan Grujidora era bastante más sensato y estaba siempre dispuesto a conceder todas las venias que se le pidiesen.

—¿Sabéis, oh, Heliodoro de Alicamaso o Halitarquaso, digo, Morata de Tajuña, sabéis por qué toca tanto la banda municipal? ¿Sabéislo? Viene en el himno de Riego. ¡Vuestra ignorancia es supina, peligrosa, hierática! ¡Qué vergüenza!

Alí Ben Abu Taleb, el yerno de Mahoma, se limitó a sonreír.

—No contesto porque prefiero eludir toda connotación política.

—Bien hecho.

Algunos cronistas de Indias confunden a Ascario Ascario, el tío abuelo de Lorenzo el Escrupuloso, con Acursio Acursio, el mendaz chulo de la condesa ciega.

—Godofredo de Bouillón el Temerario no padecía de orquitis, eso es mentira, no se debe confundir la reciedumbre con la hinchazón; lo que sí hacía el caballero era secar las cinco capas de la atmósfera soltándose las partes o sea liberándolas y dejándolas a su caída: la troposfera no más que con el tacto, la estratosfera tan sólo con el oído, la ionosfera con un fleco del olfato, la exosfera ciñéndola al gusto y la magnetosfera solazando la vista sobre el balcón del infinito negro. Sigo, condesa, sorbed el pipermin y dejad chupar la pajita a los sandios ancianos. A Hugo de Payns

le llamaban el Pitarroso o el Pitañoso porque se lo comían las pitarras o pitañas y también porque se pasó la vida dejando pitarrinas por las tiendas de ultramarinos finos y robándole los pitarros a los niños sanabreses. Godofredo de Saint-Omer, el trovador, era también muy pobre y ambos, éste y el anterior, compartían caballo, mujer y cantimplora, la pobreza puede colocar al caballero, al amante y al sediento al borde mismo de la indignidad, de nada vale entrar en combate profiriendo frases solemnes si al final no se afina la puntería. Recordad, condesa, que a Felícula de Valois la gozaron no quince caballeros de cuyos nombres no se acuerda nadie sino once, los nueve de la historia del bachillerato y los dos que les suma la tradición oral: el conde Hugo de Champagne, que tenía la minga en forma de berbiquí, como los cerdos, y el conde don Ramón Berenguer, el de la priora mahonesa. Sigo. Dadme otro congio de agua de cebada, dádme lo sujetando el ánfora con la entepierna. Así, así mismo. Mil gracias. Godofredo Roval, el prometido de la Cedulona, te estás poniendo un poco gorda, Rosaura, ten cuidado porque eres todavía muy joven, Godofredo Roval también está en la lista de los gozadores. Y Godofredo Bisol, el que se tomaba la artera ventaja de usar la pata de palo a guisa de eficaz cipote. Payens de Mondidier, callaos, condesa, sed siempre respetuosa con los muertos, que abonaba la huerta con esmegma, todo el mundo decía que era muy sucio pero no, lo que era es hacendoso, muy hacendoso. ¿Sigo?

—Sí, claro.

—Bien. Viene ahora Archembaud de Saint-Aignan, el de los rosarios milagrosos, y ya sólo nos quedan dos: André de Montbard, que era como un Apolo, todos los jeques árabes querían darle por culo pero él no se dejaba, y el mítico Gonremar, que era valiente como ninguno pero no solía rematar a las mujeres en el catre.

—¡Pobre!

—Tampoco, condesa, cada cual hace lo que puede.

Siempre llueve a gusto de quienes aman la lluvia, Mrs. Belushi, para festejar a los asistentes, hizo vibrar su vagina con muy melodiosos acordes. El faraute Testud ben Zarache, santiguándose con una taba de morueco huevón, karakul y tuerto, ayudó al cardenal Mauría Celesto Bustelo Guillarey a ponerse la capa y lo acompañó hasta la puerta.

—Id con Dios y descansad en paz y buen gobierno. Me se ha desprendido la retina del ojo del culo y me se ha aflautado el gorgorito. Perdonadme el trastrueque, monseñor, atribuidlo a la laxitud de los siete nervios y pensad que menos da una piedra.

—Cierto y bien cierto. Y a propósito, la piedra que da menos, ¿es caliza, arenisca, de cuarzo, feldespató y mica, de fresa, naranja, limón y menta, basalto, piedra pómez, argentífera?

—No, argentífera, no, pero bien mirado eso es lo de menos.

—Hombre, tampoco.

Silbandillo en la enramada, un ángel jovencito y con las alas verdes y rizadas

como la escarola, un curioso ángel con minga, se la estaba cascando, o sea pelando, con frenesí.

—Tobías, ¡para ya! ¿No te da vergüenza?

Un enano cabezón, vestido a rombos de brillantes colores y fumando descaradamente, irrumpió en el salón del hotel y le marchitó el ramo de azahar a la novia soltándole un inclemente y restallante y mefítico traque o ventosidad; el novio, muerto de risa, salió corriendo detrás del enano para darle una propina pero no pudo alcanzarlo.

—¡Cómo corre el jodido enano!

—Sí, ¡qué barbaridad!

Este libro debiera haberse titulado *O amor en Portugal no século XIX* mais non puido ser, ahora ya no puede ser casi nada y es lástima porque todavía son muchas las cosas que merecen la pena. El enano veloz se llamaba Bemardino y parecía como estar hecho de chicle, cualquiera diría que estaba hecho de chicle.

—¿Pero no era verdad?

—No, era tan sólo una mera apariencia, un espejismo.

Petra Mandioca y Natalia Luxemburgo, embebidas en el hábito revolucionario, no tenían tiempo para nada, ni siquiera para menstruar con el debido sosiego. Nadie conoce ni la substancia, ni menos aún la calidad, de las ruedas del ridículo triciclo de la justicia; bien es cierto que tampoco nadie o casi nadie demostró jamás demasiado interés en conocerlas. No basta con odiar, no basta con ser terco, no basta con sonreír al poderoso para ser buen juez, se precisan otras misteriosas condiciones somáticas, vestir de marrón, por ejemplo, oler a pachulí o al menos a franchipán de espliego, enseñar con cierta frecuencia la fotografía de su señora en traje de baño, etc. El juez debe ser cursi, respetuoso y solemne, quizá también discreto y ruin; el juez no debe ser árbitro jamás ni tampoco aspirar a serlo, le basta con seguir la ley al pie de la letra y con despreciar el latido del espíritu. Pascal y Antonio Machado, jugando con las palabras, llegaron a muy peregrinas conclusiones comunes; tampoco es ésta la ocasión de señalarlas.

—¿Y piensa hacerlo algún día?

Dicen que Violeta Harkort, la cajera del pub La Pajarita de Oro, tiene pacto con el demonio, quien lo va pregonando a los cuatro vientos es fray Antero Malatesta el Bizco, pinche de cocina en el convento de la Resurrección.

—¿Se puede meditar sobre una calavera estando borracho de anís?

—Se debe meditar sobre una calavera de mujer estando borracho de anís; el ser humano se enseña vacío por dentro, hueco por dentro, sañudamente vacío y hueco, y por fuera tan sólo lo delimitan el aire y la murmuración, nadie debe hacer oídos sordos a nada y menos que a nada a la imagen de la muerte bebiendo anís, escondiendo la botella de anís bajo su capa parda, bajo su amargo sudario.

Dicen que Violeta Harkort, la señora de los lavabos del pub La Gaviota Hidrófoba, sabe que Mrs. Belushi no tiene la vagina como manda el Zendavesta sino

más bien al revés. Felícula de Valois no admitía de sus once caballeros los homenajes anales porque padecía unas hemorroidas, con a, como flores de loto. Petra Mandioca y el cuarteto formado por Elsa y sus dos maridos y Norberto y sus dos mujeres tuvieron que pronunciarse sobre quién había sido el asesino de la Aguacatala, si Gómez o Valeriano Tiburcio Mendoza.

—No fue ninguno de los dos sino el espiritista Silvio Ramagnoli o Salvio Zirardini, que en esto hay dudas. Tanto Gómez como Valeriano Tiburcio Mendoza fueron vistos a la hora del asesinato en el partido entre el Arsenal y el Chelsea, entraron media hora antes y se marcharon media hora después; además, ninguno de los dos había desayunado jamás con la Aguacatala.

Este libro debe titularse como no se titula *Penúltima esclusa*, y sobre la propia sombra de los muertos se descarga la ira del error. Todos sabemos que este libro debiera haberse titulado *Loisirs de Madame de Maintenon* pero no pudo ser, las razones las estudia don Blas Malo en su opúsculo *Discurso sobre el cometa o fenómeno*, hoy difícil de encontrar.

—¿Qué tal las glándulas sudoríparas, don Zaqueo?

—Peor que otras, jovencita, peor que otras.

—¿Y las papilas uretrales, don Zaqueo?

—De eso carezco, jovencita, de eso carezco.

Antoine Gigoux, el sobrino de Ambroise Lesage, el ayudante del verdugo de Lille, vendió su primogenitura por un plato de lentejas, pan, vino y postre.

—A mí me parece que hizo mal porque es probable que hubiera podido mejorar la retribución.

—No crea, ahora se han puesto las cosas muy difíciles.

Los partidos políticos han desaparecido; para poder seguir fluyendo a mayor o menor distancia, con mayor o menor audiencia, evidencia, eficacia, se convierten en sectas, los mandos funcionan como sectas esotéricas y seudocientíficas y las bases se encuevan en los sindicatos elementales e inmediatos; el poder y el dinero lo tienen los gobiernos porque el dinero va en seguimiento del poder y no a la inversa, los gobiernos pagan a los partidos para que representen su papel, finjan su decorado y no rompan la baraja.

Pamela Pleshette, la graciosa mulata, la bellísima mulata que quiso abusar, que abusó hasta el final, del obispo de Restricted Beach, Florida, en el cine de automóviles de Palm Spring, se dice que repetidas veces y con recíproco deleite, cultivaba las tres pimientos mágicos, pimienta de Jamaica, pimienta de Tabasco, pimienta de Cayena, en los tiestos de la azotea de su departamento. Conviene aclarar que el zar de Rusia no se acostó con la viuda Rosaura la Enquiridiona sino que se limitó a comerse sus siete corderitos asados. Virginia Chatrian, el eunuco que ignoraba la discreción, se lo contaba a todo el mundo, también contaba lo contrario, no para enmendar sino para confundir.

—Estas manchas que tiene la china Felisa en las manos y en la cara, quizá

también en el vientre y en las nalgas, es lo que los sociólogos españoles llaman roña de viejo, los poetas franceses flor de cementerio y los médicos, melanosis senil. La china Felisa, a fuerza de querer quitárselas con piedra pómez, se puso peor y al cabo de un año se murió de cáncer.

Claudia Batiffol, la estanquera del mercado de verduras, sabía que la melanosis no era enfermedad sino síntoma, y Pesquero Piranesi Pacheco, el recaudador de contribuciones, que era primo de la estanquera, sabía que, en proceso paralelo, el adulterio no era delito sino circunstancia.

—No quisiera marchar por la confusa senda de las suposiciones pero pienso que tanto a la negra Pamela como a mi prima Claudia, más les hubiera valido conformarse con ser grises y resignadas madres lactantes, el vicio empieza siempre en la linde misma del catastro, del virtuoso catastro.

La duquesa de la Vallière, en sus *Reflexiones sobre la misericordia de Dios*, huye de pronunciarse sobre el pecado de la carne.

—El pecador de la carne volvería al honesto buen camino que no debiera haber abandonado jamás, tan pronto como se pusiera a escribir una novela, lo que deforma la mente es leer novelas de caballerías, no escribirlas.

—¿Y a la pecadora de la carne?

—Ése es otro caso distinto, la diferencia es sutil y tampoco tengo demasiadas ganas ni excesiva necesidad de explicárselo. El faraute Testud, de quien usted me hablaba la otra tarde, perdió muchas horas de su vida abanicando cardenales. Quisiera decirle, aprovechando que me atiende, que aborrezco la promiscuidad.

El sobrino de sor Clara, la monja que se partió una pierna haciendo gimnasia, haciendo flexiones en el montante de la puerta, coleccionaba rabadillas de novicia, algunas las tuvo que pagar a precio de oro, habló con un hilo de voz.

—Me duele todo el cuerpo pero prefiero no quejarme en voz alta, a la derrota se debe acceder con dignidad. ¿De qué vale dominar el huracán al mismo tiempo que una pulga te está contagiando la enfermedad que ha de matarte?

—¡También es cierto!

Mateo nunca se creyó del todo lo que decía el papel, a Mateo Rucas y a Soledad Navares les comunicaron por escrito que no tendrían que ir a la cárcel porque estaban limpios de antecedentes penales, Mateo leyó mil veces el papel pero nunca se lo creyó del todo, llegó a sabérselo de corrido y al final ya ni lo entendía siquiera, cuando las palabras dejan de entenderse empiezan a pudrirse y al final se convierten en pus venenoso, a la gente se le llena el alma de pus venenoso cuando empiezan a pensar en quitarse la vida, cada vez más pus, cada vez más pus, hasta que acaba envenenando y anegando el alma, entonces es cuando van y se cuelgan de una viga, o del montante de la puerta, o de un clavo, eso es lo mismo, basta con que los pies queden a un dedo del suelo. Este libro debiera haberse titulado *Los siete vientos de las instituciones divinas* pero no pudo ser porque Lactantius el Africano hubiera puesto el grito en el cielo. Heidi Richtenberger, el travestido hamburgués campeón de

lanzamiento de enanos, cambió su colección de sellos por un guacamayo azul, rojo y amarillo, su novio no se lo perdonó jamás.

Claude Kirchmajeri, el bibliotecario del conde Drácula, siempre sostuvo la piadosa idea de que la muerte era una abdicación y no un latigazo.

—Si te agarrases fuertemente a la vida no te morirías jamás. El hombre, al final de sus días, se va reblandeciendo poco a poco hasta que llega, quizá por aburrimiento, el instante en que se olvida de respirar: eso es la muerte y su secuela de renunciaciones y olvidos.

—Y después de la muerte, ¿la nada?

—No, el misterio. Todas las relaciones son siempre misteriosas y las que se establecen entre la vida y la muerte lo son aún más.

—¿Y no se podría acceder, tras la abdicación, a la nueva vida en la eterna y aséptica presencia de Dios?

—Ni lo creo ni lo dejo de creer, a estas alturas de la vida y la muerte yo ya no creo más que en el misterio.

—¿Y en el amor?

—Si es misterioso, sí. Debe usted evitar preguntarme por el amor administrativo.

El bibliotecario Claude sorbía rapé por la nariz, tenía los agujeros de la nariz húmedos y de color pardo oscuro.

—¿Prefiere usted estornudar a firmar sentencias de muerte?

—Sin duda, sí; ambas situaciones son deleitosas pero la primera es punto menos que única.

En el egido del cielo, también en los egidos del infierno, del purgatorio y del limbo, los ángeles pastorean rebaños de almas de insoportables justos, hatos de almas de pecadores contra el Espíritu Santo, cabañas de almas de viciosos, manadas de distraídos sin alma, esto es, sin memoria, Francis la Gallina Cantora, sin entendimiento, Estefanía, la cuñada o hermana (?) de Claudina la Flor, y sin voluntad, el dueño de la posada El Tiburón de Estaño. Hay niños ensimismados y literarios que gozan tirándose pedos por lo bajo, y niños descarados y músicos que disfrutaban tirándose pedos como trallazos heridores, cuando crecen y se hacen hombres se les distingue por la manera de andar de sus mujeres.

Claude Kirchmajeri, el bibliotecario del marqués de Sade, estaba inventando la romana de la paciencia y la entereza, ingenio con el que pensaba ayudar al hombre contra los isócronos y mantenidos embates de la muerte; tenía ya tres arcas llenas de papeles con palabras y números, sería providencial que no se muriese antes de verle el fin. Hubo un tiempo en el que los fantasmas del Santo Oficio de la Inquisición se peleaban por los caminos con los familiares del Santo Oficio de la Inquisición, eran unas luchas terribles y arteras en las que la suerte no siempre se aliaba con el justo.

—¿Usted cree que unos y otros querían enmendarle la plana a Dios?

—Pues, sí, quizá sí, lo que no me acabo de explicar es para qué. Dígame una cosa, ¿es usted capaz de pensar sin hablar?

—Pues, la verdad, no sabría decirle, a mí me parece que casi nadie es capaz de hacerlo.

Por el mástil de la bandera subía y bajaba un soldado atlético y agilísimo que no se cansaba nunca, llevaba quizá cien subidas y otras tantas bajadas, éstas le cansaban menos, claro es, porque el dejarse caer no fatiga.

Don Sebastián, con gesto de estar muy abatido, apoyó los codos sobre la mesa y reclinó la frente sobre ambas manos.

—No se me oculta la evidencia. Sé de sobras que este libro debiera haberse titulado tal como lo decidió su confusa autora. *Penúltima esclusa* o *el amor imposible de Mateo Ruecas*, o bien *Penúltima esclusa y noticia del asesinato del perdedor Mateo Ruecas*, pero al editor lo movieron otros afanes.

—¡Allá cada cual con su conciencia!

—Es cierto. Y que los dioses propicien que sobre nuestra propia sombra se descargue la ira del error.

—Amén.

Casi todos sabemos que este libro debiera haberse titulado *Loisirs de Madame de Maintenon* pero no pudo ser por las tres razones que dejó apuntadas don Blas Malo Tercerel en su *Discurso sobre el cometa o fenómeno*, a saber: porque Mme. de Maintenon esperó muy pacientemente a que se presentara el cometa en el firmamento para engañar a su amante (quizá Jean-Paul) por primera vez; porque a Mme. de Maintenon, en la cama, le gustaba que le llamasen Paquita, y porque el burlado amante de Mme. de Maintenon puso todo perdido de sangre, Carlota Corday fue muy poco aseada, ésa es la verdad; los moribundos deben solazarse y aun regodearse con su recuerdo.

—¿Y usted da por suficientes las razones de don Blas?

—Sin duda.

Más o menos el día de san Gastón de uno de estos años, Mateo Ruecas apareció ahorcado del dintel de la puerta de la cuadra, lo demás ya se sabe, bueno, esto es un decir, la verdad es que no se sabe casi nada, los pies le quedaron a tres o cuatro dedos del suelo, de haber estirado un poco los pies a lo mejor no se hubiera muerto, el borrico ni lo miraba siquiera, es evidente que la cosa tampoco iba con él, el padre descubrió el cadáver del hijo, le espantó las moscas de los ojos y se los cerró, después enterraron el cadáver del perdedor que se colgó porque en su alma cagó su freza el pez espada del miedo, del hombre al que no hizo falta asesinar: bastó con empujarle.

## CARTA DE AVISO

Mi amigo y paisano don Sebastián Cardeñosa, Pbro., me envía la carta que más abajo transcribo por si me sirve para algo o por si puedo hacer algo. Yo he redactado la narración que atrás queda pensando en que, a lo mejor, a alguien se le ocurre algún arbitrio para evitar estas amargas situaciones irreversibles. La historia no tiene marcha atrás, eso lo sabe todo el mundo, pero no es malo tomarse ciertas cautelas ante la historia que todavía no se ha escrito, ante los sucesos que están aún por venir. Paso a copiar la carta que me mandó mi amigo el cura y que a él le envió la señora o señorita que firma. Dice de la siguiente manera:

*Coordinadora Mateo Ruecas  
Calle Real, 2  
N.N.  
A tantos de tantos*

*Sr. D. Sebastián Cardeñosa López, Pbro.  
Tabernas, 48 La Coruña*

*Estimado don Sebastián,*

*La Coordinadora Mateo Ruecas, de N.N., surgió de una asamblea a la que acudió gran parte del pueblo, indignado ante el suicidio de Mateo y las causas que lo habían motivado. Nuestra misión consiste en llevar a término las gestiones necesarias para pedir responsabilidades penales y recoger los fondos necesarios para ello.*

*No sé si conocerá el suceso a través de los medios de comunicación, pero las cosas ocurrieron del siguiente modo: el dos de febrero del año pasado, por la tarde, había unas parejas de novios viendo la televisión en un bar. Una de las parejas estaba besándose, se les acercó un señor (don Cosme Naranjo Tena) que ellos no conocían y les dijo que eso no se hacía en público, Mateo le contestó «con mi novia hago lo que me sale de los huevos», cuál no sería su sorpresa cuando ese señor llamó a los municipales y decretó su ingreso en el cuartelillo, denunciándolos por escándalo público y desacato a la autoridad, pues él era el juez.*

*Al día siguiente, Mateo prestó declaración ante el juez de N.N., que decretó prisión incondicional por la alarma social, que según él se había producido en el pueblo. Mateo fue trasladado a la cárcel de la capital, donde permaneció ocho días, y donde fue objeto de robos, palizas y violación, ya entonces intentó suicidarse, pero le faltó valor, según confesó después.*

*En el pueblo la indignación era enorme, pues mientras el juez afirmaba*

que estaban masturbándose los testigos lo negaban y aunque hubiera sido así, creo que nadie tiene que ir a la cárcel por expresar algo tan natural como sus sentimientos.

Un grupo de personas intentó protestar, pero la familia lo impidió, pues don Cosme amenazó a la madre con mandar a su hijo siete años a la cárcel si se producía alguna manifestación y la familia desgraciadamente se lo creyó.

Mateo regresó de la cárcel muy cambiado y entonces comenzaron las presiones del juez, constantemente lo llevaba al juzgado en horas que no eran de oficina, incluso los domingos, los obligó a abandonar el abogado que tenían y coger uno de oficio. El día antes del juicio les ordenó que no llevaran testigos, cosa que hicieron, y en el taxi camino de la capital, les fue aleccionando lo que tenían que contestar (Soledad se negó pero Mateo en el juicio no dijo la verdad, sino lo que quería el juez).

La Audiencia Territorial dictó sentencia afirmando que los hechos constituyen un delito de escándalo público «porque ofendieron las buenas costumbres usuales, constituyéndose en indeseado espectáculo de actitudes sugerentemente obscenas, reservadas por la común opinión de la sociedad para más íntimos ambientes, ante las personas y familias que inevitablemente hubieron de presenciar sus eróticas expresiones». Condenando a Mateo (veinte años) a cinco meses de arresto mayor, multa de 30 000 ptas. e inhabilitación para cargos públicos de docencia durante siete años, y a su novia, Soledad (dieciséis años) a dos meses de arresto mayor, 20 000 ptas. de multa e inhabilitación para cargos públicos de docencia durante tres años. Según Soledad, se les cayó el mundo a los pies y no recurrieron la sentencia porque estaban hartos.

Les comunicaron que no tendrían que ir a la cárcel por no tener antecedentes, pero Mateo nunca lo creyó y siempre temía que pudieran ir a por él. El 7 de febrero apareció ahorcado en el corral de su casa.

Ésta es la triste historia que he intentado contarle lo más brevemente posible. Me gustaría que conociera a las familias de las dos personas de esta historia, son pobres pero muy honrados y trabajadores, nunca habían tenido problemas con la justicia y cuando toparon con ella, se vieron desbordados.

La Constitución afirma que todos los españoles somos iguales ante la ley, en teoría puede que sí, pero en la práctica, ante la ley, pesa mucho el dinero y la posición social. ¿Qué hubiera ocurrido si la familia hubiera tenido un nivel económico y cultural más alto? ¿Si el denunciante hubiera sido un particular en lugar de un juez?

Tras el suicidio, las opiniones del señor Naranjo Tena (que afortunadamente ya no estaba en el pueblo) son un sainete, incluso algunas de las que han aparecido en la prensa:

«No me considero ni moral, ni jurídicamente responsable del suicidio de

Mateo».

«Para los menores, es más escandaloso el erotismo que la violencia».

«Tengo un alto concepto del principio de autoridad y volvería a hacer lo que hice».

«Me considero un juez progresista y crítico».

«Mateo nunca me dijo que lo pasara mal en la cárcel. ¿Usted cree que ocho días en la cárcel pueden marcar a una persona?».

«En el pueblo no han sabido valorar mi gestión».

«Yo soy el juez más bueno que hay».

«Mi conciencia está muy limpia, lo que ocurre es que todo este asunto es una manipulación».

El pueblo tiene gran parte de su culpa, si nos hubiéramos lanzado a la calle y hubiéramos colaborado como ahora, seguramente las cosas serían distintas. El mal está hecho, ahora hay que evitar, como dice la madre de Mateo, que esto vuelva a ocurrirle a otro español bueno e inocente como su hijo.

La coordinadora ha recaudado en el pueblo 400 000 ptas., con ello pretendemos pagar las acciones judiciales necesarias para pedir responsabilidades penales. Se han presentado querellas contra el juez de N.N. y el de B.B., pretendemos que sea juzgado por un jurado y pedimos la reforma del artículo 431 del Código Penal, referente al escándalo público.

Para conseguir más dinero, queremos hacer un periódico que recoja los artículos aparecidos en la prensa sobre este caso y las gestiones que ha realizado la coordinadora. Por ello nos dirigimos a usted que siempre ha dado muestras de espíritu crítico ante situaciones tan esperpénticas como las que rodean el caso, que movería a la risa, si no fuera por la tragedia de una familia, y le solicitamos un artículo de opinión (literario, jurídico, social, filosófico, religioso, moral, lingüístico, etc.).

Agradeciéndole la colaboración que pueda prestarnos le saluda atentamente.

Juana Olmedo

FIN

Finca El Espinar, Guadalajara.

Día de san Bruno de 1993.



CAMILO JOSÉ CELA TRULOCK. (Iria Flavia, A Coruña, 11 de mayo de 1916 - Madrid, 17 de mayo de 2002). Escritor y académico español, galardonado con el Premio Nobel de Literatura.

En 1925 su familia se traslada a Madrid. Antes de concluir sus estudios de bachillerato enferma y es internado en un sanatorio de Guadarrama (Madrid) durante 1931 y 1932, donde emplea el reposo obligado en largas sesiones de lectura.

En 1934 ingresa en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid. Sin embargo, pronto la abandona para asistir como oyente a la Facultad de Filosofía y Letras, donde el poeta Pedro Salinas da clases de Literatura Contemporánea. Cela le muestra sus primeros poemas, y recibe de él estímulo y consejos. Este encuentro resulta fundamental para el joven Cela, que se decide por su vocación literaria. En la facultad conoce a Alonso Zamora Vicente, a María Zambrano y a Miguel Hernández, y a través de ellos entra en contacto con otros intelectuales del Madrid de esta época. Antes, en plena guerra, termina su primera obra, el libro de poemas *Pisando la dudosa luz del día*.

En 1940 comienza a estudiar Derecho, y este mismo año aparecen sus primeras publicaciones. Su primera gran obra, *La familia de Pascual Duarte*, ve la luz dos años después y a pesar de su éxito sufre problemas con la Iglesia, lo que concluye en la prohibición de la segunda edición de la obra (que acaba siendo publicada en Buenos Aires). Poco después, Cela abandona la carrera de Derecho para dedicarse profesionalmente a la literatura.

En 1944 comienza a escribir *La colmena*; posteriormente lleva a cabo dos exposiciones de sus pinturas y aparecen *Viaje a La Alcarria* y *El cancionero de La Alcarria*. En 1951 *La colmena* se publica en Buenos Aires y es de inmediato prohibida en España.

En 1954 se traslada a la isla de Mallorca, donde vive buena parte de su vida. En 1957 es elegido para ocupar el sillón Q de la Real Academia Española.

Durante la época de la transición a la democracia desempeña un papel notable en la vida pública española, ocupando por designación real un escaño en el Senado de las primeras Cortes democráticas, y participando así en la revisión del texto constitucional elaborado por el Congreso.

En los años siguientes sigue publicando con frecuencia. De este período destacan sus novelas *Mazurca para dos muertos* y *Cristo versus Arizona*. Ya consagrado como uno de los grandes escritores del siglo, durante las dos últimas décadas de su vida se sucedieron los homenajes, los premios y los más diversos reconocimientos. Entre éstos es obligado citar el Príncipe de Asturias de las Letras (1987), el Nobel de Literatura (1989) y el Miguel de Cervantes (1995). En 1996, el día de su octogésimo cumpleaños, el Rey don Juan Carlos I le concede el título de Marqués de Iria Flavia.